CARMEN RESTREPO

Pregúntale a la



LUNA

CARMEN RESTREPO

Pregúntale a la LUNA



Entraba en las casas una caja mágica
que emitía luz azulada y contenía voces e imágenes móviles.
El mundo entero parecía caber en esa caja
de la que salía un sinfín de historias.
Todo aquello era tan real, y al mismo tiempo tan ilusorio.
La gente andaba hipnotizada con la nueva maravilla.
Había llegado la televisión.



1
“Dos gardenias”

Hacia la nochecita, de vuelta a la casa del trabajo, Rosa y su mejor amiga, Charito, van apesadumbradas. Ambas son cincuentonas, o sesentonas, quién sabe, resulta imposible precisarlo. Rosa es una mujer grande y alta, de pasos largos, y va cubierta por un pesado abrigo de paño gris. Charito va envuelta en una chalina multicolor que ella misma se ha tejido en croché. Es muy menudita, una miniatura de mujer, y tiene que correr para que su amiga no la deje atrás. A lado y lado de la calle, las ventanas dejan ver interiores iluminados donde unas gentes se han sentado a comer, otras conversan en la sala, algún solitario fuma en el balcón. Cada tanto, de alguna de las ventanas se escapa una luz titilante y azulada, y las dos amigas saben que allí, en esa casa, tienen un televisor, y que esa familia está sentada ante él, en semicírculo, mirando hipnotizada las imágenes en blanco y negro.

—Siempre he pensado que son felices esas personas que viven en las casas iluminadas —suspira Charito, mirando en derredor.

—No crea tanta belleza —la corrige Rosa—, cada uno carga con su cruz.

—Eeestáaan clavadas dos cruuuuuces en el monte del olvidooooo —canta Charito, imitando a la Lola Flores, la famosa cantante española.

—La ecuación es esta, Charo, apréndasela de una vez: por cada gota de alegría vienen dos de amargura.

—Por cada gota de amargura vienen dos de alegría —repite Charito, cuidándose de invertir los términos.

Desde el cielo, la vieja luna lanza sobre las dos mujeres una suave descarga de rayos vibrantes y azules.

* * *

Rosa trabaja en un canal de televisión. Es la encargada del vestuario. Todo el día anda tras bambalinas, con las aseadoras, la maquilladora, el personal de la oficina, los operarios, y a veces incluso con los actores, entre una y otra escena. Siempre es amable, servicial y dulce. Pasa cafés, ayuda con los refrigerios, los escucha a todos y todos la quieren. De vez en cuando, y si está en vena, mientras las horas pasan Rosa mata el tiempo haciendo sesiones de lectura de tarot. Ha heredado esa habilidad de su madre quien a su vez la heredó de su abuela Azucena, una huérfana criada por gitanos, de quienes aprendió la ciencia del tarot.

Rosa es de veras buena para eso; las cartas le hablan y ella les habla a las cartas, les jala la lengua, les arranca los secretos. Desde el momento en que las organiza sobre la mesa, las cartas parecen iluminarse y Rosa las ve moverse, y si inclina la cabeza puede escuchar sus conversaciones. Las cartas le susurran los secretos del pasado, el presente y el futuro. Por todo el canal de televisión la voz se ha ido regando, y la fama de Rosa como tarotista ha crecido entre sus compañeros de trabajo. Pero Rosa casi nunca está en vena.

Los sábados en la tarde el Canal LUT12 emite en vivo, en la franja de mayor audiencia, su muy popular programa de variedades: *De Sabatina, con Alain Clavel*. Parece como si la ciudad entera se quedara pegada a la pantalla, y la casa del barrio que tenga televisor se convierte en la de mayor estatus; si los dueños dejan la puerta abierta, comienza a llegar gente: los primos, las tías, los amigos, los vecinos con sus hijos. Todos van entrando con su banquito para sentarse apeñuscados frente al aparato, y mientras la chiquillada grita, los adultos mueven frenéticamente los palos de la antena en lucha contra las imágenes que se tornan fantasmagóricas y la línea negra que sube de manera constante y desesperante. En la calle, los transeúntes aprovechan las vitrinas de los almacenes de venta de electrodomésticos para verlo: así haga sol o lluvia, una pequeña multitud se queda ahí imantada, mirando a través del vidrio las variedades que cada sábado trae el programa de Alain Clavel.

En abril el programa promueve su “Concurso de talentos Gran Sabatina”, y entre las muchas participantes que se inscriben a las audiciones, los jurados señalan a las ocho elegidas. Bajo la dirección de Atilio Mambo, más conocido como Maestro Mambo, estas ocho favorecidas por la suerte animarán el coro del programa durante todo el año; en una emisión especial para la teleaudiencia, competirán entre sí frente a la cámara, en dos categorías: destreza para el canto y elegancia para el baile. La gran ganadora se convierte en “Señorita Sabatina”. Para las muchachas de la ciudad esta es una oportunidad dorada, pues les permitirá darse a conocer para, más adelante, hacer parte del elenco de algún teleteatro, ser protagonistas de un dramatizado, participar en reinados de belleza o volverse divas de la naciente televisión. Las audiciones para escoger a las ocho elegidas se llevan a cabo entre semana. A los empleados del Canal se les permite asistir como si fueran el público y se les pide que, al recibir una señal, aplaudan con entusiasmo.

Rosa y Charito luchan por presenciar el concurso desde la primera fila. Les fascina hacer

anotaciones en una libreta para no perderse ningún detalle, comentan los trajes que llevan las concursantes, sus personalidades, el estilo de sus peinados y maquillajes. Rosa y Charito juegan a escoger, tras interminables horas de discusión, a su favorita.

Aunque Rosa nunca fue la más bonita, siempre fue la más vanidosa. De pequeña, su habitación, aunque muy pobre, era impecable, los cuadernos de la escuela sin una mancha y su dechado de bordado liso y limpio. Su primer apartamento de madre soltera, aunque humilde, estaba arreglado con primor; las cortinas hechas por ella misma, las carpetas de croché elegidas en el mismo tono, las fotos en sus marcos, ordenadas de pequeña a grande. Nunca fue al trabajo sin rubor en las mejillas o sin su labial de color coral. En época de vientos siempre se daba mañas para estar peinada, y jamás dejó su casa sin perfumarse con su fragancia favorita.

Ahora, de vieja, se permite algunas excentricidades, como su fascinación por Rusia. Vive hipnotizada por ese inmenso país al que imagina todo de hielo, y que para ella es el lugar más mágico y elegante del planeta. Empezó a soñar con conocer el Palacio de Invierno un cierto día, hace añares, en que su madre le regaló un álbum medio ajado de estampas rusas, que ella desde entonces guarda como un tesoro. Allí aparece, como sacado de un sueño, el fastuoso palacio con sus cúpulas de cuento de hadas, y también postales de cosacos con altos gorros de piel y mujeres vestidas con sarafán que bailan en rueda el balalaiki. Quizá de ahí le viene a Rosa su gusto por los disfraces y las vestimentas exóticas.

El tiempo ha ido pasando, y poco a poco las cosas han ido mejorando para ella. Es una mujer formal, trabajadora y buena a la hora de ahorrar; siempre está pensando en el futuro de su niño Alexey, la luz de sus ojos, la razón de sus días, a quien llama cariñosamente Álex. Está claro que la vida de Rosa, como la de todos, tiene altibajos, pero ella se adapta: se alegra en los altos y se envalentona en los bajos. Unas vienen de cal y otras de arena, Rosa siempre pone buena cara y lleva el corazón dispuesto. Desde que tiene el trabajo fijo en el Canal como encargada de vestuario, la mensualidad que le pagan le cae de perlas, y si bien no le permite lujos, al menos la saca de los apuros más apremiantes. Rosa no es ninguna estrella en el mundo del espectáculo, ni mucho menos; su trabajo es humilde, pero importante: las prendas, los zapatos, las pelucas, los complementos y accesorios que ella maneja son clave para caracterizar a cada personaje.



2
“Eras como el agua que traía el manantial”

La madre de Valentina murió después del parto, dejando solos a la hija y al marido, que se quedaron viviendo en la provincia, en la segunda planta de una casa frente a la plaza del pueblo. Eran dueños de un comercio de variedades que ocupaba el primer piso, el Gran Almacén La Mundial. Valentina creció siendo una niña muy mimada y protegida por su padre, que siempre andaba pendiente de ella. A diario le servía el desayuno, la llevaba al colegio de las monjas, por la tarde la recogía y juntos caminaban hasta La Mundial. Ella le ayudaba con los clientes y organizaba las mercancías que llegaban, las lanas por colores, las telas, los adornos para Navidad, las camisas por tallas, las cintas, los juguetes. Terminada la jornada, padre e hija cerraban la puerta y subían a comer.

Valentina era cada día más bella. A los quince años ganó el concurso de baile Virgen María en su colegio, y a los diecisiete el Reinado de la Fruta. Se había convertido en una muchacha muy alta, el pelo brillante, los ojos muy negros y las pestañas largas. Vivía insatisfecha, pues sentía que la vida pueblerina la limitaba. Soñaba con ver el mundo y quería irse a estudiar a la capital, pero su padre se oponía; le dolía el corazón de solo pensar que su hija se le fuera tan lejos y hacía lo indecible por retenerla, todos los mimos, las complacencias y los regalos, aunque en el fondo sabía bien que condenarla a permanecer en el pueblo sería enterrarla en vida.

Después de mucha discusión al respecto, el padre acabó cediendo. Se decidió que Valentina se fuera a la capital, a vivir donde una familiar lejana de su mamá. Estudiaría Contaduría en el Instituto y complementaría su formación con prácticas de solfeo y baile en una academia. La prima de su madre la esperó en la estación de buses y luego tomaron un taxi hasta la casa. El cuarto designado para Valentina era agradable, con una ventana que dejaba entrar el sol y bonitas cortinas de flores compañeras del cubrelecho. La tía le explicó cómo moverse por la ciudad, qué tranvías debía agarrar para llegar al Instituto y a la academia. Valentina, que era muy despierta, a la semana ya manejaba sus horarios y rutas con desenvoltura.

Una tarde, en la academia, se unió a unas compañeras que se agrupaban con gran emoción frente a la cartelera. Leían la notificación de la fecha para las audiciones del "Concurso de talentos Gran Sabatina" del programa de Alain Clavel. El cartel informaba que las postulantes debían presentarse con una coreografía preparada de canto con baile, de tres minutos de duración. Todas entraron en delirio y no tardaron en dedicarse a planear pasos, peinados y vestimenta. Y Valentina no se quedó atrás. Confiaba en su gracia y sus habilidades, y resolvió no perder ni un minuto de los diez días que le quedaban para practicar. Después de descartar otras opciones, se decidió por una versión femenina de *Singing in the Rain*. La escogencia era audaz, pero sencilla y factible de montar. Al fin y al cabo, ella no tenía dinero para comprar un vestido de gala como sus compañeras. Pidió a su tía prestados un paraguas y unos pantalones y se los probó entre sorprendida y encantada: en el pueblo jamás se le habría ocurrido usar esta prenda.

Practicó cada día hasta bien entrada la noche, y solo suspendía cuando sus pies gritaban de dolor. Debía presentarse en el Canal un miércoles a las seis de la mañana, y tuvo que faltar a clase de Contabilidad. Al llegar se sintió como mosco en leche; las muchachas, que lucían vestidos brillantes y altas moñas, la miraban mal. Ella les daba la espalda y respiraba hondo para infundirse ánimos. Le adjudicaron el turno de las diez de la mañana. Estaba muy nerviosa. Iba a cantar vestida de hombre, en un idioma que no conocía y, para colmo, *a cappella*. Le entró terror, convencida de que se había equivocado: esa escogencia había sido una pésima idea.

Tan pronto salió al plató, sintió encima el potente foco de un reflector. Las cartas estaban echadas, ya no había vuelta atrás. Desde la oscuridad de la sala la observaban los cinco jurados, cuatro hombres y una mujer. Detrás de ellos se apretaba un grupo grande de personas, ávidas por ver la presentación. Valentina sabía que los jueces serían inclementes, razón de más para sacar fuerzas de donde no las tenía y jugarse a fondo por hacer la cosa bien. Untado un dedo, untada la mano. O todo, o nada, se dijo a sí misma y, como por arte de magia, se tranquilizó.

—Bueno, joven. Bien pueda, comience —le ordenó con voz despectiva uno de los jueces, que parecía ser el jefe.

Valentina hizo su mejor esfuerzo. Cantó lo mejor que pudo y bailó como Gene Kelly. Intentó un gran final hincando en tierra una rodilla, abriendo el paraguas, mirando al jurado de frente y regalándole su sonrisa más seductora. Pero nada de eso pareció surtir efecto. Nadie dijo nada, nadie se movió, al parecer nadie se inmutó.

—Bien, joven, bien pueda, retírese —dijo el que parecía el jefe—. En horas de la tarde publicaremos en la oficina la lista de las ocho favorecidas para participar en el concurso. ¡Siguiente!

A Valentina se le cayó el alma a los pies. Salió de allí golpeada y desilusionada, convencida de que todo su esfuerzo había sido en vano. Había perdido su clase y faltado a su deber, y todo para nada. Estaba a punto de abandonar el lugar con los ojos llenos de lágrimas cuando sintió una mano que la halaba del pantalón. Al principio no vio a nadie, hasta que miró hacia abajo. Quien

tiraba de ella era una mujer muy pequeña, vestida de sastre con un delantal encima y una butaca en la mano. La miraba con dulzura y le sonreía.

—No se preocupe, no se ponga triste ni se suelte a llorar —le dijo la pequeña mujer—. Usted lo que tiene es hambre. Venga conmigo, le doy un café con leche y un pan y le presento a mi amiga Rosa. Verá que se siente mejor. ¡Ánimo pues! Límpiese esas lágrimas, ya pasó, venga y verá.

Ya perdida la clase en el Instituto, Valentina no tenía nada más que hacer, así que se dejó llevar. La mujercita diminuta la arrastró por corredores y más corredores hasta llegar bien atrás. La sentó en un cuartico lleno de escobas y traperos y le trajo el café con pan que le había prometido. Pero Valentina no paraba de llorar y moquear.

—No llore, mire que está comiendo pan con lágrimas. Yo la vi actuar y creo que usted no lo hace mal. Ya verá, yo creo que le va a ir bien.

—No, señora, todo esto ha sido un error. ¡Tanto esfuerzo perdido! —sollozó Valentina, limpiándose la cara con un pañuelo que le pasó la miniatura de mujer.

—No se me desanime —le dijo Charito—, mire que yo vi que el Maestro Mambo ponía cara de satisfacción mientras usted bailaba. La opinión de él es muy importante, él hace parte del jurado.

—¿Y luego quién es ese? —preguntó Valentina.

—Pues ni más ni menos que el profesor de baile de las ocho elegidas. Es un flaco dicharachero. Es ese que se ríe duro, parece que no tuviera huesos por la forma en que se mueve, y parpadea frenéticamente, como si fuera un bombillo en corto. Si quiere que le diga la verdad, a mí, en lo personal, me parece demasiado saleroso, ¿sí me hago entender? Yo diría, sin conocerlo mucho, que tiene personalidad de alacrán y cuerpo de sierpe. Pero eso no importa, lo que importa es que yo noté que la miraba a usted con aprobación.

—Usted me lo dice de amable, solo por consolarme —dijo Valentina, todavía sollozando.

—No, no. Y yo me llamo Charo, ¿oyó? Si quiere, puede decirme Charito. Muchos me dicen así, por lo pequeñita y lo querendona. Espéreme aquí mientras traigo a mi amiga Rosa, este problemita nos lo resuelve ella.

Cuando Charo volvió, traía a Rosa arrastrada por la manga.

—Mi amiga Charito dice que usted necesita saber qué le va a pasar, o sea, con su carrera, y para eso me trajo —le dijo Rosa de entrada y, sin más explicaciones, fue sacando el mazo de cartas del bolsillo del delantal—. Ya mismo vamos a mirar.

Las dos se sentaron frente a frente en la mesita de los tintos y Rosa comenzó a echar las cartas. Recogió, volvió a barajar, a partir, a colocar. Observaba el resultado con mucha atención y mantenía el ceño fruncido mientras lo hacía. Guardó silencio, recogió las cartas y volvió a empezar.

—¿Qué dicen las cartas? —preguntó Valentina, en medio de los hipos y con la voz quebrada.

—Vamos a ver. Poco a poco. En principio, las cartas me hablan de un hombre mayor que la espera, que piensa mucho en usted. Un hombre mayor que la quiere mucho y se preocupa por usted. Pero ese señor no la ve con amor de hombre, sino con otro tipo de amor. Todo parece indicar que ese señor está sufriendo —dijo Rosa, manejando bien el suspenso e imprimiéndole a la voz un tono de misterio.

—Pues sí —dijo Valentina—, ese señor que aparece ahí debe ser mi papá, pero él está bien. Mi papito está muy bien. Piensa mucho en mí porque yo me vine para la ciudad y estoy sola aquí, y él se quedó allá en el pueblo. Obviamente se preocupa por mí… Pero él está bien. Dígame más bien qué va a pasar con mi carrera artística, ¿será que voy a triunfar? —Valentina se mostró ávida por saber.

Pero Rosa no decía ni sí, ni no; no estaba contenta con lo que veía.

—A ver —se pronunció por fin—, aquí veo que usted sí va a tener un triunfo que tiene que ver con el canto y el baile; eso sí, cuente con eso, aquí me aparece clarito. Pero debe tener cuidado, este mundo de la farándula es engañoso, mire que se lo dice alguien que lo conoce desde adentro. Las cartas denotan preocupación por usted. Dicen que usted va a confiar en gente mala y se va a equivocar. Si me acepta un consejo, dictado por lo que aquí veo, es este: concéntrese en sus estudios, que es terreno seguro. Vaya al pueblo, visite a su papá que la quiere tanto; va a ver que él le dice lo mismo que yo, que no se deje deslumbrar por este mundo superficial.

Charito le hundió a Rosa el codo en el muslo, le haló la falda y en un momento le tiró un pisotón, como para que cayera en la cuenta de que la cosa no iba por ahí. La muchacha ya estaba bien deprimida y decepcionada, ¿para qué seguir diciéndole cosas feas, si lo que necesitaba era que la animaran?

—No se preocupe por mí —dijo Valentina, y su tono pasó de llorón a afianzado—. A mí me criaron bien. Seré pueblerina, pero no nací ayer. Sé que la carrera de artista tiene sus problemas y que ahí se mueve gente rara, pero yo mantengo mi ilusión. Siempre he querido tener la experiencia de vivir en ese mundo, ver qué me depara. Claro que ya para qué, con lo mal que me fue en la prueba ya perdí esa posibilidad —dijo Valentina, soltándose de nuevo a sollozar.

—Cálmese, criatura —la consoló Rosa—, sepa que, de todas maneras, cuenta con nosotras para lo que necesite. Usted es una muchacha sola aquí en la ciudad y yo conozco lo que es luchar por mí misma, he pasado mis ratos tormentosos y he conocido el dolor. Pero ahora tengo una casa y una familia, y usted será bienvenida cuando nos necesite. Aquí nos puede buscar, aquí estaremos para usted.

Valentina se despidió de ellas con un abrazo, como si se conocieran de toda la vida.

—Rosa, ¿usted por qué tuvo que decirle esas cosas tan horribles a la pobre niña? —Le reclamó Charito cuando se quedaron las dos solas ahí, en el cuchitril de la limpieza—. Yo le eché codo y

hasta la pisé, a ver si usted dejaba de asustarla. Yo traje a esa muchacha después de su presentación dizque para que usted la consolara. Y mire el resultado: esa niña salió más hundida que antes, todo fue para peor.

—Pues porque uno no puede andar pintándole a la gente cielitos rosados cuando ve nubarrones muy negros.

—Pero, Rosa, la verdad es que de golpe a la niña le suena la flauta en el mundo de la farándula y triunfa. ¡Tanta muchacha que ha salido del programa directamente hacia el estrellato! Hasta en el extranjero han triunfado algunas…

—Charito, está muy bien que diga *algunas*, pero otras nada. Para no hablar de aquellas a quienes les ha ido mal y no sabemos, ¿y qué me dice de esa pobrecita que llegó a reina internacional de la amistad y acabó como acabó, ánima bendita? ¿Es que no se acuerda de ella, la famosa Fátima Miranda?

—Pero por qué cree que a todo el mundo le tiene que ir mal, Rosa; deje ese pesimismo tan suyo. Por una difunta hay muchas exitosas, haga la cuenta y verá.

—Vea, Charo, aunque usted no crea, esto de ser tarotista es un oficio de profesionales, no basta con tener inspiración. Aceptar los dictámenes de las cartas no es cosa de optimismo o pesimismo, sino de saber aceptarles a las cartas su principio de verdad. Usted no vaya por la vida creyendo que uno inventa, o que les dice a las personas lo que quieren oír. No, señora. Cuando las cartas caen, me dicen cosas. Ellas me hablan y yo las escucho. Por más que uno quiera, esas cosas no se pueden cambiar; yo solo estoy ahí para repetirlas, máximo para interpretarlas. Yo no manejo este arte a gusto del consumidor, no, señora. Esto es serio, Charito, esto indaga el destino. ¿Entiende la gravedad? El tarot no es institución de caridad, no sirve para andar consolando así porque sí. Para que me entienda, es como si las cartas tuvieran vida propia, y ahí yo no me puedo entrometer, no les puedo ordenar qué deben decir. Las cartas dicen lo que ellas quieren, yo solo las leo, y para eso no me falta inspiración. Así nací y así me quedo. Entiéndame, Charo, ese es mi don y yo no lo traiciono —replicó Rosa con tono airado.

—Bueno, bueno, bueno, pero cálmese, no se me irrite. Yo entiendo eso muy bien y no desconozco su capacidad clarividente; mil veces la he visto dar en el clavo, y yo a usted le respeto sobre manera esa vocación. ¿Pero por una vez no podía *interpretarle* a la niña un futuro menos negro? Aunque fuera decirle que alguno de los arcanos le anunciaba buena suerte, ¿ni siquiera eso? —insistió Charito.

—Mire, Charo, fíjese y verá. Mire las cartas que le salieron a esa muchacha, a ver si entiende mi preocupación. ¿Sí ve? Estas cartas hablan clarito de malas amistades, malas de verdad; esa muchacha tiene que ver con quién anda, porque lo que hay aquí no es bueno. Nada bueno. Ella viene de la provincia y en la ciudad las cosas son a otro precio; hay mucha gente perversa y aprovechada, y este mundo de la farándula es puro espejismo y engaño. Usted lo sabe mejor que yo, Charo.

—Está bien, Rosa. Ya no regañe tanto y explíquese —protestó Charito.

—Más claro no canta un gallo. Mire, Charito, mire y verá. Esa muchacha está representada por los Enamorados, pero ojo al centro: fíjese en las cartas que le salieron debajo. Son el Diablo y la Emperatriz Invertida. Eso es malo. Pésima señal. Aquí el Diablo es un varón que proyecta una energía negativa hacia la consultante, y como si eso fuera poco, aparece esta Emperatriz, que en este caso representa a una mujer de poca ética, de carácter fuerte y dominante, que no se detiene hasta conseguir lo que quiere. ¿Sí ve lo que le digo? Y, para rematar, por aquí aparece el Loco, que representa un amoral, o sea que no distingue entre el bien y el mal y solo se guía por sus impulsos. Estas cartas son muy negativas, Charito, y aunque yo quisiera, eso no lo podría cambiar.

—Yo no sé, Rosa —opinó Charito—, pero a mí me late que ese Loco puede ser el Maestro Mambo, ¿no le suena? Fíjese y verá, el tal Mambo tiene la cara hasta parecida al Loco de la baraja…

—Calle esa boca, Charo —la retó Rosa—, ¿para qué dice cosas? No improvise, que así no se leen las cartas. No es por el parecido físico que uno se guía.

—Pues puede ser, Rosa, pero, de todos modos, ¿a usted no le cae medio regular ese Mambo?

—No necesariamente. No encuentro motivos para hacerle la cruz. Con nosotras es amable. Yo, por lo menos, no tengo queja de él.

—Pues sí, Rosa, amable sí es, pero eso no quiere decir nada. Amable pero meloso, ¿o no?

—¿Cómo así, *meloso*?

—Pues meloso. Mejor dicho, meloso y melindroso. Como quien dice falso y retorcido, como las serpientes.

—¡Vea pues! Usted sí es muy bruja, Charo, ya le dijo al pobre profesor de baile *meloso* y *melindroso*, y ahora lo llama *serpiente*… Aunque un poco cara de culebra sí tiene, para qué se lo voy a negar, y un caminadito como resbaloso, y esa manera de parpadear…

—¿Sí ve?

—Pero es solo un sentir, todavía no hay verificación alguna. Las cartas, por lo pronto, guardan silencio. Y ojalá usted también, Charo.

—¿Ojalá yo también qué?

—Pues que no opine tanto, Charito, ¿no ve que a usted no hay quién la calle?

—Ya verá, ya verá. Yo de tarotista nada, pero tengo intuición de ardilla.

Rosa la miró con ternura y le dijo:

—Sobre todo lo que tiene es tamaño de ardilla.

Esa misma tarde, tal como estaba anunciado, en la oficina apareció la lista de las ocho escogidas, y como había temido Rosa, Valentina hacía parte del grupo. Al ver su nombre entre las elegidas, Valentina dio saltos de felicidad y corrió por los corredores hasta que encontró a las

dos señoras amables que la habían consolado y le habían ofrecido café con pan.

—Gracias, gracias —las abrazó.

3
“Anótate al futuro, que el pasado ya se fue”

Hoy es un sábado cualquiera, y en el Canal están grabando *De Sabatina, con Alain Clavel*, el programa favorito del público. Rosa va y viene con capas y sombrillas, sombreros y crinolinas, lo que se ofrezca; todo al vuelo y sin demora, porque la transmisión se hace en vivo y en directo, y en cualquier momento le piden algo inesperado, desde una cosa pequeñita como un anillo hasta una aparatosa, como por ejemplo una toga de juez, o una corona de rey, nunca se sabe. Pero no importa: Rosa siempre está lista y dispuesta y se deja venir con lo necesario. Parte de su responsabilidad consiste en estar atenta a todo lo que sucede en el plató. Por eso nota enseguida los afanes y el subidón de colores por los que está pasando don Alain Clavel, el presentador, cuando no llega Eros Arjona, el cantante de moda que tenía que aparecer en el tercer acto.

Todos buscan enloquecidamente a Eros Arjona, lo llaman a gritos. Pero nada. Eros Arjona no está por ningún lado, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Se produce un momento de zozobra. Los minutos pesan, como si fueran de plomo. El Maestro Mambo hace que sus chicas repitan la coreografía de la semana dos veces, para quemar tiempo. El equipo de grabación se paraliza mientras el país entero permanece a la expectativa ante las pantallas de televisión. A Alain Clavel se le ha helado la sangre en las venas, pero la astucia es hija de la necesidad; cuando ve a Rosa allá abajo, paradita y tan alerta como los demás, de golpe se acuerda de que ella, la vieja utilera, sabe echar las cartas del Tarot: a él mismo le ha adivinado la suerte un par de veces, con bastante buen tino y sobrado estilo. Enseguida ordena que la suban al plató, pero que antes le chanten cualquier disfraz de maga, le adecúen una mesa con mantel, un mazo de cartas y un par de candelabros. Como música de fondo, el violinista debe tocar la *Serenata Zíngara* con mucho vibrato.

A Rosa le caen con la orden de sopetón: “¡Corra, Rosa! ¡Corra! Don Alain Clavel ordena que suba y eche las cartas”.

—¿Cómo así? ¿Cuáles cartas? —Rosa se sorprende tanto que hasta se olvida de sus

habilidades y por poco se va de para atrás—. ¿Qué me están diciendo?, ¿yo en la tele? —Le sale a duras penas la voz—. Pero cómo así, quién dijo, yo no soy ninguna estrella, yo solo soy la que viste a las estrellas y de vez en cuando les lleva el café. Me va a dar un ataque. ¿Yo? ¿Tengo que encaramarme allá, debajo de todas esas luces, para improvisar un show? ¡Imposible! No. Que don Alain Clavel se invente otra cosa, yo no soy quién. No, no y no —Rosa se niega, muy alterada y resuelta a no dejar que la usen de comodín y la obliguen a hacer el papelón.

Pero ahí viene Charito, su amiga, que como ya se dijo es muy avispada, y enseguida se ha pillado la oportunidad.

—¿Cómo así que no es capaz, Rosa? —La sacude Charito—. ¡Despierte! ¡Qué diablos le pasa! Reaccione, mire que las oportunidades solo llegan una vez, y al que se quedó mirándolas pasar, adiós, adiós, lo dejan atrás. Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente. A ver, a ver, Rosita, más bien vamos a arreglarla para dejarlos a todos con la boca bien abierta, porque el primer impacto es el que cuenta. Usted haga su magia allá ante las cámaras, que para eso nadie es mejor, y prepárese, porque si esta nos sale bien, de aquí en adelante a nosotras no nos detiene nadie.

Como si despertara de golpe de un trance, Rosa reacciona y vuela; sabe exactamente qué vestido usar, los conoce todos de memoria. Tiene que ser algo claro, elegante y señorial, pero que no le falte un aire mágico, misterioso, seductor.

—Vamos a ver —se dice a sí misma, ya con firmeza y resolución—, tengo que aparecer como una pitonisa, o como una sacerdotisa, o en cualquier caso como alguien capaz de ver más allá de las narices, alguien que otea en amplio espectro desde el pasado remoto hasta el futuro venidero. Vamos a ver, a ver, a ver…

Rosa revuelca la ropa buscando algo muy preciso, algo que ella sabe que está allí, pero ¿dónde? ¡Ah! Aquí está. La vieja boa de plumas lilas, un poco empolvada y apolillada, pero no importa: la teleaudiencia no lo notará. Mientras tanto, su mejor amiga, Charo, le aplica la purpurina en los párpados y el rubor en las mejillas. Rosa apenas alcanza a enrollarse la boa, a echarse un poco de su infaltable perfume Sortilège para oler a delicias y a calzarse los zapatos, cuando escucha que el violín arranca a tocar suave y sensitivamente una música gitana, invitándola a salir al escenario.

Una voz retumba: “Ahora, en exclusiva para *De Sabatina, con Alain Clavel*, aquí está, con ustedes, la única en nuestro país, la más grande de las Américas, la mejor del mundo, sabia del pasado y maga del futuro, nuestra inefable e infalible… ¡Madame Rosicler!”.

—¿Madame Rosicler, yo? —le susurra Rosa a Charito—. Eso sí tampoco, este don Alain Clavel me endilgó nombre de dueña de burdel. ¿Quién se cree que soy, o qué? ¡Tantos años de compostura para esto! Qué van a decir los niños, se va a aterrar la gente del barrio…

—Ay, pero por Dios, Rosa, ¡espabile! A quién le importa si sale de dueña de burdel o vendedora de galletas de nata en un convento de carmelitas descalzas. Explíqueme qué le está pasando, Rosa. No la reconozco, ¿qué es esa crisis de personalidad? Venga, confíe en mí, déjese

ayudar, mire al futuro y piense: Madame Rosicler, Madame Rosicler, Madame Rosicler… Suena llamativo, misterioso, impactante, secreto y hasta sexi. ¡Corra! —le va diciendo Charito mientras la empuja hacia el plató.

—Bueno, hasta de golpe tiene razón usted, Charito. Rosa a secas es un nombre simplorete… —No termina de decir la frase completa cuando ya está en la mitad del escenario, con todos los reflectores apuntando a su persona, y ella allí, de boa lila, oliendo a Sortilège, frente a frente con el inmenso público que la está mirando a través de la cámara.

Airosa, y ya segura de sí misma, envuelta en la nube de perfume y plumas, Rosa —que a partir de ese instante ya nunca más fue Rosa, sino la misteriosa y única Madame Rosicler avanzó como una reina gitana y tomó posesión del espectáculo.

—Rosicler, ¡echa tus cartas! Ayúdanos a todos con tu sabiduría y don visionario —Alain Clavel sigue improvisando, ahora mira directamente a la cámara y apunta a la teleaudiencia con su dedo índice—. ¿Tienes preguntas? Madame Rosicler, la nueva estrella de este, "tu canal favorito", LUT-12, la gran conocedora de tus deseos más ocultos, de tus secretos mejor guardados y dueña del enigma de tu futuro, está aquí solo para ti. ¿Dudas sobre tu carrera? ¿Te preocupas por alguien? ¿Interrogantes en el amor? ¿Crees que tu marido te es infiel? ¿Lograrás el éxito? ¡Pues llama ya! Marca el número 367878 que aparece aquí, en pantalla, y formula tu pregunta.

De inmediato empieza a sonar el teléfono.

—¡Y nos vamos con la primera pregunta! —grita Alain Clavel en tono exaltado.

Se oye la voz que entra por la bocina. Desafortunadamente el sonido no es bueno, pero al menos se adivina que se trata de una mujer.

—Ha desaparecido mi anillo de diamante desde hace días, y yo quisiera saber si Madame Rosicler me puede ayudar a dar con su paradero.

Rosa comienza a barajar y a partir las cartas con habilidad. Las extiende con profesionalismo sobre la mesa e inclina la cabeza sobre ellas.

—No te preocupes, mi amiga —le dice a la voz que ha llamado—, el firmamento tiene una respuesta para ti. Veo azul, veo calor, veo abrigo, ¿tal vez lana?, muy azul. Ahora se hace oscuro, ahora otra vez claro. ¿De casualidad tu levantadora es azul, digamos, azul pálido o azul cielo? ¿Se te ha ocurrido mirar entre sus bolsillos?

Por la bocina llega un grito de alegría.

—¡Madame Rosicler me ha salvado! —grita la voz—. ¡Apareció! Mi anillo apareció. Gracias, muchas gracias, Madame Rosicler, usted acaba de salvarme de que mi marido me mate.

—De nada, amiga —le responde Rosa, o Rosicler—, ha sido un regalo del universo solo para ti.

El teléfono suena y suena, no para de sonar. Rosa, en su encarnación de Madame Rosicler,

contesta todas las consultas siempre dulce y sonriente, haciendo comentarios positivos, dando soluciones eficaces.

—Desafortunadamente, el tiempo en televisión vuela —anuncia Alain Clavel— y ya se nos termina *De Sabatina* hoy. Pero la semana entrante estén listos con sus preguntas, sus dudas, sus anhelos y preocupaciones, porque Madame Rosicler estará aquí, con nosotros y con ustedes, acompañándonos con su tarot.

Se apagan las luces y en el estudio se escucha un aplauso cerrado. En verdad ha sido un éxito rotundo. El propio Alain Clavel se acerca a Rosa y le advierte que debe estar lista para el próximo sábado.

Las dos amigas salen de ahí felices, algo extraño y estupendo ha sucedido esa tarde, algo que tiene la magia de lo inesperado, una de esas vueltas amables que da la vida porque sí y así no más, sin que nadie lo busque ni se lo pida.

Rosa y Charito no paran de hablar y hablar. Siempre han trabajado juntas, desde muy jóvenes son almas gemelas, llevan vidas paralelas. Rosa la del vestuario y Charito la del maquillaje. Rosa, grande, acuerpada y alta; Charito, chirriquitica, como una muñeca, un primor de miniatura, llena de gracia. Para mayor sintonía y coincidencia, ambas son madres solteras, cada una de un muchacho. Cristóbal, el de Charo, es apenas un año mayor que Alexey, el de Rosa.

Aunque Charito nació con enanismo, Cristóbal, su hijo, le salió altote y fuertote, un guapetón bien plantado; según se rumora, es hijo de un actor que hacía de galán de telenovela y que, vaya uno a saber cómo —mejor no averiguarlo—, había tenido tras bambalinas un romance tempestuoso con Charo, la diminuta maquilladora del Canal, la que siempre llevaba en la mano un butaco para poder encaramarse en él y alcanzar la cara que debía maquillar.

Por lo demás, Charito era una artista consumada. A cada rostro le dedicaba la atención y el cuidado que un pintor pone sobre un lienzo. Sabía acentuar, a punta de sombras y delineadores, las características de cada personaje. Si el guion incluía una viuda, por ejemplo, Charito resaltaba el dramatismo de su duelo con profundas ojeras violetas. Si se trataba de un malvado, Charito le colocaba en la mejilla un horrendo lunar peludo. Si era una princesa, recurría a la brillantina en tonos lilas y dorados. Si era una gitana, le ponía largas pestañas postizas y rojo subido en los labios. Y así. Charito era toda una artista de la paleta y una intuitiva conocedora del alma humana.

En ese atardecer, tras el sorpresivo debut de Rosa en la pantalla, las dos amigas optaron por tomar chocolate para celebrar con sus hijos, y por el camino a casa compraron galletas y pan. Desde hacía unos años habían decidido vivir juntas para compartir gastos y se habían vuelto inseparables: trabajaban en el mismo lugar, se acompañaban a todos lados, la mujerona y la mujercita, de fuertes personalidades tanto la una como la otra, en permanente complicidad y

entendimiento. Y también en permanente confrontación y pelea, dado que cada cual tenía su propia percepción de los asuntos de la vida. Aun así, todo desencuentro entre ellas siempre acababa en reconciliación y feliz recuperación de la armonía.

Sus dos hijos habían sido amigos desde chicos. Los cuatro conformaban una curiosa pero bien avenida familia. Se habían mudado a una casa en un barrio tranquilo y disponían de tres cuartos, dos baños, cocina, comedor y una bonita sala de estar con chimenea que prendían cada tanto, hiciera frío o calor, porque a Rosa la hacía sentir en el invierno ruso.

—Oiga, Rosa, tiene que empezar a cuidar la línea ahora que es diva de la televisión —le aconsejó Charito, mientras reían contentas, caminando agarradas del brazo, la una empinada y la otra agachada, como en esa bonita canción infantil que dice “un enano y un gigante se encontraron una vez…”.

—¡Cómo cree, Charo! No exagere. Diva no, apenas debutante, o actriz de reparto. Para diva Brigitte Bardot, yo apenas improvisadora, claro que si tuviera los pechos de Sofía Loren, entonces tal vez.

—Deje de quejarse, Rosa, que usted tiene lo suyo. Por ese lado no debe envidiarle nada a nadie.

—No se confunda, Charo, no se trata de lo grandes, lo que cuenta es lo bien puestas y lo bonitas, y ya a mi edad no hay manera de poner nada en donde corresponde.

—¿No le digo? Usted, Rosa, siempre le encuentra el pero a la existencia. Usted llora más que canastada de pollos, ¿no ha escuchado acaso del brasier Clarissa? Viene reforzado y lo compone todo, porque lo empuja para arriba y perfecciona la silueta, y así…

—Ya, deje eso, Charo, no empiece con el delirio que a estas edades ni los andamios levantan lo que para siempre se cayó.

A la hora del chocolate, los cuatro integrantes de la familia se sentaron a la mesa, rapándose la palabra para comentar la novedad. Rosa contó que la cosa no era pasajera, no había sido chepazo de una sola vez, sino que se repetiría la siguiente semana.

—¿Y cuánto le van a pagar a mi mamá? —le preguntó su hijo Alexey.

—¡Cómo se le ocurre que me paguen, mijo! Tendría que pagarles yo a ellos por el honor, ¿no ve que me dejan salir en televisión? —contestó ella.

—Vea, mi mamá: ese programa que usted les facilitó hoy los sacó de un aprieto, y además les da buena plata. No me venga con que ellos se quedan con el dinero y nosotros con el honor.

—Totalmente de acuerdo —interrumpió Charo, llena de entusiasmo—. Nada de eso, Rosa, espabile. Del honor no come nadie. Vamos a cobrarles duro, para que aprendan…

—Esa manera suya de pensar no nos conviene, mi mamá —retomó el hilo Alexey—. Comprenda, mi mamá, que en el Canal le tienen que pagar también a usted, que es la estrella

central e indispensable de esa sección. Eso es así y san se acabó, no se diga más —Alexey hablaba muy poco, pero cuando lo hacía, dictaminaba la última palabra—. Y mientras cuadramos lo de la plata, escúcheme bien: vamos a hacer unas exigencias, que no se crean que nos van a utilizar así como así.

—No, eso sí que no —otra vez Charito, interrumpiendo—. Vea, Rosa, Alexey tiene toda la razón. Nosotros no somos el monigote de nadie. ¿O qué se están creyendo?

—Saque pues su libretica, mi mamá —trató de avanzar Alexey en sus instrucciones—, y apunte para que mañana le cante la tabla a ese tal Alain Clavel de *De Sabatina*, que ya de por sí las hace trabajar demasiado.

—Eso sí que es verdad —Charito entró con fuerza—. Fíjese, Rosa, su hijo lo dice con todas las letras, a usted y mí nos hacen trabajar más horas de lo que recomienda el Estatuto Laboral.

—Lo más importante es que a mi mamá le pongan bien vistoso un letrero que diga "Para consultas unipersonales y especializadas, llamar al consultorio privado, teléfono 360483, en el horario de 9 a. m. a 2 p. m.". —Alexey era enfático y conciso en sus afirmaciones—. Usted especifique que Charito ya no va a trabajar sino para mi mamá.

—¿Yo? ¿Cómo así? ¿Yo solo para Rosa, o sea, para Madame Rosicler? Totalmente de acuerdo, Álex…

—Calladita, Charo, déjeme terminar, que esto es importante y le atañe a usted —trató de silenciarla Alexey para poder proseguir—. Charo no va a tener tiempo de atender a nadie más, porque de mañana en adelante, ella va a ser la maquilladora y asistente personal de Madame Rosicler, encargada solo de sus asuntos.

—Así es, única y exclusivamente de sus asuntos, Rosa, ¿oyó? —repetía la pequeña como un eco.

—Diga también que le pongan tres operadoras —Alexey recuperó la palabra—, cada una con un teléfono ahí mismo, en el set, para recibir todas las llamadas de consulta. Y que le monten un escenario con todas las de la ley, tal como mi mamá se lo merece.

—¡Sí! ¡Sí! —interrumpió Charito—, un escenario de ensueño, ¿se imagina, Rosa? Algo por el estilo de un palacio ruso, ¿por qué no? Soñar no cuesta nada, ¡uy!, qué belleza, un palacio con toda esa nieve alrededor… claro que a mí el frío como que no me convence tanto, pero en fin, como es solo de mentira…

—Pongan atención las dos, que esto va en grande. Hoy pasó algo serio que puede cambiar el destino de esta familia para bien si lo manejamos prudentemente, pero si empezamos a loquear, puede ser una catástrofe.

—Tiene razón el Álex, escuche a su hijo, Rosa —otra vez Charito, metiendo la cucharada.

—Por ahí vamos empezando y ya veremos por dónde seguimos —pontificó Alexey, que, como ya se dijo, hablaba muy poco, pero cuando hablaba, lo hacía duro y largo.

—Usted tiene buenas razones, pero a nosotras déjenos soñar, mi Álex. De ahora en adelante, a

soñar bastante, porque los sueños se nos van a hacer realidad. Usted, Rosa, y usted, Álex, y también usted, Cristico, pónganle mucha fe a esto y verán que se nos da el milagro —dijo Charito, para no quedarse atrás.

—¿Sí ve, Cristico? —retomó la palabra Alexey—. Ahora sí nuestras mamás se van a dar la vida a la que tienen derecho. No más trabajar de sol a sol, ya verán cuando nos vayamos los cuatro de paseo. Vamos a llevar a estas señoras a conocer la nieve, ya verá. Ya no más soñar con palacios de otros, ya no más llorar por los tales Romanov; ahora tendremos nuestros propios álbumes y nuestra historia, que será feliz, siempre y cuando hagamos las cosas con calma y cuidado.

—Quién sabe qué estará pensando mi muchacho, pero con lo inteligente que es, ya lo tiene todo planeado. Y así, tal cual, igualito como él lo dice, así lo vamos a hacer —asintió Rosa.

—Estoy de acuerdo —concluyó Charo—. Doy mi voto a favor. Bien hecho y para adelante, y no para cualquier lado como caballos locos.

A todas estas, Cristóbal escuchaba y sonreía. Le encantaba ver discutir a su familia, cada quien con sus obsesiones, y todos unidos en un propósito conjunto.



4
“Por lo raras, las perlas son caras”

Al día siguiente, el propio Alain Clavel mandó llamar a Rosa para que se presentara en la oficina. Allá fue a parar ella, siempre sonriente y dulce.

—Rosa, la llamo para que planeemos el programa del sábado desde ya. Usted no va a improvisar como le venga en gana. Tiene que atenerse a un formato. Debe saber cuándo entra y qué dice, así que ponga atención. Le voy a dar unas instrucciones —dijo Alain Clavel, con su tonito arrogante de siempre.

—Ay, don Clavel, pero antes unas cositas —se atrevió a decir ella.

—¿Qué será? —preguntó el hombre, ya medio impaciente.

—Pues, don Clavel, lo primero es decirle que mientras vamos arreglando lo de mis honorarios y firmamos un contratico, hay que hacer unos cambios. Tome nota, por favor, que esto tiene sus requisitos. En el set quiero al violinista y a un arpista que lo acompañe, siempre me han gustado los instrumentos de cuerda; quiero la mesa redonda con los candeleros, pero con un gran mantel de damasco que caiga hasta el suelo. ¿Lo está anotando todo? No vaya a ser que olvide algo —a medida que hablaba, y al ver la cara de desconcierto de Alain Clavel, Rosa se iba envalentonando—. Quiero columnas, nubes y, para rematar, una fuente de agua. Además, quiero tres operadoras con sus teléfonos, que respondan a los televidentes delante de las cámaras. La vez pasada una sola telefonista no daba abasto y perdimos muchas llamadas. Como verá, ese cambio es fundamental. Lo de las nubes, vaya y pase; si usted no las aprueba, no voy a poner problema por eso. Pero esto que viene anótelo bien, porque es urgente: quiero un letrero grande y claro que diga que recibo clientes en mi consultorio privado. En el letrero deben aparecer el horario y el número telefónico. Eso en cuanto al set. Quiero también que, de hoy en adelante, Charito trabaje solo para mí, como mi maquilladora y asistente personal.

Alain Clavel soltó una carcajada que se oyó hasta el corredor. ¿Y ahora quién se creía esta simple empleada? ¿Acaso empezaba a hacerse la diva?

—Vaya, vaya, conque Madame Rosicler no quiere sino eso —dijo sarcásticamente y se volvió a reír—. Se nos volvió loca esta Rosa —murmuró para sí, pero en voz audible—. ¿A qué hora se le subió a esta el estrellato a la cabeza? La muy descarada. Cómo se le ocurre hacer semejantes exigencias, justamente a ella, si hace tres días solo le faltaba trapear el piso para que yo pasara. Ahora qué, ¿se siente acaso Madame Butterfly? ¿Se cree la pitonisa de Delfos? Bah, esos nombres no debe haberlos oído en la vida. Para qué gastar mi tiempo con los delirios de grandeza de una recién aparecida en el mundo del espectáculo…

—Recién aparecida sí, don Clavel, pero llegué para quedarme. Le concedo el punto, don Clavel —siguió Rosa, como si le dieran cuerda, con firmeza inusitada, pero sin perder la dulzura —. En cuanto a esos nombres que usted menciona, la verdad sí los desconozco, pero no tienen nada que ver con mis peticiones esenciales. Si lo prefiere, y se siente más a gusto, vuelva a llamar al cantante ese, al tal Eros Arjona, el que iba a salir la semana pasada y lo dejó plantado: ese seguro sí conoce a la señora Butterfly y a la otra, y yo más bien vuelvo a mis oficios de antes. A mí no me desluce trapearle el piso a nadie, he trapeado muchos pisos desde que soy muy niña.

Rosa en realidad no creyó que tanta exigencia fuera a dar resultado; ya se veía a sí misma otra vez de simple operaria, como siempre, y a Charito echándole máscara encubridora a la narizota roja de don Clavel, el presentador. Pero no importaba, lo bueno era que ella había sido capaz de seguir las indicaciones de su hijo al pie de la letra. A Rosa no le gustaba llevarle la contraria a Alexey, que casi nunca hablaba, y cuando lo hacía, era directo y certero.

Alain Clavel quedó atónito. Después de un momento de silencio, se levantó de su silla, le dio la espalda a Rosa y pensó: “No puedo decir que no, esta igualada me tiene contra las cuerdas, tuvo demasiado éxito en esa lectura improvisada de las cartas. Mantenerla ahí, sacarle el jugo, significaría mucho dinero en patrocinios. Mujercita del demonio, me dan ganas de estrangularla. Pero mejor me contengo, sería acabar con la gallina de los huevos de oro”.

—¿Tiene algo más para decirme, don Clavel? —le preguntó Rosa.

—Absolutamente nada.

—Entonces, como veo que no pudimos llegar a un acuerdo, vuelvo a mis oficios.

—Está muy bien —concedió Alain Clavel—, haremos lo que quiere. Pero entonces usted misma se me compromete a anunciar a nuestros patrocinadores, bien alto y clarito: gomina americana Brady, cigarrillos Chesterfield y licor Anís del Mono. Bueno, no, yo me encargo de la gomina para caballeros, que me cuadra bien porque tengo el cabello necesario para ello. Y a usted le cae la responsabilidad de anunciar los otros dos. Practique la pronunciación, hágame el favor, a ver si de aquí al sábado logra que la audiencia le entienda.

—No tengo ningún problema, don Clavel. Así quedamos. Usted luce su cabellera engominada y yo practico mi pronunciación. Siempre y cuando firmemos contrato la semana entrante.

Rosa, la utilera, ahora transformada en Madame Rosicler, abandonó la oficina sonriente y triunfante, sin despedirse. A la salida la estaba esperando Charito.

—Cuente cómo le fue, Rosa, ¿sí logró algo? O se achicó a última hora.

—¿Pues qué cree? Don Clavel se puso hecho una furia, como esperábamos. Si lo viera, hasta susto me dio verlo tan rabioso, rojo como un tomate; yo pensé que se iba a reventar. La frente le sudaba y los labios le temblaban, yo me echaba para atrás, pensando que en cualquier momento se me tiraba al cuello para estrangularme. Pero no me achiqué, Charo, ni crea. Por el contrario, hinché pecho y me le planté de frente.

—¡Así se hace, Rosa! ¡Bien por esa, niña! Y, por lo que veo, el hombre no la estranguló, aquí la veo tranquila y campante. Cuente, pues, en qué acabó la cosa.

—Pues, como dijo mi Álex, infartado y todo don Clavel tuvo que ceder. ¡Estamos contratadas, Charito! La semana que viene firmamos contrato.

—Ver para creer; mientras no haya firma, no hay nada. Las palabras son solo palabras, y se las lleva el viento. Y para no equivocarnos en este asunto, ahora sí le toca a usted, mi doña Madame Rosicler, echar esas cartas y leerlas bien, para ir adivinando la ruta de nuestro destino —dijo Charito.

—La lectura de las cartas es una cosa muy seria, Charo. No se burle de eso, mire que ellas son vengativas. Si las trata con seriedad, se portan bien. Si se burla, le hacen trastadas —advirtió Rosa.

Tal como estaba pactado, el contrato se firmó. Comenzaron los trabajos en el set, contrataron al arpista y consiguieron el damasco. Las nubes se recortaron con cartones para colgarlas a distintas alturas del techo, los curas les alquilaron las columnas de las andas de la iglesia, total ahí estarían ociosas y arrumadas mientras no llegara la Semana Santa. Se consiguieron tres líneas telefónicas con sendas operadoras y se mandó a hacer el letrero con el teléfono del consultorio privado. Lo de la fuente resultó más complicado: ¿agua en el plató? El carpintero se dio mañas, pegando una manguera que venía desde el baño a unos cubos; eso sí, un asistente entraba acurrucado y ponía un balde a llenar mientras desocupaba otro.

Todo estaba listo y montado para el siguiente programa. Llegó el momento de hacer la entrada de Madame Rosicler, que con su asistente personal había estado toda la mañana ensayando peinados, maquillajes y vestidos. Después de mucha discusión, porque cada cosa las llevaba a un debate como de vida o muerte, por fin se pusieron de acuerdo y Rosa quedó maravillosamente convertida en Madame Rosicler.

Sonó la música de los instrumentos de cuerda, tal como había solicitado la tarotista. Las nubes comenzaron a moverse, como si estuviera soplando un tenue viento, y la fuente funcionaba más o menos bien. Las “ocho elegidas”, disfrazadas de gitanas, interpretaron una especie de danza de

vientre coreografiada por el Maestro Mambo.

Alain Clavel abrió con gran pompa el espectáculo; se mostró muy crecido como presentador.

—Ahora el orbe entero saluda a la única en nuestro país, la mejor de las Américas, la maravillosa Madame Rosicler —anunció.

Rosa entró a paso de reina y tomó asiento, cuidando de que la falda no quedara muy machacada bajo su peso.

—¡Alain! Muy buenas tardes, hoy lo noto muy elegante y bien peinado —le dijo Rosa, ya con el tono afectado y algo afrancesado de Madame Rosicler.

—Pero cómo no, Madame. A mí me llaman El hombre Brady, porque siempre utilizo la gomina americana Brady —le contestó él.

De inmediato comienzan a sonar los tres teléfonos.

—Si a Alain le parece bien, empecemos de una vez. Vamos con la primera pregunta. Claro que, para entrar en calor, me gustaría una copita de Anís del Mono, que anima sin aturdir. Alain, ¿usted me la podría servir? Gracias, gracias, ¡qué caballero! —dijo Madame Rosicler, alzando la copa mientras miraba directamente a la cámara—. Brindo por ustedes, mis queridos seguidores. Que la suerte sople suave sobre nuestro velamen, y que nos sea favorable. ¡Salud!

—Madame Rosicler, yo a usted la admiro y la respeto, conozco de su sabiduría —dijo la voz del teléfono.

—Gracias, gracias, amiga, pero vayamos al grano, ¿en qué le puedo ayudar?

—Quisiera saber si mi marido me es infiel —dijo la mujer del teléfono.

—Mi querida amiga, vamos a echar las sabias cartas para ver qué lectura nos dan. Cierre los ojos, concéntrese, allá desde su casa, y ayúdeme a convocar al destino para que nos hable claro.

Rosicler comenzó a barajar; lo hizo con gran estilo. Los músicos tocaron una tonada de suspenso.

—Alain, para que mi concentración sea más profunda, me vendría bien aspirar un Chesterfield con filtro, ¿me lo podría brindar? —solicitó Madame Rosicler.

A regañadientes, Alain Clavel le pasó el cigarrillo y se lo encendió. Rosicler soltó una bocanada de humo sobre las cartas y dijo, pronunciado sílaba por sílaba, y mirando fijamente a la cámara:

—Las cartas empiezan a susurrar, pronto conoceremos la verdad. Las cartas dicen que ha llegado el momento de que tú, querida amiga, que en este instante estás conmigo, te transformes positivamente. Veo que aún eres una mujer muy atractiva, pero esta carta, el dos de espadas, me está diciendo que la rutina ha oxidado un poco la pasión que existía entre tu esposo y tú. Las cartas me hablan de que debes encontrarla de nuevo. Esa vieja pasión, la que encendía sus corazones, búscala, recupérala. No temas. Sorprende a tu marido con encaje. Esta otra carta nos revela algo más: los oros junto a la luna claman por encaje negro y velos, velas y uvas, chocolates rellenos de licor y pétalos de rosa, tórrido romance, en horas nocturnas.

Tras varias consultas, el programa terminó con tanto éxito que los teléfonos siguieron sonando, pese a que Madame ya no estaba al aire. Sonaron y sonaron hasta bien entrada la tarde. Los televidentes no perdían la esperanza de que, por casualidad, alguien pudiera contestarles.

Alain Clavel se notaba muy molesto al final del programa. Encaró a Rosa haciendo muecas con la boca y atusándose el bigote.

—¿Y es que la Madame del momento ya me piensa quitar el don? ¿Alguien le dio autorización para llamarme Alain Clavel, a secas? ¿O, peor aún, Alain? Dígame de dónde acá la confianza, ¿acaso somos íntimos amigos?

—Dios no lo quiera, ni la Virgen lo permita —reviró ella.

—¿Piensa que yo estoy aquí para servirle el anís y para prenderle los cigarrillos? ¿Ah? —vociferó él.

—Servirle a la gente es muy digno, yo siempre lo he hecho y eso no me disminuye. Yo le he pasado a usted el café sin que eso me corresponda, por pura amabilidad y desde hace muchos años. Nunca me he sentido menos por eso. Si lo llamé Alain a secas, fue por darle credibilidad a la representación. Y usted a mí me llamo Madame Rosicler, y no Rosa. Los dos hicimos bien nuestro papel. Pero, si lo prefiere, ante las cámaras le digo don Clavel, o si quiere le digo jefe, y usted me dice Rosa. A ver cómo nos sale la cosa.

Ese día, Rosa regresó abatida a casa, a pesar del éxito del programa.

—¿Qué le pasa a mi mamá? ¿Por qué la veo tristona? —preguntó Alexey.

—Venga, mijo, me acompaña aquí a echar unas cartas, porque tengo una preocupación grande.

Ya en ese momento, la voz un poco soñadora o aletargada de Alexey y el suave aleteo lento de sus sedosas pestañas indicaban que el muchacho estaba empezando a caer de nuevo en una de esas parálisis repentinas e intermitentes que lo aquejaban desde que nació.

Se trataba de una enfermedad sumamente extraña y sin nombre, porque ningún médico de los muchos consultados había podido emitir el diagnóstico exacto. El síntoma consistía en largos períodos de absoluta inmovilidad y mudez, en los cuales Alexey debía ser trasladado en silla de ruedas de un lado al otro, como quien lleva a un muñeco inerte. Durante esos períodos, permanecía tan ausente, silencioso y estático como estatua griega. El símil con la figura griega no es casual, porque Alexey era tan pálido como el mármol, y de facciones y proporciones tan perfectas y finas como las del mejor mancebo que hubiera esculpido un Fidias o Praxíteles. O, para decirlo sin tantas vueltas, Alexey, adorado hijo de Rosa, era dueño de un perfecto perfil griego y de unos bucles de suave ondulación, parecidos a los de Aquiles, el más bello de los

héroes troyanos.

Lo más peculiar de su enfermedad, o condición, por llamarla de alguna manera, consistía en que, al parecer, Alexey era capaz de manejarla a voluntad. Cada vez que quería podía caer en este estado de hibernación —o petrificación—, o salir de este, que podía ser tan corto como dos horas y tan largo como días enteros. Durante estos estados hipnóticos, Alexey percibía todo lo que sucedía a su alrededor. Así lo comprobaron su madre y demás miembros de su familia, porque, al despertar, el muchacho demostraba estar enterado de acontecimientos, situaciones y diálogos, y hasta de las noticias mundiales que habían acaecido mientras él estaba aparentemente desconectado.

Cuando despertaba del letargo, entraba en períodos de actividad febril y adoptaba un modo de expresión verborreico y torrencial, pronunciando una cantidad asombrosa de palabras por minuto, como si tuviera que decir todo lo que había callado durante la catatonia. Cuando esto ocurría, la familia no solo lo escuchaba como si estuvieran en misa, sino que corría a hacer todo lo que él decía y a cumplir sus órdenes, no solo porque Alexey era bien dominante y tenía un gen mandón —digamos que, de personalidad, era un Alfa total—, sino también porque sus indicaciones y apreciaciones solían ser muy acertadas, y salvo escasas equivocaciones, con sus intervenciones orientaba a la familia por buen camino, e incluso la sacaba del atolladero, si se daba el caso.

Rosa le trajo a su hijo una taza grande de café, a ver si con eso lograba sacudirlo para aplazar la caída en el letargo, aunque lo hizo sin muchas esperanzas, en realidad. Con el paso de los años, Rosa ha aprendido que cuando Alexey decide apagarse y sumirse en sus profundos estados de introspección e inmovilidad, no hay nada que lo frene, simplemente se apaga y se retrae a ese lugar interno y secreto donde parece descansar, sereno y a gusto.

Se sentaron los dos en la cocina, frente a sus tazas. Rosa barajó y partió su mazo como lo hacía siempre, puso las cartas en abanico y se inclinó para escucharlas. Al instante llegaron también Charito y Cristóbal.

—¿A quién le va a leer el destino esta vez, mi mamá? —preguntó Alexey.

—Al tal don Alain Clavel, que me está dando muy mala espina. Les digo que siempre me ha parecido mala persona, pero ahora me tinca que hay más que un jefe humillante. Miren esto, he barajado tres veces y siempre me salen malas cartas, y siempre mal acompañadas. Creo que tenemos que cuidarnos de esta persona.

—No se me preocupe tanto, mi mamá —dijo Alexey, ya con un tono medio ido, medio sonámbulo—. Ya le digo, no se me preocupe que con el éxito que está teniendo el programa, ese jefe suyo no le podrá hacer mucho daño. Más bien es él quien debe temer que mi mamá se le retire o le renuncie. No tienen cómo reemplazarla, y sin mi mamá se les cae la teleaudiencia que, gracias a ella, han conquistado.

—No sé, mijo, no sé. Tengo mis dudas. Yo puedo equivocarme, pero las cartas no. Ellas saben

lo que dicen, y mire las que salieron —suspiró Rosa.

—Puede ser que las cartas no se equivoquen en que Alain Clavel sea una persona de desconfiar, ya sabemos cómo es él, pero usted confíe en su hijo, que le dice que ese presentador ya no la mueve a usted de ahí —dijo Charito.

—Aquí hay algo muy raro. Sale don Alain Clavel y otra vez me sale el Loco, pero además hay una figura, un diablo, que no acabo de entender. ¿Por qué todo al tiempo? ¿Por qué todo en la misma tirada? Ya les digo: hay algo que no entiendo.

—Esta Rosa sí… Para cada solución, un problema —comentó Charito como para sí misma.

Alexey se pasó a su hamaca, el lugar favorito durante sus estados de catatonia, y se tapó con la cobija roja tejida en croché por Charito. Era la señal inequívoca de que no había nada que hacer, estaba a punto de empezar una nueva etapa de hibernación. ¿Cuánto duraría esta vez? Imposible saberlo.

—No se preocupe, mi mamá —le dijo Alexey con los ojos entrecerrados, o volteados hacia las regiones del sueño—. No se preocupe por Alain Clavel, se lo digo yo, que sé lo que le digo…

Rosa se acercó y le dio un beso en la frente.

—Ojalá, hijo, ojalá tenga razón usted y yo me esté preocupando en vano. Pero por ahora descanse, vuele en sueños bien lejos, pero eso sí, ojalá despierte pronto, y en todo caso sepa que aquí lo estamos esperando, siempre, siempre.

5
“Los secretos son voces que gritan en silencio”

Los muchachos habían arreglado bien el consultorio, muy al gusto de Rosa, o del gusto que suponían agradable para los clientes de la rápidamente famosa Madame Rosicler. La casa tenía un pequeño antejardín con los rosales que sembraba la hacendosa Charito. Se le daban fuertes y cargados de flores. Aquel patiecito era ya casi una compacta selva de rosas; para quien llegaba, era como entrar por una puerta secreta a otra realidad, una dominada por la presencia y el aroma de las flores.

Para la salita de estar, convertida en consultorio de Madame Rosicler, habían comprado un tapete rojo, una mesa redonda de buen tamaño cubierta por un damasco drapeado en tonos dorados, con el mágico mazo de cartas sobre una bandeja rococó, dos sillas sencillas enfrentadas a una especie de trono, con un pedestal al lado sobre el que reposaba una roca de cristal de cuarzo, guardiana de la energía positiva de la tarotista. En los días de consulta la chimenea, sobre la que colgaba un cuadro de ángeles y querubines, permanecía prendida. Habían conseguido una lámpara grande de lágrimas en una casa de empeño del centro de la cuidad. En la pared de la entrada colgaron un cuadro de san Miguel Arcángel, príncipe de la milicia celestial, pisoteando la cabeza de un pobre demonio. Madame atendía con una bata de seda de color verde oliva, que contrastaba con el rojo de los sillones y la alfombra. En el resto de la casa, reinaba un absoluto silencio.

A medida que comenzaron a pasar las semanas y la clientela a crecer, aparecieron también las fallas del sistema. Aunque Rosa creía ciegamente en lo que las cartas le decían, porque Rosa en realidad tenía el don de leer a las personas, de saber escuchar con mucha atención, preguntar lo importante y presentir las verdades de sus clientes, aun así, no se podía afirmar que ella fuera infalible, y para los planes de esa exótica familia que la vida había juntado, se necesitaba atinar al menos en un ochenta o noventa por ciento de los casos.

Alexey despertó después de muchas horas; ya nadie en la casa llevaba la cuenta; se quitó de

encima la cobija roja y bajó por sí mismo y sin ayuda de nadie de la hamaca. Al parecer, durante su sueño había encontrado lo que podría ser el remedio. Habló primero con Cristóbal y los dos se pusieron de acuerdo. Días después, pidieron reunión familiar de emergencia y se sentaron los cuatro en la cocina. Charito repartió limonada y galleticas de canela horneadas por ella misma.

—Cristóbal y yo hemos decidido que mi mamá no puede llevar sobre sus hombros todo el peso de este trabajo. Le vamos a ayudar a hacerlo entre todos. Para eso, nosotros hemos conformado una sociedad llamada Agencia Secretum Ltda, que estará debidamente registrada ante la Cámara de Comercio. En el momento tiene cuatro socios, poseedor cada uno de un veinticinco por ciento de las acciones —anunció solemnemente Alexey.

Rosa no acababa de comprender de qué hablaba su hijo, y en realidad Charito tampoco, aunque se hacía la muy entendida y asentía.

—A ver les explico a mi mamá y a Charo: estoy hablando de la logística de este negocio. Debemos tener más clientes satisfechos para que sea en verdad rentable. Cada falla en la adivinación implica un cliente desilusionado. Cliente desilusionado, es cliente perdido, así que nuestra agencia de investigación va a darle un empujón al tarot. Entiéndame, mi mamá: no es que con esto podamos reemplazar la lectura de las cartas, ni más faltaba, de eso no se trata. Eso nunca. Estoy hablando simplemente de la parte complementaria. Aquí tenemos que meterles más información a los casos, para que sus clientes queden complacidos y convencidos de que se les ha prestado un servicio de lujo —siguió explicándoles Alexey—. Operaremos de la siguiente manera. Todos los lunes y jueves vamos a tener junta de la sociedad; mi mamá presentará los casos complicados, y, entre los cuatro, estudiaremos con cuidado su evolución para poder ayudar a resolver lo que se necesite. Todos tendremos que participar en las pesquisas. Unas veces unos, otras veces otros, y muchas veces cada uno por su lado.

—Ay, Álex, yo le admiro su iniciativa —suspiró Rosa—. Todo lo que ha dicho es muy inteligente, como siempre, pero no sé, a mí se me hace que eso puede implicar que yo, como tarotista seria y comprometida, pueda estar faltando a la ética profesional. Porque eso de buscar información que no se vea en las propias cartas, no sé… perdóneme que se lo diga con claridad, pero creo que estaría haciendo un poco de trampa.

—Eso no puede ser, ¡trampa, no! —dijo Charo—. Con el derecho que me da tener el veinticinco por ciento de las acciones, digo que trampa no se debe hacer en un negocio como este.

—A ver, a ver, se me tranquilizan las dos —puso orden Alexey—. Trampa, no, mi mamá; trampa, no, Charito. No piensen así. Piensen más bien que vivimos en una era científica, ¿o acaso no es así, Cristico? Explíqueles usted mismo a las señoras cuál es su parecer.

—Yo apoyo la moción de Álex, sin ninguna duda. Lo que queremos decirles a las señoras aquí presentes es que hay que reforzar la magia con datos objetivos, y soy enfático en utilizar la palabra *reforzar,* que por supuesto no significa reemplazar —dijo Cristóbal.

—Eso sí, mejor, mejor. Cristico lo está diciendo muy correctamente —volvió a opinar Charito —. Mientras haya datos objetivos y científicos, pues no hay trampa. Escuche a los muchachos, Rosa, que son el pensamiento moderno. Usted y yo pertenecemos al pasado, y sobre todo usted, que es un año y tres meses más vieja que yo.

—No se me preocupen —las tranquilizó Alexey—, presente y pasado van de la mano y se proyectan hacia el futuro. Aquí cada uno de nosotros tiene su parcela de razón, no hay por qué montar gran debate al respecto. No hay antagonismo: ciencia y magia van de la mano en nuestra familia.

—Tan bonito que habla mi Álex, siempre con términos precisos —dijo Rosa.

—Totalmente de la mano. Yo voto por eso. Cuenten conmigo —opinó Charito.

—Nosotros tenemos que vivir al ritmo de estos tiempos tecnológicos, siempre al servicio de todos los conocimientos que Rosa tiene de la psicología profunda de los seres humanos y de los dictámenes del tarot —aportó Cristóbal.

—Eso sí. Rosa será la más vieja de Secretum, pero psicología de la seria sí profesa. Muy profunda, nadie se lo niega. Y ella también tiene su veinticinco por ciento asegurado —dijo Charito.

Tras un poco de reticencia, Rosa dio su consentimiento y los cuatro brindaron chocando los vasos de limonada. De todos modos, Rosa quiso expresar una última duda.

—Ese nombre, muchachos, dizque Secretum… ¿eso tan raro de dónde lo sacaron?

—¿Ah, eso? Eso no es nada. Nos pareció elegante. Quiere decir “secreto”, y nuestros asuntos son secretos. Además, los nombres en latín suenan bien, convencen más —dijo Alexey.

—Rosa, rosa, rosam, rosae, rosa, rosa. Así se dice su nombre en latín, Rosa. A mí las monjitas me enseñaron mucho latín —concluyó Charito.

El par de muchachos, Alexey y Cristóbal, se conocían desde la cuna y habían crecido como hermanos en esa familia tan particular y feliz. Pero un secreto oscuro echaba luz negra sobre el grupo, como ocurre en todas las familias felices, amenazando con opacar la dicha conseguida. En este caso, el secreto latía por los rincones y emitía una vibra peligrosa.

Álex había crecido con la sombra de no saber quién había sido su padre y por qué su madre se había negado siempre, a pesar de sus ruegos, a decirle de dónde provenía. Aquí subyacía un gran misterio. ¿Por qué tenía Álex un padre sin nombre, sin nacionalidad, sin domicilio? ¿Cuál era la razón para que no hubiera una foto, ni una carta, ni una palabra, ni un recuerdo? Era como si nunca hubiera existido, o como si se lo hubiera tragado la tierra. En la casa estaba prohibido hablar de ese asunto.

—Oiga, Rosa, ¿usted sí cree que sea buena idea seguir ocultándole a su muchacho de dónde vino? —le había preguntado un día, hace tiempo, Charito, que cada tanto insistía en el asunto.

—Mire, Charo —le respondía siempre Rosa—, hágame el favor y no me habla de eso, usted sabe lo que me molesta. Usted echa mucha cuchufleta y contradice a cada rato, eso a mí no me importa, ya sabe que soy la reina de la paciencia. Pero cada vez que saca a relucir ese tema, se expone a que a mí se me acabe la tolerancia.

—Yo sé que le molesta, Rosa, perdóneme. Y yo no se lo digo por hacerla sentir mal, sino porque ese secreto se vuelve cada vez peor; se agranda como si fuera una bola de nieve que rueda montaña abajo, una mentira encima de la otra. Quién sabe el pobre Álex qué cosas no se imaginará… —se atrevió a insistir Charito.

—Hágame el favor y me respeta en mis decisiones y mis deseos —en ese momento, Rosa se puso solemne—. Yo nunca me he metido en lo que usted le dice o no le dice a Cristóbal, ¿por qué no hace usted lo mismo conmigo y con mi hijo?

—Pues, primero que todo —Charito alzó la voz—, fácil: porque yo no le oculté la verdad de nada a mi hijo. Y, segundo, porque usted sí le oculta cosas graves al suyo. Mal hecho, Rosa. Pregúntele a su tarot y verá, le va a decir que usted es una mentirosa.

—Esos temas no son de su incumbencia, Charo —dijo Rosa, mirando hacia otro lado.

En ese momento, Charo se dejó venir con su sermón más certero.

—¡Ay, caray! —exclamó—, nunca una mención de Rosa y un hombre, jamás. Como si Álex fuera hijo de la Virgen María, concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, sin colaboración de varón alguno. A usted no se le pueden mencionar palabras como novio, pareja, amor o romance porque se angustia, Rosa, para no hablar de otras palabras que le parecen atroces, como sexo, porque ya usted comienza a tener náuseas y hasta se tiene que recostar porque, si no, se le baja la presión. Aunque se le baje la presión y luego se le suba, escúcheme bien: sexo, sexo, sexo, ¿oyó? Esa palabra no es ninguna grosería, es algo que pertenece a la vida decente también.

—Ya basta, Charo —se protegió Rosa ante la andanada, y hablando en tono fuerte—. Yo soy muy delicada con esas cosas, pienso que son del fuero de cada persona y que no se debe andar por ahí hablando de ellas. No soy como “otras”, a quienes no les importa ir por la vida contando las aventuras del pasado.

—Pues, para que sepa —ahora era Charo la que gritaba—, yo estoy muy orgullosa de todo lo que hice en el pasado para tener a Cristóbal, y no me arrepiento ni un minuto. ¿Usted cree que esos muchachos tienen cinco años? ¿Que no conocen cómo es la vida? ¿Usted cree que ellos piensan que a los hijos los trae la cigüeña? Porque usted, con sus silencios, insinúa que a los niños los trae un pajarito desde París, o mejor desde Moscú, que es más elegante. Pues puede ir enterándose de que para tener un hijo hay que tener sexo, sexo, sexo, ese-e-equis-o. ¿Me entendió?

En ese punto de la gritadera Charito se detuvo, al ver que su amiga palidecía y le temblaban tanto las rodillas que en cualquier momento acabaría en el piso.

—No, perdóneme, Rosa, perdón —reculó Charo, tratando de enmendar la situación—. No he

debido decir ese sartal de barbaridades. Usted tiene toda la razón, yo soy una loca bocona. Espere un momento, aguántese ahí paradita mientras traigo el butaco para que descanse, el alcohol y una mota de algodón para ponerle en la frente. Olvide lo que dije, yo no puedo opinar; usted ha criado a ese muchacho con esfuerzo, y es un gran muchacho. Siéntese, amiga, que voy corriendo a traerle una agüita de yerbabuena, que le va a sentar bien.

—Lo peor es que la razón la tiene usted, Charo —reconoció a media voz Rosa—, aunque no hay necesidad de usar ese lenguaje arrabalero. Pero lo cierto es que yo le he debido decir la verdad a Álex. Cada día que pasa la cosa se complica más, así como en las radionovelas: una vida construida sobre un engaño, sobre una mentira —Rosa suspiró profundamente—. ¿Qué futuro puede haber en una relación nacida de la falsedad? —dijo con voz entrecortada.

—Bueno, bueno —la calmó Charo—, tampoco exagere ni se ponga dramática que no es para tanto. No es como tener un muerto escondido en un baúl, es solo una mentira blanca.

—Ninguna mentira es blanca, Charo. Hasta la más pequeña echa sus rayos negros, y esta no es pequeña: es un engaño grande y grave. Hasta ahora hemos vivido muy felices —Rosa se limpió las lágrimas con un kleenex—, pero yo no sé qué pase cuando todo salga a la luz.

El caso de Cristóbal había sido distinto. Aunque el hijo de Charo nunca había llegado a ver a su padre, sabía muy bien de quién se trataba, pues su madre se lo había contado desde el principio. Su padre había sido un galán de las telenovelas mexicanas que había estado de paso por la ciudad. Lo habían contratado para hacer unas escenas y, siendo extranjero, tenía dificultades para ubicarse y moverse por calles desconocidas. Charito se ofreció para pasearlo y orientarlo, y durante los días que anduvieron juntos, se rieron mucho y disfrutaron de la mutua compañía.

A Charo le encantaba que la vieran con un guapetón tan fornido y bigotudo, y al galán le hacía mucha gracia esa mujercita tan parlanchina, que despedía alegría por todos los poros. Sin saber cómo ni cuándo, Cristóbal había sido concebido.

El muchacho lo comprendía y lo aceptaba, y hasta agradecía que su madre hubiera escogido para él un padre tan guapo, a quien le había heredado la buena pinta y la estupenda estatura. Desde niño, Cristóbal aceptaba con tranquilidad, y hasta con cierta alegría, la historia de sus orígenes. Nunca había juzgado a su madre, por quien sentía un profundísimo cariño y gran admiración. Ella se lo había explicado en palabras simples y claras, como hacía con todo.

—Mire, Cristóbal —le había dicho Charo—, yo moría de las ganas de tener un bebé, un hijito mío, propio mío y de nadie más, y nunca se me había dado que yo tuviera un novio, o siquiera un romance, como para hacer una familia. Usted tiene que entender que, para una persona tan pequeñita, eso no era fácil. Yo había perdido la esperanza ya. Y, de la nada, se me apareció este galanazo tan bello, tan alto y fornido, y se fijó en mí. Entre tanta actriz tan bonita y curvilínea, ¿por qué volteó a mirarme a mí? Yo qué voy a saber. O, mejor dicho, sí lo sé, pues él mismo me lo explicó. El hombre era melancólico, ¿sí ve, mijo? Pese a su porte y belleza y tremendo bigote,

era un tipo tristón. Y fue feliz el corto tiempo que pasó conmigo. Me dijo que nunca se había reído tanto, y que le fascinaba el brillo de mis ojos cuando me soltaba a decir todo lo que se me iba pasando por la cabeza. Yo no me iba a poner a preguntarme que si estaba bien o estaba mal, que si era casado o viudo o soltero, que si me iba a amar toda la vida o si me iba a dejar a la semana siguiente, que si era solo un arrebato o un amor duradero. Esas preguntas que se las hagan otras, yo siempre he sido de gozar el momento, o, como se dice, "hay que cortar las rosas antes de que se sequen".

"Desde el primer momento supe que mi encuentro con el guapetón mexicano iba a ser apenas un cuarto de hora de alegría, y luego un "si te vi, ni me acuerdo". A mí me servía, para mí estaba bien. Cuadraba con mis propósitos y a él no le quitaba nada, más bien le deparaba un rato amable de compañía en una tierra extraña para él. Y eso era lo que importaba. Yo quería tener el niño más hermoso del mundo, y eso fue lo que tuve. No hay más explicación. En el mundo somos usted y yo, mi hijo adorado, que salió con mi inteligencia y la pinta del padre, ¿quién puede pedir más? No le puedo decir, hijo mío, Cristico, que usted haya sido el producto de un gran y perdurable amor, pero sí en todo caso de un grato momento de amistad y comprensión. No hubo violencia ni indiferencia; aquello fue corto y no se repitió, pero fue bonito y amable. Y ya luego la vida nos juntó con Rosa y Alexey, y aquí estamos. Y dígame, mijo, si no nos ha ido bien.

—Muy bien, mamita, nos ha ido muy bien —le respondía Cristóbal conmovido.

Cristóbal adoraba a su madre y le hubiera gustado tomarse los enredos de amor con su mismo desparpajo y sentido práctico. Pero no sucedía así. El guapo Cristóbal era enamoradizo, dado a obsesionarse con mujeres imposibles, a engancharse en relaciones complicadas y a sufrir por ello. Según recordaba Charo, así habían sido las cosas desde el principio, cuando Cristóbal, entonces un niño de seis años que estaba empezando la primaria, se enamoró perdidamente de una profesora que tenía un cuarto de siglo más que él.

—¡Ay, mijito lindo! —lo consentía Charo—. Me salió usted de espíritu soñador y melancólico, como su padre. Espabile, mijo: usted con esa buenmozura y esa calidez de corazón puede conseguir una muchacha que sea buena persona, una que lo quiera sin tanto drama ni trauma. El amor que duele no es amor, es tortura. El amor tiene que ser alegre, mijo Cristico. Las lágrimas hay que dejarlas para los velorios. Venga para acá, Cristobalito —le decía esa mínima mujercita que era su madre—, se me toma toda la sopa para que se le anime el alma y le dé calor al cuerpo. Ya deje la melancolía, mi niñote grandote y soñador, tómese esta sopita para que no ande por ahí con esas ojeras de huérfano.

Cristóbal solía decir que le gustaría ser galán de la pantalla, como su padre. Pero Cristóbal era más pesado que ágil, más retraído que entrador, y cuando los demás lo escuchaban expresar esos deseos, pensaban, sin decírselo, que iba a ser difícil que se le diera el arte de la actuación.

—Yo solo sirvo para guardaespaldas, mamá —le decía a Charo—. Para guardaespaldas o para luchador.

Para animar a su hijo Cristóbal, el grande, Charo le pedía a Rosa que le echara las cartas y le cantara un futuro brillante.

—A ver, Rosa, hágame el favor y me le dice unas cosas bien lindas a mi muchacho.

Rosa le hacía caso a regañadientes; no le parecía de buen agüero andar adivinándole el porvenir a la gente de su familia. Lo hacía ante la insistencia de Charo, que podía ser insoportable cuando le entraba un capricho.

Echándole las cartas a Cristóbal, Rosa las miraba y volvía a mirarlas, las barajaba y volvía a repartir y a tender, pero sus pronósticos eran reservados.

—Vea, Cristóbal —le decía con su más profunda voz de adivina, al vislumbrar la aparición de un rey de bastos sobre la mesa—, aquí le salió una luz al final del túnel. Mucha dificultad por el camino, ¿sí ve? Toda esta morralla de arcanos menores nos habla de que no todo está resuelto. Pero aquí veo una luz que brilla al final. Este rey de bastos significa que usted tiene fuerza, mucha fuerza, para sobreponerse y lograr sus propósitos.

—¿Sí ven? —rezongaba Cristóbal—. Oiga, mamá, escuche lo que dice la tía Rosa: “mucha fuerza”. Pues sí, eso es lo que tengo yo, mucha fuerza, por eso soy bueno para policía, luchador o guardaespaldas. Pero yo lo que quiero es ser actor, como mi padre.

Volviendo a la tremenda discusión sobre las mentiras y las verdades que sostuvieron Rosa y Charo, esta última bajó el tono y trató de consolar a su amiga, que dejaba escapar lagrimones.

—Esperemos a ver qué va pasando, cómo van llegando los días —Charo le dio a Rosa palmaditas en la espalda—. Más bien deje ahí esa agüita desabrida de yerbabuena, que ya se le enfrió, y nos vamos a tomar chocolate con pasteles. Para que le vuelvan los colores a los cachetes, que se me puso muy pálida. Qué dice, mi Rosa, ¿le gusta esa idea?

—Sí, Charito, gracias. Los pasteles siempre ayudan a olvidar las penas —accedió Rosa, y las dos amigas caminaron juntas, la una alta, la otra chirriquitica, hasta la pastelería de la esquina, de donde escapaba un olor glorioso a pasteles recién horneados.



6

“Yo juego con la carta más segura. No importan los vaivenes de la suerte. Aquí donde me ve, yo soy la muerte”

En otra parte de la ciudad la vida era distinta, más glamorosa, clandestina; de más riqueza, de vicios, escándalos y secretos, telas suaves, pecados venenosos. Todo era menos inocente. Mucho menos inocente.

Allí se celebró una fiesta, en uno de los hoteles más famosos y elegantes. Asistieron personajes de la vida nacional, políticos, gente de la farándula, empresarios acaudalados. Fue una de esas parrandas por todo lo alto, que se sabe cómo comienzan, pero no cómo ni dónde terminan.

Se sirvió licor a todos, y no hablamos de ron ni de aguardiente; las botellas que circularon eran de champaña, vodka, el mejor whisky. Empañó el ambiente una densa capa de humo, y nadie supo —ni quería saber— qué pasaba en las habitaciones del tercer piso, que había sido alquilado en su totalidad por los anfitriones.

Una banda de jazz tocó los éxitos del momento. La cantante, una rubia voluptuosa, cantó con voz sensual y ronca de consumada fumadora. Algunas parejas bailaron muy apretadas en la pequeña pista.

El clima de mórbido ensueño se vio de repente interrumpido por una mujer que gritó de manera frenética. Un empleado del hotel corrió a averiguar de qué se trataba, con instrucciones de aplacar el escándalo, cualquiera que fuera; ninguna histérica les iba a dañar la fiesta con sus alaridos. En una de las habitaciones del tercer piso, el empleado del hotel vio que sobre un pozo de sangre yacía el cuerpo inerte de una mujer. Había una burbuja de aire titilando en su boca, como si a pesar de la carnicería quedara un soplo de vida en ella. Habían llegado a la escena del crimen otras personas, pero nadie era capaz de acercarse a ayudar; nadie quería mancharse, o tener que dar alguna explicación después. Llamaron una ambulancia, y desde lejos se oía la sirena que venía del Hospital Central.

Los invitados, que ya habían sido advertidos, aunque sin detalles, de que algo había sucedido, se fueron haciendo humo lenta y sigilosamente por la escalera de incendios y la puerta de servicio. Una vez en la calle, abordaron muy rápido sus lujosos automóviles y se fueron en distintas direcciones. Nadie los vio partir; desaparecieron como sombras.

La banda siguió tocando y la rubia cantando, más suavemente que antes: “quizás, quizás, quizás…”. Llegaron los enfermeros con la camilla, miraron desencajados y no se atrevieron a meter los pies entre el charco que crecía a cada instante. Al final se armaron de valor y, haciendo un esfuerzo conjunto, lograron levantar a la mujer y sacarla de allí. A su paso fueron dejando un reguero de sangre sobre las alfombras verdes de los pasillos.

En el gran salón continuó sonando la voz sedosa, cadenciosa: “Siempre que te pregunto / Que cuándo, cómo y dónde / Tú siempre me respondes / Quizás, quizás, quizás…”.

La mujer llegó muerta al hospital.

El detective Palacios, encargado del departamento de Criminalística, entró a la morgue, preguntó por el médico forense, y juntos caminaron hacia el mesón de losa en donde se encontraba la occisa.

Mientras retiraba la sábana que cubre al cuerpo, el médico forense comentó que en los treinta años que llevaba trabajando en esa ciudad, nunca había visto una carnicería de esas proporciones.

—Y le aseguro, detective —le dijo con énfasis a Palacios—, que he visto mucho.

Palacios experimentó un súbito mareo. Lo que vio allí era una masa de pelo, heridas y sangre. Le costó sobreponerse y soportar aquello; era muy sensible ante los malos olores y tuvo que refrenar las arcadas. Su joven esposa, que sabía de esa debilidad, siempre se preguntaba cómo un hombre tan pulcro, tan escrupuloso y con tanta fobia frente a la mugre, pudo haber escogido en la vida un oficio que requería estar tan cerca de escenas tan fuertes. Ella, mejor que nadie, le conocía al marido esas mañas: cómo no, si todas las semanas sin falta tenía que llevar a la tintorería la gabardina trinchera que él siempre lucía en sus recorridos investigativos.

—Pero si tu gabardina no está manchada, mi amor —le decía ella—. ¿Para qué llevarla a la tintorería si está impoluta?

—Impoluta, no —le respondía Palacios—. Lo que pasa es que tú no ves las manchas, pero yo sí las veo. Además, ¿no te das cuenta de lo mal que huele?

A ella no le olía a nada, pero daba el caso por perdido, y todos los viernes por la tarde llevaba la gabardina a la tintorería para que el lunes, antes de salir al trabajo, él la encontrara lista a primera hora de la mañana.

Palacios entonces pegaba su nariz a la tela y aspiraba profundamente; el olor a varsol con que entregaban las prendas ejercía un efecto calmante sobre aquel hombre.

—Empecemos por lo sencillo —le dijo el médico forense a Palacios—. La occisa está

impregnada en aceite de argán, de ahí el olor almizclado y fuerte. Tenga usted presente que este aceite no se consigue en el país y, por lo tanto, tiene un precio alto en el mercado. Pero sigamos. Presenta quemaduras de primer y segundo grado en todo el cuerpo. Tiene las piernas dobladas y abiertas, los tobillos atados con una cuerda de nudo corredizo que llega al cuello, produciendo estrangulamiento al menor movimiento. La zona genital está expuesta; hubo acceso carnal violento vaginal y anal con objetos no identificados que produjeron la ruptura de la bolsa rectouterina. El rostro no presenta ninguna lesión, eso es muy particular. Pudimos identificar a la occisa porque esa fue la única parte del cuerpo que no fue tocada. No sé si usted la reconoce; después de un corto recorrido por la televisión, hace tan solo un par de años fue "reina internacional de la amistad". Mírele no más ese rostro; estando muerta sigue perfecta y bella. Pero que no le hubieran dañado la cara no quiere decir que no la hubieran hecho padecer. Fíjese, detective: le depilaron las cejas, le extrajeron dos dientes, y, por último, el cuero cabelludo presenta cientos de cortadas en forma de cruz hechas con alguna especie de cuchilla muy afilada, como de máquina de afeitar. La muerte se produjo por hemorragia causada por desgarramiento recto-vaginal.

Palacios no lograba emitir palabra, se estaba sintiendo muy mal y mareado. Al olor nauseabundo de la sangre se le sumaba ahora otro un poco amargo, un poco dulce, de un cuerpo que comenzaba a descomponerse. Palacios estaba a punto de desmayarse; en la boca paladeaba un sabor muy extraño, los oídos le zumbaban. El forense lo notó muy afectado.

Enseguida pensó en Ana Maga, su esposa: era lo que automáticamente hacía siempre que sentía que le faltaban las fuerzas. Ella era su apoyo, su pie a tierra; era el suplemento para todas sus fallas. Junto a ella, Palacios se sentía completo. Se llamaba Ana Magdalena, pero él le decía Ana Maga. Desde siempre le había dicho así, desde la propia noche en que la conoció y se enamoró de ella, durante un baile de caridad promovido por la Policía Distrital. Él había quedado prendado desde el instante en que la vio, al lado opuesto del gran salón. Una muchachita deslumbrante, en el sentido literal: parecía que de ella brotara luz. Qué bella quinceañera, pensó en ese momento Palacios, aunque más tarde se enteraría de que ella en realidad no tenía quince, sino veinticinco años. Se animó a sacarla a bailar y la muchacha lo miró divertida. "Vaya, vaya" —fue lo primero que ella le dijo—, "¿quién lo creyera? Voy a bailar con el propio Carlos Gardel".

Así le había dicho ella, "el propio Carlos Gardel". Ya se lo habían mencionado antes, en realidad muchas veces. Tantas que Palacios ya estaba por pensar que a lo mejor era cierto, y que sí debía guardar un notable parecido con el cantante de tango aquel.

No debo pensar en mi mujer en estos momentos atroces, se dijo a sí mismo Palacios. No tiene sentido que yo mire a esta pobre muerta destrozada y piense en mi bella Ana Maga. Aunque sí, en el fondo sí tiene sentido, primero porque siempre pienso en ella, no puedo evitarlo, eso ya es en mí como un tic. Y segundo, porque no puedo ver a una mujer maltratada sin que se me

arrugue el corazón ante la sola idea de que alguien pueda maltratar a mi Ana Maga.

Había algo deliciosamente juvenil en su esposa, un aire casi adolescente, tanto en su espíritu como en su físico, que despertaba en él un gran afán de protección. Qué cosa tan arbitraria, pensó Palacios; yo, preocupado por proteger a Ana Maga, cuando las cosas son al revés: de nosotros dos, la que en realidad es fuerte y bien plantada sobre la tierra es ella, no yo.

—Si usted lo desea, detective, continuemos esta conversación afuera —le propuso el médico forense, pasándole a Palacios un algodón impregnado en alcohol.

Palacios se untó el alcohol de manera compulsiva en la cara y las manos. No pudo contenerse; le rapó el frasco al forense y comenzó a vaciarlo con movimientos bruscos sobre su ropa. El forense lo miró con extrañeza.

—No hace falta bañarse con el alcohol —le dijo—, basta con que inhale un poco.

— Perdóneme, doctor. No lo puedo evitar —se disculpó el detective.

A la propia Ana Magdalena le resultaba extraño que un hombre como Palacios hubiera escogido la profesión de criminalística, cuando lo cierto era que la visión de la sangre y el olor a cadaverina le producían conmoción. Era el marido más bueno y dulce, pero no podía evitar lavarse las manos cada vez que tocaba la manija de una puerta. La sensación de mugre en su persona lo descomponía, y tan pronto llegaba por las noches a su casa, lo primero que hacía, antes de besar a Ana Maga, era pegarse una ducha con agua casi hirviendo, frotándose con jabón y estropajo, así hubiera permanecido todo el día en la oficina, haciendo trabajo de escritorio. Él trataba de ocultar lo más posible esta susceptibilidad, pero sus compañeros de oficio, que desde luego se daban cuenta, lo llamaban a sus espaldas “Lava Manos”, o directamente “Lavamanos”, pese al respeto que le profesaban, pues ninguno dudaba de su seriedad y competencia. Y eso que no conocían ciertas intimidades acerca de Palacios…

Qué pensarían, qué apodo le pondrían, si Ana Magdalena, su mujer, divulgara esa maña que tenía su marido de levantarse justo después de tener relaciones sexuales con ella y durar entre quince y veinte minutos bajo el agua. Al principio, a ella esa actitud le había parecido un gesto de desamor y hasta indignante, o por lo menos de desatención, como si el contacto con ella lo hiciera sentir sucio, pero con el tiempo comprendió que era solo una forma maniática de ser. Aunque Ana Maga no podía evitar pensar que quizá esa detestable manía tuviera algo que ver con un pesar que ella cargaba en secreto en el corazón, pues tras dos años de feliz matrimonio, aún no quedaba embarazada. Quizá si su maridito no se parara tan rápido después de desempeñarse… tal vez si pudieran quedarse los dos ahí, acostados el uno contra el otro, dándose tiempo para que las cosas de Dios se cumplieran y la naturaleza pudiera seguir su curso… de pronto así, pensaba Ana Magdalena, sin tanta prisa y sin tanto baño con jabón, ella podría encontrar la paz mental para quedar por fin embarazada…

—Pierda usted cuidado, detective Palacios —dijo para terminar el médico forense—. Como le iba diciendo, la tortura que se le infligió a esta mujer es indescriptible. En algún momento debió

perder el conocimiento. La verdad, no entiendo cómo aguantó tanto dolor; es inconcebible.

El inspector Palacios se despidió de lejos y salió de allí caminando rápidamente. Una vez fuera de la morgue, tuvo que sentarse en una banca del parque a respirar. Qué papelón el que acababa de protagonizar; otra vez lo habían puesto en evidencia sus escrúpulos y el horror que le suscitaba la violencia, sobre todo cuando era ejercida contra una mujer. Se trataba de rasgos graves de su personalidad, tan arraigados en él que, más de una vez, habían puesto en jaque su carrera. En esas ocasiones, Palacios se agarraba la cabeza a dos manos, diciéndose a sí mismo que lo único honesto sería renunciar. Quizá sería mejor abrir una cafetería, o trabajar de operario en una fábrica. Cualquier cosa, antes de tener que buscar y enfrentar al monstruo que había masacrado a esa muchacha.

Siempre era su esposa Ana Magdalena quien lo consolaba y le infundía ánimos.

—No se me derrumbe, mi amor —le decía ella—. Piense que también es gracias a esos escrúpulos que usted hace su oficio con tanta meticulosidad, ¡si es que no se le escapa nada! Además, con ese olfato de sabueso que tiene, no hay criminal que se le fugue.

Palacios la abrazaba, agradeciendo sus palabras. Sabía bien que incluso a ella esas mañas suyas a veces la exasperaban.

Finalmente, Palacios logró pararse y encaminarse hacia el hotel en donde tuvieron lugar la fiesta y el homicidio. Ya en el lobby, buscó el baño de hombres y se lavó las manos durante cinco minutos continuos. En una oficina lo recibió una secretaria amable, y él solicitó hablar con el gerente.

—Por favor, tome asiento. El señor gerente está terminando una reunión y enseguida lo atenderá. ¿Le gustaría un café? —le preguntó ella, que se había fijado en el pelo perfectamente echado hacia atrás de ese detective, y en sus zapatos embolados. La secretaria pensó que ese hombre se parecía mucho a Carlos Gardel.

Palacios se acomodó en el sillón de peluche, prendió un cigarrillo y se tomó poco a poco el café, no sin antes limpiar de manera discreta el borde de la taza con su pañuelo. Había llegado al escalafón más alto del departamento de Criminalística de la policía, después de una larga carrera. Era un hombre por lo general callado, monosilábico; durante los interrogatorios era agudo y detallista, incluso obsesivo, se podría decir, y altamente eficaz a la hora de obtener confesiones.

Cuando miró su reloj, habían pasado ya veinticinco minutos. Pensó que el gerente estaba alargando el rato para no atenderlo. Se levantó y se acercó a la secretaria.

—Doña —le dijo—, hágame el favor de decirle a su jefe que yo no soy del departamento de Mantenimiento de Calderas del hotel. Soy de la unidad de criminalística de la Policía Nacional, y no conviene hacer esperar a la Policía Nacional, porque eso puede significar meterse en problemas.

La señorita entró al despacho.

—Apúrese, jefecito —le dijo a su superior—, que ahí afuera Carlitos Gardel se nos está

impacientando.

—¡Siga por favor, inspector! —dijo el gerente.

El detective Palacios entró y enseguida detectó un olor a tabaco cubano. Era otra de sus mañas: olfatear el aire como un sabueso tan pronto accedía a un lugar. El gerente del hotel trató de saludarlo de mano, pero Palacios retiró la suya y movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Creo que usted ya sabe, señor gerente, que la mujer que salió despedazada de una de sus habitaciones es la ex- Señorita Internacional de la Amistad, o sea Miss Amistad, ni más ni menos que Fátima Miranda.

—¿Fátima Miranda? —el gerente por poco se va de para atrás—. ¡No me lo puedo creer!

—Pues hay varias cositas que va a tener que ir creyendo, señor; le va a hacer falta fe para asumir la responsabilidad que le cabe en todo esto.

—¡No, discúlpeme! —intentó sobreponerse el gerente—, pero es que todo pensé, menos que aquella dama tan maltratada resultara ser la famosa Fátima Miranda. De haberlo sabido, enseguida le hubiese enviado un gran ramo de flores al hospital.

—Las flores puede guardarlas para el velorio, porque la señorita Miranda feneció llegando allá. Por lo pronto, vamos a aclarar algunas cosas sucedidas aquí, en su hotel.

—Ya quisiera yo que este fuera *mi* hotel —contestó el gerente con una risita nerviosa, como buscando algún tipo de complicidad que para el detective resultaba incomprensible.

Palacios no le sonrió. Lo miró con una neutralidad exacerbante y continuó con un tono metálico y frío.

—Necesito de toda su colaboración: acceso a la habitación, a los empleados del hotel y a la información que yo le pida, sin restricciones. ¿Entendido?

—Pero, por Dios, eso que me pide es imposible. ¿Qué va a decir mi distinguidísima clientela al ver a la policía rondando por todas partes? Lo lamento mucho, detective, pero es imposible. Definitivamente, no. No se puede. No en un hotel de esta categoría —dijo, alzando la voz.

—Le recuerdo que es muy probable que uno de sus “distinguidísimos” clientes haya asesinado a una mujer, en uno de los cuartos de su elegantísimo hotel.

—No hace falta que me lo recuerde, detective. Comprendo su preocupación, pero usted debe comprender la mía. Primero, no se precipite a asociar dos hechos distintos; por un lado, la fiesta que se celebró en el tercer piso, y por el otro, el cruel asesinato de la habitación 345. Encarecidamente le recomiendo que busque la manera de llevar esta investigación discretamente, sin perjudicar la reputación del establecimiento. No es más lo que le pido.

—A mí no me pagan por cuidar la reputación de nadie —reviró Palacios, echando la cabeza un poco hacia atrás e inflando el pecho con un aire de dignidad, y al mismo tiempo suavizando la voz casi hasta el susurro—. Mi labor está en hacerle justicia a la joven que torturaron y asesinaron aquí. Y si usted no colabora, señor gerente, en menos de una hora traeré una orden de cateo y una acusación contra usted por obstrucción de la justicia. Y no vendré solo. Voy a venir

con apoyo, con unos diez policías, para apostarlos en los distintos salones del hotel.

Ante la amenaza, el gerente aceptó colaborar. La voz suave del detective había surtido el efecto deseado. Palacios lo tenía muy claro: con un tono de voz casi melifluo lograba intimidar más que gritando.

—Quiero que me explique de qué se tratan estas fiestas, para qué son y quién las patrocina —preguntó.

—Son fiestas elegantes que da la gente de sociedad, a veces patrocinadas por firmas comerciales, y otras, por particulares —trató de explicar el gerente.

—Háble me de esta fiesta de manera específica. Necesito que me diga quién pagó por ella y debe facilitarme la lista de los invitados. Mañana, antes del mediodía, vengo en persona a recogerla. No acepto excusas ni demoras —dijo Palacios, ya a punto de salir de la oficina—. Por ahora, requiero acceso inmediato a la habitación 345. Debo examinar la escena del crimen —ordenó Palacios.

Apenas abrieron aquel cuarto, Palacios recibió como una cachetada de nuevo el olor fuerte del argán. ¿Cómo podía persistir este olor dulce, con cierto tinte de caramelo? Su reacción instintiva fue sacar el pañuelo impregnado en colonia para colocarlo sobre la nariz, pero se contuvo; sabía bien que los olores eran datos que debía registrar. Armado de valor, estiró la cara haciendo una inspiración profunda, a ver si lograba identificar otros aromas o hedores que flotaran en el aire.

La habitación había permanecido cerrada desde la noche del crimen, y evidentemente el olor de la sangre, ya avanzado su proceso de putrefacción, dominaba sobre todo lo demás. Pero también olía a tabaco y a whisky, aunque no había rastros de ellos… ¿qué whisky era aquel? Al no ser tomador, Palacios no sabía casi nada acerca de licores, pero podría retener ese olor en la memoria, archivarlo intacto, para después compararlo con el de las botellas que encontrara en el bar del hotel. Por lo demás, olía a lavandina, un desinfectante fuerte. Todo había sido limpiado con cautela, y el cuarto se encontraba en perfecto orden, como si allí no hubiera habido ningún acto de violencia. Salvo la gran mancha de sangre sobre el colchón y el reguero que habían dejado los camilleros al sacar a la víctima, cualquier otro rastro de evidencia había sido removido. Palacios no pudo dejar de sorprenderse ante la magnificencia de aquella habitación, el mármol negro en que estaba forrado enteramente el amplio baño con tina imperial, la gran cama doble con baldaquino, como para reyes.

Qué imbécil esta gente, los de esta fiesta sangrienta; qué imbéciles. En vez de aprovechar esta habitación majestuosa para una linda noche de amor, se dedicaron a hacer aquí una masacre. Vaya desperdicio. Quienquiera que haya sido el criminal, es un soberano estúpido. ¡Con una mujer tan bella como era Miss Fátima! En vez de amarla como a una diosa, como se merecía, se dedicó —o se dedicaron— a tasajearla en pedacitos.

Otra vez Palacios volvió a pensar en Ana Maga. La visión de la lujosa habitación de este hotel trajo a su memoria el recuerdo de otra habitación, una sencilla, sin adornos, pero con un bonito

balcón que daba al mar. Palacios había sido muy feliz las cuatro noches que pasó en aquel lugar, durante su luna de miel. El hotelito no era gran cosa, pero al menos pudo darle gusto a Ana Maga y le cumplió su gran sueño: luna de miel junto al mar.

Sí, en aquella ocasión le había dado gusto a su mujer. Había satisfecho el deseo de su Ana Maga. Y, sin embargo —el solo pensamiento hizo que Palacios frunciera el ceño—, había algo que faltaba. Él lo presentía, aunque no pudiera formular qué era. Algo le faltaba a su mujer, algún anhelo latía en ella que él no había sido capaz de descifrar.

Pero basta ya de ensoñaciones; ahora tenía que concentrarse en lo que estaba: ante un crimen atroz, el más atroz que se le había atravesado en toda su vida profesional. Palacios entrecerró los ojos y trató de visualizar la escena del crimen.

Pudo ver a Fátima Miranda desnuda en esa gran cama, salvajemente amarrada y soportando todas esas torturas que la habían llevado a una muerte dolorosa y lenta. Intentó hacerse una imagen mental, en la que vio que en la habitación, aparte de la víctima y el victimario, había más gente aquella noche. Todo un grupo, calculó Palacios, a juzgar por los diversos humores humanos que alcanzó a detectar con la nariz. Estaba seguro de que ahí estuvieron varias personas, que fumaron al menos dos tipos distintos de cigarrillos, Camel y… y… Palacios aspiró hondo… Sí, Camel y Lucky Strike. Varias personas, sí. ¿Pero qué papel habían desempeñado allí? Tendría que volver a hablar con el forense para averiguar más sobre los distintos tipos de tortura que le habían infligido a la mujer. Todo era extraño, aquello no parecía obra de un profesional del crimen; había un cierto desorden en los métodos de tortura, o, mejor dicho, una cierta falta de método, como si se tratara de improvisaciones de un aficionado. ¿O de varios aficionados, cada uno haciendo lo que le daba la gana?

— De ahora en adelante esta habitación quedará sellada, y aquí no podrá entrar nadie. Será considerado delito punible seguir manipulando la escena del crimen —Palacios le advirtió al empleado del hotel.

Salió pronto de aquel lugar, sacó su frasco de colonia, roció el pañuelo y se limpió la cara, y enseguida, en un movimiento involuntario, como si su propia mano lo traicionara, tiró el pañuelo a un cesto de basura que había en el corredor.

Ana Magdalena vivía desesperada con el asunto de los pañuelos; no entendía por qué el siempre regresaba a casa sin pañuelo y ella tenía que comprarlos por docenas. Ya le había advertido a su marido que no invertiría más dinero en los blancos de algodón egipcio, que eran sus favoritos; de ahora en adelante, tendría que contentarse con paqueticos individuales de pañuelitos de papel. Palacios recordó aquella advertencia súbitamente y pensó en recuperar el que acababa de arrojar al cesto de la basura… pero no pudo hacerlo. Habría preferido que le cortaran la mano antes que meterla allí.

De vuelta en el lobby, Palacios buscó de nuevo el baño de hombres y se enjuagó de manera meticulosa las manos. Esta vez sacó del bolsillo del pecho de su saco de paño un estuchito con

un cepillo de dientes y un pequeño tubo de pasta dental, para lavarse bien. Ya había archivado en su memoria todos aquellos olores, así que lo mínimo era que no permanecieran como un sabor amargo en su boca.

Después pasó por el bar y le informó al barman que examinaría las diversas botellas de whisky que se exhibían allí, sobre estantes de vidrio, contra un gran espejo biselado. Extraordinario aquello, de gran elegancia. Por un momento, Palacios visualizó a esa gente rica de la fiesta del tercer piso pasando primero por el bar, ordenando sendos whiskys… Le solicitó al bartender el pedido alcohólico de aquella noche. Aparte de vodka y ginebra, habían sido ordenados tres tipos distintos de whisky.

—Tráigame esas tres botellas —le ordenó al barman— y muéstreme el recibo. Quiero saber quién firmó esa cuenta, o esas cuentas, si fueron varias.

—Fue una sola —le informó el barman, rebuscando en el cajón de la registradora—. Se hizo un solo vale por todo el consumo, pero simplemente se abonó al de los invitados de la fiesta del tercer piso.

Acto seguido, el barman puso las tres botellas ante el detective, quien destapó y olfateó la primera: según la etiqueta, era un Lagavulin escocés de dieciséis años.

—No —pensó Palacios—, este no es el whisky que tomaron esa noche en la habitación 345.

Hizo lo mismo con el segundo, un vulgar Johnnie Walker Sello Negro, y también lo descartó.

Al entregarle la tercera botella, el barman le recomendó tener mucho cuidado, pues se trataba del licor más fino y costoso que servían allí, un Blanton’s Gold Edition. La botella era redonda, de cristal biselado; era un bourbon americano, y el rasgo más notorio era un caballito de carreras adherido a la tapa. Un coqueto adorno, llamativo para finos aficionados a las carreras de caballos.

¿Aficionado a las carreras, criador de caballos?

—Ni con dos años completos de mi sueldo mensual, centavo a centavo, podría yo pagar una botella de estas —le comentó el barman.

Bonito objeto, pensó Palacios, observando los reflejos de la luz en el líquido de color oro bruñido. Luego destapó la botella y se detuvo mirando el caballito: una miniatura perfecta, con todo y jinete. Enseguida nuestro detective se preparó, como quien va a hacer un acto solemne, y aspiró.

—Este es —dijo, y anotó el nombre en su libreta.

Antes de salir del hotel, Palacios pareció arrepentirse y regresó al bar, buscando al barman para preguntarle si recordaba cómo era la persona que había pedido el Blanton’s. El mesero se disculpó, diciendo que había demasiada gente amontonada esa noche en el bar.

—Pero creo que se trataba de una dama —dijo—. Solo la vi de espaldas, era una mujer muy alta, muy delgada, aunque de hombros anchos, y al parecer distinguida; de pelo corto, aunque no necesariamente joven. Llevaba un esmoquin de alguna tela con visos plateados que parecía fina.

En realidad, pensándolo bien, también hubiera podido ser un hombre.



7
“No se pueden ocultar el humo, el amor o el dinero”

Día a día aumentaban los clientes en el consultorio de Madame Rosicler. Eran tiempos difíciles, y el futuro era incierto. La Gran Guerra había terminado, pero aun resonaban sus crueles ecos. No faltaban problemas, carencias y pesares, aunque tampoco expectativas y esperanzas. Las gentes, ávidas por recibir claves sobre su destino, acudían a escuchar las predicciones de Madame, que siempre tenía para todos una palabra amable y un buen consejo.

La familia había logrado integrar un equipo muy eficiente. La Sociedad se iba consolidando. Cada uno se especializaba en su parte en el negocio. Se reunían semanalmente en las juntas de la cocina y entre todos se repartían las tareas y se resolvían los problemas.

Rosa era el centro y alma de todo el montaje. Transformada en Madame Rosicler, y con ayuda imprescindible de las cartas, aportaba su sensibilidad para leer el alma humana. Charito, con su implacable noción de la realidad, estaba ahí para bajar las cosas a tierra. Los dos muchachos, Alexey y Cristóbal, actuaban a dúo como investigadores privados para complementar con datos precisos las elucubraciones y adivinanzas. Ejercían con sigilo lo referente a la investigación, y en caso de que un cliente llegara con preguntas a las que definitivamente las cartas no podían dar respuesta, ellos se dedicaban a encontrar la solución por otros medios.

Comprobaron la eficacia de su labor complementaria en un caso inicial, el del señor Rugeles, quien llegó a la consulta con un problema de dinero. Aquel señor le había prestado, hacía años, una importante suma a su cuñado, y no había manera de que la recuperara. Le urgía saber si perdería ese dinero. Madame Rosicler le leyó las cartas: sí, el dinero prestado volvería a manos de Rugeles. Pero tras la consulta, el tiempo pasaba rápido, la profecía de la recuperación no se cumplía y el señor Rugeles se impacientaba. Empezó a dudar de la utilidad de recurrir a la tarotista. Los cuatro de la sociedad Secretum no querían perderlo como cliente, dado que el hombre estaba bien conectado, tenía bienes de fortuna y se había aficionado a acudir a Madame para consultarle cuanta duda le pasaba por la mente. Los muchachos comprendieron que era hora

de darle un empujón al tarot. En la siguiente junta se decidió averiguar quién era y dónde vivía el deudor. Una vez localizado, Cristóbal lo buscó por la noche, lo esperó cerca de su casa, y, cuando el hombre llegó, se topó con una inquietante sorpresa: un gigante que le puso la mano en el hombro y le dijo "Vengo de parte de un amigo para pedirle que cancele la deuda que tiene con su cuñado. Sírvase hacerlo. Considere que se lo pido amablemente, y, por favor, no mencione este encuentro: haga de cuenta que nunca sucedió".

Estas frases fueron pronunciadas en voz baja, suavemente y al oído del deudor, porque Cristóbal era una persona gentil que jamás hubiera lastimado a nadie. Pero era tan alto y grande, y aquella calle estaba tan oscura, que el susto del hombre fue mayúsculo. A los pocos días, el señor Rugeles volvió al consultorio agradecido con Madame y asombrado de sus poderes, y de ahí en adelante no paró de recomendar los servicios de la tarotista entre sus amistades, que eran muchas y muy influyentes, por los alrededores del barrio.

Rosa solía presentarse a la junta directiva de Secretum con las inquietudes que le surgían en las consultas. Un día les contó a los otros que un tal don Eustaquio sospechaba que su mujer tenía amores con un compañero de trabajo, porque le llegaba tarde todos los días. Pero según le habían dicho las cartas, al parecer no era un problema de amores, más bien un vicio de juego.

Otra consulta se dio, por ejemplo, cuando a la señora Margot se le empezó a desaparecer la platica sin que ella supiera qué estaba pasando. A Madame Rosicler las cartas le indicaban que quien estaba desplumando a la doña era su único sobrino, al que ella adoraba de manera incondicional. Los muchachos confirmaron el dictamen de las cartas y Madame Rosicler le comunicó la mala noticia a Margot. Margot lloró un poco y habló con amargura de la ingratitud de su sobrino, pero luego corrió a perdonarlo y encima le regaló más dinero; tanto era lo que lo amaba, dado que ella no había podido tener hijos.

El señor Roncancio, dueño de la tienda de artículos religiosos Arte Sacro, aquella que abría sus puertas sobre la avenida principal, había quedado viudo y se la pasaba muy solo y triste, el pobre hombre. Madame Rosicler consideró que don Roncancio necesitaba con urgencia un amable romance, o incluso un nuevo matrimonio. Las cartas le habían hablado de una buena candidata que lo rondaba de cerca, muy cerca, lo atendía todos los días con esmero pero, por pudor, le escondía sus sentimientos. Según las cartas, se trataría de la mesera que a diario servía el almuerzo en un restaurante típico. Madame Rosicler no quería soltarle el dato a don Roncancio antes de verificarlo, ¿qué tal que las cartas se estuvieran equivocando? Ciertamente no convendría mandar al pobre viudo a hacer el papelón hablándole de amor a quien no tocaba. Cristóbal llevó a Álex en su silla de ruedas al restaurante típico, se sentaron en una mesa apartada, pidieron el menú del día, entablaron conversación con la mesera y le arrancaron la confesión de que, en efecto, ella estaría dispuesta a casarse con algún hombre maduro con intenciones serias.

Alexey era el cerebro en las tareas de investigación, y Cristóbal, el encargado de los

seguimientos, y, solo cuando era estrictamente necesario, de ejercer alguna presión, por no llamarla intimidación. Con frecuencia habían tenido que resolver problemas de celos, aclarar pequeños robos, peleas entre familias por herencias, líos de acciones en sociedades anónimas y hasta paternidades confusas.

Descubrieron que los secretos de familia por lo general provienen de las mismas fuentes. En primer lugar, la cama; averiguar con quién anda cada quién pasando las noches siempre es motivo de intriga para los demás. Luego, las grandes fortunas, que por lo general tienen orígenes oscuros. ¿Quién gana y quién pierde? Es sabido que detrás de cada gran fortuna hay un gato encerrado. La tercera fuente fija de secretos es el origen. ¿De quién somos hijos? Solemos saber a ciencia cierta quién es nuestra madre, pero sobre la identidad de nuestro padre a veces queda algún margen de duda. Y nadie hay en la ciudad tan avezado para destapar secretos como Rosicler y su hábil equipo.

Se dieron casos en que los muchachos debían disfrazarse, y para eso echaron mano del vestuario del Canal. Sucedió, por ejemplo, cuando la rectora de la escuela primaria Leo, Escribo y Soy Feliz entró en sospechas de que la profesora de Aritmética le estaba robando el marido. En esa oportunidad Charito se vistió de niña, con delantal a cuadros, zapaticos cocacolos de amarrar, medias tobilleras y una peluca rubia de abundantes bucles que de manera discreta le ocultaba la cara. Así vestida, con un convincente aspecto de pequeña estudiante, se paró bajo la ventana de la oficina principal durante todo un día a oír los cuchicheos de los adultos mientras los niños jugaban en el patio.

A veces al equipo se le va la mano con esto del disfraz y la simulación, como el día en que aprovecharon la silla de ruedas, vistieron a Alexey de limosnero y lo parquearon en la puerta de la iglesia para confirmar si el cura era maldadoso y se aprovechaba de los monaguillos.

Charito era la encargada de ir por el barrio repartiendo volantes de propaganda para conseguir clientes. Además, contestaba el teléfono y organizaba las citas, pero eso sí, teniendo siempre a la mano su canasta de hilos, agujas, lanas y retazos, porque en todo momento andaba bordando flores, mariposas y otras figuras preciosas en unas telas que tensaba en un bastidor de pie. Su habilidad como bordadora era reconocida en todo el barrio, y más allá. Desde muy pequeña, Charo se había hecho ducha en estas artes de muy antigua y noble tradición. Conocía todas las puntadas y mantenía sus canastos llenos de hilos de seda, mouliné, linos japoneses, lana persa, perlé, matizados, metálicos, algodones de tapicería de todos los colores imaginables. Le había prometido a Rosa que le bordaría sobre lienzos, en punto de cruz, todos los Arcanos Mayores del tarot para enmarcarlos y adornar con ellos las paredes del consultorio. Iba a ser un trabajo muy largo y arduo, y Charo estaba segura de que esa tarea le tomaría lo que le quedaba de vida. Pero ya lo había prometido, y lo prometido es deuda.

Y así iban avanzando Madame Rosicler y el equipo Secretum, sin mayores altibajos y por los caminos del éxito. Iban despacito, suavemente, resolviendo dudas y casos de carácter familiar,

como máximo barrial, o si se quiere provincial. Pero no siempre sería así. Muy pronto, y sin darse cuenta cómo, tendrían que enfrentarse a casos oscuros, envueltos en niebla maloliente y espesa, cargados de espanto. El equipo tendría que echar mano de todos sus recursos y fuerzas para poder solucionarlos.

8
“No hay rosa sin espinas”

Tal como lo habían predicho las cartas del tarot, Valentina, la joven estudiante venida de provincia, ganó el concurso de talento patrocinado por el Canal: era la Señorita Sabatina. No podía creerlo cuando vio su nombre en la lista; fue el momento más feliz de su vida. Ya de por sí sabía que era bonita, posiblemente mucho más que las otras concursantes. Era muy consciente de sus atractivos físicos; no por nada, en su pueblo ganaba cuanto concurso de belleza se celebrara. ¿Pero qué tan lejos podría llevarla su belleza? Su padre siempre le había advertido, “no te llevará muy lejos, hija, si no la acompañas de estudios y desarrollo de la inteligencia”. “Tiene razón, mi papito lindo”, le respondía Valentina, pero por dentro se decía a sí misma que el físico es lo primero que notan los demás. La inteligencia y los conocimientos no sobran, pero a fin de cuentas uno los lleva escondidos en el fondo de la cabeza. Nadie te va a dar puesto de bailarina porque te hayas leído las *Novelas ejemplares* de Cervantes.

Y ahí estaba ella en la lista. Leyó su nombre veinte veces, para confirmarlo. Sí. Ahí figuraba. ¡Había sido elegida para estar en el nuevo grupo! ¿Ya vio, mi papito lindo?, se dijo para sí. ¿Ahora sí reconoce que es más importante saber mover bien la cintura? De ahí en adelante, Valentina ya no pudo pensar en nada más. A diario salía de donde su tía corriendo para practicar con sus compañeras las coreografías de *De Sabatina*. Se trataba de pequeños bailes que se presentaban en directo entre un acto y otro del programa, o a veces acompañando a los cantantes invitados y haciéndoles el coro.

Valentina lo hacía bien, tenía gracia de movimientos, disciplina para aprender los distintos pasos y habilidad para retomar el ritmo si se desacompasaba momentáneamente. Alain Clavel se mostraba satisfecho con su actuación y se lo dejaba saber delante de las demás. Cuando las muchachas ya se estaban cambiando para irse a sus casas, el famoso presentador solía abrir la puerta del camerino de actrices, que quedaba contiguo a su oficina, para felicitar a esta o a aquella. Al verlo asomarse, todas gritaban alborotadas. Valentina era la principal destinataria de

sus halagos, y en el grupo de bailarinas ya corría el rumor de que ella era la favorita.

Valentina no veía mucho a Rosa y a Charito, apenas si las saludaba cuando se cruzaban en algún pasillo. En realidad, todas tres vivían muy ocupadas y en un permanente correcorre; el quehacer de la televisión en directo impone frenéticos ritmos. Y Valentina estaba demasiado satisfecha consigo misma y con sus propios logros como para darse cuenta de que ya para entonces la sección de Madame Rosicler era el evento central de *De Sabatina;* las demás actuaciones, incluidos los bailes de las ocho niñas, habían pasado a segundo plano.

Cierto sábado, tras el programa, Valentina llegó a su habitación y encontró a su tía esperándola con una noticia urgente.

—Valentina, tengo que decirle algo doloroso. Creo que es mejor que se siente. Hoy llamaron del pueblo a avisar que había sucedido una tragedia.

Por boca de su tía, Valentina se fue enterando de lo que ocurrió. Se trataba, en efecto, de algo realmente trágico, y más que trágico, aterrador. En hechos confusos, unos ladrones habían tratado de robar La Mundial, el negocio de variedades de su padre. Él había intentado defenderse. En la refriega, el fuego había estallado. La madera ardió en minutos y la cantidad de mercancía almacenada había sido como paja para las llamas. Los vecinos hicieron lo posible por ayudar, pero lo había impedido el fuego, demasiado alto y voraz. Había sido imposible acercarse. Todo quedó reducido a cenizas. La Mundial había desaparecido, y también el piso superior, donde estaba la vivienda. Todo, todo destruido, todo acabado. El padre de Valentina no había podido sobrevivir a los catastróficos acontecimientos.

—Ay, Valentina, mi pobre huerfanita. Su papá ya no está entre nosotros —le dijo entre sollozos su tía.

Valentina se desplomó. En un instante se le acababa la vida. El dolor y la soledad la postraron en cama. La atormentaba la culpa; no paraba de pensar que, si ella no hubiera insistido en venirse a la capital, seguramente su padre continuaría con vida. La tragedia era culpa suya, suya, suya y solo suya, motivada por su egoísmo. Su padre era lo único que tenía en la vida, y lo había perdido por andar encandilada con el baile y la figuración, espejismos de un mundo banal. ¡Y pensar que la señora Rosa se lo había leído en el tarot la primera vez que se vieron! Las cartas se lo habían advertido y, en su afán de éxito, ella había hecho oídos sordos.

En las semanas que siguieron, Valentina no pudo levantarse de la cama. No comía casi nada. Se deshacía en llanto. Tuvo que pedir baja temporal en la escuela de Contabilidad y también en la de Música. Para colmo, se había quedado sin recursos, al faltarle el dinero que su padre le mandaba cada mes. No hubiera sobrevivido, de no ser por la compasión de su tía, que le permitió quedarse gratis en la habitación y le ofreció alimentación mientras conseguía algún trabajo.

Vestida de luto y con el gran dolor en el alma, Valentina recurrió a Alain Clavel, quien ya

sabía de su tragedia. En realidad, todo el mundo en el Canal estaba enterado. Valentina le relató a Clavel los atroces pormenores y le suplicó que le diera un puesto. Lo que fuera. Ella estaba dispuesta a trabajar en lo que se presentara. Además de bailar podía barrer, lavar platos… haría cualquier oficio con tal de conseguir con qué sobrevivir.

—Pues, Valentina, ¿yo qué puedo decirle? Francamente, no sé cómo le puedo ayudar. Usted entenderá que aquí no le podemos pagar, esto que usted hace con nosotros lo tiene que ver como una oportunidad, hay muchas muchachas como usted que estarían dispuestas a ocupar su lugar…

—Yo entiendo, don Alain. Lo que le estoy pidiendo es que me ayude a conseguir cualquier trabajo, algo que me proporcione una entrada, cualquier cosa —sollozó Valentina—. Cualquier cosa con tal de no regresar a mi pueblo, yo no sería capaz de vivir ahí después del horror que nos sucedió.

—Pues, la verdad, no se me ocurre nada. Al final, usted canta y baila bien, pero no sabe hacer nada más —le dijo, inexpresivo, Alain Clavel.

Rosa y Charito llevaban días sin ver a Valentina, pero desde luego estaban al tanto y habían llorado con la noticia. Pobrecita Valentina, pobrecita niña, qué destino cruel el que le había salido al paso, y pensar que las cartas lo habían advertido. Pero, aunque el tarot advierta, la vida sigue su curso y las cartas no la detienen. Y así había sido: la vida había continuado, pese a tragedias y dolores. El espectáculo debe continuar, y *De Sabatina* seguía viento en popa con topes de audiencia, en gran medida por la aparición estelar de Madame Rosicler.

Valentina hizo de tripas corazón para seguir bailando durante los números musicales, pero estaba visto que las penas sufridas le habían echado encima al menos un par de años, le quitaban frescura y vivacidad, le ensombrecían la expresión y la habían enflaquecido demasiado.

Una tarde, el Maestro Mambo se le acercó discretamente, sin que lo notaran las demás.

—Amiguita —le dijo casi al oído, acercándose con cara de inocente y esa manera absurda que tenía de parpadear—, de pronto yo sí la puedo ayudar. Tengo una conocida que organiza fiestas, y usted, que es una persona educada y bien presentada, le podría colaborar. No sé cómo será la paga, pero de todas maneras algún dinerito le soltarán. Lo que sí es bueno es que usted tendría la oportunidad de entrar a una vida de glamur, de codearse con gente de clase, de mucha clase. Yo sé lo que le digo, amiguita. Eso le va a brindar oportunidades, ya sea como artista o en el medio empresarial. Deme unos días y yo veo si se puede concretar el asunto. Mejor dicho, delo por hecho, cuente conmigo. Yo le arreglo eso ya; usted tranquila, amiguita. Veámonos en el café de la avenida el martes a las 5 de la tarde y le presento a la mujer de los contactos, como quien dice, “la que está en la pomada”. Así ella la conoce a usted y a lo mejor la tiene en cuenta. No le garantizo nada, yo solo le facilito el contacto, como para hacerle el favor, porque la veo muy alicaída y deteriorada. De todas maneras, ¿quién quita que usted le caiga bien a esa señora, y por ahí de pronto le resulte algo?

—¡Ay, Maestro Mambo! —le dijo Valentina de veras agradecida—. ¡Usted es un hombre muy

bueno!

—Pues no sé si seré bueno… lo que es mi mamá, siempre se quejaba de que yo era un niño cruel y malo. ¡Mentiras, niña! Claro que sí, yo le hago ese favor con mucho gusto, porque a mí me gusta ayudar al prójimo —le dijo mientras parpadeaba a toda velocidad—. Lo que sí le pido, de verdad, verdad, es que no comente nada de esto aquí, en el Canal, para que no vayan a creer que yo me estoy sonsacando al personal.

—No se preocupe, Maestro Mambo —le aseguró Valentina—. No diré "esta boca es mía", y yo sé muy bien que en boca cerrada no entran moscas.

Valentina se soltó a llorar de puro agradecimiento y emoción. A pesar de la promesa a Mambo, no se pudo contener y corrió a buscar a Rosa y a Charito para darles la buena noticia: ¡el Maestro Mambo la iba a ayudar, se lo había ofrecido amablemente! Al parecer le había encontrado un trabajo extra para que pudiera salir adelante.

Rosa y Charo recibieron sus palabras con reticencia y temor; no podían olvidar las malas vibras del tarot, la clara advertencia de las cartas ni el señalamiento de los peligros de un camino equivocado.

—Mire, Valentina, no es que yo quiera aguarle las esperanzas, pero vaya paso a paso. No se me desboque, que aquí puede haber gato encerrado —le dijo Rosa.

—Eso sí, Valentina, usted, que ha sido tan valiente, ojo con los gatos encerrados. No hay nada peor que un gato encerrado; se lo digo yo, que tengo experiencia en eso —intervino Charito.

—Espere, Charo, no me confunda a la niña, que el problema no son los gatos, sino las personas —Rosa corrigió a Charito.

—Es la pura verdad: las personas son peores que los gatos. Gato encerrado es malo, pero persona encerrada es peor, mucho peor —dijo Charito.

Rosa agarró suavemente a Valentina por el brazo.

—Mire, ponga atención —le dijo—: no se puede andar confiando en la gente de esa manera. Piense que en la ciudad hay mucha maldad. La gente es peligrosa. No es por hablar mal del Maestro Mambo…

—No, claro que no. No es por hablar mal de ese tal Mambo, pero yo en lo personal creo que parpadea tanto por lo falso que es —ratificó Charito.

—Lo que pasa es que no siempre las cosas son lo que parecen —insistió Rosa.

—Otra verdad de a puño —Charito volvió a interrumpir—, las cosas no son lo que parecen, las cosas son otra cosa y las apariencias engañan. Así lo dijo el tarot, y las cartas nunca mienten. A veces la gente miente, pero las cartas no.

—Mire, Valentina, usted es una muchacha muy linda y de corazón bueno y puro —le dijo Rosa.

—Muy linda, sí, pero últimamente demasiado flaca —dijo Charito.

—Y, sobre todo, usted ha sido enseñada a bien. Y yo creo, mejor dicho, Charo y yo creemos…

—empezó a decir Rosa, pero no pudo terminar la frase porque Charito la interrumpió.

—Sí, señorita, la flor de la uvita, sí, sí, como no. Rosa y yo creemos, aunque Rosa no se lo haya dicho porque, ahí donde la ve, ella es muy discreta y se va con rodeos…

—Lo que creemos es que la gente tiene sus torcidos —retomó la palabra Rosa.

—Exacto. La gente es más retorcida que bastón de caramelo —volvió a meter la cucharada Charito.

—Ya cállese, Charo —Rosa trató de silenciar a su amiga—; no le diga eso a la niña, que la confunde más de lo que está. Mejor dicho, abra los ojos, Valentina bonita, ábralos bien y mida sus pasos. Fíjese bien con quién se mete.

—Y, eso sí, para lo que necesite, Valentina, aquí estamos nosotras —le aseguró Charito—. Tal vez usted nos ve medio indefensas, pero no crea; hemos enfrentado muchas cosas y no nos amedrenta nada. Ya sabe dónde encontrarnos, así que cuente con nosotras como si fuéramos sus propias tías. Usted nos verá como a dos viejas, pero aquí donde nos ve, hemos ganado muchas guerras. Acuérdese, niña, que “más sabe el diablo por viejo que por diablo”.

—¡Al fin dijo algo claro! —Rosa suspiró con alivio.

Valentina se retiró medio aturdida de aquel encuentro; ese par de mujeres, Rosa y Charito, eran muy amorosas, pero muy habladoras. Ella les agradecía el afecto y trataría de seguir su catarata de consejos. Pero el par de viejas ya pertenecían a otro mundo, no eran capaces de vislumbrar un futuro brillante. En cambio, el Maestro Mambo sí sabía de farándula y le iba a ayudar a cumplir sus sueños. Si no todos, sí al menos el de conseguir un dinerito para sobreaguar en la ciudad, sin tener que regresar al pueblo con el rabo entre las piernas. No, señor, se dijo Valentina para sí; ella no iba a ser de las que salen llenas de ilusiones para la ciudad y después regresan al pueblo frustradas, pobres y desgastadas.

Caminando de regreso a casa, Charito y Rosa se trenzaron nuevamente en una discusión.

—Y usted, Rosa, ¿por qué no le habló claro a esa niña? —comenzó Charito.

—Cómo voy a hablar claro con usted ahí metida, Charo. Usted no me deja ni terminar las frases, con esa opinadera suya.

—No se me haga la loca, Rosa. ¿Por qué no le dijo a Valentina lo que de verdad pensamos del Maestro Mambo, tan garlador, tan simpaticón, tan amiguero de todos, más falso que amor de suegra? La gente torcida es la que mueve los ojos así, mal bicho ese.

—Pues porque todo son conjeturas, Charito, nada nos consta. Yo soy una orientadora y no una chismosa que difama gente porque sí.

—¿No será más bien que no nos conviene echarnos encima semejante enemigo? —le preguntó Charito, tirándole un codazo—. Porque el tal Mambo tiene cara de sierpe, todo resbaloso y melindroso. No me diga que no, Rosa; no se necesita consultarle al tarot lo que se ve a simple

vista.

—Calle esa boca, Charo.

—¿Sí ve? Ya me está diciendo Charo. Siempre que viene regaño, usted no me dice Charito, sino Charo.

—No le voy a salir con ningún regaño, Charo. Total, yo no soy su mamá para andar regañándola. ¿Pero se da cuenta de lo mal que va todo esto? Lo peor es que Valentina le haya pedido ayuda a semejante lobo con piel de oveja.

—Lobo con piel de oveja o gato encerrado… Usted, Rosa, siempre está sacando a relucir animales.

—Vamos a tener que estar más pendientes de esa pobre muchacha, ahora que no tiene a nadie en la vida —dijo Rosa.

—Eso no se lo discuto; vamos a estar muy pendientes de ella. Y a ese tal Maestro Mambo vamos a mantenerlo entre ojos, para evitar que haga de las suyas.

—Bien dicho, Charito, ahora sí, así se habla —la felicitó Rosa, un poco arrepentida de haber regañado tanto a su amiga.

—Oiga, Rosa —añadió una última cosa Charito—, ¿y esa carta del diablo que siempre le sale a usted cuando les consulta a las cartas lo de Valentina, no será el tal Mambo? O sea, ¿no será que el Diablo representa a Mambo?

—Me late que no, Charo. El Diablo de verdad por lo general representa a alguien grande, importante. Alguien malo, malo, pero de primera línea en maldad. Y en cambio ese Mambo tiene más bien pinta de pobre diablo.

—O de Loco. Ya le digo, yo a ese hombre le veo un parecido al Loco de la baraja.

—Loca usted, Charito, que se manda la parte de pitonisa sin tener conocimiento.

—Conocimiento no tendré, pero me sobra intuición.

—Eso también es verdad. Usted es muy intuitiva, Charito, y muy despierta; eso se lo reconozco.

—¿O sea que estamos en paz? —preguntó Charito.

—Como dicen por ahí, “sin paz no hay pan”. ¿Vamos a comer bizcochos?

—¡Vamos! —dijo entusiasmada la pequeña.



9
“Hasta la muerte, todo es vida”

Como lo había anunciado, el detective Palacios volvió al hotel y subió directamente a la oficina del gerente para recoger la lista de los invitados a aquella fiesta que había dejado como saldo una mujer asesinada.

—Señorita, su jefe tiene una cita conmigo a las doce del mediodía. No se moleste en avisarle —le dijo a la secretaria y, sin darle tiempo de reaccionar, se coló en la oficina para encarar al hombre.

—Vengo por la lista que me debe entregar —le dijo.

—Aquí tiene. Como verá, le he conseguido varios nombres, imposible más. Ya le he dicho, aquí respetamos cierta confidencialidad —contestó con voz trémula el gerente.

—A ver, explíquese. ¿Cómo es esto? Aquí veo el nombre de una sociedad y a continuación unos pocos nombres. ¿Así que, a esa fiesta, que ocupó todo un piso de su hotel, solo asistieron estas quince personas? Usted, señor gerente, me está haciendo perder la paciencia.

—Bueno, fue esa sociedad la que alquiló el tercer piso para la fiesta, nosotros no manejamos la lista de invitados. Mire, detective: usted y yo no tenemos que ser enemigos. ¿Le ofrezco un café? ¿O prefiere un whisky? Lo que quiera. Podemos conversar serenamente. Le puedo asegurar que lo de la fiesta del tercer piso no tuvo nada que ver con el asesinato de la habitación 345. Eso sí, fue atroz; a veces hasta en los mejores hoteles, como este, se cuela un sádico y comete sus horrores. Un gran desastre. Créame, detective, ¿o puedo llamarlo señor? Como usted prefiera y se sienta cómodo. Un suceso de sangre así es una desgracia para un hotel como este. Ahora, lo de la fiesta del tercer piso, eso es otra cosa, y no tiene nada que ver con lo del 345. Nada que ver. Apenas una fiesta de ricos, ¿me entiende? Usted y yo no conocemos esos eventos, no pertenecemos a esa élite; usted y yo somos gente honesta y digna, pero del montón. En cambio, a esa fiesta vienen los más ricos, el poder detrás del poder. Tiran la casa por la ventana, se toman el mejor champán, se pegan un banquetazo y se van por todo lo alto, ¿me comprende? Pero eso

no quiere decir que sean criminales, ni mucho menos. Un fiestón, como quien dice, y hay trago a rodo y también hay chicas, toda una parranda de millonarios, pero ahí no hay crimen. Bueno, a menos que la extrema riqueza se entienda como un crimen social. En fin, usted y yo no estamos en condiciones de juzgar…

Palacios escuchó al gerente con atención, tratando de leer entrelíneas su eterno discurso, pero llegó un momento en que perdió la paciencia. Advirtió al vuelo la maniobra. El hombre quería hacer parecer que una cosa son los ricos de la fiesta y otra distinta "la gente honesta y digna", entre la que se encuentran ellos dos, supuestamente parados del mismo lado de la barrera; ahora quería ganarse su simpatía, su cercanía, su complicidad.

—Vea, señor gerente —Palacios le cortó la perorata—. Nosotros no estamos juntos en ningún lado, no somos amigos y no nos tratamos con confianza. No se confunda. Mientras yo trabajo para que se cumpla la ley, usted trabaja para que esos ricos, a los que supuestamente desprecia, hagan bacanales. ¿Sí nota la diferencia? No quiero su café, ni tampoco su whisky. Usted limítese a pasarme esa lista completica, ¿me entendió? ¿Cree usted, señor gerente, que yo estoy aquí para perder el tiempo? ¿Cómo es posible que tenga el descaro de entregarme una lista en donde ni siquiera aparece el nombre de Fátima Miranda? Ya he recogido suficiente información como para saber que a esa fiesta asistieron, por lo menos, sesenta personas.

El gerente, al sentirse agarrado en falta, se coloreó, sus ojos azulencos y redondos de miope se abrieron de par en par. A Palacios le dio la impresión de estar viendo un par de huevos duros a punto de saltar de las órbitas. Era un error inconcebible tratar de tramar a un investigador metódico. Por un momento, Palacios tuvo la impresión de que en realidad este hombre era apenas un empleado que seguía instrucciones y que no sabía demasiado. Sin embargo, seguiría apretándolo, a ver si lograba exprimir algunas gotas adicionales de información.

—Señor detective, perdone el anterior tono de confianza. Lo único cierto es que, al haberse tratado de una fiesta privada, el hotel no tenía por qué tener conocimiento de nada más. No estoy familiarizado con los nombres.

—A la entrada del hotel había una persona encargada de que no se colaran avispados, y de confirmar que los asistentes estuvieran en la lista. He averiguado que esa persona trabaja para el hotel. Usted tiene dos posibilidades, señor gerente: la primera es llamar a esa persona y pedirle la lista, pero la lista completa, no este papelito para engañar bobos. La segunda es convertirse en encubridor del homicidio que aquí se llevó a cabo.

Al gerente no le quedó otro remedio que sacar de la gaveta de su escritorio la lista completa de personas, entre ellas algunos políticos importantes, personajes de la vida artística, hombres de empresa y un par de jueces: todos ellos ciudadanos de bien y libres de toda sospecha, según aseguraba el gerente una y otra vez. A Palacios no lo intimidaban esos nombres de gentes poderosas. ¿Qué estaban haciendo esos *ciudadanos de bien* en una fiesta donde corrió sangre? En la lista figuraban también unas pocas mujeres, demasiado pocas. Ese dato le llamó la atención

al detective, seguía inquietándolo.

—Dígame, señor gerente. Estos caballeros, ¿todos vinieron solos? —preguntó—. Me está dando los nombres de treinta hombres y solo cinco mujeres, cuando sabemos que asistieron casi sesenta personas. ¿Esas otras mujeres no tenían nombres?, ¿por qué?, ¿qué mujeres eran?, ¿de dónde venían?

—Detective, honestamente, esto es todo lo que tengo. Ya bastante daño le está causando usted al hotel al obligarme a entregar nombres de gente importante, a la que no le gusta que se ventile su vida privada. Yo no me inmiscuyo en los asuntos de los huéspedes. Y menos en este caso tan truculento. No me corresponde saber qué relación hay entre esas personas. Y si lo que me va a preguntar a continuación es quiénes conforman la sociedad que alquiló el tercer piso, o cuál es el asunto del que se ocupa, de antemano le digo que no sé la respuesta.

—Una última cosa: averígüeme quién ordenó limpiar y desinfectar la habitación 345. Espero que no haya sido usted mismo. Se lo digo por su bien.

—Ah, eso sí que no. La habitación está como quedó esa noche, tal cual. La limpieza que le hicieron no la hizo gente del hotel, ese no es el aroma del desinfectante que usamos. Además, nosotros hacemos todo profesionalmente; tendremos que salir de esa cama y arrancar las alfombras, faltaba más. Le aseguro que esa limpieza, si se puede llamar así, la hicieron antes del amanecer.

Palacios salió del hotel a la oficina de Registro de Comercios, a ver qué tanto podía averiguar. Antes de entrar, sacó de su abrigo un pequeño frasco de colonia, humedeció el pañuelo y se tapó la boca con él, como solía hacer en edificios públicos y congestionados. Lo atendieron de inmediato, ya que venía en calidad de agente del Estado.

—Buenas tardes, necesito una información —dijo.

—¿Tiene el nombre completo de la compañía que busca? —preguntó el encargado.

—La compañía se llama… ejemmm… Se llama “Mon Plaisir” —Palacios se sonrojó cuando mencionó el nombre en voz alta.

—Permítame un momento. Si prefiere espere allí sentado.

El lugar parecía polvoriento y poco aseado, y la ventilación era insuficiente, así que Palacios prefirió quedarse de pie; de ninguna manera se hubiera sentado en una de esas sillas. Volvió a cubrirse la boca con el pañuelo.

—¡Don Simoncito! —gritó el encargado. Detrás de las muchas estanterías se asomó un hombrecillo flaco, de piel amarillenta y chafada como papel viejo. Vestía pantalón con calzonarias, camisa blanca y cubre mangas negras.

—Don Simoncito, ayúdele aquí a mi general, que necesita la papelería de la sociedad “Mon Plaisir”.

Sin mediar palabra, don Simoncito se internó en el laberinto de los corredores de estanterías. Pasados apenas unos minutos el hombrecillo volvió a aparecer, trayendo en la mano un cartapacio.

—Aquí está lo solicitado, aunque la verdad no dice mucho. Es una sociedad anónima radicada en la ciudad, creada hace algunos años. La única información que se puede sacar de estos folios es la dirección y el nombre del representante legal.

Palacios pensó que esa pista resultaría inútil, pero de todas maneras apuntó la dirección, a ver qué lograba averiguar.

Resultó ser uno de los bufetes más prestigiosos de la ciudad, donde lo atendió enseguida un hombre joven, muy elegante y perfumado, que amablemente le preguntó en qué le podía ayudar. Palacios le dijo que necesitaba información sobre la sociedad “Mon Plaisir”, a lo que el joven respondió que se trataba de una de las muchas firmas a las que prestaba sus servicios el bufete.

—Verá, detective, aquí manejamos los intereses de muchas sociedades de negocios de variada índole. Esta, en particular, se dedica a la importación de artículos suntuarios: perfumes franceses, cremas finas, lencería y encajes italianos, licores españoles y, sobre todo, aceites marroquíes e hindús —le dijo el abogado.

—Dígame una cosa, ¿también organizan fiestas en hoteles?

—¿Fiestas en hoteles? Sobre eso no le podría decir nada, aunque quizá lo hagan para promocionar las marcas que traen del exterior…

Palacios salió de allí desanimado. Había perdido varias horas sin encontrar nada que valiera realmente la pena. Su plan para el día siguiente sería investigar los nombres de los asistentes a la fiesta. Pensó en agarrar un tranvía que lo dejaba cerca de su casa, pero era la hora de la salida de las oficinas y eso significaba que iría repleto de gente. Los tranvías atestados no le resultaban gratos. Aunque estaba lloviznando, prefirió caminar.



10
“Perra negra, hembra turbia, yegua loca, reina vieja”

Se llegó el martes y Valentina se arregló con esmero para la cita que había acordado con Mambo. Estaba muy ilusionada, quizá se cumpliera la promesa que el Maestro le había hecho con respecto a algún trabajo. Pese a la tristeza, que no se le iba del alma, trató de sonreír y se vistió lo mejor que pudo, conservando el luto. Con esfuerzo logró disimular sus ojeras con polvos faciales. Con compresas de té tibio hizo que los párpados enrojecidos se le deshincharan un poco. Días y días llorando por la muerte de su padre habían dejado una profunda huella en ella. Cuando llegó, Mambo la estaba esperando a la entrada del café y le presentó a la mujer que estaba con él. Valentina alcanzó a mirarla de soslayo. Era alta y de buen cuerpo; debía tener más años de los que quería aparentar, pero la expresión dura y las patas de gallo en torno a los ojos la delataban.

—Le presento a mi amiga Colette —dijo Mambo, que cuando se ponía nervioso parpadeaba aún más rápido que de costumbre—. Ella le va a explicar de qué se trata el trabajito que quizá le interese. No se necesita gran especialización, más bien buen ánimo y disposición. Mejor dicho, buen ritmo, como en el baile.

Mientras entraban y se acomodaban, Valentina observó con detenimiento a la mujer. Le pareció elegante, muy elegante, aunque de una manera provocativa. Los labios con un *rouge* de color rojo sangre, a juego con el esmalte de las uñas, que llevaba muy largas y cuidadas. Una falda tubo que forraba las curvas, remarcadas por el efecto de unos zapatos de tacón muy alto. Una manera sensual de cruzar las piernas resaltaba el aspecto de vampiresa. Chaqueta corta a la cintura con cuello de piel, que denotaba que el atavío de la dama era costoso. Cada vez que movía los brazos, caían como en cascada las pulseras, sonando cantarinamente. ¿Colette? Sí, Colette, así había dicho el Maestro Mambo que se llamaba la mujer, y algo en el acento que le puso al nombre hizo que Valentina pensara que debía ser extranjera.

La mujer se quitó la chaqueta, dejando a la vista una suntuosa camisa de seda blanca. Se

arremangó, apoyó los codos sobre la mesa y se dirigió a Valentina.

—A ver, cariño, quítese el abrigo y me muestra lo que tiene debajo.

—Nada especial, señora, un simple vestido gris, porque todavía llevo semiluto. Verá, hace muy poco… —balbuceó Valentina, pero la señora la cortó en seco.

—No me refiero al vestido —dijo—, eso lo podemos mejorar. Me refiero al aspecto general. Quítese el abrigo y deje que la observe.

—Bueno, es que ahora ando muy delgada, por lo que le digo del duelo que…

—De duelos nada. Para este trabajo se necesita permanente sonrisa. Gente triste es un no-no de entrada. En fin, ya veremos más adelante si da la talla. Déjeme juzgar por mí misma.

Valentina obedeció.

—Pero no se quede ahí parada, dese una vuelta —ordenó Colette.

—¿Quiere que me dé una vuelta y vuelva después? —preguntó tímidamente Valentina.

—Esta pollita que me trajo está muy cruda, Mambo. A pesar de que está bella, no sé si nos servirá… No, Valentina, no se vaya; solo le estoy pidiendo que se dé vuelta, camine un poco por aquí, donde yo la pueda ver. Mejor dicho, ¡muestre lo que tiene!

—¿Aquí mismo? Pero si estamos en un café lleno de gente extraña —protestó con un hilo de voz Valentina.

—Ay, Dios. Niña, va a tener que espabilar porque así no va a llegar a ninguna parte. De ahora en adelante, si yo digo “párese en la cabeza”, usted se para en la cabeza, así estemos en la mitad de la avenida y se la lleve por delante el tranvía.

Valentina caminó, movió los brazos, dio vueltas. Haciendo de tripas corazón, y tragándose las lágrimas y la vergüenza, hasta bailó y cantó cuando le pidieron que lo hiciera.

—La verdad, Maestro —Colette se dirigió a Mambo, pero dejando que escuchara también Valentina—, es que esta chica no está del todo mal. Bueno, si logramos que supere la tristeza y la cara de pajarito desplumado. De todos modos, habría que pulirla mucho, pero al menos lo puedo intentar. Esta tiene madera. Pero, aclárele, Maestro, que no espere que le pague gran cosa hasta que no mejore en su aspecto y en lo personal y aprenda el trabajo. Por lo pronto será aprendiz, y la tomamos en calidad de pasantía con nosotros. De todos modos, es una oportunidad que no a todas se les presenta.

—Yo ya se lo expliqué todo a la amiguita —dijo Mambo, muy modoso—, y ella me dijo que le había quedado totalmente claro. ¿Cierto, cariño?

—Estoy muy agradecida, señora Colette, créame que me voy a esforzar mucho para servirle bien —atinó a decir la muchacha.

Colette decidió llevarse a la chica, no había tiempo que perder. Sería mejor empezar a prepararla de una vez. Tendría que subir un poco de peso para que recuperara la forma. Afuera las esperaba un Mercedes Benz con chofer. Primero pasaron por una tienda de ropa importada, Colette hizo la escogencia y Valentina salió de allí llevando ya puesta una muda nueva.

—¡Esto está divino, señora Colette! Me siento como una princesa.

—Es apenas lo del diario, niña. Ya después, si sirve para el oficio, le compraremos algo bueno de verdad. Ah, y usted no se preocupe por empacarnos la ropa que esta muchacha traía puesta —le dijo a la vendedora—: no vale la pena. Disponga de eso como quiera, o, mejor dicho, tírelo a la basura.

—Pero, señora Colette, es mi único vestido gris, aun debo llevar semiluto, al menos por tres meses más… —rogó Valentina, mientras alcanzaba a agarrar su saco de lana.

—¡Adiós, tristezas! —le ordenó Colette mientras bamboleaba alegremente su bolso de piel de cocodrilo—. Lo principal en este oficio es parecer radiante, niña, aunque por dentro se carguen nubarrones negros. Aprender bien eso es la primera lección. Para las fiestas, cuatro vestidos; esos sí serán de princesa… bueno, al menos de cortesana. Ay, y una advertencia: nada de esto es gratis —dijo Colette, emitiendo una risita que a Valentina le pareció medio macabra—. Todo lo que le compre se lo iré descontando del salario. Y, a propósito, le recuerdo que, por ahora, de salario nada. O sea que con esto, más los zapatos que vamos a conseguir enseguida, ya me debe al menos los tres primeros meses. Debe saber de una vez que yo lo de la plata me lo tomo muy en serio. A mí no me va a venir con el cuento de que "Ay, señora Colettica, hoy no le puedo pagar". A mí me va pagando, peso sobre peso, todo lo que me debe. Yo no soy ninguna Madre Teresa, ni institución de caridad. Será huérfana, y lo siento, pero no espere que yo sea su madre, mucho menos el reemplazo de su difunto padre, y ni siquiera seré su orfanato. Pero nada de eso debe preocuparle, porque de ahora en adelante estará en un mundo que no conoce, el mundo de la riqueza y el poder, y veo que tiene lo que se necesita para triunfar allí. Dentro de un tiempo podrá pagarme, y con creces, ya verá. Ahora, vamos. Para empezar, camine derecha y mirando hacia el frente; la carita de tonta me la deja en el pasado. La lección dos será cómo comportarse ante gente importante.

Llegaron a un apartamento en un cuarto piso; el chofer sacó un manojo de llaves y abrió dos chapas, empujó la puerta y entraron. Después se sentó en la cocina, sin musitar palabra.

—¿Qué tal, le gusta? —le preguntó Colette a Valentina.

Valentina echó un vistazo y comparó ese lugar tan amplio con el pequeño cuarto que ocupaba donde su tía.

—Sí, señora; es grande y bonito —respondió.

—Pues no tanto, porque lo va a compartir con otras seis muchachas. Todas ellas son expertas en el negocio del entretenimiento; tendrá mucho que aprenderles.

Las otras inquilinas del apartamento fueron apareciendo poco a poco. Eran jóvenes y bonitas, pero "nuevas" no; desde luego "nuevas" no parecían, más bien cansadas, como trasnochadas. Además, ya estaba bien entrada la tarde y todas ellas seguían en bata de levantarse. Claro que las

batas eran muy femeninas, de encaje negro, y Valentina pensó que ojalá también a ella le dieran una de esas. Según parecía, en ese lugar nadie tenía que madrugar.

—Señora Colette, ¿y de esa bata también hay para mí?

—Pero claro que sí, mañana iremos a comprar ropa interior de calidad. Y no se llama bata, sino negligé.

Las chicas no la saludaron con demasiado entusiasmo, apenas le soltaron un "hola" medio desganado. Todas ellas eran lánguidas como gatas; a lo mejor ella también tendría que comportarse así… Se fueron sentando en la sala, prendieron la radio y canturrearon canciones románticas. Andaban de rulos y cremas hidratantes en la cara, y a Valentina eso le gustó; se notaba que esas chicas tenían mucho tiempo libre para embellecerse. Fumaban y tomaban café mientras se arreglaban las uñas. Colette le mostró el lugar donde se alojaría, con las demás. En dos cuartos habían apretado cuatro camarotes, para un total de ocho colchones; aquello parecía dormitorio de internado.

A Valentina le adjudicaron uno de los altos, el más pegado a la pared, en el segundo de los dormitorios colectivos. Estaban desaseados y desordenados, con ropa y otros objetos personales tirados por todos lados; hasta platos con comida habían dejado por allí. Eso a ella ya no le pareció nada bien. En medio de todo, estaría más cómoda en el cuartico de la casa de su tía; era mucho más pequeño que estos, pero al menos permanecía limpio y no lo compartía con nadie.

La única habitante del apartamento con alcoba propia era Colette, quien para sí misma se había reservado un lugar privado con buena luz, ventana a la calle, cama doble, baño propio y tocador con espejos. Este cuarto está mucho mejor, pensó Valentina; si me lo adjudicaran, me traería mi maleta de una vez y me quedaría a vivir aquí encantada. Pero obviamente esos lujos no iban a ser para ella. Ni mucho menos.

—Doña Colette, muchas gracias por todo, pero yo tengo dónde quedarme. Vivo en la casa de una pariente y ella me está esperando, no le advertí que llegaría tarde. Si le parece, me voy yendo ya y más bien regreso mañana a la hora que usted me indique…

—Nooooo, querida, ni crea que voy a lograr lavar todo ese pueblo que tiene encima si no estoy pendiente de usted, corrigiéndola de noche y de día. Se necesita una transformación radical. Si quiere trabajar con nosotros, aquí se queda. ¿Ve ese teléfono? De ahí puede llamar a su pariente y despedirse de ella, porque por allá tardará mucho en aparecer, y cuando lo haga ni siquiera la va a reconocer, porque se habrá convertido en una dama. Valentina, tiene que entender que yo hablo durito porque así se aprende rápido, y entre más rápido, mejor para usted. Créame, ya verá cuando llegue el éxito lo que me va a agradecer. Esta misma noche comienza el contrato, así que a las 7 p. m. debe estar lista y dispuesta.

Colette había dicho así, "negocio del entretenimiento"; esas habían sido sus palabras textuales, y Valentina se preguntaba qué querría decir eso. ¿En qué consistía el negocio del entretenimiento? En todo caso, no sonaba mal, tal vez tenía que ver con actuación en cine o

televisión, y ese siempre había sido su sueño. Además, la ropa que le había comprado la hacía sentir mejor, le quedaba bien al cuerpo, las texturas eran suaves, el diseño estaba de moda y todo el conjunto olía a nuevo.

Con el paso de los días, Colette se dedicó a enseñarle cómo moverse, vestirse y maquillarse, y qué peinados llevar. Cómo fumar con estilo con los labios en forma de beso, pero sin aspirar el humo a fondo. Le mostró cómo se preparan los cocteles, pero le advirtió: el cliente toma, ustedes no; ustedes se hacen las que ingieren ron con Coca-Cola, pero en el vaso no hay ron, solo Coca-Cola. Le indicó cuáles eran los temas apropiados de conversación, recalcando: no se debe hablar de nada personal. Nada de "estoy de luto, se me murió mi papito", nada de lloriquear. El muerto al hoyo y el vivo al bollo, ¿estamos? Tampoco se debe hablar de política, ni hacer preguntas indiscretas. Solo temas amables y llevaderos, como, por ejemplo, deportes, o el clima, o lugares lejanos como París o Madagascar. Y, en todo caso, hablar poco y escuchar mucho. El cliente es el que cuenta sus cosas, nosotras ponemos atención, como si de veras nos interesara, y de vez en cuando soltamos comentarios leves como "ajá", "fascinante", "explícame más", "qué hombre más elegante", y así.

—Las tres palabras clave de este oficio que no podemos olvidar jamás son: actitud, seguridad e iniciativa, siempre con discreción.

Valentina andaba medio mareada, como que le atraía todo aquello, pero también le daba mala espina. Medio se alegraba de su golpe de suerte, medio sentía el impulso de salir corriendo. ¿En qué me estoy metiendo?, se preguntó. ¿Pero qué puedo hacer ahora?; en todo caso, no va a ser para toda la vida; me las voy a arreglar para ahorrar. Paso aquí el tiempo necesario para guardar un dinero, que me vayan dando bastantes vestidos con sus pares de zapatos compañeros y demás accesorios, y después me voy, convertida en una dama. Y ahí sí me pongo a estudiar Contabilidad, como siempre quiso mi lindo papá; pobrecito, que en paz descanse, pensaba la muchacha.

Entre tanto, Rosa y Charito se preguntaban qué habría sido de la vida de la pobre Valentina, a quien no habían vuelto a ver. Rosa se rascaba la cabeza. Las cartas sí le habían advertido que a esa muchacha la esperaban cosas malas, pero nunca, nunca, le habían aclarado que se iba a tratar de semejante catástrofe. De hecho, en los muchos años que llevaba Rosa ejerciendo el oficio de tarotista, jamás las cartas le habían hablado de semejante montaña de males para una sola persona.

—¿Sabe qué, Charito? Yo a veces les temo a mis cartas. A veces no sé si ellas adivinan lo que va a pasar, o si más bien son ellas mismas las que hacen que las cosas pasen —dijo Rosa.

—Mejor déjese de esas especulaciones tan miedosas, o echamos su mazo de cartas a la basura y nos escondemos debajo de la cama —contestó Charito.

—En serio, Charito, piense y verá. ¿Qué hubiera sido de la vida de esa muchacha si yo nunca le hubiera echado la suerte? A lo mejor ninguna de esas desgracias le habría caído encima…

—Vea, Rosita, en vez de calentarse el coco con bobadas, mejor hagamos una cosa constructiva. Venga y verá. Aquí nosotras solas, y en secreto. Échele otra vez las cartas a Valentina, quién quita que esta vez le salgan buenas y a ella se le empiece a mejorar el caminado.

Rosa se mostró reticente; con las cartas no se juega de ese modo. Pero Charito era muy convincente, o como mínimo muy insistente, y Rosa acabó asintiendo.



11
“La fama es puro cuento… mejor bajo perfil”

Palacios andaba trasnochado. No lograba conciliar el sueño; la escena del crimen lo atormentaba. Se soñaba con la habitación 345 y pegaba gritos. Su mujer debía consolarlo haciéndole masajes en el cuero cabelludo para que se serenara.

—Todos esos olores macabros se me pegaron a la nariz —le dijo Palacios una noche a Ana Maga—; por más que me duche con agua hirviendo no logro sacarme de encima ese olor. Hasta nuestra propia habitación matrimonial como que me huele a sangre seca…

—Ya, mi amor, ya —lo tranquilizó ella, con ganitas de que el marido se durmiera y la dejara dormir.

—Y ese whisky… —murmuró Palacios.

—¿De qué whisky habla, mi corazón?

—Un whisky muy costoso. Trae un caballito de carreras en la tapa. Me hubiera gustado probar ese alcohol tan caro como un diamante, pero no me atreví. ¿Quién es capaz de tragarse un diamante, bajárselo por la garganta con un sorbo de agua, como quien se toma una aspirina?

Este ya está soñando, pensó Ana Maga, y bien abrazada a él, se entregó al sueño ella también.

Palacios tenía claro que el paso siguiente sería visitar a cada una de las personas que estaban en la lista de la fiesta. El primer nombre era Alain Clavel, y la dirección que le correspondía era la del Canal LUT12 de la televisión. Al entrar a las instalaciones, el detective quedó aturdido al ver tanta gente atareada en oficios diversos; unos llegaban con flores, otros trasladaban paneles para montar un escenario, actores y actrices ensayaban diálogos. Nadie reparaba en él y tuvo que indagar un poco entre el tumulto hasta que alguien le señaló la oficina de Alain Clavel.

A Palacios, que siempre regresaba a casa tan cansado en las noches, no le quedaba tiempo para ver la tele, así que no estaba familiarizado con los personajes del medio. Por eso se sorprendió al

enterarse de que ese Alain Clavel, al que andaba buscando, era ni más ni menos que el presentador de la popularísima Sabatina. Si le hubiera consultado a Ana Maga —pensó Palacios —, ella lo hubiera puesto en antecedentes.

Ana Magdalena se quejaba de la poca comunicación que tenía con su marido en cuanto a los asuntos del trabajo de él. No porque ella fuera entrometida, sino porque con frecuencia lo veía llegar ensimismado, abrumado por cosas de su oficio, y al no saber de qué se trataba, le quedaba muy difícil reconfortarlo. Pero Palacios no cedía, consideraba que ella estaría segura y tranquila, siempre y cuando la mantuviera al margen del mundo inclemente y descarnado en el que él se movía.

Ella no opinaba lo mismo. Ana Magdalena era mucho menos ingenua de lo que su marido suponía, y tampoco ella le había confesado todos los secretos de su pasado. Algún día, algún día podremos dejar atrás los silencios, suspiraba Ana Maga para sí.

Palacios entró bruscamente y sin golpear a la oficina de Alain Clavel.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó este, sobresaltado.

—Coronel Palacios, del departamento de Criminalística. Estoy buscando a Alain Clavel.

—Pues aquí me tiene, de cuerpo presente. Yo soy Alain Clavel en persona —le estiró la mano mientras le decía—: Por favor tome asiento, y dígnese a explicarme exactamente qué lo trae por acá.

Palacios dio un paso atrás para no darle la mano.

—No hay necesidad de que me siente —dijo—; esta es una visita oficial.

—Entiendo, ¿pero oficial en qué forma, y por qué no me avisó con anterioridad? Solo una vez he tenido que ver con la policía, cuando me presté voluntariamente, y a cambio de nada, para animarles el bingo de la fiesta de fin de año. Que yo recuerde, nunca me dieron las gracias, y sería un bonito gesto que usted lo hiciera ahora. Aquí entre nos, esa tal fiesta es un bodrio, creo que todos se habrían aburrido muchísimo si no hubieran tenido la oportunidad de acercarse a un personaje como yo. Pero me distraigo, discúlpeme, me voy por las ramas y me excedo en explicaciones cuando, en realidad, el que está debiendo una explicación es usted, y no yo.

Palacios lo dejó hablar y puso atención; era una de sus tácticas para conocer a la gente con la que tenía que lidiar. Siempre les decía a sus subalternos, “los policías escuchamos poco; si escucháramos más, sabríamos más”. Por lo pronto, ya Palacios tenía claro que este Alain Clavel se las daba de diva y se mandaba unos aires de grandeza insoportables.

—Yo no tengo que avisarle nada a usted, señor Clavel.

—Alain Clavel. Me gusta más que me llamen por mi nombre completo, tiene más ritmo, más pegada.

—Como quiera. Esta no es una visita de cortesía. Vengo a preguntarle por la fiesta a la que asistió usted el pasado 11 de febrero.

El presentador pasó en segundos de prepotente a apocado. La pregunta le cayó como un

baldado de agua helada.

—Ya veo, déjeme organizo un asunto urgente que tengo afuera y enseguida regreso. Solo será un minuto.

Palacios lo notó nervioso y le concedió ese minuto, que a él le vendría bien para quedarse a solas en la oficina y detectar olores u otras señales que le dieran luces sobre la clase de persona que era el presentador. Los olores se confundían, evidentemente eran muchas las personas que visitaban el lugar; detectó varias fragancias femeninas y una fuerte, de colonia masculina, ¿acaso de vetiver? Al parecer lo que bebía no era whisky, sino un coñac de marca no muy buena; la botella estaba puesta descuidadamente sobre la mesa con algunas copas usadas, unas con marcas de labiales de diferentes colores. Tal vez no gastaba el buen licor en sus invitadas y se lo reservaba solo para él.

Palacios se fijó, sí, en un extraño cuadro de un águila negra que clavaba las garras ensangrentadas en un octaedro de vértices truncados de color azul intenso. Había algo violento en esa pintura. La observó con detenimiento y se grabó la imagen en la memoria. Lo primero que le llamó la atención fue, obviamente, la figura móvil y amenazante del águila. Pero quizá fuera aún más interesante la figura del singular octaedro. Llamado también poliedro de Kelvin, tenía la particularidad de ser el único poliedro irregular que puede llenar el espacio por repetición de sí mismo. Ese era el típico dato rebuscado que producía la cabeza de Palacios. Sus entrenadores en el oficio siempre le habían advertido sobre la inutilidad de esa clase de especulaciones, y, sin embargo, Palacios algunas veces les había sacado provecho a la hora de resolver casos.

—Explíqueme qué tiene que ver usted con la fiesta que tuvo lugar en el hotel El Gran Colón el 11 de febrero pasado —le preguntó a Alain Clavel cuando este regresó a la oficina.

—Es sencillo: hay una compañía importadora de productos finos, sobre todo para caballeros, llamada “Mon Plaisir”. La mayoría de los invitados éramos hombres, distinguidos por ser famosos en los medios, como yo, o empresarios ricos, o políticos con mucho poder. En últimas, se trataba de la degustación de algunos de los licores costosos que traen de Europa, o al menos eso creo —dijo Alain Clavel y, dándose cuenta de que la explicación parecía insuficiente, añadió —: la verdad, detective, yo a último momento decidí no ir. Recuerdo haber recibido la invitación, pero no me cuadraba en la agenda, tenía otro evento importante en esa misma fecha.

—¿Tenía agendada otra fiesta de degustación, por casualidad?

—Mire, detective, conviene que se entere de que yo vivo lleno de invitaciones a toda clase de fiestas y eventos. Comprenda que todo el mundo quiere que una persona como yo asista a su fiesta; de hecho, algunas veces me pagan por ir, y pagan bien —dijo mientras soltaba una risita socarrona—. Son las ventajas de la fama, el que quiere celeste, que le cueste.

—Entonces está usted seguro de que no asistió a la fiesta en cuestión y de que, por lo tanto, no me puede dar ninguna información que aporte luces a esta investigación.

—Eso es correcto. Como he tratado de explicarle, yo soy una persona que va a eventos casi

todos los días; por lo tanto, me cuesta trabajo recordar las fechas exactas de tal o cual. Pero le puedo afirmar, casi con absoluta seguridad, que a ese en particular yo no asistí.

Palacios fue procesando mentalmente cada palabra que escuchaba. La cantidad de veces que Clavel decía el pronombre "yo" reflejaba que era alguien muy egocéntrico. Y los términos que utilizaba para relativizar sus afirmaciones, como "creo que" o "estoy casi seguro", hablaban de que era un ser escurridizo, hábil a la hora de no comprometerse, dejando siempre abierta una puerta de escape.

—Muy bien, señor Clavel; siendo así, por ahora no tenemos más de qué hablar —le dijo el detective—. Pero volveré.

—Será muy bienvenido. Me ha agradado charlar con usted, detective, pero le recomiendo agendar una cita.

—Para nuestra próxima *charla*, como usted la llama, tenga en cuenta que no me interesa lo que usted *crea*, *piense* o *suponga*. Quiero saber lo que usted *hizo* y lo que usted *sabe*.

—Muy bien, así quedamos entonces. ¿Antes de irse no quiere que le dé un autógrafo para que le lleve a su madre o a su esposa?

—Mi madre está muerta y mi esposa no sabe quién es usted.

—Muy bien, como quiera.

A la salida, Palacios pensó en lo absurdo de su respuesta: era obvio que Ana Magdalena sabía quién era Alain Clavel, estaba enterada de todo y, además, no se perdía una sola Sabatina. Se lo había dicho solo porque quería hacerle sentir su desprecio.



12
“Te busco perdido entre sueños”

Una tarde cualquiera de domingo, mientras afuera llovía, las dos amigas conversaban sentadas frente a la chimenea de su casa. Rosa tomaba una taza de chocolate y Charito bordaba su segundo arcano del tarot. Por fin había logrado terminar el primero, la carta de El Mundo, que era su favorita, y ahora había empezado con El Diablo. Ardua tarea, ya que exigía de ella mucha paciencia y mucho esfuerzo, por lo complicado que era replicar las figuras en punto de cruz sobre la tela. Pero Charito le había prometido a su amiga que le regalaría el set completo, y los muchachos se habían comprometido a enmarcarlos y colgarlos en las paredes del consultorio de adivinaciones de Madame Rosicler.

A Charo le habían enseñado a bordar las carmelitas descalzas en el convento donde había permanecido desde recién nacida, cuando su madre, o quien fuera, la abandonó en el portal, hasta los trece años cumplidos. Nunca, en todo ese tiempo, la nena Charito había salido del claustro. Siempre encerrada, como las monjas, iba llegando a la adolescencia sin conocer la calle. De hecho, el mundo de afuera era irreal para ella, algo casi inexistente: apenas una quimera.

Rosa y los muchachos le jalaban la lengua para que contara anécdotas de sus años de niña abandonada y enclaustrada. Les fascinaba escuchar por boca de ella aquellas historias, en particular una: la de la primera vez que Charito salió a la calle, con el encargo de comprar unos hilos de colores para las monjas.

Charito hablaba de su niñez con emoción y con agradecimiento, como si se hubiera tratado no de una tragedia de maltrato infantil, sino todo lo contrario: una divertida y extraña aventura. A su madre, pese a no haberla conocido, siempre la disculpaba.

—Mi pobre madre no pudo encargarse de mí, una bebé tan chirriquitica que, más que humana, parecía una muñeca. Creo que ella, que seguro vivía en la miseria, debió pensar que yo no sobreviviría sometida a régimen de hambre, y como las monjas eran gorditas, pues me dejó allí de regalo, con la esperanza de que me alimentaran bien y me hicieran crecer.

Hablaba bellezas también de las monjas, alabando su generosidad y su espíritu cariñoso. Solo rara vez se le escapaba confesar que en realidad la habían tenido ahí como sirvienta sin pago, barriendo y limpiando, lavando las ollas y deshollinando la estufa a cambio de casi nada, apenas un jergón arrimado en un rincón de la cocina y algunas sobras de comida.

A los trece años, contaba, las monjas la enviaron a la calle tras suministrarle unos centavos y unas indicaciones vagas: le dijeron que buscara la mercería y les comprara los hilos. Nada más. Ella, que no sabía cómo orientarse, vagó por ahí varias horas, deslumbrada con todo lo que veía: la gente, los carros, los caballos, las vitrinas; un mundo prodigioso se abría ante sus ojos maravillados.

Ya al final de la tarde, sin saber por dónde regresar al convento y acuciada por las ganas de orinar, se animó a entrar a una de las tiendas para pedir prestado el baño. Allí el mundo le reveló otra de sus novedades: el espejo. En el convento no había ninguno y Charito, que jamás se había visto a sí misma, tenía sospechas de que había algo diferente y fuera de lo común en su propio aspecto. Aunque no había tenido oportunidad de observarse, sospechaba que era bastante más bajita que el resto, a juzgar por el tamañito de su ropa y por el hecho de que todas las monjas, hasta las más bajitas, tenían que agacharse para dirigirse a ella.

Cuando por fin entró al baño de la tienda, sobre el lavamanos descubrió ese objeto mágico que se llama “espejo”. Ni corta ni perezosa, cerró la tapa del inodoro, se encaramó en ella y por primera vez en su vida se miró, como quien dice, cara a cara.

—¡Y qué sorpresa! —rememoraba ella—. Ahí estaba yo, reflejada en ese espejo. Sí, señores, esa era Charito, o sea, yo. Por fin podía verme: así era yo. Y al verme, me dije a mí misma, ¡pero si soy la mar de graciosa! Pero por hoy no más con del pasado —terminó Charito.

—Bueno, no más por hoy. Pero, Charo, ¿por qué escogió bordar justamente a El Diablo, que a todo el mundo le parece una carta pavorosa? —quiso saber Rosa.

—Pues a mí no me parece. Yo no le tengo nada de miedo a ese mamarracho. Al contrario, me gustan su cara rechoncha, su panza redonda y sus alitas pequeñajas. ¿Se da cuenta, Rosa? Este diablo es un enanito, casi como yo. Claro que no tan lindo. ¿De veras es una carta tan malosa?

—Ay, Charito, ya le he dicho muchas veces que todas las cartas tienen su parte mala y su parte buena, y a El Diablo, que tiene mucho de perverso, también hay que encontrarle el lado amable, como hace usted con las monjas carmelitas. El Diablo pierde poderes nefastos cuando está al lado de El Mundo, que es ese huevo cósmico que usted ya bordó y me regaló. El Diablo representa todos los deseos y los instintos profundos, y si está al lado de El Mundo, representa el poder personal, la fuerza interior. El Diablo es astuto, Charo. Es inteligente y puede ayudarnos a gestar los proyectos que tenemos, a alcanzar las metas que nos hemos fijado. Así que a lo mejor puede haber sido una buena elección de su parte. Siga bordándolo que le va quedando muy bonito.

Charito se quedó pensando qué querían decir las palabras de su amiga Rosa, que sí, que no,

que bueno pero malo, que lindo pero feo. Según Rosa, todo en la vida tenía doble cara. Muy complicado. Además, ¿qué sería eso de “huevo cósmico”? No se animó a preguntárselo a Rosa para que no la fuera a regañar ni le saliera con algún trabalenguas imposible de descifrar. Seguro el huevo cósmico era tan bueno y sabroso como los que ponían las gallinas. Después sonrió, pensando que para la cena podría preparar unos buenos huevos fritos con tocino para todos, y siguió bordando la cola de su Diablo con un hilo de seda azul majorelle.

Rosa andaba como pensativa, como absorta en esa taza de chocolate que sostenía en las manos.

—Con tanta ocupación por cuenta del programa de televisión y el consultorio, no le he comentado algo que me preocupa. Valentina —dijo Rosa—. ¿Se da cuenta de que hace por lo menos dos meses que no la vemos? ¿O acaso usted sí? ¿Usted la ha visto allá, por el Canal?

—Tiene razón, Rosa. Yo tampoco la he visto por ningún lado. Hace rato que no. Dios quiera que esté bien esa muchacha, pobre criatura. ¿Sabe qué? Se me ocurre que les encarguemos una pequeña investigación a los muchachos, ellos seguro la encuentran y nos informan de su paradero. Gran idea, ¿cierto? Como todas mis ideas.

Al día siguiente, un lunes, en la junta de Secretum en la cocina, las dos amigas pusieron al tanto a Cristóbal y a Álex. Les contaron todo lo que sabían y ellos se comprometieron a investigar el resto. Cristóbal supuso que en el Canal tendrían los datos de Valentina, ya que había sido señorita Sabatina antes de desaparecer.

El Canal LUT12, como siempre, estaba lleno de gente y de actividad, así que nadie notó la entrada de Cristóbal, que, pese a ser tan enorme, sabía hacerse el invisible. Nadie le preguntó quién era ni qué hacía allá metido. Mientras buscaba una oficina donde le dieran información, se distrajo mirando las fotografías viejas de los artistas que habían participado en los seriados del Canal.

De pronto se detuvo ante una que lo impresionó. La observó de cerca, después de lejos, y otra vez de cerca. Era la vieja fotografía, en blanco y negro, de un hombre con un gran sombrero de mosquetero que le tapaba media cara. Pero la otra media estaba al descubierto y Cristóbal pensó, “ese actor es idéntico a mí. Es como yo, pero disfrazado de mosquetero”, y empezó a atar cabos.

—Ah, conque tú eres mi padre —le dijo a la foto—. Al fin nos conocemos, sinvergüenza. Tú tan apuesto y aprovechado; seguro en tus correrías dejaste un reguero de muchachas preñadas e ilusionadas, para volver después sumiso, como un buen perro, a tu país, a tu casa y a tu familia legítima, lleno de regalos para tu esposa y tus hijos. Solo quiero que sepas que con la pequeña Charito la cosa no fue así; a ella no la hiciste sufrir, ella agarró de ti lo que quería, lo que necesitaba, y nunca añoró nada más. No te equivoques, padre, a ella no le interesaba nada más de ti. Nunca nos hiciste falta, y no nos haces falta ahora. Y esto que ves hoy, tu hijo Cristóbal aquí

parado, esto es lo más cerca que quiero estar de ti. Y quién sabe, a lo mejor mi vida da un vuelco y llego a convertirme en actor. ¡Y ese día me voy a reír! Porque yo voy a ser un actor de veras, protagonista de dramatizados serios, no como tú, que eres un galán de pacotilla, un actor de reparto en programas de tercera. Si no fuera por tu regia pinta, nadie te habría mirado. Y cómo te parece, grandísimo cobarde, que yo la buena pinta te la heredé, pero además tengo inteligencia, no como tú, y, sobre todo, yo sí soy un hombre de buen corazón. Y cuando quiero a una mujer, la quiero con toda el alma y hasta la propia muerte. Y ahí te dejo, padre, ¡adiós para siempre!

Cristóbal se alejó de aquel corredor y, tras dar un par de vueltas, por fin pudo encontrar una oficina en donde le dieron la información que buscaba. Le confirmaron que Valentina se había retirado del Canal y le suministraron la última dirección registrada. Aparentemente era la casa de la familiar que la había acogido cuando ella llegó a la ciudad.

Cristóbal salió del Canal y se dirigió a esa dirección. Una señora muy amable lo recibió y respondió a sus preguntas.

—Pues fíjese usted, joven —le dijo la tía—, Valentina me llamó una tarde, ya hace su buen tiempo, y me dijo que estaba bien, que no la esperara esa noche, porque se iba a quedar a dormir donde unas compañeras de trabajo. Todo ha sido muy raro, porque desde ese día, ni más. Esta es la hora en que sigo esperando que aparezca. Ya le digo, todo es muy extraño; ella no parecía una muchacha así de desagradecida y desconsiderada. Además, imagínese que dejó toda su ropa y sus cosas aquí. Yo estoy extrañada porque dejó hasta la foto de su papá, a quien tanto adoraba. ¡Es como si a mi sobrina se la hubiera tragado la tierra!

—¿Y de pura casualidad no tendrá usted una foto de Valentina que pueda suministrarme? —solicitó Cristóbal—. Saber cómo es me facilitaría la búsqueda.

—Con gusto, joven, ¿pero antes podría informarme quién es usted y por qué la busca?

—Yo soy el sobrino, o casi, de Madame Rosicler, que la conoció en el Canal y anda preocupada por ella, porque allá tampoco la han vuelto a ver.

—¡Un sobrino de la famosa Madame Rosicler! ¡Ni más ni menos! Mire que yo ningún sábado me pierdo una aparición de ella. Es más, hace cosa de un mes llamé al programa, justamente para preguntarle a Madame por la suerte de mi sobrina. Me comunicaron con ella, le hice la pregunta, sin dar nombres, claro, y ella comenzó a responderme… con tan mala suerte que mi teléfono eligió ese preciso momento para dañarse. La operadora repitió tres veces: “Señora, ¿está escuchando?”, hasta que desistió y terminó con “Parece que la perdimos”. No volví a llamar porque lo interpreté como la confirmación de que Valentina quería esconderse de mí —dijo la señora, entre sollozos.

—No se preocupe, doña, yo estoy aquí para ayudar. ¿Y lo que le digo de la foto? ¿Sí me la va a dar?

—Claro que sí, joven. Si quiere suba usted a la habitación que era de ella. Le puedo dar la foto que aún permanece en su mesa de noche, esa es la foto que le digo, en la que Valentina sale con

su papá. Muy bueno que la conozca, así sea solo en foto, para que sepa a quién buscar. De pasadita revise, si gusta, sus pertenencias: de pronto encuentra alguna pista para localizarla. Yo ya estoy muy nerviosa, imagínese, esa muchacha no tiene a nadie en el mundo además de mí. Y, aun así, se largó sin explicarme nada.

La señora dejó a Cristóbal en el cuartico que había ocupado Valentina y se disculpó diciendo que volvía a la cocina para que no se le quemara lo que estaba cocinando.

Cristóbal fue recorriendo despacio la habitación con la mirada. Vio tres vestidos de colores, dos pares de zapatos, un cepillo del pelo, una toallita cuidadosamente doblada. Luego tomó la foto de Valentina con su padre, y desde ese mismo instante, y sin conocerla, comprendió que a quien buscaba era a la mujer de su vida. Así que Valentina era el nombre de la mujer que él amaría desde ya y para siempre. El corazón le latía muy fuerte; el flechazo repentino lo había puesto a temblar. Sabía que cuando se lo contara a su madre ella iba a poner el grito en el cielo: "Pero mijo, Cristico —le diría—, ¿otra vez la misma cosa?, ¿de nuevo usted perdidamente enamorado de una mujer sin conocerla siquiera?".

No importa, pensó Cristóbal; no importa lo que diga mi adorada madre. Valentina es la mujer de mi vida, me lo dice una corazonada, y como dicen por ahí, el corazón tiene razones que no comprende la razón.

Por un momento, Cristóbal se recostó en esa cama, reclinando con dulzura la cabeza donde Valentina había puesto la suya.

—Le juro, Valentina, que yo a usted la voy a encontrar. Para entregarle la foto de su papá, que le debe estar haciendo mucha falta. Esta fotografía debe ser su compañía favorita, yo lo sé, y no voy a descansar hasta que se la pueda devolver —dijo Cristóbal en voz alta, como cuando alguien hace una promesa a una Virgen milagrosa.

Con mucho cuidado, sacó la pequeña fotografía del marco y se la guardó en el bolsillo de la camisa, el del lado izquierdo, sobre el corazón.



13
“La letra con sangre entra”

A medida que pasaba el tiempo, el temperamento de Colette se dejaba ver mejor; era una mujer dura, sin sentimientos, y todo lo que estaba a su alrededor se impregnaba de su personalidad fría y despiadada. En el apartamento solo se hablaba lo necesario y las muchachas vivían con miedo. Era una situación de sálvese quien pueda, no existía solidaridad.

—¿Hay café?

—No sé.

—¿Tiene quitaesmalte?

—Debajo de la cama.

—¿Y algodón?

—No.

—Usted ya se comió dos panes.

—Esa camisa la voy a usar yo.

—El huevo que quedaba era el mío.

—¡Sucia! La próxima vez jale la cadena del excusado.

Aquello era tierra de nadie; las ropas siempre por el piso, no se limpiaba nada, ninguna tendía la cama, la noche se confundía con el día, los bombillos se quedaban prendidos, las cortinas cerradas, había polvo sobre la mesa de la cocina, los platos estaban a medio lavar. El tiempo lo gastaban mirando fotonovelas, pues había muchísimas, apiladas sobre los asientos y los rincones. Todas las semanas las traía Colette, renovadas; primero las leía ella y después las tiraba en la mesa de la sala. *Mi primera cita*, *Cenicientas de barrio*, *Mentiras infames*, *Fango y espuma*, *Juegos de frivolidad*, *Las golfas*; todas eran de amor, desamor, sueños de superación y engaños.

Las fiestas y la televisión marcaban la única relación de las muchachas con el mundo de afuera; con las caras llenas de crema, rulos en la cabeza y enfundadas en sus batas de encaje se sentaban día tras día frente al televisor, en silencio, con los ojos redondos y fijos en la pantalla:

cómo no mirar maravilladas a la mujer rubia y voluptuosa que exclamaba “a donde estás, amor mío”, mientras lloraba frente a una lápida, y soñar con que algún día fueran ellas.

Para Valentina la vida había sido distinta. Estaba acostumbrada a otra cosa; ella venía de una ciudad pequeña, donde todos se conocían, se saludaban, se estimaban y husmeaban en la vida del otro, aunque tal vez demasiado para su gusto.

—Vivimos en un pueblo muy chico, papá —se quejaba—, no hay nada que hacer fuera de levantarse con los pájaros para ir a misa y después comer helado de paila en el café. Somos tan pocos que nos saludamos en el mismo día tres y cuatro veces; todos nos conocemos las historias hasta la tercera generación. Yo sé que usted quiere que yo vea el mundo, papá, que aprenda cosas porque así me crió. Usted no quiere que yo me quede por aquí a vestir santos; yo sé que el destino que usted sueña para mí es que yo triunfe en los estudios y funde una gran empresa.

Y dele que dele todos los días. Valentina insistía en el embeleco de abandonar el pueblo y vivir en la ciudad.

No había pasado mucho tiempo cuando una mañana Colette la levantó muy temprano. Fue una cosa rara, pues en ese lugar nadie madrugaba.

—Arriba, niña. Hoy tenemos una cita muy importante. Quiero que vaya perfecta. Vamos a conocer a su jefe. Si él dice “sí”, quiere decir que la aprueba y usted se queda; si dice “no”… pues de patitas a la calle. Así que lávese el pelo y maquíllese muy poco, no exagere con eso. Ya le escojo la ropa. Y ¡ah!, ojo: nada de perfume —le dijo.

—Sí, señora —contestó ella.

Salieron a mediodía. El recorrido en el carro fue largo. Valentina no reconoció los barrios por los que iban pasando, nunca había estado en esa parte de la ciudad. Había casas grandes, con jardines enormes, que a ella se le antojaron palacios. Aquello quedaba como en las afueras. Por fin llegaron al que parecía ser su destino, pero Valentina no tuvo oportunidad de observar el lugar porque el chofer entró el carro directamente al garaje. Las dos se bajaron y avanzaron por unos corredores que llevaban a una cocina muy grande, donde trajinaban varios meseros.

—Señora Colette, yo nunca había estado en una casa así, esto es muy lujoso —murmuró asombrada Valentina.

—Mire, Valentina —Colette le habló entre dientes—, ponga atención: esta no es una casa, este es un club social al que vienen muchas personas elegantes a hacer negocios y a comer. Usted deje de hablar como la montañera que es; llevo meses despercudiéndola, pero parece que no hay avances. Trate de no sorprenderse y de no abrir esos ojotes de boba ante cada cosa que ve, a ver si pasa por más pulidita. Otra cuestión, deje de decirme señora Colette; de ahora en adelante, cuando estemos con personas que yo le presente, dígame Colette, a secas. ¿Le queda claro?

—Sí, señora Colette —dijo ella.

—¡Pero ¡qué le acabo de decir!

—Perdón. Sí, Colette.

Valentina, que no tenía nada de tonta, ya iba entendiendo cómo quería Colette que ella se comportara. Siguieron caminando hasta llegar a una sala donde las esperaba un hombre.

—Buenas, Monsalve —lo saludó Colette.

—Hola, Colette. Pero qué elegancia la que trae hoy, me encanta verla así —le dijo el hombre.

—Yo soy así, así me visto hasta para estar entre casa y usted lo sabe muy bien, Monsalve.

Valentina pensó que era evidente que entre esos dos había algo más que negocios. El hombre observó a Valentina muy despacio, detalladamente.

—Veo que me trajo el encargo que le hice. Vamos a ver cómo le va —dijo Monsalve.

—Entonces, ¿qué?, ¿me anuncia? —le preguntó Colette.

—Claro. Y después hablamos de lo que nos atañe —Monsalve entró al salón y un momento después salió y les abrió la puerta.

Era un salón muy grande, con cortinas pesadas, una mesa de billar, sofás de cuero y una chimenea que ocupaba toda una pared.

—Sigan, sigan, por favor, sigan —se escuchó una voz masculina dulce y amable.

Entraron un poco más, y al fondo, sentado frente a la chimenea, había un hombre como el que Valentina nunca había imaginado. Aunque ya no era tan joven, porque debía alcanzar la edad madura, era el más bello del mundo. A Valentina la sedujeron enseguida su aspecto y el tono de su voz.

—Buenos días, pasen y se sientan que en un momento nos sirven —dijo.

Colette parecía derretirse de emoción; se deshacía en carantoñas, cruzaba y descruzaba las piernas, hacía sonar las pulseras, fumaba un cigarrillo tras otro. Estaba sonrojada y en la frente le brillaban unas goticas de sudor.

—Bueno, Colette, así que esta es la muchacha que quiere trabajar en la sociedad —le preguntó el hombre.

—Sí, claro, esta es la muchacha a la que he estado entrenando —dijo acentuando su acento extranjero mientras se quitaba la chaqueta de piel, porque evidentemente estaba sofocada. ¿Sería por el calor de la chimenea?, o más bien por la excitación que le producía aquel hombre.

—¿Y cuál es su nombre? —le preguntó el hombre a Valentina.

—Valentina.

—Mmm… ya veo, muchacha de pocas palabras —dijo él—. Así que Valentina… lindo nombre. Bueno, Valentina, por qué no me cuenta un poco de su vida —el personaje aquel se dirigía a ella con calidez.

—Vamos, Valentina, háblale de tu vida, cariño —le indicó Colette—. Sin timidez, pero con discreción; sobre todo, con discreción. Así como te he enseñado —y luego, con voz melindrosa y dirigiéndose al hombre, exclamó—: ¡Ay!, es que este es un problema con las chicas, por mucho

que se pulan siempre se pueden brillar más. Es un trabajo de nunca acabar.

Valentina parecía calmada.

—¿Donde nació? —le preguntó él.

—Nací en un pueblo muy bello, que tiene plaza, flores y sol.

—Bueno, Valentinita, tampoco se trata ahora de que te pongas a hablar como los loritos de tu pueblo y aburras al señor —la amonestó Colette—. Recuerda lo que te he enseñado durante estos meses.

—Colette, le propongo que pase a la barra que está aquí detrás de la puerta y se tome algún aperitivo. Monsalve la acompañará. Yo creo que le caería bien. Y nos deja hablar con tranquilidad a Valentina y a mí; así puedo conocerla mejor —le indicó el hombre.

Valentina la miró fijamente y le soltó un "Más tarde nos vemos, Colette", aprovechando para pronunciar despacio ese nombre y sacarse esa pequeña espinita.

Colette se sintió mal, pero no dudó un momento en hacer caso. De inmediato se levantó y se dirigió hacia la barra.

El hombre se inclinó sobre Valentina y, con suavidad, le tomó las manos.

—Ahora sí, Valentina, cuénteme esas historias bonitas de su pueblo —le pidió con la misma voz dulce del principio.

Ella no podía creer que fuera tan amable y considerado un hombre tan bello, tan elegante, que parecía tan rico y que olía tan bien. Él se recostó en el sillón muelle de terciopelo azul marino y entrecerró los ojos mientras se tomaba un sorbo de whisky.

—Háble me de su papá, Valentina. Su voz me arrulla.

Ella le contó de la casa de dos pisos, de La Mundial y de la mercancía que vendían. Después le habló de la muerte de su padre y no pudo evitar que se le escurrieran las lágrimas. El hombre se inclinó hacia ella y, gentilmente, con la mano, le limpió las mejillas.

—No llore, mi Valentina bonita, ya verá que todo va a estar bien. No se preocupe por nada.

Valentina estaba muy conmovida. Desde hacía mucho tiempo nadie era tan amable con ella; él la trataba casi de un modo paternal, como si de veras la quisiera proteger.

—Gracias, gracias —murmuró ella, agradecida desde el fondo de su corazón, y empezó a pensar en otras cosas del pueblo que podría contarle: de la panadería, por ejemplo, y del olor a pan recién horneado que inundaba su calle a la madrugada…

—Bueno, ya no tengo más tiempo —el hombre la cortó en seco, y a Valentina se le quedaron atoradas las palabras que había estado a punto de pronunciar.

El hombre, desde lejos, le hizo una señal con la mano a Colette, indicándole que ya se podían marchar. Valentina trató de acercarse a él para despedirse, pero era evidente que él tenía prisa y ya no quería hablar más.

De salida, Monsalve agarró a Colette por el brazo:

—Bueno, parece que esta le funcionó —dijo—. La puede llevar de vuelta al acuario y ponerla

a trabajar. De una vez arregle con Mambo, que yo después cuadro con usted.

—Pero acuérdese de las condiciones, porque yo ya he invertido mucho tiempo —le contestó Colette.

—Tranquila, tranquila.

Valentina no entendía qué tenían que ver este par de buitres con el hombre refinado del salón. Ese encuentro con él había sido un momento mágico, aunque demasiado breve, qué lástima. ¿Habría una nueva oportunidad de verlo? Valentina, desde esa misma noche, empezó a soñar con esa posibilidad.

A partir de esa fecha, a Valentina comenzaron a llevarla a sus primeras fiestas y la vida empezó a ser distinta. A pesar de que aún guardaba la esperanza de convertirse en modelo, y de que sabía que el camino no iba a ser fácil, no estaba preparada para que fuera tan duro. Ella trataba de hablar con sus compañeras, hacerles comentarios y preguntarles cosas, buscar su compañía cuando se sentía sola, pero eran impenetrables. Siempre parecían amedrentadas, o como si se odiaran las unas a las otras.

El ambiente en el apartamento era muy denso. Siempre estaban vigiladas por el chofer. No tenían permitido salir solas a la calle, el teléfono solo se conectaba cuando Colette supervisaba. El televisor permanecía prendido día y noche, y cada vez que pasaban *De Sabatina, con Alain Clavel*, a Valentina se le escurrían las lágrimas cuando veía a Madame Rosicler, a quien había conocido cuando era simplemente Rosa y la había consolado con Charito, tan pequeña y alegre. ¡Ay, si tan solo les hubiera hecho caso a las advertencias de Rosa! Si me hubiera ido a ver a mi padre tal vez él estaría vivo, pensaba Valentina.

Ella se consolaba pensando que su papá nunca se enteraría de la situación en la que se encontraba ahora. Nunca sabría de esas fiestas a las que le tocaba ir, ni de esa vida degradante, como de esclava, o de cautiva. Secaba sus lágrimas en el saco con el que había llegado a la casa de Colette; era el último recuerdo de La Mundial, ya no quedaba nada más.

Ni siquiera había podido recoger la foto de su papá que se había quedado sobre su mesa de noche. Lloraba a escondidas y se secaba las lágrimas sin que las demás lo notaran. ¿Acaso las otras no estaban también tristes, como ella? Parecía que no, aunque tal vez ya ni lágrimas les quedaban.

Colette les cobraba todo; apuntaba cada gasto en un cuaderno de cuentas que mantenía en el bolsillo, las hacía pagar por la comida y hasta el jabón con el que se bañaban. Ni siquiera las llamaba por su nombre, solo por la antigüedad. A la primera que había llegado le decía Uno, a la segunda Dos, y así hasta Siete. Vivian en el reino del anonimato, ni siquiera el chofer tenía nombre: le decían simplemente “chofer”. Entre ellas tampoco se llamaban por el nombre; estaba prohibido, solo por su número, y hablaban solo lo indispensable.

—Ustedes no son nada, nadie, no hacen nada. La gente las desprecia. Ni sumar saben. ¡Ignorantes, holgazanas! Si volvieran al mundo de donde vienen, sus familias las rechazarían, los amigos de antes no las reconocerían. Si fueran algo, seguro no estarían aquí. Ahora no son más que mamarrachos pintarrajeados, ni se les ocurra que van a tener familias propias, o ser las reinas de un hogar. ¿Qué hombre con intenciones serias se les acercaría después de la vida que llevan? Y esto ya no tiene vuelta atrás, ¡princesas payasas! Lo único que hacen es beber y fumar. Vampiras, ustedes se queman con la luz del sol. Desvergonzadas, vivir de calentar hombres ricos en las fiestas es lo único que saben hacer. Lo que tienen me lo deben a mí; sin mi estarían en la calle, de prostitutas baratas para conseguir qué comer, cobrando unos centavos para conseguir algo de ropa para cubrirse. Ni un colchón en donde dormir tendrían; vivirían debajo de algún puente, les pagarían calderilla por revolcarse en los basureros. ¡Solo me tienen a mí, y dependen de mí, como los engendros dependen de sus madres!

Colette, poco a poco, les iba quebrando el espíritu. Sabía cómo doblegarlas, para mantenerlas sumisas y sometidas. Antes de salir hacia las fiestas las obligaba a tomar unos tragos, “para entrar en ambiente”. Valentina aprendió a fumar, aunque odiaba el humo. A aquellas fiestas asistían hombres de todas las edades. Eran tipos elegantes, que olían a colonia costosa, y ellas debían sentarse en sus rodillas y dejar que las manosearan.

Tenían que cantar y bailar de manera provocativa. Algunas veces aparecían por allí otras muchachas, vestidas sin lujo, menos arregladas, menos finas. Colette se refería a ellas como “el establo”, y las metían de a dos y de a tres a las habitaciones con los invitados.

Al parecer solo las consentidas, si a eso se le podía llamar así, vivían con ella en “el acuario”, como si las tuvieran destinadas a otra cosa. Ya entrado el amanecer, volvían al apartamento. Colette a duras penas podía mantenerse en pie; el chofer debía dejarla sobre su cama porque ella se caía de la borrachera.

Valentina no sabía qué era más peligroso, si seguir en ese trabajo o tratar de escapar. Colette, permanentemente, le recordaba que le debía dinero de la ropa que le compraba y la comida que le daba, pero el salario que recibía no le alcanzaba para cubrir la deuda que había ido adquiriendo por sus supuestos lujos.

Tres se escapó de una de una fiesta un sábado. El martes la trajo de vuelta el chofer. Allí mismo, en medio de la sala, la agarró a patadas delante de Colette y de las otras.

—La cara no se la toque, que no queden marcas —indicó Colette—, y tampoco le dé tan duro como para que a estas horas tenga yo que salir a un hospital. Fíjese en lo que hace, no se pase de bestia. No sé por qué, pero tengo que estar pendiente de todo. Nadie hace nada bien por estos días.

Tres entró al cuarto en silencio y estuvo acostada toda la semana.

Valentina había decidido que no podía dejarse llevar por la tristeza y el desconsuelo, se lo debía a su padre; él le había enseñado a ser luchadora y a no agacharse ante ningún obstáculo.

Estaba convencida de que encontraría la manera de sobrevivir a esa pesadilla. Ella no era de las personas que se rendían; no iba a permitirles que la doblegaran, no se trataba de botarse por una ventana o arriesgar la vida. No. Esa no sería la solución, aunque por momentos sintiera la tentación de hacerlo. Pero no, no lo haría. Tendría que encontrar la manera de hacerlo con buenos resultados. Además, afuera de esa de prisión contaba con dos amigas que la acogerían; buscaría a Rosa y a Charito; ellas la ayudarían a empezar de nuevo, como si nada de esto hubiera sucedido. Comenzó por arreglar la esquina de su cuarto, tender su cama y organizar su ropa. Eso sí, siempre pensando en el hombre del salón, el caballero amable que había conocido aquel día. Pensar en él aclaraba los días más oscuros. ¿Sería ella la verdadera “cenicienta de barrio” de la fotonovela?



14
“Naranja dulce, limón partido”

Hija de una madre pobre, Rosa había comenzado a trabajar desde muy joven haciendo el aseo en un orfanato, en el que las familias ricas de la capital adoptaban niños abandonados.

Muchos niños sanos habían pasado por la institución, pero una vez llegó un chiquito con un defecto congénito en la columna. Los médicos decían que nunca podría caminar bien, que no había en la tierra cirugía o cirujano o dinero que lo pudiera arreglar, así lo adoptara el mismísimo Maharajá de Jaipur.

Era un bebé demasiado pequeño y bajito de peso. Parecía un pajarito caído del nido, pero tenía la cara más hermosa que el universo hubiera dado: tenía ojos grandes y negros en los que se reflejaban solo las cosas bonitas. Rosa se enamoró del niño; para ella no había un amor igual. Era su felicidad, lo alimentaba, lo bañaba, le cantaba, en los ratos libres lo sacaba al jardín, lo arrullaba, le enseñaba los nombres de las flores y los colores —“suave azahar que este pequeño se deje arrullar”, “rojo como el clavel, vamos a recoger miel”, “blanco como la azucena, que se nos quite esta pena”, “amarillo como la hiniesta, que este niño eche la siesta”—. Salía tarde del trabajo para poderlo acostar y dejarlo arropado y dormido, y corría casi al amanecer, montaña abajo, para darle su primer tetero y que no se sintiera solo.

—Aquí llegué, mi niño diminuto, para que no vaya a abrir los ojos y esté solito.

Rosa nunca iba a poder tenerlo, porque ella era casi tan pobre y desamparada como él. Pasado un tiempo se acabó la financiación del hospicio y ya no volvieron a recibir niños. Había que colocar a los que quedaban, las familias se los fueron llevando. Nadie quiso al pequeño al que, además, parecía que por un trauma al nacer le había aparecido una enfermedad neurológica.

El niño de golpe perdía la consciencia, se quedaba dormido durante horas y no había manera de despertarlo. Ni cantos, ni sacudidas, ni ruegos parecían tocarlo. Se perdía en un limbo adonde Rosa creía que solo llegaban los ángeles. Con su paupérrimo salario se daba mañas para llevarlo al médico del pueblo algunas veces y mantener al día sus vacunas. Cuando de la capital llegó la

orden de trasladar a los tres huérfanos que quedaban a otra ciudad y cerrar definitivamente la institución, Rosa se desesperó. Nadie la iba a ayudar, así que la única solución que se le ocurrió fue contratar al malandro del pueblo para que se robara al niño y se lo entregara a ella antes de que lo recogieran del Ministerio de Salubridad.

Al malandro le decían Zarco, porque nadie sabía su verdadero nombre. Había nacido raro, con unas manchas blancas grandes en la cara y las manos —vitíligo, llamaban a esa condición—, y con los ojos de un azul tan claro que parecía que solo tuviera pupila. La gente le tenía miedo desde que era un niño; en el campo creían que traía mala fortuna. Nadie lo quiso nunca, ni su propia madre, y no le quedó más que dedicarse a cuanta bellaquería apareciera. Estaba acusado de robo, trampa, y hasta estafa.

—Zarco, entonces lo espero en el camino cuando cruza hacia el pueblo. Mucho cuidado con el niño, envuélvalo en esta manta y no lo apriete. Tampoco me lo vaya a dejar caer.

Rosa, con una caja de cartón que contenía sus pocas cosas, algunos pañales, dos teteros y un tarro de leche en polvo que había sacado fiado de la farmacia, lo esperaba ansiosa. Los minutos le parecían eternidades.

—¿Será que me voy para allá? Tal vez pedirle eso al Zarco fue exponer al niño demasiado, ¿qué tal le haga algo?, ¿será que lo vieron cuando lo sacó?

Al cabo de un tiempo, cuando ya estaba desesperada y decidida a volver al hospicio, vio, a lo lejos, al hombre caminando con la manta entre los brazos.

Rosa salió corriendo a su encuentro y le quitó al niño.

—Ay, mi pajarito. Es tan chiquito que no se veía el bultico entre la manta, bendita la Virgen que me lo trajo con bien. ¿Alguien lo vio, Zarco?

—Quién se iba a fijar en ese sute que ni los ojos abre.

—No le diga esas cosas.

—Pero no ve que llegué y, dormido, lo puse entre la manta; dormido caminé hasta acá, y dormido se lo doy. Hace más ruido una ostra.

—No me le diga cosas así, que él todo lo oye. No se me afane, mi pajarito, lo que dijo fue que hacía más ruido una hostia en el copón —le dijo Rosa al niño—. Tome, Zarco, la paga —y le dio su única posesión, una cadenita dorada con dijes en forma de estrella.

Antes de separarse, el Zarco le dijo:

—Ojo, mi reina, que donde me esté tumbando y esto no sea de buen oro, yo se la cobro como sea. La busco en donde esté y le cobro, yo no me olvido.

Pero a Rosa ya nada le importaba. Esa misma noche, ella y su niño partieron hacia la capital, huyendo, dejando todo atrás. Ella, una muchacha apenas, con unos ahorros mínimos, y él, un niño robado al que nadie quería. Los dos sonrientes, abrazados y calienticos, escondidos entre la carga de verduras de un camión. La luna, cómplice, se veló y no quiso alumbrar, para que la oscuridad los encubriera y sus rayos azules no los delataran.

Rosa estaba rara. Charito, que la conocía como a la palma de su mano, lo sabía a ciencia cierta. Claramente se daba cuenta de que su amiga estaba haciendo cosas que por lo general no haría. Dormía mal, caminaba toda la noche sin poder encontrar descanso, entraba a la cocina y comía galletas con mermelada, ordenaba los armarios, se encaramaba en un butaco y limpiaba el polvo de la lámpara de lágrimas, abría la puerta de la casa al amanecer y salía a oler el aire fresco de las rosas. Eso no era propio de Rosa, que era dada a la molicie; le gustaban las cobijas tibias y disfrutaba las horas de sueño, e incluso, pasarse todo el domingo entre la cama.

Algo raro estaba pasando. Charito se daba cuenta y trató de sonsacarle alguna información durante la velada nocturna, las dos solas, cada una en su mecedora en el porche de la casa.

—Oiga, Rosa —intentó poner conversación Charito—, ¿y usted por qué a mí nunca me echa las cartas? Se las echa a ñorra el mundo y todo el mundo, pero lo que es a mí, no me hace ese servicio. Tan odiosa.

—Ay, Charo, yo a usted no le echo las cartas porque yo a usted me la sé de memoria. Además, tenga en cuenta que la carta del tarot que a usted la representa es La Luna —dijo Rosa, señalando hacia cielo, desde donde el astro azul las miraba—. La mágica luna, la diosa nocturna, que en el tarot es el arcano número 18 y significa la intensidad de una entidad atómica desconocida, la fuerza de una energía secreta. Mejor dicho: el desmadre en cuatro patas, Charito, eso son usted y su luna, puro alboroto y tumulto cósmico.

De ahí en adelante, y casi hasta la medianoche, cuando las rindió el sueño, Rosa no volvió a soltar palabra, por mucho que Charito intentara jalarle la lengua para averiguar qué marea revuelta se traía en la cabeza.

El lunes Charo vio a Rosa muy arreglada, de cartera y paraguas en la puerta de la casa. Era muy temprano, los muchachos no se habían levantado aún.

—Pero, Rosa, ¿qué hace a estas horas? ¿Para dónde va, acaso? —le preguntó.

—Es que me gusta sentir el rocío de la mañana en las mejillas —contestó Rosa.

—¡Ja!, ahora no se me coloque poeta, Rosa, que a usted lo que le gusta, a estas horas, es sentir el pan caliente con mantequilla entre la boca. Además, ¿para qué el paraguas?, ¿y la cartera? Deje eso ahí, más bien venga nos desayunamos y después sale a la calle, si quiere. A estas horas para qué, si todavía no hay nada abierto.

Rosa hizo caso a regañadientes, se sentó a la mesa con Charito, pero desayunó muy poco. Esperó un rato y, apenas pudo, volvió a agarrar el paraguas y desde la puerta de la casa, gritó:

—¡Ya vengo! Voy a la farmacia, que se acabó el alcohol.

Charito esperó a que Rosa saliera y corrió detrás, siguiéndola sin que la otra lo notara. Rosa

entró a la farmacia y compró el alcohol, y después al banco, donde tenían los ahorros. Charito se fue a esperarla a la casa.

—Rosa —Charito habló muy seria—. Nosotras hemos sido amigas toda la vida, desde jovencitas nos hemos tenido la una a la otra, siempre. Hemos solucionado los problemas entre las dos, por malos que sean. Hemos pasado angustias y dichas juntas, sin ocultarnos nada ni decirnos mentiras. Sin secretos. Sobre todo, eso: sin secretos. Usted me está traicionando, está haciendo cosas a escondidas mías. Mírese ahora, toda roja y sudorosa, y no me venga con que es la menopausia, porque por ahí ya pasamos hace rato y aprendimos que esos calores los calmamos con agua de jengibre. Hasta eso sé de usted, así que ahora no trate de ocultarme cosas.

—¿Cuál es su desconfianza? Hoy fui a la farmacia a comprar el alcohol que le dije.

—¡Vieja mentirosa! ¿Sí ve? La agarré en la mentira otra vez. Usted fue a la farmacia, pero después se fue al banco, caminando rapidito con el paraguas abierto, para que no la vieran. Pero yo sí la vi, porque yo soy como el ojo de Dios de esta casa. Y sacó platica de la cuenta de los ahorros, y se la metió entre el caucho de la media, como si fuera verdulera de la plaza y no una artista de renombre de la televisión. Y ahí debe tener esos billetes, todos apretujados en la liga, cortándole la circulación de la pierna, a ver si se le empeoran las várices. Ya sáquese esa plata de una buena vez y deje de decirme mentiras —Charito estaba furiosa, pero no alzaba la voz para que los muchachos no la oyeran.

Entonces Rosa se soltó a llorar.

—Ay, yo no quería decirle para no preocuparla, porque yo sé cómo se pone usted, y esto que me está pasando sí es grave.

—¡Pero no se ponga así! No me haga caso, Rosita, séquese esos lagrimones y suénese, tome mi pañuelo —dijo la otra, arrepentida por haber hecho llorar a su amiga—. Todo lo vamos a arreglar, por complicado que sea lo vamos a arreglar. Mire que no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista. No llore más, que me hace llorar a mí también.

—Pues prepárese, porque sí que va a llorar con lo que le voy a decir. Alístese para la noticia. Siéntese para aguantar el golpe.

—¿Tan débil me cree? Desembuche a ver.

—El otro día, saliendo del Canal, se me acercó nada más y nada menos que el Zarco. Está acabado, más horrible que nunca, con ropa como raída, sucio, oliendo a puro licor barato. Con esos ojos tan intensos, de ese color tan miedoso sobre esas manchas blancas… parece una hiena vieja. Claro, me vio en televisión y cuando me reconoció en la pantalla se fue a buscarme personalmente al Canal. Yo iba distraída y, cuando acaté, ese engendro estaba plantado detrás de mí. Cuando yo era una humilde trabajadora no le interesaba para nada, pero ahora que supo que nos ha llegado la fama, y de la mano de la fama también una platica, entonces ahí sí el muy ladino decidió venir. Lo oí cuando se me acercó por detrás y me dijo: “Vengo por lo que me debe, porque la cadenita dorada no era de oro”.

Charito se puso muy pálida y demudada por la impresión de la noticia.

—No me diga eso —murmuró—, ¿ahora qué vamos a hacer?, ¿para qué la buscó ese hombre?, ¿qué quiere de usted?

—Pues ¿qué cree? Quiere plata. Me amenazó con contar en el Canal la verdad. Imagínese que a estas alturas se enteren de que yo, en mi juventud, me robé un niño. Lo menos grave es que me echen del Canal; lo más grave es que me echen, sí, pero a la cárcel. ¿A mis años y en líos con la justicia? ¿Se imagina, Charo? Usted yendo a hacerme visita al presidio de mujeres, y yo venir a morir presa… También me amenazó con contarle la verdad a Álex. La fiera esa ya sabe hasta dónde vivimos, porque nos tiene hace rato pilladas. Nada tiene de raro que esté ahora mismo ahí, en la esquina, al acecho.

Charito se agarró la cabeza y dijo:

—¿Ahora qué vamos a hacer?

—Por ahora, pagarle para tenerlo quieto; pagarle la maldita cadena de oro que le debo hace tantos años —contestó Rosa.



15
“Amor de mis amores”

Había pasado ya bastante tiempo desde el día en que Valentina había conocido al amor de su vida, aquel hombre tan distinguido y elegante que la había invitado a conversar con él en el lujoso salón. Todas las noches se dormía pensando en su recuerdo, que era tan dulce que le hacía llevadera la dura vida en el apartamento y el trabajo denigrante que tenía. Pero… ¿cómo era en realidad él? ¿Cómo podía imaginarlo con exactitud, si durante los pocos minutos que lo tuvo cerca casi ni se atrevió a mirarlo a la cara?

Valentina solo sabía que aquel hombre tenía el pelo entrecano y las piernas muy, muy largas. Que el paño de su traje era gris intenso y extraordinariamente suave, su camisa era blanca como la nieve, de cuello planchado con almidón, y llevaba corbata a rayas. ¿Tenía barba y bigote? Quizá sí, pero Valentina no podría decirlo a ciencia cierta. La imagen de ese hombre prodigioso permanecía borrosa para ella, pero en cambio había dos cosas que su memoria guardaba tan claras como el agua. Una: la dulzura seductora con que la había tratado, una rara mezcla de paternalismo y atractivo viril que a ella la había hecho sentir a la vez protegida y deseada. Ese era el primer recuerdo imborrable. La segunda tenía que ver con el olor. ¿A qué olía ese ser? Tal vez a cuero, a madera, a incienso, a tabaco, a colonia cara, a ropa fina y nueva, a zapatos sin estrenar… Valentina no podría precisarlo, pero estaba segura de que ese era el olor de la riqueza. Sí. El aroma embriagador que emanaba de ese hombre, y que a ella la había envuelto como una nube de felicidad, era ni más ni menos el olor del poder y la riqueza. Valentina no lo había aspirado nunca, ni siquiera en las fiestas a las que asistía. Así de fuerte, y al mismo tiempo sutil, así de elegante, y al mismo tiempo masculino, era el olor que solamente ese hombre despedía.

El siguiente miércoles, a mediodía, Colette apareció en su cuarto.

—Apúrese a arreglarse. Debemos ir a hacer una diligencia —le ordenó, sin saludar siquiera.

Valentina se llenó de esperanza. No era una hora para salir a trabajar, ¿con suerte la habría mandado llamar aquel hombre? Se apuró y se arregló. “Nada de perfume”, como le había dicho

Colette. Se montaron al carro y después de un buen rato volvieron a aparecer las amplias calles arboladas y la brisa cálida de aquel barrio elegante. El corazón se le aceleró a Valentina. Entraron al mismo garaje, pasaron por la misma cocina, los largos corredores. Colette delante de ella, con paso apresurado, más molesta de lo normal. El tal Monsalve las estaba esperando.

—No entiendo de qué se trata esto. Él ya había dado su aprobación sobre esta chica, para qué volver otra vez —protestó.

Monsalve solo levantó los hombros en señal de que él tampoco sabía, ni tenía por qué saber. Al fin y al cabo, su oficio no consistía en saber ni entender, simplemente, en cumplir. Al parecer Colette estaba olvidando el respeto a las jerarquías. Mala cosa, mala cosa, pensó Monsalve.

—Usted sabe, Colette, que yo no pregunto. Aquí no se pregunta. Ya se lo he explicado antes —Monsalve le habló con tonito.

Valentina se sorprendió. Hasta ahora la única persona con tonito había sido la propia Colette, la única que daba órdenes e instrucciones y mandaba a los demás. Y ahora, según parecía, había alguien por encima de ella, y a Colette le correspondía el turno de agachar la cabeza y obedecer. Valentina cayó en la cuenta de que ella misma también hacía parte de una larga cadena de poderes. En lo más bajo estaba ella; sobre ella mandaba Colette; sobre Colette mandaba Monsalve, y sobre Monsalve, como en lo más alto de un altar, se encontraba Él.

—Muy bien, Monsalve. Entonces, si quiere, puede avisarle que ya estamos aquí para que podamos entrar —dijo Colette, moderando el tono y más modosita que antes.

—No, no, no. Usted se queda aquí, conmigo; usted no entra. ¿Quién le dijo que la requerían a usted? Esta muchacha entra solita, que para eso sabe caminar, y a él no tengo que avisarle nada: la está esperando. Y acuérdese, mi señora, que entre el jefe y usted estoy yo. Si quiere algo de él tiene que pasar por mí primero. ¿O es que me quiere saltar largo? O, como se dice, ¿me está pasando por manteca? Ni se sueñe.

Monsalve abrió la gran puerta y Valentina entró. Le temblaban las piernas, pero al mismo tiempo sentía que estaba elevándose, que no pisaba el suelo.

Mientras tanto, los dos que se quedaron afuera siguieron hablando. Las cosas estaban muy tensas entre ellos.

—Le repito: tengo la impresión de que a usted se le olvida el lugar que ocupamos en esta empresa —dijo Monsalve.

—¿Y por qué me lo dice, sobre todo, dos veces? ¿Es que acaso mi equivocación es doble?

—Es que usted anda medio agrandada, amiga, y deja que se le note mucho. No sé, es como si se le olvidara de dónde viene. Mejor dicho, de dónde la saqué, ¿o es que ese acentico francés lo tenía hace diez años? ¿Se acuerda de que antes de llamarse Colette se llamaba Luz Rey? Pues a mí no se me olvida. Y preferiría que a la Luz Rey del arrabal no se le olvidara que, a pesar de

que hemos llegado lejos, aún estamos a millas de la cima. Recuerde, mi doña, que yo la traje hasta aquí, que usted me lo debe todo a mí, y que yo se lo debo todo a mi jefe. Todo, pero, sobre todo, subordinación; si eso no lo tiene claro, es mejor que se pierda, pies en polvorosa, porque aquí no se permiten desacatos. Ni siquiera demasiada iniciativa. El jefe nos deja participar en una mínima parte de su millonario negocio, nos tira generosamente nuestra comisión, siempre y cuando cumplamos sus órdenes al pie de la letra. Es mejor que usted, mi amiga, tenga bien claro que, aunque hoy estamos aquí, mañana podemos estar en la calle. No somos indispensables, en un instante nos reemplaza. Así que mejor no se ponga tan igualada que por ese camino va al despeñadero.

—Bueno, bueno, ya basta. Ya entiendo, cariño, no hace falta que me lo refriegue —Colette se hizo la melindrosa mientras le componía a Monsalve la corbata—. Está bien, lo acepto todo, tranquilo, mi potro.

—No me diga potro.

—Pero antes le gustaba que le dijera así…

—Eso era antes.

—De acuerdo, no se me sulfure. ¿Cómo quiere que le diga entonces, caballo? ¿Burro? ¿Gato?

—No se pase, Colette, se lo advierto.

—Está bien, está bien. Monso, Monsito, ¿le puedo decir Monsito, o Monsalvito? Así me gusta, ya menos ríspido. Y ya que estamos en estas y tenemos tiempito, sáqueme de una duda. Usted, que conoce a su jefe porque le ha servido desde que eran jóvenes, Monsalvito, cuénteme cómo es la cosa del jefe con las chicas que le traemos. ¿De qué va el asunto? Se las escogemos entre las más bonitas, se las traemos hechas unos pimpollos, pero eso como que ninguna acaba de gustarle del todo. Les conversa, les hace regalos, les dedica tiempo… pero no sé, no es por entrometerme, pero no deja de parecerme raro que no se amañe con ninguna de ellas.

—Si el jefe les dedica tanto tiempo y las hace sentir especiales, será porque son especiales; no se monte rollos en la cabeza, no crea que hay algo más. No le busque tres pies al gato. Nuestro jefe es un empresario: ante todo eso, un gran empresario que sabe exactamente cuánto dinero invertir y, sobre todo, cuánto tiempo. Entre más lindas y pulidas sean las chicas, pues más costosas las puede vender. Mire, por ejemplo, a esta Valentina, un verdadero bombón. Seguro a esta la tiene el jefe reservada para algún cliente muy especial. Acuérdese, Colette, que él tiene una clientela de lujo, tipos que pagan lo que les cobren sin que les tiemble la mano. Todo depende.

—No, pues, todo eso ya lo sé, Monsito. No me venga ahora con la fórmula del agua tibia; no seré tan antigua como usted en este negocio, pero tampoco soy tonta. Hay clientes que quieren una chica para tenerla de moza de planta y la mantienen por meses. Otros que se la gozan una sola noche y con eso tienen suficiente. Son los gajes del negocio; eso ya se nos sale de control y no tiene que ver con la empresa ni con nosotros. Pero lo que yo me pregunto es cómo funciona el

jefe, digamos, en el terreno más personal. Digo, por cosas que oigo.

—Pues usted, que es chismosilla, escucha muchas cosas, Colette, pero eso no quiere decir que sean ciertas —la trancó Monsalve—. Claro que corren cuentos, pero nada es seguro, ni yo mismo me entero pese a mi cercanía con el jefe, porque él nunca habla de lo personal, y menos de lo íntimo. Dicen por ahí que este negocio es tan grande porque él desde joven lo tiene bien craneado, organizadito. Mi jefe tiene la regla del doble "Ni": Ni se equivoca, ni se involucra. Nunca pierde el control. Nunca se ha emborrachado, nunca ha agarrado un arma, nunca ha hablado de más y nunca ha tocado su mercancía.

—¿Doble "NI"? Pues yo diría que es triple: ni se equivoca, ni se involucra, ni se come a las muchachas…

—Dicen por ahí, aunque de esta boca nunca ha salido ni saldrá, que mi jefe es… —Monsalve se acercó a Colette y le susurró al oído— dicen que es impotente.

—No me dice nada nuevo, Monsalvito. No voy a saber yo que las muchachas que tratan con él salen de ahí intactas. El jefe pasa por ellas como el rayo de luz a través del cristal, sin tocarlas ni mancharlas. Pero dígame una cosita, Monso, ya que dejó de lado la rabia y otra vez somos confidentes. Lo que no entiendo es cómo, si es impotente, tiene una familia…

—Él compra lo que quiera, ¿sí me entiende? Pero ya se lo advertí. De esta boca no ha salido nada, y si llega a salir de la suya, yo mismo me encargo de que no le quede bueno ni un solo diente, y no va a tener problema con que se le descuelgue la lengua porque antes se la voy a haber cortado. Y de paso le advierto, usted anda tomando demasiado, Colette: cuidado, cuidado.

—¿¡Yo!? Pero si desde la semana pasada no me bajo ni medio trago…

—A otro con ese cuento, señorita. Si hasta tufo a alcohol trae hoy, ¿o me cree bobo?

A todas estas, Valentina ya había entrado al salón. Ahí estaba el hombre, sentado en su sillón de terciopelo de color azul rey, sonriendo como ella nunca había visto a nadie sonreír. Ni uno solo de los galanes de fotonovelas era así de bello, ni poseía una sonrisa tan deslumbrante, de dentadura tan perfecta. Si este hombre hubiera nacido pobre, como ella, habría podido volverse galán famoso sin problema. Pero, además, era rico y estaba rodeado de cosas bonitas, suaves y brillantes. Si alguien en ese momento le hubiera dicho, "Valentina, sin saber nada de este hombre, firme este documento que dice que debe estar con él hasta el último de sus días", ella lo hubiera hecho sin dudarlo, así el contrato incluyera la cláusula de que la vida fuera más corta. Él era el amor de su vida y ella hubiera querido agarrarse de su mano y no soltarla nunca.

—Bella Valentina, venga, siéntese a mi lado. Cuénteme algo que no me haya dicho. "Cuéntame una tontería/ mientras llega la agonía" —canturreó con buen oído esa bella canción de letra tan triste. ¿Había dicho "agonía"?, pensó Valentina ¿Estaría enfermo este hombre maravilloso y por eso la llamaba a ella, para que lo consolara en sus últimos días sobre la Tierra?

Si así era, ella lo consolaría; haría todo lo necesario para devolverle la alegría, y hasta la vida misma daría ella por él, si se presentaba la oportunidad.

—¿Se encuentra usted bien? —se atrevió a preguntarle con una vocecita compungida—. ¿Está bien de salud?

—Estoy perfectamente —él desmintió cualquier sospecha—. Fuerte como un roble, o mejor, como un toro, y más ahora, cuando usted se encuentra aquí, mi bella muchachita de provincia.

Valentina se estremeció y se soltó a hablarle del valle donde estaba el pueblo, de las cosechas y las flores, mencionándole solo cosas bonitas y alegres. No se le hubiera ocurrido contarle nada de sus días de ahora, las rutinas miserables que llevaba en el acuario; se sonrojaba nada más con la idea de ir a hablarle de una cosa tan sucia y fea a alguien tan distinguido y hermoso, con quien la felicidad era posible.

—Adiós, muñequita linda —le dijo él, canturreando la conocida canción, y, sin darle tiempo de responder, hizo sonar la campanita para que entraran a llevársela.

A Valentina le hubiera encantado poder despedirse, decirle cuánto se alegraba de saber que él no estaba agonizante, pedirle que la perdonara por esa idea tan estúpida. Él debió pensar que ella lo creía demasiado viejo…

Las visitas se hicieron más frecuentes; ella le hablaba y él se sentaba a escucharla. De él ella no sabía nada, ni una palabra, ni siquiera su nombre. Pero tampoco se hubiera atrevido a preguntar. En cambio, la imagen del hombre se iba grabando cada vez con más nitidez en su memoria y en su corazón. Sí, en efecto, tenía el pelo entrecano, pero tenía la piel bronceada de quien practica deportes al aire libre. Y sus piernas eran, en efecto, larguísimas, y sus trajes siempre de paño fino y suave al tacto, y su camisa blanca recién planchada y almidonada, y su sonrisa tan blanca como la camisa, y su olor… siempre estaba ahí, ese olor embriagador a poder y a riqueza.

Un día —el que Valentía más adelante consideraría el más feliz de su vida—, él le enseñó a jugar ajedrez. Le explicó cómo se movía cada pieza, la terca torre, el alfil furtivo, la reina sagaz, el intrépido caballo, los peones sometidos y el rey supremo.

—En la vida, mi bella Valentina, cada uno es una ficha de ajedrez. Yo, por ejemplo, soy… —por un momento se quedó en silencio—, soy la reina sagaz.

—¡No!, ¡usted no es la reina! ¡Usted es el rey! —Valentina se atrevió a contradecirlo y enseguida se arrepintió; cierta rigidez momentánea en los movimientos de él le hizo sentir que esa frase había sido equivocada, que no debía haberla pronunciado.

Pero pasaban los días, se sucedían los encuentros y nada enturbiaba aquellos momentos deleitosos que pasaban juntos. Él empezó a pedirle que le leyera ciertos poemas que le entregaba con antelación, sobre todo unos que tenían que ver con pastores y pastoras en la paz y el verdor de los campos. Conmovida y emocionada, Valentina se trasnochaba en su cama del acuario

practicando la lectura, para ejecutarla sin trastabillar cuando llegara la ocasión. ¡Qué bellos romances pastoriles, qué hermosos paisajes bucólicos! Valentina soñaba con ser la pastora de este pastor, para bañarse juntos en un arroyo y retozar después en la ladera de una verde montaña.

Pero de retozos, poco. A él le gustaba trenzarle cintas de seda en el pelo, atárselas al cuello y a las manos, y hasta los tobillos, todo muy suavemente, casi siempre con una delicadeza exquisita. Aquello era un juego delicioso.

Lo único que Valentina lamentaba era lo cortos que resultaban esos encuentros. Cuando la intimidad ya podía ser posible, de repente, y sin razón aparente, él se levantaba, su cuerpo se ponía rígido y su voz ronca y seca.

—Ya no tengo tiempo —decía, tal como había dicho la primera vez, y hacía sonar la campanita.

Valentina, entonces, se retiraba enseguida y sin chistar, haciendo un esfuerzo sobrehumano para volver al infierno de donde su amado cada tanto la rescataba.

Así fueron sucediendo muchas visitas. Él nunca trató de besarla o acariciarla, y eso a ella le extrañaba. A ratos la hacía dudar de su propio atractivo, ¿no sería lo suficientemente bonita? ¿Estaría quizá un poquito pasada de peso? ¿Debería lavarse el pelo con agua de manzanilla, para que le brillara más? O quizá el problema fuera que él, por delicado y elegante, no se atrevía a insinuársele, y tal vez el primer paso tendría que darlo ella… ¿Esa era la traba que debía ser removida para dar vía libre al amor?

Un día, momentos antes de entrar al gran club por el garaje, Valentina lo vio parado en la calle, hablando con una mujer muy bella, alta y rubia. Parecía una princesa, o una aparición, y tenía una niña igual a ella en brazos. Por la forma íntima en que conversaban, Valentina supuso que eran su esposa y su hija. El corazón se le encogió y los ojos se le aguaron. Pues claro que él tenía que estar casado; un hombre así no anda soltero por la vida. De pronto Valentina comprendió la brevedad de los encuentros, la prisa de él, la necesidad de apartarla de allí para poder volver con su esposa y su hijita, que debían ser los verdaderos amores de su vida.

Colette, que era muy zorra, con solo mirarla adivinó todo lo que le estaba pasando por la cabeza y soltó una de esas risitas sarcásticas que la caracterizaban.

—¡Ja! No me diga, ingenua Valentina, que usted se iba haciendo ilusiones… Pero ¿qué le pasa? ¿Un hombre como él con una pueblerina como usted?

Valentina se tragó las lágrimas y se compuso enseguida; por mucho que fuera el dolor interno, no iba a dejar que Colette la humillara de esa manera.

—Cómo se le ocurre, Colette, eso nunca. Yo no me confundo, se lo aseguro —dijo, y para sus adentros se consoló pensando que en realidad aquella rubia era demasiado joven, hasta podría llegar a ser hija de su hombre, y la niñita, su nieta, ¿por qué no?

Para mayor consuelo y reafirmación, ese mismo día él le tenía de regalo un broche de perlas y

piedras rosaditas.

—“Rosaditas” no —la corrigió suavemente él—, estas piedras son de color rosa antiguo, y por eso se llaman Rosa de Francia. Rosa de Francia, la piedra de las antiguas reinas francas, esa es la joya preciosa que le corresponde a mi bella Valentina.

Al ponerle el broche en el pecho sin querer la pinchó, y salieron unas goticas de sangre. ¿De veras había sido sin querer? Casi que se podría decir que había sido a propósito…

—Perdón, perdón, bella Valentina —se disculpó él, mientras se untaba el dedo índice en su sangre y se lo llevaba a la boca, como saboreando un postre exquisito—. Perdón, dulce Valentina, solo he querido darte una inocente lección, para irte iniciando en el arte del amor con dolor.

—Me parece que todo amor trae su poco de dolor —se atrevió a comentar Valentina, temiendo que sus torpes palabras sonaran mal en los oídos de él, que además de todo hablaba como recitando; todo en él le parecía a ella pura poesía.

De todas maneras, aquel pinchazo le había dolido, y aunque le pareció extraño ese descuido, entrecerró los ojos y dejó de pensar; no permitió que la duda invadiera su cabeza. Ya me han dicho que en este lugar uno no se hace preguntas, se dijo a sí misma, y la alegría regresó a su corazón al recordar que acababan de regalarle una prodigiosa joya, la primera en su vida que no era de fantasía, sino de oro puro y piedras preciosas de un hermosísimo tono rosado antiguo.



16
“Quien hace la ley, hace la trampa”

Palacios continuó cumpliendo con otras visitas. Agarró la lista de la fiesta aquella y se dirigió a la segunda dirección, que resultó ser ni más ni menos la sede de las Cortes Superiores. El nombre que aparecía en la lista correspondía al de uno de los siete jueces del Tribunal Superior, el honorable juez Jacinto Lombardi.

Al ver aquello, Palacios no supo si continuar con la visita y la indagatoria o devolverse: recorrer sus pasos en dirección opuesta, o como quien dice, “avanzar por donde vinimos”. Mientras pensaba qué hacer caminó frente al edificio, dubitativo, midiendo las consecuencias, hasta que finalmente se decidió a entrar.

Se identificó y pidió ver al juez. Tuvo que hacer una antesala de más de dos horas. Sentado en una banca de un corredor largo de baldosa helada, alcanzó a dormir y soñar. Cuando lo hicieron pasar al despacho del juez Lombardi, lo primero que notó fue un cuadro de un águila ensangrentada sobre un fondo amarillo, que apresaba con las garras un poliedro irregular.

—Buenas tardes, su señoría. Estoy muy agradecido de que hubiera podido abrir un espacio en su agenda para recibirme —dijo humildemente el investigador, que ya estaba arrepentido de su osadía.

—Muy bien. Entonces, ya que vio que soy un hombre muy ocupado, le pido que no perdamos tiempo y me diga a qué vino —la voz del juez era imponente, y su tono contundente.

Palacios se dio cuenta de que había cometido un error que le iba a costar caro, pero ya era tarde para devolverse.

—Su señoría, con todo respeto, vengo a preguntarle si usted me podría dar algunas luces sobre los hechos acontecidos la noche del 11 de febrero en la fiesta del hotel El Gran Colon —preguntó, recomponiéndose, Palacios.

—No —contestó el juez tajantemente—. No puedo hacerlo porque no sé de qué me habla, ni tampoco tengo ninguna obligación de hacerlo, y, por último, no entiendo por qué viene hasta

aquí a preguntarme eso.

—Su señoría, vine hasta acá a preguntarle justamente eso porque usted aparece en la lista de invitados de la fiesta. Me la entregó el hotel —dijo Palacios, y quedó satisfecho del tono de seguridad que había logrado recuperar.

—Pues no, no tengo nada que decir al respecto y no puedo gastar más tiempo en esto. Tengo asuntos que atender que sí son verdaderamente importantes. Si a usted todavía le queda ánimo como para que de la policía me hagan una citación a un interrogatorio, pues hágame llegar la orden, pero, francamente, no le veo futuro a eso —sentenció el juez.

Palacios salió de allí sintiéndose muy mal. Había sido una pérdida de tiempo y, además, una decisión que aparecería a los ojos de sus superiores como insubordinación. ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurriría ir a interrogar a un juez del más alto tribunal? Entrar a su despacho haciéndose el muy gallito y comenzar a formularle preguntas como si se tratara de un vil mortal… Mal, muy mal, fuera de tono, irrespetuoso con los debidos procedimientos. Palacios pensó que si Ana Magdalena lo hubiera visto se lo habría impedido de inmediato. Claro, ella sí era una persona sensata. Qué error, qué error, el detective se agarró la cabeza a dos manos. Pero qué estúpido he sido.

Caminó deprisa y muy molesto entró a un café, pidió un coñac y un expreso. Antes de sentarse limpió la mesa con una servilleta hasta que sintió que, al menos, estaba mínimamente higienizada. Después prendió un cigarrillo y aspiró hondo, dejando que el humo le llenara los pulmones, para tratar de pensar en otra cosa.

Cuando salió del café ya eran las cinco de la tarde y decidió dar vuelta por la jefatura de policía, preparado para encontrar que la mala noticia ya había llegado a oídos de sus jefes. Mejor enfrentar el mal rato de una buena vez; no se podía quedar con la incertidumbre hasta el día siguiente, porque eso significaría no dormir por la ansiedad. Era mejor recibir la reprimenda esa misma tarde.

¿Qué le diría a su querida Ana Maga? ¿Con qué palabras le explicaría él su despropósito? Qué error, qué error, se repetía para sí. ¿Qué tan costoso podría resultarle?

Tal como lo temía, apenas entró a la jefatura lo mandó llamar el comandante general de la policía. Claro, era de esperarse. Ya debía haber entrado la llamada del juez con la queja.

—Usted se está extralimitando en sus deberes, Palacios. No confunda lo que debe hacer con lo que tiene que hacer. La próxima vez que se le ocurra algo así, o que yo reciba una sola queja adicional, va a haber consecuencias graves. Esto pudo haber terminado con su carrera. Esta vez se la paso, porque es la primera y porque estoy seguro de que usted es lo suficientemente inteligente como para entender que algo así no puede volver a suceder. Pero a la próxima no habrá miramientos.

A Palacios le tocó bajar la cabeza y darle la razón al jefe.

—Claro que sí, mi comandante. Le aseguro que no volverá a pasar. Fue una osadía

imperdonable de mi parte —con gentes de tanto poder había que andarse con pies de plomo.

Cuando llegó a casa su mujer lo esperaba con una comida sabrosa, así que decidió no pensar más en el asunto y dedicarse a hablar de suaves trivialidades con ella; ni siquiera sintió la necesidad de inquietarla con lo sucedido.

—Tienes que mirar conmigo, este sábado, el programa de televisión del que te he hablado. Sale una mujer extraordinaria, es tarotista y tiene unos poderes impresionantes —le dijo Ana Maga.

—Tú sabes que yo no creo en brujas ni en nada que no pueda tocar y comprobar. Si quieres buscar la verdad, para eso está la ciencia, el método científico. ¿Qué clase de policía sería yo si anduviera oyendo chismes de pitonisas? Eso sería inconducente y mal visto.

Ana Maga pareció resentirse al ver que su mínima solicitud era rechazada por su marido en un tono tan severo y desacostumbrado en él, que se afanaba por darle gusto a ella cada vez que podía. Y en cambio, esta vez, ante una petición tan inocente y fácil de complacer, como que vieran juntos un programa de la televisión, le había respondido con una piedra en la mano.

—Pues yo admiro mucho a la tarotista de *De Sabatina*. No será científica, pero tiene olfato y conoce la condición humana, y gracias a esos dones ha ayudado a mucha gente. Te aseguro, mi amor, que esa mujer tiene un don muy especial, único. Es más, te lo confieso, ya he pedido una cita a su consultorio. Te lo comunico porque nunca me ha gustado hacer nada a tus espaldas, pero no te lo estoy preguntando. La cita será la semana entrante y necesito que me lleves hasta allá —Ana Magdalena dejó bien claro que ella no se iba a dejar disuadir así como así.

—Muy bien, cada uno tiene derecho a creer en lo que le sirva. Además, siempre he respetado tus opiniones y deseos, y si acaso mi opinión no cuenta, o quizá no la he expresado con suficiente claridad, pues nada puedo hacer. Mejor dicho, nada distinto a complacerte, que es lo que más quiero en la vida —le dijo él.

Ana Magdalena, que lo conocía, enseguida comprendió que algo no había transcurrido del todo bien durante la jornada laboral de su marido. Algo lo tenía inquieto, ¿qué era esa insistencia en lo del “método científico”? ¿Qué inquietud le estaba ocultando su marido?

—No hay que exagerar, amor mío. Tus opiniones siempre me han importado; siempre hemos compartido todo y cada resolución importante de la vida la hemos tomado juntos. Aunque bastante terco, yo sé bien que la mayoría de las veces eres un hombre sensato y atinado. Esta vez te veo alterado, lo que me hace pensar que no es solo por el tema de la adivina. Algo más grave que eso bulle en tu cabeza y me lo estás ocultando. Creo que lo mejor será que me lo digas.

Palacios reconoció lo acertadas que eran las palabras de su mujer y procedió a contarle con todo detalle su visita al juez y la reprimenda, por parte de un superior, que esta conducta le había acarreado.

Ana Maga le sirvió el postre, un delicioso pastel de chocolate que había horneado para él, acompañado con una taza de café.

—Tus dudas son serias. Tienes un dilema complicado con respecto a tu trabajo. ¿Debes obrar según tu conciencia, o según la conveniencia? Desafortunadamente, es una cuestión de alto vuelo y creo que deberíamos consultar la opinión de alguien más. ¿Qué tal si ambos acudimos a la adivina? —añadió ella, con una sonrisa maliciosa. Había ganado la partida y lo sabía—. Ya te digo, además de sus cartas, Madame Rosicler es una mujer avezada, de mucho criterio, y alguna luz sabrá arrojarnos.

Palacios se quedó pensando, mientras saboreaba su pastel favorito, repasando en la mente los hechos de ese día. *Sensato* y *atinado* eran los adjetivos que Ana Maga le había adjudicado. ¿En realidad era él un hombre sensato y atinado, o, por el contrario, se había comportado de manera impulsiva e irreflexiva?

17
“Soy tu amigo, y tiro del carro contigo”

Cristóbal estaba obsesionado con Valentina, o, mejor dicho, con la foto de Valentina, que por lo pronto era lo único que de ella conocía. Esa imagen de un hermoso rostro, un pelo negrísimo y una mirada triste había adquirido para él un valor casi religioso. Una única obsesión ocupaba su mente y su corazón enamoradizo: encontrar a esa mujer que allí aparecía retratada.

—Cristico, hermano, ya cálmese —le decía Alexey—, vamos a ver cómo hacemos para encontrar a su amada, no puede ser que usted esté todo el día con esa cantaleta.

—Pero, Álex, usted también tiene sus obsesiones; no serán de amor, pero cuando no son las estrellas en el firmamento son los acertijos de los filósofos, o las historias que cuentan los libros. Yo creo que usted tiene una mente superior, que lo hace estar pensando en las alturas. Digamos que yo, para arriba, volteo más bien poco; soy hombre de impulsos elementales. En una cosa sí nos parecemos usted y yo, y es en la intensidad de nuestros empeños; cuando se nos mete algo en la cabeza, no hay quien lo saque de ahí.

Cristóbal había salido del colegio derecho al ejército, en cambio, Alexey ni al colegio había tenido que asistir, porque no existía uno en donde le pudieran enseñar: Alexey había nacido introspectivo, meditabundo y sabio. Cristóbal recuerda con cariño y gratitud cómo todas las tardes Alexey le ayudaba a hacer las tareas, explicándole una y mil veces cada ejercicio, cada lectura, y ayudándole con los trabajos. Al alba, Alexey lo levantaba para prepararlo cuando tenía algún examen y le hacía repetir las tablas de multiplicar, mientras el propio Alexey descifraba algoritmos y constelaciones. Fue así como Cristóbal pudo terminar el colegio.

A cambio de eso, Cristóbal siempre había estado ahí para ayudar a Alexey a desplazarse, a llevarlo al tuntún de aquí para allá cuando el otro caía en sus estados letárgicos. Cristóbal obligaba al otro a hacer sus ejercicios y sus rutinas de gimnasia, y si por algo Alexey se mantenía en forma, y sus músculos no se habían deteriorado, era gracias a los permanentes cuidados de Cristóbal, siempre atento, siempre ingenioso a la hora de inventar juegos y deportes que pudiera

realizar Alexey, pese a sus extrañas épocas de semi-inmovilidad.

Todos los domingos, desde que eran adolescentes, Cristóbal se amarraba una silla a la espalda, con correas, y ahí subía a Alexey; se lo cargaba al amanecer, envuelto en una manta para que no le diera frío, y se iba con él montaña arriba, caminando sin parar hasta llegar al filo. Alexey no hablaba ni se movía, y Cristóbal no sabía si tenía los ojos abiertos o si andaba perdido en las nebulosas de su propia mente. Lo que Cristóbal sí sabía era que esperaba toda la semana para llevarse a su hermanito a la montaña, porque sabía que le harían bien el aire fresco de la mañana, el sol de mediodía y la tibieza de la tarde.

—No crea que yo no sé lo que usted ha hecho por mí desde que éramos niños. Yo siempre he estado en deuda con usted, Cristico —le decía Alexey.

Y era cierto. En sus peores épocas de duermevela, pese a su estado sonámbulo, Álex esperaba que Cristóbal llegara de la escuela, se sentara a su lado y le contara cómo era el mundo de afuera. Y cómo era eso de tener amigos para ir al estadio, o jugar fútbol, o ir a fiestas y al cine con las muchachas. Tal vez solo Cristóbal, de todos los habitantes de la casa, era consciente de que Álex estaba presente, a su manera, aun en los momentos en que parecía más ausente. Para Charito, la rara condición de Álex era simplemente su manera de ser, algo que se acepta con alegría y sin darle muchas vueltas, porque esa era la forma en que ella asumía todas las gracias y desgracias que traía la vida: con buen humor, mucha energía y disposición a salir adelante, con la corriente o contra ella.

Rosa, en cambio, se angustiaba, lloraba a solas; se le partía el corazón de sentir a su muchacho allá solo y silencioso, como perdido en el fondo de sí mismo. Había perseguido la asesoría de mil médicos y había trasteado a su niño dormido por cuanto hospital de caridad se había dignado atenderlos, siempre en busca de alguna respuesta. Pero la ciencia no tenía diagnóstico que pudiera depararle, así que Rosa recurría a explicaciones de tipo sobrenatural, como que en esos períodos de catalepsia, total o parcial, su pequeño subía a jugar con los ángeles. Sobre todo a partir del día, por fortuna ya remoto, en que un cierto médico les había metido un gran susto al advertirles que debían tener sumo cuidado con no perturbar el sueño del niño, porque sería como despertar a un sonámbulo en la mitad de una caminata nocturna. Dijo también, ese galeno, que era un peligro tratar de moverlo, o sacarlo a la fuerza de su extraño estado, porque podía morir de un infarto o perderse para siempre en la densa bruma del sueño. A partir de esa sospecha, y ante el miedo de lastimar a Álex, en casa se hablaba en voz baja, se andaba en puntas de pie, se cerraban las ventanas, y las puertas se mantenían abiertas para que no produjeran chirridos. Toda la vida cambiaba en función del sueño de Álex.

Cristóbal, por su parte, tenía una percepción más precisa de la situación, y se daba cuenta de que Álex se despertaba cuando tenía algo importante que decir. De alguna extraña manera, Álex se mantenía enterado de todo. Podía pasar mucho tiempo sin comer, por ejemplo, pero de tonto no tenía ni un pelo. Sabía despertarse cuando le entraba el hambre y el cuerpo le exigía alimento,

y entonces pedía a gritos que le trajeran espaguetis con salsa de tomate, que era su plato favorito.

Cristóbal había deducido que Álex tenía períodos de hibernación durante los cuales caía en una especie de meditación profunda. Si no se movía, era para permitir que se le bajaran el ritmo cardíaco y la temperatura. Pero al mismo tiempo mantenía conciencia de todo.

—Yo creo, mamá —Cristóbal trataba de explicarle a Charito—, que el asunto es que Álex piensa demasiado. Tiene los sentidos exacerbados: como quien dice, registra demasiado tacto, demasiado olfato, demasiados colores, demasiados ruidos. Y se apaga por momentos, como hacen las máquinas, para no fundirse. ¿Sí me entiende, mamá? Yo lo veo clarito, porque yo sé de mecánica. Toda máquina se recalienta cuando son demasiadas las revoluciones. Entienda que, aunque Álex tiene la capacidad de escoger, no lo puede evitar. O sea, él puede entrar y salir del sopor a voluntad, pero no puede dejar de hacerlo. ¿Sí ve? Llega el momento en que la pensadera intensa hace que, si Álex no se apaga, se reviente. Él maneja su propio enchufe, como el de la luz, ¿sí ve? Venga, haga usted misma el experimento, ponga su dedito aquí en el interruptor: prenda la luz, ahora apáguela. ¿Ve que es sencillo?

Pero Charito no era de las que necesitaban explicaciones para poder vivir. Ella se llevaba la vida por delante así porque sí, a punta de amor y energía, sin detenerse a preguntar cómo o por qué. Sin que Rosa tuviera que decírselo, ella se ocupaba de Álex como lo haría una madre con su bebé cuando está tan pequeño que no puede bastarse a sí mismo. Mientras Álex dormía, Charito lo peinaba, le cortaba las uñas, le untaba aceite para cuidarle la piel, y hasta le bordaba gorritos y mitones y cobijas en croché, para que no pasara frío.

—Oiga, Rosa —le decía Charito a su amiga—, ¿usted sí se ha fijado en que su hijo no ha cambiado desde que tiene quince años? Tiene la misma piel tersa, el pelo brillante y la cara de adolescente perpetuo. Ni siquiera le ha salido barba, de tan bello que es.

—A propósito, Charo —terciaba Rosa—, ¿usted ya le pasó el aceite de esencia de jazmín por la espalda al muchacho? No vaya a ser que se nos pele…

—Pues claro, Rosa, cómo se le ocurre que no. Es lo primero que hago cada día; eso sí, después del desayuno, porque antes de tomarme mi chocolatico yo no soy nadie, Rosa, yo no soy nada, no existo. No cuente conmigo mientras no tenga entre pecho y espalda mi chocolate caliente de cada madrugada.

—¡Mire, mire, mire cómo mi Álex mueve los ojos debajo de los párpados!, ¿sí ve, Charo? —susurraba Rosa—. ¿De qué estará hablando mi niño con los ángeles? ¡Ay!, pero Charo, usted sí es loca, cómo se le ocurre bordarle esa capota al muchacho; lo de los mitones ya es raro, pero por lo menos tiene la disculpa de que impiden que se rasguñe en el sueño. Pero lo de la capota ya es demasiado: si llega a despertar y se ve así, lo perdemos para siempre, y mire que ya tiene una paciencia de santo mi niño, que no protesta, aunque usted le teja sacos con barquitos amarillos y pollitos azules.

—Mire, Rosa, vamos a hablar claro: yo le tejeré al Álex pollitos en el suéter, pero usted, con

perdón, con ese cuento chino de los ángeles, le anda colgando al muchacho rosarios y escapularios y hasta le prende velas. Tenga cuidado, Rosa, no se propase: si se llega a caer una vela de esas, aquí ardemos y acabamos todos rodeados de querubines.

—¿Tratamos de darle compota?, dígame qué opina. Es que el muchacho ya lleva una semana sin comer nada. Vea, le hice una compotica de pera, especial para él; qué me dice, ¿lo intentamos?

—No, no y no. Cómo se le ocurre, Rosa, usted sí es chiflada. ¿Qué tal se nos atore el muchacho?, ¿qué hacemos? Le digo que no, Rosa, no sea terca y empecinada; no lo atiborre de compota de pera, que se la puede bronco- aspirar. Lo mejor es dejar que él se despierte por sí solo, y ya sabe cómo es: ahí mismo empieza a pedir a gritos sus espaguetis con salsa de tomate. Más bien, Rosa, acepte mi consejo, corra a la tienda y cómprele el paquetico de pasta El Gallo y la media docena de tomates, no sea que el Alexey se despierte y nos agarre desprevenidas. Ya sabe cómo es él, capaz de echar abajo la casa a gritos.

Cristóbal, que ya era hombre de pelo en pecho y barba espesa, se daba cuenta de que Álex, su mejor amigo, su casi hermano, seguía siendo imberbe y radiante como un preadolescente, y que parecía tener una paciencia infinita con los cuidados excesivos de las dos mujeres, que lo atosigaban con capitas y compotas, aceites y velas y cantos y llantos.

La vida le había deparado a Cristóbal un destino muy distinto, y un día en que andaba por ahí, con la cabeza en las nubes, lo habían agarrado para el servicio, y allá tuvo que ir a aprender de balas y de tácticas.

—Pero yo no soy hombre de fusiles, a mí eso no me interesa —decía con convicción.

Tan pronto terminó su servicio militar, entró a trabajar a un taller de autos para aprender de mecánica, oficio en el que se desempeñaba bien, aunque siempre soñando con algo más; siempre aspirando a un ideal que no estaba entre los cables, el aceite, los tornillos, los alicates ni los martillos.

—Lo suyo es el amor, Cristico —le decía Alexey, medio en broma, medio en serio.

—No solo eso —reviraba Cristóbal—. Si le contara que desde hace un tiempo me ha entrado un embeleco raro…

—Pues me alegra saber que piensa en algo distinto a la chica de la foto, o, mejor dicho, al revés, a la foto de la chica, porque por el momento ese amor no es sino eso: una imagen en un papel. ¿Y cuál será el embeleco de mi hermano, el gran Cristóbal?

—Usted que me conoce, y que siempre me ha aconsejado bien, dígame si le parece muy loco y desatinado este deseo que me ha entrado últimamente…

—¿De qué se trata, a ver? De qué se trata…

—Es medio inconfesable.

—¿Qué será?

—Pues me ha dado dizque por ser… actor.

—Pero, claro, lo encuentro muy natural. De hecho, siempre lo supe; siempre supe que tarde o temprano usted se iba a inclinar por ese lado. Esa vocación le viene de familia, Cristico, usted sueña con ser actor como su papá.

—Actor, sí, pero no como mi papá. Actor, pero de los buenos; dígame si le parece un disparate, un sueño muy loco.

—Me parece una inclinación natural. Usted tiene todo lo necesario para ser un buen actor. Tiene una pinta como de Hollywood. Tiene el físico de Charlton Heston, la sonrisa de Cary Grant, el peinado de James Dean…

—No se burle de mí, Álex. Mire que me lo pensé mucho antes de confesarle mis aspiraciones artísticas, pero usted las va a hundir si se sigue burlando de esa manera.

—No es burla, Cristóbal, se lo digo en serio: usted tiene empaque de estrella y, además, posee algo todavía más fundamental, que es un alma enamorada y un espíritu romántico. Yo a usted sí lo veo desempeñándose como héroe de la pantalla grande, haciendo de Robin Hood, el que les quita a los ricos para darles a los pobres. Y protagonizando grandes historias de amor desesperado, como la de Richard Burton de *Marco Antonio*, enloquecido por los ojos violetas de Elizabeth Taylor, que hacía de Cleopatra… Y hablando de amores locos, cuénteme cómo va la búsqueda de esa muchacha, Valentina, que lo tiene a usted con la cabeza en las nubes. Dele, pues, soy todo oídos. Empiece otra vez con la cantaleta.

—Pues, sí, Álex, hermano del alma. Tengo ese embuchado y usted va a tener que aguantarme esta cantaleta.

—Ay, Cristico, yo le aguanto esta cantaleta y todas las demás, que no han sido pocas. Usted es el rey del amor perdido, cuente conmigo para que hagamos de este un amor encontrado…

—¿Usted qué piensa, Álex? Dígame la verdad. ¿Sí cree que la encontraremos? —insistió Cristóbal.

—Mire, Cristico, yo le digo lo que creo: usted sabe que mi mamá leyó las cartas la otra noche preguntando por ella, porque todos queremos ayudar a encontrarla, y después de estar ahí, meditando en el dictamen de sus cartas, salió a decirnos que lo que veía no le gustaba nada. Y cuando mi mamá lee las cartas hay que creerle, porque ella poco es lo que se equivoca. Recuerde lo que dijo mi mamá cuando les preguntó a las cartas por esa muchacha Valentina y salió de su consultorio toda confundida y perturbada. Mi mamá dijo que las cartas le habían mostrado a esa chica como una prisionera sin salida, metida en algo muy feo y peligroso, y sin puertas ni ventanas.

—¿Y usted no cree que eso mismo puede querer decir que Valentina debe estar por ahí, en un lugar tenebroso, esperando que yo la rescate?

—Pues, a lo mejor. Si usted cree que esa chica es su destino, adelante con la búsqueda. Si esa es su vocación, debe seguirla. Siga fiel a su vocación y a su instinto, usted es un hombre bueno, Cristóbal, más bueno que el pan, y si cree que debe rescatar a esa muchacha, pues no se detenga.

Tenemos que hacer bien nuestro trabajo para poder localizarla. No se preocupe, cuente con todos aquí en la casa, que lo vamos a ayudar. Empezando por mí.

—Pues, por ahora, lo que sabemos de ella es que la última vez que la vieron andaba por el canal de televisión.

—Entonces, esa es la punta de la madeja, mi Cristico. Vamos a tirar de esa punta a ver qué aparece. Creo que debe irse mañana al Canal y averiguar, con discreción, con quién habló esa muchacha, con quién estuvo, con quién salió de allí. Alguien tiene que saber algo, alguien tiene que haber visto algo.



18
“Negocios raros”

Colette y Monsalve eran peones en aquella compañía, Mon Plaisir, que conseguía mujeres vírgenes para ser subastadas en un juego secreto y macabro de un círculo de hombres ricos, famosos y poderosos.

Círculo de hombres y de mujeres, porque también había unas cuantas entre los *habitués* de este inhumano tráfico. Como fachada, la compañía se presentaba como firma organizadora de eventos para promocionar artículos de lujo, para lo cual contrataban a las muchachas, con el supuesto oficio de modelos. Pero donde realmente estaba la buena plata era en la subasta.

A la llegada de los invitados, la firma Mon Plaisir propiciaba un par de horas de socialización, llamadas “el coctel”, durante el cual los invitados eran atendidos por mujeres que exhibían las mercancías promocionadas y les servían los tragos. Con esas chicas los invitados podían darse ciertas libertades, desde bailar con ellas hasta llevarlas para su placer a los cuartos del hotel donde se celebraba la tenida. Estas chicas, por lo general, provenían de lupanares reconocidos y hacían parte de lo que internamente la organización llamaba “el establo”, como ya se dijo, o la primera línea de combate. Nadie daba razón de la suerte que corrieran las del “establo” después de pasar por los cuartos.

Tras este preámbulo de esparcimiento libre, llegaba por fin el momento clave, la verdadera finalidad del evento, la subasta, en la cual eran admitidos solo unos pocos iniciados, juramentados previamente en el secreto y la absoluta discreción: en esto, la organización se movía como una secta secreta.

Llegada cierta fecha muy especial, Colette hizo levantar temprano a las muchachas del acuario, para que empezaran a arreglarse.

—Hoy tienen que estar perfectas, todas, por todas partes. Nada les puede faltar, nada les puede

sobrar —les advirtió—. Cuando las examinen con lupa, que no les encuentren ningún defecto. Ni estrías, ni patas de gallo, ni gorditos por glotonería, ni ojos hinchados de llanto. Nada de eso. Hoy exijo perfección absoluta. Mi reputación está en juego.

Llegaron tres especialistas a arreglarlas. Las uñas, el pelo, la piel. Calentaron cera hasta dejarla como melcocha, la esparcían con espátula y encima ponían la tela. Una vez fría la cera, jalaban la tela y arrancaban todos los pelos, dejando solo los de la cabeza y las cejas. Ni uno más, en ningún lado.

—Me les quita hasta el último pelo; que queden como Dios las trajo al mundo, que se les vea todo. Eso es lo que se estila por estos días —le ordenó Colette a la depiladora, y después dijo, como hablando para sí misma—: eso es lo que los clientes piden, y el cliente siempre tiene la razón.

Mezclando azúcar y crema, la masajista hacía un ungüento que quedaba como una lija, con el que les friccionaba todo el cuerpo para quitar las células muertas de la piel. De ahí las pasaba al agua helada. El tratamiento continuaba embadurnándolas en aceite de almendra y envolviéndolas en toallas calientes para hidratarlas y dejarlas muy suaves. Por último, las perfumaba con un aceite sensual de Musk y las dejaba reposar hasta que estuvieran secas. Era un trabajo largo y dispendioso, casi como adobar siete pavos para la cena de Navidad.

—Hoy no quiero nada de moñas o bucles, las quiero al natural. Tampoco hay necesidad de vestidos de fiesta, el evento de hoy se trata de otra cosa: unos clientes especiales van a escoger modelos para una marca de vestidos de baño —informó Colette.

Tras estar todo el día en esas, a las seis de la tarde por fin salieron y las llevaron a un hotel. La cita era en un sótano arreglado con sobriedad con arañas de cristal y sillas de cuero oscuro. El acceso era limitado al exclusivo grupo de clientes. La mayoría ya eran *habitués* y otros iban por primera vez, pero no sin antes haber pasado por estrictos criterios de selección, más el consabido juramento de absoluta discreción. Los había que venían de fuera de la ciudad, e incluso de países vecinos, especialmente para el evento.

Una vez encerrada la selecta concurrencia en el sótano se ofrecieron tabacos cubanos y licores finos. Monsalve estaba entrenado para manejarlo todo, lo había hecho sin falla durante años. Y en cuanto al jefe, obviamente no aparecía por allí. Ni siquiera figuraba, porque su jefe evitaba involucrarse de manera directa en asuntos ilegales. Aun así, Monsalve tenía la seguridad de que, desde algún lugar, él lo vigilaba, o que adentro tenía ojos y oídos que le pasaban la información. Lo cierto era que el jefe siempre se enteraba hasta de los menores detalles e incidentes de lo que allí acontecía.

Todo en el sótano estaba dispuesto para la subasta: la tarima, los reflectores dirigidos a la tarima, la media luz ambiental, el atril del subastador. En una esquina, un pianista de esmoquin tocaba una música suave. Las muchachas que serían subastadas las iban sacando por pares, con los ojos vendados, en ropa interior y zapatos de tacón puntilla, con el cuerpo medio velado por

una bata de la mejor seda en tonos pastel. Todo de excelente gusto, nada que pareciera ordinario, todo importado por la compañía Mon Plaisir, desde París, para mejor convencer a los clientes de que aquí tendrían acceso a lo mejor de lo mejor, la *crème* de la *crème* en materia de placeres terrenales.

Guiadas de la mano, las chicas caminaban por un corredor hasta traspasar una pesada cortina de color vino tinto. Allí las luces de los reflectores caían de lleno sobre ellas, convirtiéndolas en el centro de atención de todas las miradas. Esa noche, el primer turno fue para Uno y Dos; una hora más tarde les llegó el momento a Tres y Cuatro.

Valentina estaba destinada para salir al final. Mientras esperaba sentada en el baño de uno de los cuartos, aún con la ropa con la que había llegado a aquel lugar subterráneo, el corazón le latía con fuerza: la expectativa era grande, y también la incertidumbre sobre la suerte que le esperaba. Este podría ser su gran momento, su proyección definitiva a la fama, ¿pero en qué consistía este evento? La verdad, Valentina no lo tenía claro, y cruzaba los dedos. Ojalá, papito, que estás en los cielos —le rezaba a su padre, pobre hombre, que no hubiera querido enterarse—, haz que esta noche sea la compensación de todos los días de espanto por los que hasta ahora he pasado.

Virgen santa, se dijo Valentina, ¿vestidos de baño? ¿Yo, delante de toda esa gente, en vestido de baño? ¿Eso no será demasiada desnudez? Qué caramba, al fin de cuentas todas las modelos de las fotonovelas salen en vestido de baño en escenas románticas de piscina, de playa o hasta de sauna, y hay algunos que no sientan muy bien, pero también hay modelos muy bonitos, escote en forma de corazón, cintura bien marcada, calzón bombachito o forrado, que se vea toda la pierna… Eso no tendría problema; al contrario, me permitiría lucirme en todo mi esplendor, después de toda la tortura estética a la que nos sometieron durante el día, se dijo a sí misma. Ánimo pues, Valentina; no conviene ser tan recatada, de mojigata no llegaré a ninguna parte, hay que despertar, Valentinita. No estamos ya en el pueblo, esto es la gran ciudad. Mi papá, alma bendita, ya el pobrecito no se va a enterar; era tan bueno, pero tan inocente, mi adorado papá, y en la ciudad las cosas son a otro precio. Aquí nadie me conoce y a veces no es fácil; hay que buscar, como sea, el camino a la fama. Como dicen por ahí, “a la suerte hay que ayudarla con esfuerzo”.

Llegaron al cuarto contiguo por Cinco y Seis, les tocaba el turno. Les vendaron los ojos, les quitaron la ropa que traían, les pusieron la lencería de encaje y las batas de seda. Cuando salieron a la tarima, se sintieron envueltas en humo de tabaco y olor a colonia fina. No veían nada, pero escuchaban los pasos y las risas de las personas que se movían alrededor, los cuchicheos de hombres y también de algunas mujeres, presencias que se acercaban demasiado a examinarlas con detenimiento.

Monsalve actuaba como subastador. Lo hacía con eficacia y estilo, y se notaba a leguas que tenía

experiencia y que se sentía a gusto con el papel. A su manera, este era su cuarto de hora de gloria y se desempeñaba a fondo.

—Bien, señores, ya se terminó el tiempo para examinar la mercancía —anunció con voz profunda, muy pomposo y teatral—. Esperamos que haya sido de su completo agrado. Ya saben, Mon Plaisir solo brinda lo mejor de lo mejor. Ahora, por favor, pueden retirarse y retornar a sus asientos. Vamos a dar comienzo a la subasta de los siguientes artículos de la noche. ¡Es la ocasión de animarse, de no dejar para mañana los productos frescos que pueden obtener hoy! Bien saben todos ustedes que no hay mejor mercancía en el mercado que la que hoy exhibimos aquí, para placer y disfrute de los selectos presentes.

La propia subasta se hacía de la manera más discreta. Con un breve movimiento de la mano, el postor subía la oferta, Monsalve concedía inclinando apenas la cabeza, y no hacía falta más: aquel era el sutil lenguaje por señas que comprendían a la perfección estas gentes ricas, acostumbradas a adquirir obras de arte en las prestigiosas subastas de Nueva York o París.

Una vez terminados la puja y el remate, el comprador dejaba la dirección a donde quería que le enviaran la mercancía y la fecha en que esperaba recibirla. Por supuesto, los pagos se efectuaban después, mediante depósitos en algunas cuentas bancarias; nunca, nunca, directamente en el recinto.

Por fin Monsalve fue a buscar a Valentina; había llegado su turno. Monsalve quería que saliera sola; ella era la joya de la corona, la más bella, la más sensual. Por el corredor se encontró a Colette, que andaba en un estado lamentable: ebria y descontrolada, con el maquillaje corrido y el peinado deshecho. Causaba entre risa y espanto ver así a la mujer elegante y bien puesta que alguna vez había sido; demasiados años de juerga estaban cobrando su tajada. Ahora se sentía avejentada, sobre todo entre tanta mujer joven. Ya llevaba rato tratando de disimular los celos que le producía que Monsalve mirara con deseo a las muchachas; ella, que alguna vez había sido la reina, ahora estaba convertida en una especie de suegra amarga que, noche tras noche de copisolera, ahogaba sus penas en brandy. Esta vez se le había ido la mano, había comenzado a beber desde más temprano y había perdido el control.

—Esta es la última vez que les colaboro con esta sinverguenzada —gritó Colette al ver a Monsalve, haciendo gestos amenazantes—, esto ya ha ido demasiado lejos. Es una locura, Monsi, ¿no te das cuenta? ¡No hay dinero que pague los años que vamos a estar en la cárcel cuando estalle este escándalo!

—Pero cuál escándalo, aquí no ha explotado nada. Lo único explotado es su cabeza. Vaya y límpiese la cara, arréglese el pelo que parece bruja, y, sobre todo, cállese. Se lo digo en serio: deje de decir estupideces, ¿de dónde saca tanta barbaridad? ¿Así que otra vez usted tomando, incluso después de mis advertencias? Bien borracha, la señora, ¿justamente hoy? —Monsalve la

fue empujando hacia el cuarto mientras le hablaba, entre dientes, con ira a duras penas contenida —. Usted ha ganado mucho con esto, mi doña, se ha llenado los bolsillos, o mejor dicho la cartera, y nunca ha puesto reparos. Siempre le ha parecido perfecto, el negocio ideal. Piense con cabeza fría, Colette, ¿qué tiene de malo que nuestros clientes se diviertan un poco y le den rienda suelta a la imaginación con mujeres que a nadie le importan, a las que nadie reclama, seres inexistentes para la sociedad? Todo está bien pensado, bien calculado. Ahora no se me desmadre usted; tómese un café que le despeje esa juma y mejor váyase para su casa, que está haciendo un papelón y, si sigue en esas, nos va a desgraciar.

—¿Que no va a explotar? —siguió gritando Colette, sosteniéndose de Monsalve para no ir a parar al suelo—. Va a explotar, ¡y cómo! Así: ¡BUUUUM! Así va a explotar, ¡BUUUUUUUM!, y va a volar. Tarde que temprano todo se sabrá —añadió haciendo pucheros y lloriqueando, mientras se mecía de un lado al otro, con un trago en la mano.

—Cálmese ya, mujer —trató de tranquilizarla Monsalve, temiendo que los gritos se escucharan al otro lado—. Piense y verá, finalmente todo se reduce a jueguitos eróticos, y nosotros no tenemos de qué quejarnos: no podemos negar que nos pagan muy muy bien. Solo se trata de unos hombres liberando vapor, no es más que eso; ahora no venga a ponerse histérica. A duras penas le prestamos un servicio a este poco de tipos ricos que deben tener en sus casas esposas frígidas y rezanderas; lo único que hacemos es ayudarlos, procurarles un espacio de esparcimiento. Exprimiéndoles el bolsillo los hacemos sentir jóvenes y vitales. Dígame, ¿qué hay de perverso en eso? Por Dios, Colette, a usted qué le está pasando —Monsalve sacudió por los hombros a la mujer, que protestaba mientras trastabillaba de lo borracha que estaba—. A ver, a ver, Colette, tómese el café para que le baje esa pea que se trae y deje de hablar estupideces, ¿o quiere que la agarre a cachetadas a ver si entra en razón?

Las amenazas no funcionaron. Colette se soltó a llorar a los alaridos, balbuceando protestas en voz cada vez más alta. Temiendo que los invitados escucharan el numerito, Monsalve hizo un esfuerzo y, venciendo el asco que le producía la borracha en ese estado deplorable, la abrazó, le acarició la cabeza y, con su pañuelo, le limpió lágrimas, mocos, babas y rouge esparcidos por toda la cara.

—Ánimo, mujer —quiso tranquilizarla—, usted sabe que cuenta conmigo, que yo soy su socio para esto y para todo lo demás.

—¿Para todo lo demás? Si entre nosotros ya no hay nada. No sea cretino, Monsalve, ya no es como antes. Monsi, Monso, pedazo de cretino, usted no me desea ya, ni siquiera me mira. ¿Acaso ya ni recuerda cómo era antes?

—Sí, pero eso era antes. Antes es antes y ahora es ahora. Mejor tranquilícese; todo va a salir bien.

—¿Antes? ¿Antes? Pues, sí, antes de que me cayera encima su desprecio. Nosotros dos éramos socios en el negocio y en la cama, y nos costaba salir de la cama para hacer el negocio.

Ahora, lo único que recibo de usted es desdén —los lagrimones le rodaban por la cara, y con el puño amagaba con golpear a Monsalve.

—Cómo dice eso, mujer; usted sigue siendo mi llave, mi preferida, mi cómplice. Lo que pasa es que este negocio se ha crecido, nos ocupa más tiempo que antes. Yo siempre debo estar a órdenes de mi jefe, sin importar el día o la hora, pero usted para mí es la única mujer que existe —le juró Monsalve, diciendo cualquier cosa para callarla. Pero ella volvió a arrancar, cada vez más babosa y rabiosa.

—Yo no tengo cargos de conciencia —bramó Colette, con los ojos inyectados por el alcohol —; yo la conciencia la perdí hace mil años. Menos mal me queda la belleza, ¿cierto que sí, mi Monsi? Lo que tengo es miedo de que me cojan, ¿comprende?, y me metan en una celda por lo que me queda de vida. Y usted va a estar en otra, en otra celdita, querido Monso, pero juntos no, ¿entiende? Porque una cosa es cárcel de mujeres y otra cosa es cárcel de hombres. ¿No le parece suficiente crimen vivir de vender mujeres? Hasta cómplice de homicidio soy ahora, o es que se le olvida cómo se le fue la mano a uno de sus clientes en la última subasta, por poco y no deja mujer… lo que quedó fue un pedazo de carne amarrado y ensangrentado, ahí tirado en la cama, donde la encontraron las autoridades. ¿Y a su jefe qué le importa? —Colette siguió como si nada —, si somos nosotros dos los que ponemos la cara. Él ni aparece.

—¡Cállese ya, mujer! Ahora sí se le está yendo la mano. No me saque de control, se lo ruego. Yo a usted la trato con respeto, ¡pero cállese! Que lo que insinúa es muy peligroso.

Colette estaba gritando tanto, diciendo cosas tan comprometedoras, que Monsalve tuvo que meterle el pañuelo entre la boca, para aplacarla.

—¡Nunca, nunca vuelva a mencionar esto, Colette! Cualquier cosa menos eso. De eso no se habla, ¿me oyó? Mejor dicho: eso no existió, eso no pasó —Monsalve la zarandeó, ya con rabia visible—. Ni se le ocurra violar el pacto de silencio, ¿o acaso quiere que amanezcamos muertos? No vuelva a cometer ese error, ¿entiende? Porque puede costarnos muy caro.

Valentina, que desde el baño lo había escuchado todo, logró meterse sin hacer ruido entre la tina, detrás de la cortina. Allí, escondida, temblando como una hoja, sintió que el mundo se le derrumbaba. Ese hombre al que mencionaban, al que llamaban el jefe, el dueño de este imperio de perdición, ¿acaso no era el hombre del que ella llevaba meses perdidamente enamorada? ¿El galán de sus sueños, el dulce pastor de su esperanza, con el que pasaba ratos cortos pero felices, los más felices de su vida?

Ahí, escondida entre esa bañera y escuchando el alegato brutal que venía del cuarto, Valentina empezó a entender, y la comprensión la aterró y la hizo arder en fiebre. ¿Acaso este evento tan esperado era de veras para conseguir un contrato como modelo de vestidos de baño? Sí, claro, cómo no, ingenua de mí, pobre Valentina pueblerina, pobre pastorcita tarada. ¿De qué se trata en

verdad todo esto? ¿En qué cochinadas estoy metida? Por pueblerina, como mi papá, por ingenua, igual que él…

La pobre Valentina se dio golpes en la frente, ahí entre esa tina, desesperada, desengañada, pero por fin lúcida, desparpajada. ¡Qué engañada había estado! En realidad, ella no era sino una pobre niña de provincia, una imbécil pastorcita enamorada a la que habían engatusado, una inocente, una estúpida ilusionada. Estaba ahí, en ese podrido bajo fondo, revolcada en ese barro hediondo, y todo porque era una mercancía para esa gente, solo por eso: una vil mercancía para usar y desechar. Tuvo que sentarse en la tina porque se le fue el aire y sintió que se iba a desmayar.

Mientras tanto, Monsalve seguía tratando de callar a la enloquecida Colette. Ya no solo con argumentos, que por lo visto no surtían efecto, sino también con gestos bruscos y amenazas, con un sacudón por los hombros que la hizo estremecerse y soltándole promesas y amenazas. Intentó de todo, a ver si la conmovía.

—Cálmese ya, maldita. No se me sulfure o le va a ir mal. Si sus gritos impiden la subasta, aquí va a correr sangre, ¿me oyó, Colette? Va a correr sangre, y le aseguro que no va a ser la mía. Compóngase, mujer. Mire, yo la aprecio, no deseo que termine mal; vamos a comportarnos para permitir que este evento culmine bien y mañana hablamos. Lo que usted tiene que hacer es dejar de beber. Está tomando mucho, no está pensando con claridad. ¿Qué le parece si nos vamos a pasar un fin de semana solos, fuera de la ciudad? ¿Qué dice? Si se calla, yo la llevo. Un fin de semana para los dos. Y si no, ya le digo, la cosa se pondrá fea… Mejor cállese, ¿sí? Piense a dónde quiere que la lleve y yo lo hago.

—¿De veras, Monsalve? ¿Los dos solos otra vez? ¿Es una promesa? ¿Me lo jura?

—Es una promesa, se lo juro. Quédese aquí, quieta y tranquila. Yo vuelvo al sótano, cierro la negociación y mañana arreglamos todo lo de nuestra escapadita de fin de semana.

Ya en el corredor, de regreso al sótano, Monsalve se encontró con el chofer.

—Vaya y tranquilice a esa ebria —le ordenó—. Asegúrese de que no arme un escándalo que dañe la fiesta. Manténgala callada. Haga lo que sea necesario, ¿me escuchó? Lo que sea necesario, pero calle a esa loca borracha.

El chofer encontró a Colette y la agarró con fuerza por los brazos.

—Cálmese y cállese —le dijo al oído, con los labios apretados por la rabia, sudando testosterona—. Cállese, loca, que por culpa suya nos vamos a quedar todos sin trabajo.

Colette se sacudió frenéticamente, tratando de zafarse, y en el forcejeo el chofer la lanzó contra la pared. Ella cayó contra un filo de madera, sonó un golpe seco, y perdió el conocimiento. ¿O acaso estaba muerta? De repente, presa de la angustia, con el furor convertido en pánico, el chofer intentó tomarle el pulso, pero no lo sintió. Se alejó entonces apresurado y

buscó a su jefe, don Monsalve.

—Creo que la embarré, jefe —le confesó.

—¿Cómo así? ¿Qué hizo?

—Creo que se me fue la mano, jefecito, pero no fue culpa mía, es que ella estaba…

—Grandísimo estúpido, ¿me está diciendo que mató a la borracha? Usted es un animal, eso no fue lo que le pedí. ¡Arrégleme eso rapidito, muévase! —le ordenó Monsalve mientras le pasaba un fajo de billetes—. Llévese ese cuerpo, métalo en el carro y piérdase. Váyase de la cuidad, váyase al campo, lejos. Entiérrela en un bosque, bótela a un río, que se la coman las hormigas de la selva. Después queme el carro, haga lo que se le dé la gana, pero deshágase del cuerpo y piérdase para siempre. No quiero volver a saber de usted nunca más. Y de esa loca tampoco. Adiós para siempre a los dos.

Valentina aprovechó el momento de confusión y salió del baño corriendo para ir a reunirse con las otras muchachas, y aunque seguía descompuesta y moralmente derrotada, tuvo que hacer de tripas corazón, actuando como si nada hubiera pasado, como si ella no hubiera visto ni oído nada. Si en algo era buena ella, era en aparentar. En eso nadie le ganaba. Lágrimas por dentro y sonrisa por fuera. ¿Había sido una ingenua? ¿La habían utilizado como se les había venido en gana? Pues a tenerse todos de atrás, porque las cosas iban a cambiar.

Sí, querida Valentina, se dijo a sí misma; ha llegado la hora de sacar las uñas. Hasta ahora, he sido yo la que recibe arañazos, pero de ahora en adelante, ¡seré yo la que arañe! Se tomó unos minutos más para reflexionar más a fondo. ¿Y su amor del alma? Su recitador de poemas, su profesor de ajedrez, el que gentilmente le trenzaba el pelo con cintas de colores, ¿ese era el que la iba a vender al mejor postor? ¿Ese era el gran jefe de toda esta porquería, y se pagaba la riqueza y la elegancia vendiendo carne de muchacha? Esta ignorante e ingenua Valentina, la pastorcita favorita, ya no va a ser la misma. ¿Quieren jugar? Pues bueno, yo también puedo comenzar a jugar. Cabeza fría y cálculo. Ahora vamos a sorprenderlos.

Monsalve se arregló la corbata, se alisó el cabello, que se le había alborotado, respiró hondo y volvió al sótano muy compuesto y calmado. Volvió a ser el empleado modelo e impecable que se encargaba de todo con absoluto profesionalismo, como siempre, de tal manera que ninguno de los clientes sospechó la batahola que había tenido lugar tras bambalinas, y que había terminado, ni más ni menos, en asesinato. Aun así, Monsalve prefirió suspender la subasta, guardando a Valentina para una futura oportunidad más luminosa, menos escabrosa, con viento a favor y no como ahora, en medio de semejante borrasca. Ya le explicaría a su jefe, con algunos matices, lo que había ocurrido, rogando al cielo que no lo culpara a él por el momentáneo desmadre. Total,

la subasta ya había estado bien jugosa con lo que se había movido nadie estaba esperando más, los clientes habían quedado satisfechos, y a Valentina la guardaría para otro evento; a ella no había que explicarle nada.

En realidad, y muy en el fondo, Monsalve estaba satisfecho. Aunque no lo hubiera planeado así, todo le había salido a pedir de boca. Gracias a la brutalidad del chofer se había deshecho de Colette, y ya no tendría que cargar con ese lastre. Muy pronto la reemplazaría, pensó; a fin de cuentas, nadie es indispensable, y menos esa borracha que se estaba convirtiendo en un peligro, en una potencial delatora. Lo importante era manejar la situación y pintar el cuadro de tal manera que su jefe no se indispusiera.

Despidió a todos los clientes, se puso el abrigo, y estaba a punto de abrir la puerta, para enfrentarse al frío de la noche, cuando recordó que abajo, en el cuarto, las muchachas subastadas se habían quedado solas. Ya no había Colette, ni chofer, ni carro que se encargaran de ellas. ¿Qué hacer? Monsalve no podía dejar a las muchachas sueltas. Ya Mon Plaisir las había comprometido con sus compradores, y Mon Plaisir cumplía lo que prometía. Tendría que ocuparse de ellas hasta que pudiera entregarlas.

—Caminando, chicas, pero rapidito —les ordenó, como si estuviera arriando ganado—. ¿Qué, tienen hambre?, pues de malas, lo siento, no es hora de comer. ¡Vamos, vamos! Yo mismo las llevaré a su casa; a Colette le ha surgido un problemita, nada demasiado grave, pero por ahora me voy a encargar yo.

Valentina vio cómo le caía del cielo su oportunidad. La que había estado esperando durante tanto tiempo. Ahora lo tenía todo claro, más que nunca. Por fin, el cuadro completo se dibujaba en la cabeza. ¿Conque a Colette le había surgido un problemita? Pues sí, menudo problemita eso de acabar muerta; ojalá se pudriera en la zanja en donde la deje tirada el chofer…

Valentina ya sabía, tan claro como que dos más dos son cuatro, que estaba rodeada de gente peligrosa, desalmada. Había sido testigo de la frialdad con que Monsalve se refería a la mujer asesinada. “Fue un descuido”, “solo se pasó un poco”, “pero nadie nos ha acusado de nada”, “gente poderosa nos rodea y nos protege”, “estamos blindados”, “hay mucha plata de por medio y usted lo sabe”, todo eso había escuchado Valentina, escondida en la bañera, de boca de Monsalve y Colette.

No necesitaba saber nada más. Había comprendido de sobra que la famosa empresa Mon Plaisir no era más que un burdel de ultralujo, nada más que eso. Su prodigioso hombre, el amor de su vida, era el cerebro detrás de eso, y Monsalve y Colette eran sus alcahuetas. Minutos después de la discusión entre esos dos, Colette había acabado muerta, ahí, casi delante de sus ojos. Una y otra vez Valentina volvía a oír en su mente esas frases aterradoras que le arrojaban la verdad a la cara. Si en algún momento había dudado de estar en el infierno, lo que acababa de ver y oír se lo confirmaba absolutamente. ¿El infierno? Sí, el infierno. Pero en el infierno sobrevive el que es diablo… ¿no?

Desde que escuchó a Colette y a Monsalve hablando, el estado de ánimo de Valentina iba y venía entre la rabia, el deseo de venganza y el miedo. Por un instante pensó en salir corriendo, ¿pero a dónde iría?, ¿a qué? Ya no tenía nada en el mundo de afuera, estaba devastada, pero tenía que encontrar fuerzas para sobreponerse; esta era su oportunidad dorada. Lo que había escuchado la había afectado en el alma, pero al mismo tiempo le había dado la clave para sobrevivir. La había vuelto sabia. Ahora o nunca, se dijo, decidida a jugarse la suerte en un golpe de póker, que podría salvarla o condenarla. Por primera vez en su vida se tomó con gusto un doble de whisky a fondo. Necesitaba ganarle al miedo, ganar la partida, ganar por encima de todos… en últimas, ganarle a la vida misma.

—No se preocupe por nada, Monsalve —le dijo con pasmosa calma y seguridad en sí misma —. Colette me estaba entrenando para que la reemplazara en caso de que en algún momento ella necesitara ayuda, y yo estoy lista. Sé perfectamente lo que hay que hacer, cómo manejar las cosas, cómo lidiar con las muchachas y hacerme cargo de todo. Confíe en mí, usted y yo podemos hacer buena llave.

Monsalve se sorprendió y miró a Valentina desconcertado. Colette nunca le había mencionado nada al respecto, pero ya no había cómo preguntarle nada a la borracha y él estaba apurado. Quien la ve a esta Valentina, mosquita muerta, pensó. Monsalve no esperaba escuchar algo así del premio mayor, pues la consideraba descerebrada. No es mala idea, pensó Monsalve. Una aliada no me viene mal en estos momentos, y esta Valentina, con su tonito sereno, suena convincente. Su ayuda me viene bien de cualquier modo, sea verdad o sea mentira lo que me está asegurando.

—Tome, Valentina —le dijo, entregándole las llaves del apartamento de las chicas—. De ahora en adelante usted queda encargada.

Le advirtió además que del acuario no debía salir nadie, ni a la esquina, hasta que él personalmente pudiera volver, en unos días, para organizarles la vida y disponer las cosas.

—Este es su nuevo trabajo, Valentina —le dijo—. Si algo pasa, la hago responsable, con todo lo que eso implica. Se lo advierto y se lo repito: la hago responsable, con todo lo que eso implica.

Apenas dijo esto, se arrepintió de haberle entregado las llaves y se las quitó de las manos. ¿En realidad esta Valentina era una persona de confianza? Quizá fuera mejor asegurarse de que las chicas, incluida ella, se quedaran inmovilizadas en el apartamento. Así que allá las llevó, cerró la puerta con llave y se la echó al bolsillo.

—¿Por cuánto tiempo nos va a dejar aquí? —alcanzó a preguntarle Valentina desde adentro, sorprendida con el giro de los acontecimientos—. Oiga, don Monsalve, ¿y no que yo era la encargada?

—Tal vez más adelante, no se precipite. No sé cuándo podré volver. Mejor dicho, cuando pueda vuelvo —contestó él, ya bajando por la escalera hacia la calle.

—No se preocupe, Monsalve, todo va a estar bajo control. Ya le dije que yo me encargo —le

repitió ella desde arriba ella, con una voz sumisa y seductora.

Mientras Monsalve caminaba rápido calle abajo para conseguir un taxi, que a esas horas no era cosa fácil, por la cabeza le rondaba una duda: ¿qué se traerá entre manos esta Valentina? Antes no abría la boca, la mosquita muerta, y ahora véala no más, tan colaboradora… es como si la falta de Colette le hubiera caído como anillo al dedo. Ahora se muestra sonriente, llena de iniciativas y deseos de colaborar, hablándome de manera modosa… ¿Acaso me pareció escucharle un tono de coquetería en la voz? O me estaré dejando llevar por esta imaginación juguetona mía… No sé, quién sabe, en fin, ya veré. Tal vez pueda aprovecharla y sacarle el jugo a su complicidad, siempre y cuando no me exceda y acabe encartado con ella, como me sucedió con la difunta Colette.



19
“¡Llámame!, que llegaré donde esté tu voz”

Después de la larga noche, las muchachas cayeron sobre sus camas sin siquiera pensar en el estómago vacío, sin hablar ni una palabra entre ellas de los extraños episodios del día anterior. Por qué para modelar vestidos de baño les vendaban los ojos, por qué sentían que había manos que las estaban tocando, qué clase de gentes las estaban rodeando… Tenían miedo, no entendían qué era lo que realmente había sucedido y sentían vergüenza. Desconfiaban las unas de las otras, ¿sería que a sus compañeras les había sucedido lo mismo? Tal vez era mejor no hablar.

Por su parte, Valentina no había podido cerrar los ojos después de oír las acusaciones entre Monsalve y Colette. No solo había oído las confesiones de las atrocidades que organizaban, sino que había sido testigo de un homicidio; era la dueña de una información aterradora. ¿Qué debía hacer?

Llamar a la policía era una posibilidad, pero era evidente que, antes de lograr pisar una comisaría, la mandarían a desaparecer, como habían hecho con Colette. ¿Y si no decía nada y le seguía el juego a Monsalve? Esto tampoco parecía una buena opción, pues pronto llegaría la hora en que la vendieran a ella y seguramente también acabaría muerta, no había muchas salidas. Aunque se sentía afortunada, pues si alguno de ellos la hubiera pillado escondida en el baño, para esas horas estaría carcomida por las hormigas, como la difunta Colette.

Mientras pasaban las horas ella repasó los momentos que había vivido con ese hombre del que se había enamorado perdidamente; ella siempre había presentido algo aterrador, lo había vislumbrado tal vez en la frialdad cruel de algunos instantes, o en la sonrisa amable que se convertía en una mueca extraña después de un segundo. La maldad siempre había estado ahí, pero ella no la había querido ver.

Por Dios, Valentina —se recriminaba—, si usted ni siquiera se atrevía a preguntarle el nombre, ni a hablarle, casi que ni a mirarlo a los ojos… tal vez era más miedo que amor, o miedo a ese amor.

Sentada en el borde de un asiento, con los pies descalzos sobre el piso helado de la cocina, petrificada, temblorosa, casi sin parpadear, con el terror del que sabe que corre peligro de muerte, pasó la noche, y, sin embargo, al amanecer, Valentina ya estaba serena y comenzó a descubrir algo nuevo en ella: la necesidad urgente de voltear esa tortilla. La situación no tenía vuelta atrás, solo había dos salidas: o era la víctima o se convertía en asociada. La elección era obvia.

Sin darse cuenta, comenzó entonces a cantar un bolero que le gustaba: "Te engañaron, corazón, por ser honrado entregaste tu querer a un ser malvado…, ya no sufras, corazón, busca el olvido. Con el tiempo lo hallarás, no estás perdido. Ya verás que olvidarás lo que has sufrido, y al final sé que reirás, corazón mío…".

Valentina sabía dónde estaba el teléfono guardado, pero no conocía el número de nadie en la ciudad. Sabía que tenía que buscar la manera de tener un seguro en el exterior, para no estar por completo en manos de Monsalve. Necesitaba un escampadero, un lugar donde correr si la cosa se ponía muy fea.

Se dio cuenta de que era sábado y que estaba a tiempo de ver *La Sabatina*, y pensó que, si tenía suerte, su llamada entraría y podría comunicarse con Madame Rosicler. Prendió el televisor y conectó el teléfono. Apenas aparecieron los números en la pantalla, Valentina comenzó a marcar una y otra y otra vez; a pesar de que no paraba de marcar, no lograba comunicarse. Estaba muy ansiosa, y sabía que no podía perder esa oportunidad. Por fin sintió la voz de la operadora:

—Usted ha sido la afortunada persona que puede realizar la consulta con Madame Rosicler.

Valentina iba a hablar cuando sintió la voz de Alain Clavel:

—Es verdad, esta es su única oportunidad. Entre los miles que llaman es usted el elegido, así que aproveche bien su momento. En este minuto puede preguntar lo que siempre ha querido saber.

Valentina se quedó paralizada, sintió que la garganta se le cerraba.

—Aló?, ¿aló? No se oye, amigo o amiga. No pierda su turno, el destino lo ha elegido, no desaproveche su llamada.

Valentina logró reaccionar y, falseando la voz cuanto pudo, dijo:

—Estoy encerrada, prisionera, ¡por favor ayúdenme!

Madame Rosicler nunca había recibido una llamada tan inquietante. Se le erizó la piel, pues notó que había allí angustia verdadera.

—¿Cómo puedo ayudar?, ¿qué quieres preguntar?, ¿cuál es tu congoja?

—Madame Rosicler, estoy aquí paralizada, ya no puedo cantar bajo la lluvia como lo hacía antes, tampoco puedo bailar como cuando era feliz. Yo solo quisiera saber si voy a salir de esta oscuridad en la que me encuentro.

Rosa creyó reconocer la voz de Valentina. Además, estaba mencionando la canción de su presentación en *De Sabatina*, ¡tenía que ser ella! Entonces, le siguió el juego.

—¿Te sientes prisionera de ti misma?, ¿no eres capaz de enfrentar el mundo exterior por miedo?

—Es verdad, así me siento: como si una persona poderosa no me dejara mover. Tengo miedo de lo que me puedan hacer.

—Muy bien, amiga mía, no te preocupes. Miraremos lo que las cartas nos tienen para ti —dijo Madame Rosicler mientras barajaba y partía el mazo para organizarlo.

El violinista intensificó el vibrato de su violín, moviendo dramáticamente el brazo. El plató se llenó de suspenso.

—Veo espadas, muchas espadas. Aquí aparece El Diablo y está acompañado por el Rey Invertido. Las espadas son peligro, grave peligro, pero también son símbolo de lucha y compañerismo. El Diablo es una carta mala, el Rey representa a una persona que te quiere someter y hacer daño. Sobre todo, quiere que hagas cosas que tú no quieres hacer. Veo una puerta cerrada frente a ti. Pero… ¡atención! Salen más espadas, el 2 de espadas: las cartas nos dicen que has encontrado a una amiga que te entiende y te va a buscar, alguien a quien conociste no hace mucho está empeñado en salvarte. Es una mujer; no, un momento, dos mujeres. Dos mujeres que no se van a detener ante nada para sacarte de donde te has metido por haber tomado malas decisiones. Confía: hay un ejército de espadas que va en tu rescate. Puedo sentir que eres valiente, perseverante, y tienes amigos que se enteraron de tu situación y quieren ayudarte. Óyeme bien: desde esta misma hora, y en este preciso momento, comenzará su ayuda. Cuenta con eso —dijo la tarotista.

—Gracias, Madame Rosicler. Me he sentido tan cerca de la muerte… la he visto de cerca. Es como si un ave negra se posara sobre mí.

—Mis cartas me dicen que esperes y no desesperes. Veo con claridad que esa puerta pronto se abrirá y la luz del exterior te iluminará. El universo ha recibido tu mensaje —dijo Madame Rosicler—. Confía, confía que no estamos solas.



20
“Si te digo que la burra es parda es porque tengo los pelos en la mano”

Apenas terminó el programa, Rosa salió rápido a buscar a Charito.

—Tenemos que convocar urgentemente una reunión de ese Sectun o Sertun, ¿usted le puso atención a la última llamada de la tarde?

—Pues a mí me pareció una pobre loca, yo ni le puse atención al problema que tenía con la puerta, como que la chapa no le funcionaba; después, que un ave negra moría de manera atroz, que alguien malo le cortaba la luz, que si llovía no podía bailar, que después la amarraban, que las fuerzas y el mensaje. Y la Rosa picándole la lengua para que inventara más, para qué quería que le siguiera hablando barbaridades.

—Charo, ¿no cayó en la cuenta de que era Valentina? ¿No le reconoció la voz? ¿Pero usted es que tiene mariposas entre esa cabecita? Pues, mariposa, porque con ese tamañito le cabrá como mucho una. Camine rápido para la casa. ¡Hágale! —le dijo mientras la halaba tanto del brazo que Charito a veces ni alcanzaba a poner los pies en el piso.

Llegaron a la casa gritando para convocar a los muchachos a una junta urgente. Rosa les preguntó si habían visto el programa.

—Claro que lo vimos, mi mamá, usted sabe que no nos lo perdemos nunca. Pobre mujer esa que la llamó, estaba muy mal —dijo Alexey.

—Pues, para que se enteren, a mí me late que esa que llamó es, ni más ni menos, Valentina.

—¿Qué le hace pensar eso?, ¿mi mamá, no estará hilando demasiado fino?

—Déjela que hable —dijo casi gritando Cristóbal—. A ver, tía Rosa, explique por qué dice eso.

—Bueno, es que me pareció reconocer su voz, pero además habló de cuando cantaba y bailaba, y mencionó la canción con la que se presentó al concurso. Y esta mañana, como todos los días después del desayuno, me eché las cartas a mí misma y me salió otra vez La Muerte

cerca del Diablo. Yo creí interpretar que una joven, conocida mía, estaba en peligro de muerte, y me solicitaba ayuda. Y después, durante el programa, ¡preciso!, me llamó esa muchacha tan angustiada y dijo esas palabras terribles. Atando cabos, me dije, "yo conozco esa voz, ¿acaso no es Valentina?". Miren y verán —continuó Rosa—, las cartas coinciden con los hechos, y los hechos hablan por sí solos. Estoy segura de que es ella, es Valentina, que me está llamando para explicarme por qué desapareció sin decir palabra. Para darme pistas de dónde está y qué le está pasando. Mi Álex, que tiene esa memoria prodigiosa, debe tener grabada en la cabeza la conversación.

—Sí, si trato de recordarla la puedo repetir toda, sin que falte una palabra. Ensayemos a ver qué información sacamos de ahí —dijo él—. Empecemos.

Charito, que hacía de secretaria en todas las juntas, trajo su cuaderno, un lápiz, y, con letra de colegio de monja, comenzó a escribir.

—Empiece que ya estoy lista —dijo la pequeña.

Alexey repitió toda la conversación, sin hacer esfuerzo y sin que le faltara una coma. Al final, concluyeron que era evidente que estaba retenida en contra de su voluntad, primero que todo. Que no podía escapar y que, además, tenía miedo de que le fueran a hacer daño.

—Yo tengo que decirles algo muy grave. En las cartas salía claramente que la persona que le estaba causando todo ese mal era alguien más o menos cercano, relacionada con su trabajo; una persona capaz de cualquier cosa. Y ustedes, conque "no, que por qué siempre piensa lo peor, que no se preocupe, Rosa". ¿Que no me preocupe?, estas son palabras mayores.

—Pues, sí, Rosa, y tenía razón. Entonces es alguien del Canal, ¡Virgen santa! Pero ya aquí de qué nos va a servir tanta cantaleta, tanto regaño y tanto "se los dije". ¿Acaso vamos a dejar a la peladita allá para que le haga quién sabe qué ese bellaco, cualquiera que sea? —dijo Charito—. Además, las cartas dijeron que estaba haciendo cosas que ella no quería hacer, santo Cristo, ¿qué será en lo que la tienen?

Cristóbal y Alexey se miraron, pues intuían de qué se trataba el encierro y lo que decían las cartas.

—Yo podré ser muy inocente y de otra época, pero las cartas, no. Las cartas dicen la verdad, sin tapujos. Han dicho desde las cosas más amorosas hasta las más aterradoras, sin vacilar, desde hace muchos siglos. Y esto que veo aquí es más feo que cualquier cosa que hayamos imaginado. Las cartas me hablaron de tortura y muerte.

—Hay que hacer algo de inmediato. Vamos. ¿A quién hay que sacarle la verdad? —dijo Cristóbal.

—Eso no lo podemos hacer así porque ponemos en peligro la vida de Valentina, Cristico. Usted no puede llegar allá al Canal a sacudir a toda la gente, hay que hacerlo discretamente. ¿Qué fue lo que averiguó el día que estuvo por allá?, ¿qué fue lo que le dijeron de ella? —preguntó Alexey.

—La secretaria de don Alain Clavel me dijo que el profesor de baile, el don Mambo, le había dicho a Valentina que le tenía una posibilidad de un trabajo con unos amigos suyos. Era una pareja, una mujer de nombre extranjero y un hombre que se llamaba algo así como Monso, Manso…

—¡No me diga! Es que ese Mambo no se queda callado ni porque lo rellenen de paja… Menos mal tiene esa bocota, porque justo hoy estaba diciendo que el chofer del amigo, que me parece que se llama Monsalve… —dijo Charito, como pensando en voz alta.

—¡Eso! Monsalve, así es el nombre —la interrumpió Cristóbal.

—Bueno, pues ese —siguió Charito—, dizque se había perdido de un día para otro y que le estaba buscando reemplazo. De buenas que lo escuché hoy; yo no le pongo atención, porque como no se calla en todo el día, cuando no está hablando está echando chistes malos y riéndose a carcajadas… todo mientras parpadea como enloquecido. ¡Ay, ya sé! Se me ocurre que puedo decirle que tengo un hijo que estuvo en el ejército y que sabe de carros y que es fuerte, y no estaría mintiendo… a fin de cuentas, mi Cristico aprendió de armas en el ejército y tiene pinta de matón. Claro que esa idea puede ser muy peligrosa. No, olvídense, no he dicho nada, mejor no. Ahora se pone en peligro mi niño…

—¡Ese plan está perfecto! Mañana mismo vamos y hacemos que me contraten; así puedo estar pendiente de los movimientos de Mambo y de la gente que contrató a Valentina. Quién quita que por ese medio nos acerquemos un poco a ella. No se hable más. Así quedamos —sentenció Cristóbal.

—También habló de un ave negra. Eso debe tener un significado, si no, no la habría mencionado. Ella es astuta y midió cada una de sus palabras. Hay que averiguar a qué se refiere con eso, yo me encargo de esa parte —dijo Alexey.

Entonces Charito le dijo a Rosa:

—Oiga, Rosa, ¿usted por casualidad no se acuerda de un cuadro que hay en la oficina de don Alain Clavel, de un águila negra con las patas ensangrentadas? Bien feo y miedoso que es… ¿no será que tiene que ver con el ave de la que habla Valentina?, ¿no será entonces que la cosa viene por el lado de don Alain Clavel?

—¿Será que don Alain Clavel es capaz de una cosa así de grave? —remató Rosa—. Porque él es bien mala persona, ¿pero así de perverso? Esas son palabras mayores.

Al día siguiente, Charito logró colocar a su hijo de chofer gracias a las referencias de Mambo.

Cristóbal comenzó a manejar un carro y a obedecer órdenes de un jefe de nombre Monsalve. Aunque no confiaba para nada en Cristóbal, lo necesitaba para ir a hacer mandados y diligencias. Cuando se subió al carro, su nuevo chofer le preguntó:

—¿A su casa, jefe?

—No, primero lléveme a esta dirección —contestó Monsalve.

Anduvieron por la ciudad un buen rato hasta llegar a una especie de conjunto de edificios.

—Listo, déjeme aquí.

—¿No quiere que le ayude con el mercado? —preguntó Cristóbal.

—No, usted espere aquí a que yo salga —contestó él y se bajó del carro. Agarró varios paquetes y parecía muy incómodo llevando todo eso solo, así que Cristóbal volvió a preguntar:

—¿Seguro no quiere que le ayude?

—Ya le dije que no.

Cristóbal esperó a que Monsalve caminara un par de cuadras y comenzó a seguirlo. No era tan fácil, pues su jefe caminaba tan rápido como se lo permitían los paquetes, y miraba hacia atrás a cada instante, con nerviosismo. Alcanzó a perseguirlo por varios minutos, pero después atravesó un parque y se le perdió de vista. Era evidente que tenía algo escondido por esos lados y no quería que lo vieran por allá… Cristóbal sintió que el corazón se le salía del pecho: "Tiene que ser Valentina, tiene que ser ella", pensó.

Esa noche, Charito y Rosa sacaron sus mecedoras al porche para contemplar la luna, que estaba muy bonita y coqueta, ostentando su espléndido perfil en cuarto creciente. Rosa, como en una ensoñación, empezó a recuperar de la memoria fragmentos de un viejo poema que siempre le había arrancado lágrimas.

—… ya en el Oriente, en el confín profundo, la luna aparta el nebuloso velo, y con pie casto… —declamó Rosa con entonación romántica—. No, espere, así no era. ¡Ah!, ya me acordé, seguía algo con: "el dormido mundo". Espere, Charo, ¡ya lo tengo!: y sienta en el dormido mundo su casto pie con virginal recelo.

—¡Pero sí que está inspirada hoy, Rosa! Y perdone que le diga, ¿no le parece cursilón ese poema? Eso del *cojín* profundo, ¿qué es eso? ¡Y qué me dice del virginal recelo?, a estas alturas hablando de virginidades, y qué tal lo del *casto pie*… Más bien por qué no quita usted de ahí su *casto pie*, que está pisando mi chalina, con el trabajo que me dio tejerla, a cuatro agujas y tres tonos de lana.



21
“La secretaria”

Palacios había continuado con sus pesquisas. Visitó a varias de las personas que estaban en la lista de los invitados, pero no logró mayor cosa; todos eran personajes importantes, de difícil acceso. Estaban bien conectados, protegidos por autoridades de mucho peso, y, además, se cuidaban la espalda unos a otros.

Poca o ninguna información había podido conseguir, pero su olfato de buen sabueso le decía que ese grupo tenía en común un secreto sucio muy bien guardado, porque los secretos de los más poderosos siempre son los más nauseabundos.

Había visto que en sus oficinas siempre había un águila bicéfala, ya fuera en un cuadro, en una talla de madera, en una figura de antimonio o hasta en el botón del ojal. La misma que había visto en el cuadro de la oficina de Alain Clavel, y ese Alain Clavel le había mentido las cuatro veces que le había mencionado la fiesta del día del homicidio. Había negado haber ido, pero estaba en la lista que le había pasado el gerente del hotel. Antes de confrontarlo, y para no ponerlo sobre alerta, quería averiguar con su secretaria. Lo mejor era buscar colaboración entre los empleados. Con esa idea se fue hacia el canal de televisión, en donde había mucha gente y, por consiguiente, menos control.

Palacios decidió no entrar al Canal, sino esperar a que la secretaria saliera. Cuando lo hizo, la siguió por unos minutos y la abordó. Se identificó y le dijo que entraran a una cafetería cercana. Después de limpiar la mesa con su pañuelo, el investigador pidió café.

—No debe asustarse, doña, este no es un problema con usted. Lo que debe hacer es darme toda la información que pueda acerca de las actividades de su jefe, sin que él se entere. Es muy importante que entienda que, desde este momento, usted es una colaboradora de la policía. ¿Eso le queda claro?

—Lo entiendo, señor agente —dijo la secretaria.

—No soy agente, soy coronel. Si me quiere decir así, está bien.

La secretaria, al principio, estaba muy nerviosa. Pero poco a poco fue entrando en calor y soltando la lengua, cosa que no le quedaba difícil. Aunque no sabía datos comprometedores, sí conocía cómo eran las actividades de Clavel. Con toda precisión.

—Siempre son los mismos amigos los que se reúnen. Se conocen ya desde hace años. Les gusta hacer una fiesta elegante, en un hotel bien ilustre, de esos en los que hasta respirar cuesta. Mi jefe no se pierde ni una sola, señor agente.

—No soy agente. Si prefiere, dígame entonces detective.

—¡Mi jefecito es tan conocido! Yo creo que no hay persona en este país que no sepa quién es él. Imagínese, es el rey de la televisión nacional. Por eso el que quiere que su fiesta sea buena, lo invita, y mi jefe no hay fiesta buena que se pierda. Además, le encantan las muchachas, y él bien solterito… yo me lo he pillado hablando por teléfono, que si esta viene, que si repetimos con aquella. Y pues como no tiene perrito que le ladre, es libre de hacer lo que le plazca. Las mujeres lo adoran, lo adoramos. Aunque a veces le entra una cólera espantosa… y nos grita a todas. Pero es normal; por eso dicen que todo genio tiene su temperamento. ¿Sí me entiende, señor agente?

—¡Que no soy agente! ¿Por qué le da trabajo entenderlo? Discúlpeme, no he debido hablarle así. Sigamos. ¿Qué relación tiene con las muchachas esas que trabajan en el programa? Las que bailan y cantan.

—Ah, no, pues les coquetea a todas; a todas las invita a tomar un coctel a su oficina; yo lo he agarrado subiéndoles la falda o dándoles nalgadas. Pero, como le digo, pues el hombre es soltero, así que no tiene que rendirle cuentas a nadie. Ahora que lo pienso, hay unas a las que no les quita el ojo de encima. ¡Tan travieso mi jefecito! Y, volviendo a lo otro, ¿a usted por qué le importa tanto cómo lo llaman? Que si agente o detective o coronel… —le preguntó ella.

—Porque agentes son los que dirigen el tráfico de los carros.

—Ah, pero cualquier trabajo es digno ante los ojos de Dios y de la Constitución Nacional.

—Tiene toda la razón. No debemos detenernos en tonterías. Llámeme como quiera, y si quiere dígame Palacios, simplemente, Palacios.

—¿Y qué es lo que necesita de mí? —dijo la secretaria.

—Necesito que me colabore y me haga una lista de los mejores amigos de su jefe, con los que más habla, con los que va a fiestas. —Palacios le recordó que hacía parte de una investigación de la policía, y que de ninguna manera podía decir una palabra de lo que habían hablado o habría consecuencias de tipo penal para ella.

—Ay, señor Castillos, no diga más. Y cuente con que soy silenciosa como una tumba, con mausoleo, flores, cura, muerto y todo. Y le prometo por estos ojos que se han de comer los gusanos que, si consigo alguna información adicional, se la entrego.

Palacios ya no tuvo ánimo de corregirla más, pero sí quiso presionarla:

—Bueno, entonces la espero aquí mismo, a esta misma hora y en esta mesa, dentro de ocho días, para que me entregue lo que haya encontrado en la oficina.



22
“En las gavetas se guardan cosas secretas”

En el apartamento no pasaba nada. Colette no había vuelto y la única que sabía que no volvería era Valentina. Monsalve pasaba y dejaba un mercado que era una miseria, y Valentina era ahora la encargada de repartir las porciones: dos pocillos de arroz, dos de lentejas, una taza de café y una tajada de queso; solo eso para desayuno, almuerzo y comida. Ella estaba decidida a ganar poco a poco la confianza de Monsalve, y sabía qué tenía que hacer.

Un día decidió ponerse uno de los vestidos de Colette para recibir a Monsalve.

—¿Por qué tiene la ropa de Colette?, ¿quién le dijo que la podía usar? —le preguntó él.

—Pues nadie me ha dicho nada. Colette no ha vuelto en días; la ropa me queda perfecta y estoy segura de que ella me la hubiera prestado. Nosotras llegamos a ser cercanas, antes de que se fuera yo le estaba ayudando en todo, así como le quiero ayudar a usted. ¿Me entiende? Le quiero ayudar en todo lo que necesite, en todo lo que se le ocurra —dijo Valentina con voz suave.

Monsalve estaba sorprendido. La verdad, desde el primer día que había visto a Valentina, le había gustado mucho. Toda esa carne fresca. Pero primero estaba el negocio, y sabía que por ella darían muy buena plata. Además, no era bueno meterse con lo que su jefe ya había dispuesto y elegido.

—¿A qué se refiere? —pregunto él.

—Pues a que aquí hay que poner orden otra vez. Si usted quiere que esto funcione, hay que solucionar algunos problemas —le dijo ella.

—¿Que funcione en qué sentido?

—Pues en el que usted quiera que funcione. Como le digo, yo estoy dispuesta a colaborarle en lo que necesite.

—¿Qué propone?

Valentina comenzó a darse cuenta de la fascinación que causaba en Monsalve.

—Primero, vamos a aclarar quién manda en esta casa mientras llega Colette. Claro, usted, primero que todo, pero tiene que dejar claro delante de las otras que, en ausencia suya, yo represento a Colette: yo mando. Segundo, hay que empezar a tratarlas mejor, o un día que vuelva nos va a encontrar a todas muertas de hambre. Supongo que esa no es la idea. Así que habrá que comprar mejores mercados, fruta y carne. Ya sabe, más carne. Usted me da gusto y yo le doy gusto —dijo ella.

—Sí, sí, sí. Carne, más carne —repitió él.

—Ah, y le aconsejo que la traiga mañana.

—Está bien, eso haremos. Mañana voy a traer más comida y más variada, más carne —dijo él, entre desconfiado y deslumbrado, mientras cerraba la puerta.

Valentina se tiró sobre el sillón. Había quedado exhausta después de ese episodio con Monsalve. Por lo pronto, iba a seguir con el juego, aunque fuera meterse hasta el cuello en aguas turbulentas. El primer *round* había sido bueno; había conseguido buena comida para todas, así que había valido la pena, y eso la dejó animada. Después de un rato se levantó y fue a mirar la ropa de Colette. Ya el cuarto se lo había tomado ella, era la reina de ese lugar.

Comenzó por sacar y botar todo lo que odiaba, lo que le recordaba a esa mujer. Se quedó con lo bonito. Lo primero que hizo fue medirse vestidos frente al espejo; se miró mientras daba vueltas: este sí, este lo dejo, este no lo quiero. Después pasó a la cómoda de cajones que había en el cuarto. Sacó todo lo que había dentro: medias, ligueros, varias botellas de licor a medio tomar, paquetes de cigarrillos, maquillajes y perfumes. Uno de los cajones no abría del todo, así que haló con fuerza y, al destrabarlo, salió volando una pequeña libreta de teléfonos, vieja, medio desbaratada. La iba a botar, pero por curiosidad decidió mirarla. En una letra casi ilegible, como de analfabeta, estaba escrita una lista de nombres que parecían de personas importantes: congresista Nicodemo de Palma, juez Jacinto Lombardi, Elizondo Coy de Industria Pesquera, general Vinicio Jano, Arsenio Cruz de Mercados Cruz, capitán naval Lucrecio Apure… por lo menos una veintena entre senadores, generales, coroneles y hombres de industria. Frente a cada uno había una cifra. ¿Lo que pagaban por cada mujer?, ¿su porcentaje?

¡Así que Colette tenía apuntada en esta libretica los nombres de todos los clientes del negocio! Esta sí que es la mejor herencia que me pudo dejar. Tengo en mis manos la información que me hacía falta. Creo que para la policía sería perfecta, qué venganza maravillosa poder entregarles esto. Por otro lado, con Monsalve también me sería muy útil. Ahora solo debo pensar qué es lo que quiero hacer, qué es lo que más me conviene. De ahora en adelante solo haré lo que me conviene. ¡Gracias, Colette!, maldita mujer; si supiera en manos de quién vino a parar esta información, seguro se volvería a morir, pensó Valentina.

Salió del cuarto muy contenta. Les dijo a las otras muchachas que escogieran algo de la ropa que ella había dejado, pero ninguna de ellas se atrevió a tocar nada; pensaban que podía costarles caro más tarde, pero Valentina sabía que no habría más tarde con Colette.

—Vamos, chicas, anímense. ¿Qué importa divertirnos un poco mientras la bruja de la Colette vuelve de sus vacaciones? Quién quita que sean bien largas…

Pero todas estaban enfermas de miedo. Se fueron para sus camas sin decir ni una palabra y Valentina alzó los hombros.

—Bueno, si no quieren pues no quieren —y siguió mirando los vestidos mientras prendía un cigarrillo, y cayó en la cuenta de que le estaba encontrando el gusto al vicio.



23
“Nunca lloro lo perdido, si lo pierdo por jugar, ¡porque juego como juega, el que juega por jugar!”

—Me preocupa que la cuenta de ahorros de la compañía no aumenta. Al contrario, ha disminuido considerablemente por retiros que han estado haciendo mi mamá y la suya. No quiere decir que no tengamos una platica, tampoco quiere decir que ellas no puedan sacar cada vez que quieran y sin consultarnos: a fin de cuentas, son ellas las dueñas de este negocio, pero sí me extraña. No veo en qué se la gastan; ellas no compran nada costoso, solo les gusta gastar en hilos, panes, galletas importadas, cremas de belleza, carpetas y ungüentos para las canas —le dijo una mañana Alexey a Cristóbal.

—Pues habrá que empezar a investigarlas a ellas también. El problema es que yo estoy ocupado todo el día; este jefe me tiene corriendo sin parar. Repartiendo botellas de trago, copas de champaña e invitaciones por toda la ciudad para esas fiestas elegantes que hace.

—No se preocupe, yo lo hago. Si algo, contrato un taxi para que me ayude a transportarme.

Sí, las mujeres sí habían estado haciendo retiros para cumplir con las exigencias del Zarco, que cada día eran mayores. El hombre se había alquilado una pieza que quedaba cerca de una cantina, donde se proveía de la comida que necesitaba, y de un billar, en donde estaba todo el día jugando, bebiendo y apostando a las carreras de caballos. Rosa y Charito estaban pagando todos sus gastos y el Zarco les pedía cada vez más dinero. Lo último que se le había ocurrido pedirles era justamente un televisor.

—Ahora quiero mirar a la reina que me mantiene como a un rey, a la sabia del futuro, la nueva diosa del canal nacional. ¿Y la chiquita esta, la que siempre la acompaña, también sale en televisión? Apuesto a que no, no alcanzaría. La tendrían que subir en un andamio de construcción. ¿Y al que se supone que es su hijo ya le leyó las cartas? ¿Su bebé, el niño deforme

que se robó, ya sabe que lo botaron en un basurero cuando tenía horas de nacido?, ¿será que le contamos? Yo sé cómo encontrarlo para contarle —decía el Zarco riéndosele en la cara a Rosa.

Ellas dos ya no sabían qué hacer; no tenían a nadie que les ayudara. No podían recurrir a la policía porque se sabría la verdad, y mucho menos a sus hijos. Rosa hubiera preferido morirse antes de que su Álex se enterara de que no era hijo de ella, pero, sobre todo, de que lo habían abandonado en un basurero al nacer.

—¿Ahora qué vamos a hacer? Este hombre cada vez nos pide más y más plata para estar callado. Esto no tiene fin; ya los muchachos lo van a acabar notando —le dijo Rosa a Charito.

—Si pudiéramos salir de él de alguna manera… yo le he estado echando cabeza, pero todavía no se me ocurre cómo hacerlo —dijo Charito.

—Charo, ¡qué cosas dice! ¡Cómo se le ocurre! Aunque, la verdad, yo también lo he pensado. Por la noche paso muchas horas echándole cabeza a eso. Un hombre tan malo como él a quién le va a hacer falta…

—Pues fíjese que lo mismo pienso yo. Hasta asesino será, y, como dicen por ahí, el que a hierro mata…

—Pues tanto como a hierro no sé, pero aunque fuera veneno para ratas…

—Lo podemos pensar bien. La próxima vez que nos toque ir a llevarle plata a ese lugar tan maluco en el que vive. Siempre está tomando cerveza, siempre medio borracho. Estoy segura de que mientras una lo distrae, la otra puede echarle algo entre la botella.

—Dios nos libre y nos quite de la cabeza esos pensamientos tan horribles —dijo Rosa.

—Pero yo le digo una cosa, Rosa: algo va a acabar pasando. Esta situación no se resuelve sola, o la enfrentamos o nos lleva por delante.



24
“Todo saber es poder”

El día en que la mujer de Palacios tenía cita con Madame Rosicler, su marido, como se lo había prometido, la llevó.

—Aquí te espero —le dijo, mientras se acomodaba para dormir un rato entre el carro.

—Nada de eso —le contestó ella de inmediato—, habíamos quedado en que a ti te interesaba la cita. Vamos los dos.

—No habíamos quedado en eso; tú lo decidiste así.

—Bueno, lo que sea. La cosa es que tú me das gusto y entramos juntos —le dijo ella mientras se bajaba del carro sin mirarlo. Estaba segura de que Palacios no le daría problemas.

—Por favor, entren y pónganse cómodos. Siéntanse como en su casa. Mi amiga Charo les va a preparar un té en esa tetera rusa que ven allá —les dijo Madame Rosicler señalándoles un aparato de porcelana que, en realidad, ni era ruso ni funcionaba. Charito se encargaba de comprar en la plaza unas hierbas que mezclaba con pétalos de rosa de su jardín y minutos antes de la cita echaba el líquido en la tetera para que pareciera salido del samovar, un ritual que a Madame Rosicler le parecía de una exquisita elegancia rusa.

Una vez sentados, Madame preguntó:

—Dígame, señora de Palacios, ¿en qué les puedo ayudar?

—Llámeme Ana Magdalena, madame Rosicler. Yo a usted la conozco divinamente, de tanto verla por televisión. Usted no es ninguna extraña para mí; de veras me encantaría que me llamara por mi nombre, o si prefiere, dígame Ana Maga, que es como me dice con cariño mi marido.

El coronel Palacios permanecía en absoluto silencio, y Madame hizo de cuenta que no estaba allí.

—De acuerdo, Ana Maga bonita. Háble me, dígame qué pesares o qué dudas la traen por acá.

—Vengo por algo que me da un poco de vergüenza: mi marido y yo llevamos años tratando de tener un hijo y no lo hemos logrado. Hemos visto médicos y hasta brujos. Yo quiero saber,

Madame Rosicler, si debo perder la esperanza de una vez y nunca más volver a pensar en eso. Por eso vengo, solo por eso y por nada más —le contestó ella.

—Bueno, pues vamos a echar sus cartas a ver qué nos quieren decir. Pero un hijo es una historia de dos, no se trata solo de usted, señora Palacios. Lo lógico es que yo les lea las cartas a ambos, si eso es posible.

—Bueno, el problema es que mi marido es policía, ¿comprende? A él le queda difícil acercarse a estas cosas, por eso parece de piedra, dice que él no cree en…

—¿Me dice que su marido es policía? —preguntó Madame.

—Sí, es el jefe de Criminalística. Entró a la institución a los dieciséis años.

—Ya veo.

—Le decía que, como policía que es, pues no cree en…

—¿Brujas? —interrumpió Madame.

—Sí, esa es la verdad, no le voy a mentir. Me da pena, pero así es. Bueno, no dice brujas, dice clarividentes, adivinas, magas…

—No se preocupe, a mí no me importa eso, me tiene sin cuidado. Estoy acostumbrada. Su marido puede pensar lo que quiera, a muchos les pasa y es natural. Pero si queremos que esta consulta sirva, lo más aconsejable es que él participe —le dijo Rosa, acomodándose en su sillón —. Si ustedes lo prefieren pueden hablar a solas para que se pongan de acuerdo y podamos continuar, o si lo prefieren cancelamos la cita. Por el costo no se preocupen, que Charo les devolverá su dinero.

Ana Magdalena se volteó a mirar a Palacios con tan mala cara que él entendió que le costaría muy caro seguir oponiéndose a participar en ese capricho de su mujer. Entonces dijo:

—Madame Rosicler, bien pueda empiece. Yo estoy dispuesto a poner toda mi atención en sus palabras.

—Muy bien, comencemos de una vez —les dijo Rosa mientras barajaba las cartas—. Señor Palacios, quiero que sepa que todo lo que hemos hablado desde que llegaron sale aquí, en el tarot. Pasado, presente y futuro están sobre esta mesa. Por ejemplo, puedo leer que, aunque a veces se desilusiona de su carrera, como le ha venido pasando por estos días, sabe que jamás la dejará.

—Señora, con su perdón, cualquiera que sepa que entré a la policía a los dieciséis años sabe que ya no voy a dejar la carrera. Tendría que morirme. Además, todos tenemos decepciones de cuando en cuando —le dijo él.

—Es verdad. Usted debe creer en los hechos y basarse en lo científico.

—Con su perdón, señora: yo y el 99% de las personas cuerdas y adultas.

—Sí, ese es el problema que usted y el resto del 99% de los adultos cuerdos tienen. Yo, por mi parte, creo que existe una realidad espiritual que es más profunda, que va más allá de la razón, que la sobrepasa —dijo ella.

—Bueno, pues qué le puedo decir. La felicito, eso es fascinante; debe tener usted una vida interior muy rica, pero a la hora de encontrar al asesino eso no funciona, así como no funcionan los rezos. Para eso existen la investigación criminalística y la búsqueda de la verdad a través del examen de las evidencias, ¡ante todo la ciencia! La ciencia forense —le contestó Palacios, muy enfático.

—Mmm… ¿por qué no le preguntamos a las cartas? —le contestó ella.

Charito acercó el té y entonces Rosa, con una sonrisa socarrona, dijo:

—Ahh, señor Palacios, no debe preocuparse por la limpieza de las tazas. Aquí las lavamos con mucho esmero, no les queda una gota de suciedad. También me han dicho las cartas que… ¿tiene usted una manía con la limpieza?

—¡Es verdad, es verdad! Tiene una manía impresionante, si hasta anda con alcohol entre el bolsillo. Al principio usábamos agua de Colonia, pero nos íbamos arruinando porque se gastaba un frasco cada tercer día. Nos tocó pasarnos al alcohol. Total, a él lo que le importa es que desinfecte, no que huela bien. ¡Y los pañuelos!, eso es lo peor: ni siquiera los podemos lavar, los tira en las canecas porque no se los puede volver a guardar en el bolsillo —dijo la esposa, y, mirándolo a él, continuó—: te lo dije. ¿Te das cuenta? El poder de esta mujer es impresionante.

—Por favor, calmémonos todos. No me gusta la suciedad, como a cualquier persona limpia. No es un secreto, se trata de una misofobia muy leve —dijo Palacios, molesto con la algarabía que había armado su mujer.

—Muy bien, si el hecho de pensar que su manía no es un problema lo deja dormir tranquilo, lo felicito; sobre todo en su línea de trabajo —le dijo Rosa—. Pero bueno, a lo que vinieron. Parta este mazo en tres y muéstreme la carta superior del centro —le indicó Madame al detective.

Palacios siguió las instrucciones.

—Sumo sacerdote, invertido. Una carta poderosa, muy poderosa, de las que hay que cuidarse.

Madame Rosicler tomó el resto de cartas y las repartió en forma de cruz. Inclinó la cabeza y, después de un momento, dijo:

—Espadas, espadas, espadas; por todas partes espadas. No hablemos de lo evidente, de la mujer que estoy viendo y que usted va a perder si no cambia algo en su vida. Ella piensa que el matrimonio se está agotando. Pero bueno, no hablemos de lo que usted piensa que yo ya sé. Aquí me muestran las cartas con claridad que usted ha tenido problemas. Las personas que creía justas y rectas ya no le parecen tanto. Ha venido a entender que hay maldad en todas partes, sobre todo en las autoridades. Las ha visto sentadas en podredumbre. ¡Cómo lo ha desilusionado eso! ¿Y quién va a querer traer hijos a un mundo así? ¿Eso es lo que piensa, o estoy diciendo algo que no es cierto?

—¡No puede ser, no puede ser! Yo pensé que estábamos en esto juntos, que tener hijos era tu sueño también —interrumpió Ana Maga.

—Claro que es mi sueño, pero todos tenemos derecho a tener dudas sobre algunas cosas de

vez en cuando. Mis dudas no tienen que ver contigo, nuestro hogar o nuestro amor. Tienen que ver con el mundo de afuera, que a veces parece tan sucio y malvado. Pero, siga, siga, Madame; siga leyendo sus cartas y lo que traen para mí —le dijo Palacios.

—Le voy a decir lo peor, aunque creo que usted ya lo sabe, señor Palacios: usted va a tener que comer callado.

—Cómo así, ¿a qué se refiere? ¿Por qué me dice eso? Me suena a insulto… —dijo él, molesto.

—Ay, señor Palacios, usted ya sabe que contra esto no va a poder luchar, y eso lo tiene desmoralizado. Se está cuestionando su valor, el sentido de su vida, porque sabe que va a tener que hacerse el de la vista gorda con cosas feas y que va a tener que seguir bajo el mando de esos sumos sacerdotes.

—¿Te das cuenta? ¿Ahora sí me crees? —dijo Ana Magdalena, con los ojos aguados—. Te advertí que esta mujer era una maravilla. Te está hablando justamente de tu problema.

Palacios no fue capaz de decir más. Se le notó en la cara que estaba impactado con lo que oía, estaba pasando algo que no cabía en su cabeza. Él siempre había sido un hombre de hechos tangibles, nada de andarse con supersticiones y eventos confusos. Y ahora le cantaban las verdades, sus pensamientos y sus miedos más íntimos e inconfesables. Se los había leído una mujer, con un traje de circo, a la que jamás había visto, ¡en las cartas de un tarot!

—Bueno, pero hablemos de lo que me interesa a mí —interrumpió la mujer del coronel, que ya estaba nerviosa.

—Señora Palacios, las cartas me dicen que llegará la buena fortuna, pero con paciencia. No hay que perder la esperanza, me parece verla viva y clara. Mire usted, fíjese, aquí está el Sol, en la mitad de su cruz; acérquese y lo mira con cuidado. ¡Qué bonito! Es una carta de felicidad, ¡y mire! Mire al niñito sobre el caballo, va sonriente y con los bracitos abiertos. Tenga fe, señora Palacios.

Cuando la pareja ya se estaba levantando de sus asientos, Madame dijo:

—Un momento, por favor, hay una cosa más de la que tenemos que hablar, señor Palacios, porque aquí se cruzan sus cartas con las mías.

—¿Sus cartas se cruzan con las mías? ¿Qué quiere decir, Madame Rosicler? Recuerde que esto es para mí un mundo desconocido —le preguntó él, muy intrigado, pero ya con otro tono, uno más respetuoso.

—Pues fíjese que tenemos un interés en común, que además es muy importante para cada uno de nosotros. Tanto que a ambos nos sale en la lectura. En sus cartas salgo yo, y en las mías sale usted.

—Explíquese, por favor.

—En mi caso se trata de una muchacha a la que conocimos hace un tiempo. En el suyo se trata de un hombre y de algo muy malo que esconde. Pero ese hombre y esa muchacha están ligados, y es ahí donde confluyen nuestros caminos —dijo Madame.

—Pero ¿de qué me habla? ¿De mi trabajo, de la investigación en la que estoy ahora?

—¡Exacto! Es el presente. Es ahora. Nos está sucediendo. Aunque debo ser clara en esto: usted está investigando algo que ya pasó, algo que veo muy sangriento, muy feo. Lo nuestro está pasando en este momento, pero está relacionado con eso, y también puede llegar a ser muy malo. Ella es pura, aunque a veces la veo envuelta entre niebla. Observe, es el ocho de espadas, esta mujer atada, con los ojos vendados y rodeada de espadas. Lo que quiere decir que está encerrada, que es prisionera de algo o de alguien. Y él… él es claramente el demonio —dijo Madame.

—Pero, Madame, el Diablo es una figura en un naipe, no es real.

—Usted dice que no es real, señor Palacios, pero es que no ha conocido todavía la verdadera perversión y el extravío loco. Eso se lo aseguro: yo no soy capaz ni de mencionar las cosas que alcanzo a ver, infamias que nunca imaginé que pudieran existir. Mis pesadillas después de leer esas cartas son atroces, recordarlo me enferma —dijo esto y se puso muy pálida, como a punto de desmayarse, con los ojos en blanco.

—Por favor, Madame, recuéstese. Descanse, por favor. Es muy importante que hablemos. ¡Señora Charo! Tráigale uno de sus tés bien cargado de azúcar a Madame —gritó Palacios.

Ana Magdalena, mientras Charito corría por el té, le soplaba en la cara a Madame para que respirara.

Al oír la algarabía, entró a la sala Cristóbal, empujando la silla de ruedas de Alexey.

—Pero ¿de dónde sale tanta gente?, ¿ustedes quiénes son?, ¿de qué se trata esto? No acabo de entender; esta parece una casa de locos —dijo Palacios, ofuscado.

—Cálmese, cálmese mi querido Palacios. Siéntese, cálmese y agárrese del asiento. Prepárese para lo que va a oír. Aquí seremos raros, pero no locos —le dijo Charito.

Palacios se sentó, pidió más té y explicaciones. Entre todos, y de manera atropellada, le contaron que eran miembros de una familia distinta. También le hablaron de Valentina, de su desaparición y de su llamada a Madame, desde un lugar desconocido, pidiendo ayuda.

—A ver, Madame, usted que es la de las cartas, explíqueme con calma este embrollo —dijo el detective.

Madame Rosicler, ya recuperada, se inclinó de nuevo sobre las cartas.

—Mire, señor Palacios, se lo voy a mostrar aquí, en las cartas. Deme un momento para que ellas me hablen —estuvo en silencio por unos instantes y después continuó—. Mire, fíjese usted —Madame Rosicler llenó la mesa de cartas y comenzó a explicarle—, aquí está ella y a los lados tiene unas figuras masculinas que son extrañas, todas invertidas. De un lado está El Loco, del otro este sumo sacerdote, que parece ser una especie de jefe, y mire, aquí hay una mujer, a la que le pasó algo grave. Pero vea, aquí, en el fondo, está el verdadero mal, un Diablo invertido, pero está más lejos. Es como si todas estas otras figuras le obedecieran…

—¿Y por qué dice usted que sus cartas se cruzan con las mías? Explíqueme eso —le dijo Palacios mientras se acercaba a la mesa para ver mejor las cartas—. ¿En dónde estoy yo entre

esta jungla de naipes?

—¡Mírese! Es el caballero de bastos, montando un caballo blanco. Es la alegoría de la voluntad, la determinación, la acción. Vea la manera en que mira fijamente el basto que lleva en la mano —en ese momento todos los presentes se acercaron a la mesa a ver la carta de cerca—. ¿Sabe por qué lo mira así?

—¡No, no! ¿Por qué? —preguntó Palacios, sobresaltado.

—Pues porque el basto es el símbolo del misterio que el caballero se ha propuesto resolver. ¿Y acaso el propósito de un bastón no es servir de apoyo, para no resbalar hasta en los caminos más sinuosos e intrincados?

—Ya veo… —dijo el detective.

—Bueno, retírense un poco de la mesa, que le están quitando el aire a la tarotista y se puede volver a desmayar —dijo Charito mientras se empinaba para ella poder mirar bien el naipe.

Era como si esa tarde Madame estuviera particularmente inspirada, o como si las cartas hubieran querido mostrar todo de una vez. La luz del fuego en la chimenea era intensa y la lámpara de lágrimas emitía unos reflejos extraños. Había en el ambiente un humor especial, que ni siquiera los habitantes de la casa reconocían.

—¡Mire! —dijo en tono alto Madame, y todos se asustaron—. Aquí, justo al lado del caballero, está nadie menos que La Muerte, en posición invertida.

—¡Santo sepulcro! —exclamó Ana Magdalena—. No me asuste, Madame Rosicler.

—Sí, Rosa, por favor, nos tiene con miedo a todos —le dijo Charito.

—Afortunadamente, no se trata de la muerte de ninguno de los aquí presentes. Según me dicen las cartas, se trata de la muerte violenta que usted está investigando —dijo Madame, señalando con el dedo índice a Palacios.

—¿Pero ustedes ya han encontrado algo que coincida con sus cartas?, ¿algo del mundo real que tenga que ver con todo esto? Dígame qué saben —preguntó el detective.

—Bueno, sabemos que el Maestro Mambo, que es el profesor de baile que trabaja en el Canal con nosotras, fue el que le ofreció trabajo a Valentina. Le dijo que unos amigos suyos, una pareja, la necesitaba para algo de modelaje. Y aquí sale Mambo, véalo, es El Loco. Después sale el jefe, o uno de los jefes. Eso no lo tengo claro. Y a la mujer le pasó algo, de eso estoy segura —dijo Madame.

Hizo una pausa. Todos estaban atentos, sin decir una palabra, con los ojos fijos sobre las cartas.

—Pero siga diciendo, Madame. ¿No ve que nos tiene aquí a todos pendientes? —le dijo Charito.

—Un momento, ¿y quién es Valentina? —preguntó el detective.

—¡Pues la muchacha de la que Madame le ha estado hablando! Ponga usted atención —le dijo Charito.

—Tiene razón, ya no la interrumpo más —dijo Palacios.

—Este jefe podría ser don Alain Clavel. Sí… podría ser él —dijo Madame.

Palacios ya tenía de sospechoso a Alain Clavel, pero de un homicidio. ¿Qué tendría que ver con esta desaparición?

—Aunque hay otros dos, uno más cerca, que podría ser ese Monsalve —dijo Madame.

—¿Cuál Monsalve? —exclamó el detective.

—Señor Palacios, ¿pero ahora vamos a tener que explicarle todo? ¡Si usted es el investigador! —le dijo Charito.

—Mamá, no le diga eso. El coronel no tiene por qué saber esa parte. Mire, coronel, debe saber que yo estoy trabajando para ese Monsalve, el cómplice de la mujer de acento extranjero. Soy su chofer y espero volverme su hombre de confianza —le explicó Cristóbal.

—Ay, sí, yo le conseguí el puesto. Como le digo, señor Palacios, ese Mambo habla más que aparecido; entonces, oí el cuento de los amigos que necesitaban chofer, los mismos que habían contratado a Valentina, y me dije a mí misma: "mí misma, esta es la oportunidad de espiarlos a ver si sabemos algo de la chinita". Y así fue como colocamos a mi Cristico allá —dijo Charito.

—Y usted, Cristóbal, ¿qué ha visto o averiguado? —le preguntó Palacios.

—Pues yo a la mujer no la he visto ni la primera vez. El señor Monsalve hace unos mercados y los lleva por un barrio en donde hay muchos edificios, pero nunca me deja ayudarle. Siempre carga los paquetes él solo, no importa lo que pesen; eso es muy raro. He tratado de seguirlo, pero es como si presintiera que alguien lo vigila y entonces se escabulle.

—¡Atención! —dijo Madame.

Todos miraron las cartas al mismo tiempo.

—Este diablo que está aquí es el verdadero demonio. Se esconde entre la bruma muy bien, nunca se deja ver. Es sagaz, sinuoso y resbaladizo como la sierpe. Mire, señor Palacios, mire cómo tiene atados a sus súbditos con una cadena. Parece que le gusta atar, que le gustan los nudos —dijo ella.

Inmediatamente el detective revivió la imagen del crimen y recordó las cuerdas que ataban a la víctima, las que iban de los tobillos al cuello, y sintió el mismo trastorno de la primera vez. Pero se controló.

—Ojo, coronel, que estas cadenas o cuerdas con las que ata a los esclavos no están apretadas; fíjese que son sueltas. Eso quiere decir que están ahí porque así lo desean. El Diablo sabe cómo tener a su gente cerca, sin esfuerzo; es como si, a pesar de su maldad, hubiera algo que no les permitiera separarse de él.



25
“Tu boca puede más que mi cordura y me tortura la tentación”

Superado con éxito —y casi olvidado— el evento de Colette, Monsalve volvió a organizar fiestas para atender a sus clientes.

Es una suerte haber salido de esa borracha; ya no servía para nada, era una molestia permanente. Dependiendo de mí para todo, tratando de cogerme, de besarme… ya no me gustaba nada. Estaba comenzando a envejecer, el trago la tenía ruinosa y se le veía algo suelto en la carne que se fue volviendo asqueroso. Para qué una vieja, sobre todo cuando hay tanta muchacha joven con la piel templada, rozagante, pensó Monsalve, estremeciéndose de emoción.

Las muchachas que se habían vendido en la subasta ya habían sido despachadas a sus dueños. Él, por su parte, había conseguido a otras cuatro y las había llevado al acuario.

—Monsalve, ¿qué se hicieron las chicas que estaban aquí conmigo?, ¿y quiénes son estas nuevas? —le preguntó Valentina, haciéndose la tonta.

—Ah… —Monsalve se demoró un poco en contestar—, pues esas se fueron a trabajar de modelos en otras ciudades. Ya están todas contratadas en firmas distintas, contentas. Pronto saldrán en revistas de moda. Como usted no modeló ese día, pues no hubo contrato para Valentina.

¡Cuáles revistas, cuáles fábricas, cuáles contratos! Mentiroso, estarán en manos de sus dueños y quién sabe qué les estarán haciendo. Yo me salvé por minutos de correr la misma suerte, pensó Valentina, pero lo que acabó diciendo fue:

—Ya veo, qué envidia. Pero mientras tanto yo le puedo ayudar a organizar a estas que llegaron para tenerlas listas para otros contratos.

—Claro, claro, ahí vamos viendo. Por ahora las va entrenando, les va enseñando lo que usted ha aprendido —le dijo él.

Valentina le había servido bien y era buena ayuda, pero claro, él no confiaba en ella, y ella, que conocía la verdad de todo lo sucedido, quería hacer las cosas con cuidado; no había cabida

para errores. Estaba segura de que cada día que pasaba Monsalve la encontraba más atractiva. Lo sabía por la manera morbosa en que la miraba. Ella se lo cultivaba para sacarle provecho, pero lo hacía con distancia, porque le parecía un hombre repulsivo. No era un juego fácil de mantener, pero ella sabía que tenía que hacerlo para sobrevivir. Sabía muy bien de lo que era capaz Monsalve.

—Monsalve, ¿por qué llega sudoroso cuando viene a traer el mercado? No es que moleste, para nada, ese olor es varonil, ¿pero no tiene quién le ayude?, ¿y el chofer que trabajaba para usted? —le preguntó Valentina, otra vez jugando a la inocente.

—Pues ya no trabaja conmigo. Ahora estoy entrenando otro, aunque todavía no sabe cómo me gusta que se hagan las cosas.

—Pero eso es fácil de resolver, es solo que me explique cómo le gusta y así lo hacemos —le dijo ella.

A Monsalve le brillaron los ojos y la cara se le puso roja. Se notaba que estaba haciendo esfuerzos por contenerse, para no abalanzarse encima de ella. Se le hacía agua la boca y las comisuras de los labios se le llenaron de babas. Entonces Valentina retrocedió y lo frenó, hablándole de Colette.

—¿Qué ha sabido de Colette? ¿Cuándo volverá por acá?

—Colette está en un viaje largo. Se demora. Hablando de cosas más importantes, le aviso que esta semana tendrán que ir a una fiesta para promover perfumes. Necesito que tenga listas a las mujeres, las recojo el viernes a eso de las siete de la noche. Por favor, esmérese en prepararlas; las necesito bien puestas y, sobre todo, colaboradoras. Son clientes importantes —le dijo Monsalve mientras soltaba los paquetes repletos de los alimentos que ella le había encargado.

—No se preocupe por nada. El viernes estaremos listas mis princesas y yo, aquí esperando.

Monsalve iba a salir corriendo, pero antes de que cerrara la puerta, Valentina le dijo:

—Monsalve, hay otro asunto que quería tocar con usted. Pero siéntese.

—Me coge un poco de prisa, tengo mucho trabajo pendiente.

—Bueno, son cinco minutos. ¿Acaso me va a negar cinco minutos a mí?

—Bueno, dígame lo que me tenga que decir.

Era evidente que se habría quedado ahí sentado toda la tarde, a ver cómo movía Valentina las caderas al caminar, a mirarle los labios pintados de rojo, ese rojo sangre que a él le gustaba tanto. Lo único que le impedía romperle el vestido y morderle los muslos que tanto lo obsesionaban era pensar en el negocio que podía hacer con ella, la plata que podría sacar, el dinero que costaba una mujer así. Pero, sobre todo, sabía que Valentina era una mercancía imposible de tocar: su jefe le había puesto el ojo.

—Soy todo oídos —le repitió.

—Mire, he pensado que, si usted quiere que este negocio le funcione, va a tener que invertir un poco en las muchachas —le dijo Valentina.

Él la miro sorprendido y le preguntó:

—Fuera del mercado que le tengo que traer, ¿ahora me sale con que tengo que invertir en más? Pero ¿en qué más quiere que invierta, Valentina? ¿Usted qué se está creyendo, que yo trabajo para las carmelitas descalzas? Yo tengo un negocio que mantener.

—Mire, Monsalve, comprenda: si usted me diera a mí un dinero para comprar ropa para lucir en sus eventos y para darles algo de vez en cuando a las chicas, a modo de propina… no será gran cosa, apenas para que se compren algún antojo, para que manden a sus casas cada tanto, ¿sabe? Ellas estarían más contentas, irían de mejor ánimo a atender a sus clientes. Estoy segura de que los consentirían más. No las puede tener aquí como esclavas. El cuento de Colette de que debíamos pagar todo y por eso no podíamos recibir dinero ya no sirve. Si Monsalve quiere que sus chicas trabajen bien, pues Monsalve tiene que mantenerlas bien, y si Monsalve quiere que le demos gusto, pues Monsalve nos tiene que dar gusto. Monsalve, Monsalve, Monsalve y Monsalve —le dijo ella en un tono dulzarrón y melindroso. Pensó que podría llegar a controlarlo, pues cada vez era más fácil que accediera a sus caprichos.

—Muy bien, voy a pensarlo —le dijo mientras salía.

Valentina reunió a las recién llegadas en la sala:

—Yo administro todo en esta casa: los vestidos, las fiestas, la comida, la plata y en gran parte sus vidas, no les voy a mentir. Pero la vamos a pasar mejor, quiero que vayamos juntas a comprar los vestidos para las fiestas. Aquí no habrá cobros ni golpizas, me encargaré de darles una plata al mes para que se la gasten como quieran. Pero ojo: todo esto lo podemos conseguir si trabajamos con empeño, si atendemos debidamente a nuestros clientes, si nos volvemos las mejores en lo que hacemos —les dijo Valentina.

—¿En lo que hacemos? —le dijo una de ellas.

—Sí, no importa lo que haya que hacer, lo que importa es que seamos las mejores —le contestó Valentina—. Y espero que les haya quedado claro: yo voy a ser su jefa, no tenemos que ser amigas, pero les aseguro que la vamos a pasar bien todas, por lo menos la mayor parte del tiempo.

Entre tanto, allá afuera, Monsalve seguía cavilando: no entiendo por qué me dejo tramar por esa vocecita forzada. Aunque, pensándolo bien, le puedo dar la plata que le pasaba a Colette para mantener la casa, tal vez ella tenga razón en que las mujeres van de mejor ánimo y son más consentidoras con mis clientes si se les paga algo, si están mejor vestidas el rato que van a estar vestidas. Y si se les compra una fragancia mejor que ese perfumete de mala calidad que les compraba Colette para ir a las fiestas; olían todas a caimán bañado en miel. Total, esos costos se

les aumentan a los clientes, bien ricos y golosos que son todos, y se puede ver como una inversión. Además, nadie presta el servicio que yo presto y ya no tengo que compartir ganancias con Colette, que para este momento hará parte de la vegetación de algún paisaje remoto. Suerte para mí que el chofer se la llevó a hacer ese viaje tan largo, de un día para otro desapareció, por arte de magia, y yo no tuve nada que ver. Esta Valentina va a tener razón, pensó Monsalve.

Monsalve atravesó el parque. A esas horas estaba lleno de niños jugando, enamorados abrazándose, madres con sus bebés, y hasta un hombre joven y solitario en una silla de ruedas. Dobló a la izquierda, luego a la derecha dos cuadras, hasta llegar a la calle principal. Ahí lo estaba esperando el nuevo chofer con el carro.

—Cristóbal, lléveme a la barbería —le dijo al chofer.

—Con gusto —contestó Cristóbal.



26
“Una mentira, madre es de cien hijas”

Alexey entró una mañana, a la hora del desayuno, preguntando:

—¿Charito le dio una cita el sábado a un señor para que lo atendiera mi mamá aquí, en el consultorio? Acaba de llamar un hombre con una voz muy extraña a que le confirmaran. Sería alguien que se confundió… todo el mundo sabe que ustedes los sábados están desde temprano allá en el Canal, preparando el programa. Cuando le pregunté el nombre, me colgó. Bueno, ya llamará otra vez.

—Sí, seguro algún despistado, porque yo nunca me equivoco dando las citas. Tengo los horarios perfectos en el cuaderno de apuntes —dijo Charito.

—Seguramente, pero es raro —dijo Alexey.

Rosa y Charito se miraron. Sabían exactamente de qué se trataba: tenía que ser el Zarco que llamaba a pedir plata. Se metieron juntas al baño para hablar a solas.

—Esto se nos está saliendo de control. Cada vez pide más plata. Al principio era cada tanto, después una vez al mes, y ahora todas las semanas. Desde que llegó a la ciudad no ha hecho más que apostar y beber, ya no tiene momento sobrio. Los usureros lo persiguen para cobrarle las deudas de juego, se ha vuelto mucho más peligroso y descarado. Ya no le importa llamar a cualquier hora y hablar con cualquiera que le conteste. Y la verdad es que nosotras tenemos un problema que crece y crece… —dijo Rosa.

—Menos mal se mantiene allá, escondiéndose de sus acreedores, en ese edificio abandonado y medio caído al final del mundo. Pero eso no soluciona nuestro lío. Tenemos que pensar en algo, en cualquier momento se nos presenta aquí, ¿y qué hacemos? ¿Qué tal que los muchachos lo vean?

—Cada día que pasa es más difícil pasar desapercibidas. Ya nos hemos disfrazado hasta de payasos para llevarle la plata. Hemos debido enfrentarlo desde el principio, no dejarnos extorsionar por ese malandro, avisar a la policía. ¡Eso es lo que hemos debido hacer! Pero no,

nosotras, como las avestruces, metiendo la cabeza debajo de la tierra para no ver los problemas —dijo Rosa.

—Por Dios, ahora esta se me enloqueció, ¿acaso no se acuerda de los detalles de su vida que conoce esa persona? Ese hombre llega a abrir la boca y se le acaba no solo su carrera de estrella naciente en la televisión, sino lo más importante para usted: la relación con su Álex, al que no hemos hecho más que decirle mentiras desde que nació. Aunque le advierto que no creo que se acabe porque le diga la verdad, a él no le importaría saber eso. Él la quiere por encima de todo y más que a nada, eso no va a cambiar. Lo grave es haberlo tenido engañado, estamos como para ponerle la competencia a *El derecho de nacer*.

—Bueno, Charo, tampoco. No somos una familia de radionovela. No tiene por qué hacer esas comparaciones tan odiosas. Y hable bajito, que si sigue gritando ya no va a ser secreto. Ya a estas alturas qué se puede hacer; me hubiera advertido hace veinte años, pero tampoco fue que se le ocurriera, ¿o sí? Como para que me eche la culpa solo a mí…

—Ya no me diga más Charo; ya sabemos que así me dice siempre que anda de malas pulgas conmigo. ¿Qué tal si volvemos al Charito y a tratarnos con cariño? Total, las dos estamos metidas en esto hasta el cuello y las dos tenemos que solucionar este embrollo como sea. Este, como todos los otros problemas que nos han aparecido en la vida, es de las dos, y las dos lo solucionaremos. Vamos a pensar por separado, cada una sola, y dentro de unos días proponemos ideas para salir de este atolladero. Pero no podemos dejar pasar más tiempo. No hablemos más de esto por ahora, nada sacamos con echarnos las culpas la una a la otra. Lo que hay que hacer es armarnos de valor y tomar decisiones, así sean extremas.

—Tiene razón. Este toro habrá que agarrarlo por los cuernos —terminó Rosa.

—Y, hablando de cuernos, ¿por qué no vamos a la panadería y nos comemos unos cachitos de esos rellenos de crema y miel, con una tacita de chocolate? Pequeña, eso sí, para no ir a engordar —propuso Charito.

—¡Pero qué buena idea! Porque, lo que es el desayuno, ni lo saboreamos con tanto susto. Vamos pues.



27

“Tu cuerpo, del mar juguete, nave al garete, venían las olas, lo columpiaban”

El programa de televisión cada vez tenía más y más audiencia; era tanta que las directivas del Canal decidieron que Madame Rosicler viajara a distintas ciudades del país, e incluso a algunas capitales de países vecinos. Ya era difícil para ella caminar por la calle sin que la gente la reconociera. La gente se arremolinaba alrededor de Madame Rosicler y Charito sentía que se ahogaba. Las dos amigas ya no salían a pie, como habían hecho durante tantos años; ya no podían comprar bizcochos en la panadería o irse despacio por la avenida, mirando las modas en las vitrinas. Ahora las recogía un transporte especial que las llevaba de la casa al canal de televisión y luego del Canal a la casa. Eran muy elegantes, pero ellas echaban de menos sus paseos.

—Me acuerdo de cuando pasábamos por El Cometa y comprábamos esos bizcochos rellenos de mermelada, tan buenos que eran —dijo Rosa.

—Sí, Rosa, es que la fama tiene sus problemas. Ahora cada vez que la ven en un lugar la gente quiere que le adivine el futuro, así no más, como si en lugar de leer el tarot leyera el iris de los ojos, o como si a las personas les salieran letreros premonitorios en la frente, ¿se imagina? —dijo Charito—: “Usted, señora, sí, usted: le estoy leyendo en la frente que esta noche va a hacer fríjoles en su casa”, “y usted, joven, el del saco a cuadros, prepárese porque su novia lo deja hoy”, “el que fuma allá compre el 3423, que se gana la lotería”.

—Bueno, por lo menos entre este carrito vamos calienticas cuando afuera llueve. Me acuerdo de cuando llegábamos empapadas y muertas del frío.

—Claro que la que llegaba más mojada era yo, porque usted ponía el paraguas allá arriba y a mí no me tapaba nada —se quejaba Charito.

—¿Qué quería, Charito? —le dijo Rosa con risa—, o la alzaba o iba de rodillas hasta la casa. Lo más seguro hubiera sido llevarla cargada para que no se me fuera a ahogar en un charco, con

lo chiquita que es.

El primer programa se planeó en una ciudad costera. Era la primera vez en sus vidas que Rosa y Charito montarían en avión. Empacaron y desempacaron las maletas mil veces, pelearon por cada par de zapatos, cada camisa y cada hebilla para el pelo.

—Rosa, usted es una diva, no se puede poner ese vestido tan simple. Todos en la ciudad van a verla bajar por la escalera de ese avión. ¿Usted cree que nos den algo de comer durante el vuelo? —preguntó Charito.

—Usted lo que quiere es que yo me cocine disfrazada de diva, ¿cómo se le ocurre que me ponga eso si vamos a la mar? ¡Vamos a conocer la mar!, ¿se da cuenta, Charito? Yo pensé que nos íbamos a morir sin verla.

—¿A quién?

—Pues a la mar, ¿no le digo?

—¿Pero por qué le dice "la mar"? Será al mar…

—Es más elegante.

—Ja ja ja, ¿así le dicen en Rusia?

—A mí me parece más elegante, y ya está. Usted bien pueda dígale como le dé la gana, la cosa es que vamos para allá.

—¡Es lo más emocionante que nos ha pasado en la vida! —dijo Charito.

—Bueno, querrá decir, después del nacimiento de los muchachos.

—Usted siempre confundiendo peras con manzanas. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Además, el parto es miedoso y doloroso, dígamelo a mí que sí sé de lo que le hablo. Yo, con este tamaño, y fui a parir semejante viga de hombre.

—Tiene razón, yo siempre tiendo a ponerme como filosófica —dijo Rosa.

—Rosa, ¿será que si nos metemos, nos ahogamos? Ni siquiera tenemos vestido de baño. Mejor no. Qué susto. Solo los pies. ¿Será muy frío?

—Mejor no, ¿se imagina nada más cómo nos veremos usted y yo de vestido de baño y chanclas, rodando por la playa?

Por toda la casa se oía la risa de las dos amigas.

—Mmm, no se haga muchas ilusiones. Todavía no somos tan famosas como para que nos traten con tanto esmero. Acuérdese de que llegamos un viernes por la noche, y el domingo, apenas se pueda, ya nos están empacando de vuelta. Si nos dejan tocar el agua seremos afortunadas —le contestó Rosa.

—No importa, vamos a montar en avión y a conocer el mar, ¿sí ve? Y todo gracias a usted que es una diva. Más que una diva: una reina de la televisión.

—No, señora, doña Charo, no se me equivoque. Todo esto es gracias a las dos, a la lucha que

hemos dado juntas en esta vida.

—Sigamos pensando en las modas que va a usar. Creo que harían falta unas chalinas de seda de colores llamativos, bien vaporosas. Vamos corriendo a la farmacia por los talcos para los pies, dicen que sudan mucho si uno no tiene medias.

—¡Qué felicidad! Sin medias y sin liguero. ¿No será que alguna vez nos invitan a donde no se use el brasier tampoco? —dijo Rosa.

Y de nuevo, se llenó la casa de risa.

Como era de esperarse, el viaje fue todo un éxito, un evento de la mayor importancia para la ciudad. Ya el aeropuerto estaba lleno de admiradores esperando ver al elenco de *De Sabatina*, a la famosa Madame Rosicler, al carismático presentador Alain Clavel y a las bellas bailarinas que llegaban vestidas con los trajes típicos de la ciudad, todos bajando por la inestable escalera del avión, saludando y mandando besos a su hinchada.

A cada paso, Rosa le decía a Charito:

—Cristo, Jesús bendito, que no me enrede yo en tanta chalina y tanto velo de adivinadora y caiga de bruces en la pista.

—Rece menos y mande más besos que yo la voy teniendo —le contestó la pequeña desde abajo.

Rosa tuvo razón cuando predijo que todo sería a las carreras, sin baño de agua salada ni tiempo para oír las olas, pero esa noche desde la terraza del hotel pudieron ver a lo lejos una luna llena que iluminaba todo el mar.

—Vea qué hermosura la mar, Charito. Mire cómo nos saluda la luna —dijo Rosa.

—El mar, Rosa. El mar —le contestó su amiga.



28
“Muerto el perro, se acabó la rabia”

Al día siguiente de haber llegado del tour por la Costa, se presentó inesperadamente el coronel Palacios en la casa de Charito y Rosa. Charito abrió la puerta y le dijo:

—Señor Palacios, ¿usted tenía cita hoy con Madame Rosicler? Yo no lo tengo anotado.

—No, la verdad, no tengo ninguna cita. Vengo a hablar de un asunto urgente con ustedes dos.

Charito lo hizo sentar en la sala, le sirvió su té y subió a avisarle a Rosa.

—Imagínese que aquí está Palacios y dice que necesita hablar con nosotras, con ambas. ¿Qué querrá ese señor? La policía nunca aparece para cosas buenas. Ay, santa Gertrudis de las angustias, te ruego que no dejes de ayudarme, alivia mis penas y mis problemas, aleja a nuestros enemigos, en ti deposito mis preocupaciones, dame tu potente misericordia, cúbreme con tu manto —rezó Charito mientras se persignaba una y otra vez.

—Charito, para qué se pone con rezos si tiene más fe un tranvía que usted. Esa oración se la acaba de inventar. Espere a ver qué quiere Palacios, ¿para qué se angustia antes de tiempo?

—No crea, Rosa; aquí donde me ve, yo tengo la fe del carbonero. Todas las oraciones sirven, y dicen que santa Gertrudis es muy poderosa.

—¿Cómo sabe que no vino para consultar algo relacionado con su mujer? —le dijo Rosa.

—Primero, porque hubiera pedido cita como la gente normal, y segundo, porque dijo que tenía que hablar con las dos, no con usted, que es la tarotista, sino con las dos, al mismo tiempo. Eso suena muy mal, muy mal.

Bajaron y se sentaron los tres en la sala.

—Estoy aquí porque necesito hacerles unas preguntas de manera oficial. Se trata de lo siguiente: el domingo en la madrugada se encontró el cuerpo de un hombre, a las afueras de la ciudad. En el carné de identificación que cargaba aparece como Nazareno Pinilla, de cincuenta y nueve años, natural de Belén. Entre uno de los bolsillos tenía doscientos pesos, una boleta de apuestas a los caballos y un papel arrugado con la dirección y el teléfono de esta casa. Además

de la cantidad de dinero anotada, cuya procedencia necesito aclarar, es muy importante saber qué significa esto, y qué tenía que ver esa persona con ustedes.

—Seguramente había pedido una cita y tenía la dirección entre el bolsillo —se apresuró a contestar Charito.

—No creo. En ese barrio estoy seguro de que ustedes no tienen ningún cliente. Lo que sí es curioso es que, hasta donde yo sé, usted, Madame Rosicler, nació en ese mismo pueblo, en Belén. ¿O me equivoco?

—Pues con mayor razón querría consultarla, ya que habían nacido en el mismo lugar y ella es tan famosa —dijo Charito.

—No —dijo enfáticamente Palacios.

—Bueno, entonces eso no, pero alguna otra explicación habrá, como, por ejemplo, que estaba ahorrando plata para pedir una cita con Madame Rosicler —insistió Charito.

—Es evidente que ustedes dos tienen un guardado, eso se nota. Tal vez si interrogo a sus hijos, ellos me puedan decir algo —dijo el coronel.

—¡No!, a nuestros hijos no, de ninguna manera, ellos no saben nada de nada —dijo Rosa.

Charito le clavó el codo en el hígado.

—¿Qué dice, Rosa?, ¿de qué habla? ¿Por qué está diciendo eso? Ya no diga más.

Entonces Rosa se soltó a llorar; lloró y lloró tanto que no podía hablar.

—¿Sí ve, coronel Palacios? La presionó tanto que la hizo llorar. Y ella ni siquiera sabe de quién le está hablando usted. Ella llora así porque es muy sensible. ¿Usted cree que esos poderes adivinatorios los tiene una persona normal? Pues claro que no, cómo se le ocurre, los tiene una persona sensible, y si la hace llorar más hasta puede que los pierda. ¿Quiere tener en la conciencia eso?, ¿quiere además que toda la teleaudiencia se quede sin Madame Rosicler? ¿Quiere arruinar a esta familia? —le dijo Charito, que, prácticamente, se le estaba colgando de la solapa del vestido a Palacios.

—Ya no más, suficiente. Está bien, señor Palacios, confieso: yo maté a ese hombre, y lo maté porque en ese hombre no había sino maldad —gritó Rosa.

—Séquese las lágrimas y cuéntemelo todo —le dijo el detective, mientras sacaba de su bolsillo el pañuelo.

—No le dé ese pañuelo todo untado de alcohol. Si se limpia los ojos con eso, no vuelve a ver las cartas, y ahí sí que quedamos peor —le dijo Charito.

Rosa le contó al coronel toda la historia de su vida. Cómo había conseguido a su hijo, cuál era la relación que había tenido con el Zarco, cómo las estaba extorsionando.

—Yo prefiero ir a la cárcel lo que me queda de vida, antes de que mi hijo se entere de que sus padres lo botaron. Él es un buen muchacho, no se merece eso, solo merece que lo quieran y lo respeten. Charito lo cuidará mientras yo me pudro entre una celda —dijo entre sollozos Rosa.

De pronto Charito también comenzó a llorar, y lloraba más duro que Rosa.

—No importa, Charito, límpiese aquí, en el kimono de terciopelo. Total, le va a servir para hacer cojines cuando yo esté encarcelada, pero me quedo tranquila si usted se ocupa de los muchachos. Yo sé que usted quiere a mi Álex como si fuera el suyo propio.

—Coronel Palacios, la verdad es que no fue Rosa, fui yo. Yo fui la que mató a ese rufián, a ese hampón, a ese canalla; un truhan, un ebrio, un sinvergüenza, un bribón. Se lo tenía más que merecido. Y la verdad se la digo sin problema: si lo volviera a ver lo volvería a matar una y mil veces. No me arrepiento, así me queme en el infierno. Rosa, usted tiene que seguir con su carrera de diva, usted tiene que mantener a los muchachos, darles un futuro. Imagínese, ¿qué futuro van a tener conmigo? Yo soy una simple maquilladora.

—Calcule conmigo, cuando se pase la moda del tarot, qué va a ser de mí, y de esos niños —dijo Rosa.

—Bueno, señoras, no más llanto. Lo primero que tienen que saber es que la falsa autoacusación es un delito: si ambas confiesan haber cometido el mismo crimen y mienten, ambas tienen cárcel, e igual la investigación sigue hasta encontrar al verdadero culpable. Si una cometió el delito y la otra no, pues una quedará guardada por homicidio y la otra por falsa autoacusación, con lo cual quedarán en la cárcel las dos. Tienen que pensarlo bien antes de ponerse a hablar como un par de locas. Yo entiendo que es por verdadero cariño, pero ante la ley no hay cariño que valga, hay consecuencias. Segundo, este hombre apareció tirado en el basurero que quedaba debajo del edificio en ruinas en donde vivía, con una botella en la mano, y un grado muy alto de alcohol en la sangre. Es probable que hubiera perdido el equilibrio, caído de la ventana y muerto por el golpe. Y tercero, y más importante aún, es que lo encontraron en la madrugada del domingo; por lo tanto, ustedes quedan descartadas porque estaban de gira con el programa de televisión. Salieron de la ciudad el viernes y volvieron el domingo en la tarde. Ustedes simplemente no estaban en la ciudad —dictaminó Palacios.

—¡No, no estábamos! No lo matamos nosotras, Charito, qué felicidad. Se murió solo. No lo mató ninguna de las dos. Yo pensé que usted lo había envenenado, ¿se acuerda que hasta lo hablamos un día?, pero no fuimos nosotras —dijo Rosa.

—Es verdad, qué alegría. Yo también estaba convencida de que usted le había puesto el veneno entre la cerveza. Se cayó entre el basurero por borracho, basura a la basura. Yo sé que uno no es quién para celebrar la muerte de nadie, señor Palacios, pero es que esta persona ni ser humano era —dijo Charito.

—Era un demonio. Qué suerte que se murió, y más suerte todavía que no lo hubiéramos matado nosotras. No vamos para la cárcel, vamos es a celebrar —agregó Rosa.

—De hoy en adelante, voy a pensar que la policía solo trae buenas noticias —dijo Charito.

Rosa se arrodilló en el piso y ambas se abrazaron.

—Y entonces, señor Palacios, ¿para qué nos pegó ese susto tan bravo? Ya nosotras quedando de asesinas, semejante par de almas benditas que somos —preguntó Charito.

—"¿Almas benditas"? ¿Y todo lo que les acabo de oír de un veneno?

—No, coronel, usted sabe que esas son cosas que se dicen en los momentos en que uno está ofuscado, pero que nunca llegan a feliz término. No me entienda mal ahora lo de "feliz". No tengo que explicarle, usted sabe que son cosas que se dicen en momentos de desesperación, que simplemente se dicen.

—La verdad, señoras, yo no vine con acusaciones. Si recuerdan, vine a que me aclararan algunos asuntos que ya quedaron aclarados. No tengo nada más que decir por ahora, fuera de que pasen buena tarde.

—Un momento, joven, no se me vaya tan rápido que yo también tengo una cosa que decirle —le dijo Rosa.

—Dígame, Madame, ¿qué necesita?

—Usted también tiene otras tareas que cumplir fuera de las de investigador y justiciero.

—No sé a qué se refiere —dijo él.

—Pues nada menos que a las de esposo dedicado y futuro padre. Así como nos anda diciendo qué es lo que está bien y qué es lo que está mal a nosotras, yo también le canto la tabla.

—Pero, señora, yo soy un representante de la ley y usted una tarotista.

—Sí, señor Palacios, y cada uno en su oficio es autoridad. Si quiere tener un futuro feliz debe cuidar de su mujer y hacer una familia; persiguiendo malandros no va usted a encontrar la dicha, más bien la desdicha, y se lo digo claramente. Aquí le tengo una piedra de la luna que ya está purificada, se la debe meter entre el bolsillo del saco que da al corazón y no sacarla nunca de ahí, y mucho menos dejar que extraños la toquen. Y debe echarse cada mañana, debajo de la entrepierna, este ungüento de quereme y rosa mosqueta —le dijo mientras le fue metiendo entre los bolsillos los remedios del amor.

—Mejor me voy a la comisaría, tengo mucho trabajo pendiente allá —dijo Palacios, abochornado, mientras salía caminando rápidamente.

Al día siguiente, cuando Rosa abrió los ojos al despertar, lo primero que vio sobre su mesa de noche, al lado de su mazo de cartas y de sus piedras de poder, fue una cadenita ya oxidada, con dos estrellitas y una nota que decía:

No necesito más padre que la madre que me recogió.
PD: Tampoco quiero ni una palabra de esto nunca más.

Rosa salió del cuarto y abrazó a su Álex. Abrazada a su hijo, y sin decir o preguntar nada, lloró durante mucho tiempo.



29
“Amargo desencuentro, porque ves que es al revés”

Valentina tenía el negocio funcionando como un reloj. Lo hacía incluso mejor que lo que había hecho Colette, sobre todo considerando que, al final, ella andaba siempre ebria. Las muchachas nuevas aprendían más rápido y estaban más conformes; vivían mejor, ganaban algún dinero, que gastaban como querían, y por primera vez se oían voces y hasta risas de cuando en cuando en el apartamento.

Monsalve estaba confundido. No sabía si quería a Valentina como mercancía, como esclava sexual o como socia. Valentina, por el contrario, lo tenía muy claro: a ella Monsalve le producía una repulsión que le salía de las entrañas. Cuando estaba con él trataba de no fijarse en su boca, porque tenía los labios oscuros, siempre con saliva en las comisuras, y si desviaba la vista hacia las manos, eran rollizas, rojas y sudorosas, con los dedos gordos y terminados en punta. No soportaba la idea de que la fuera a tocar, pero la plata que le pasaba no estaba nada mal, y ella estaba segura de que podría sacar mucha más administrando con cuidado las entradas y los gastos, como había aprendido a hacer en las pocas clases de Contabilidad que había alcanzado a tener. En la columna de la izquierda, el deber; en la de la derecha, el haber.

La vida ya le había dado suficientes desilusiones como para seguir jugando a la niña buena. Tenía ideas para el negocio y estaba convencida de que a todos les iría mejor con su gestión, pero para administrar el negocio tenía que administrar a Monsalve primero, y Valentina sabía de lo que ese hombre era capaz. No había cabida para la menor equivocación.

Mientras se cepillaba el pelo, Valentina pensaba: Es asqueroso. La sola idea de que me ponga un dedo de esos encima me produce arcadas, pero tengo que ver cómo lo manejo para poder, no solo salir viva de aquí, sino sacar el mayor provecho. Tengo que conseguir las llaves, no puede ser que nos tenga encerradas como si fuéramos perros rabiosos; tengo que poder entrar y salir a mi antojo sin que desconfíe de mí. Las ideas que le he dado para mover su negocio le han resultado buenas y se nota que está contento porque me ha pasado plata extra para mantener

tranquilas a las otras. Mi pobre papá, alma bendita, ojalá no me vea desde el cielo; qué pensaría de mí, a dónde vine a parar. Pero la verdad es que este negocio da más que tres almacenes como el que él tenía. La Mundial, sí, lindos recuerdos. Si me estás mirando, papá, te digo que con las ganancias voy a hacer el bien, o por lo menos a vivir bien. Algo bueno saldrá de esto. Además, tú siempre creíste que iba a hacer una empresa y la estoy haciendo; lo bueno es que nunca llegaste a enterarte de qué clase de empresa se trataba. No te preocupes por mí.

Entre tanto, el propio Monsalve también pensaba lo suyo, mientras sentía la toalla caliente de la barbería en la cara: ¿Hasta dónde puedo llegar con esta mujer? Es un misterio para mí. ¿Hasta dónde quiero llegar con ella? ¿De cuánto la puedo enterar? La verdad, hasta ahora sabe muy poco. ¿Qué es ir a unas fiestas a calentar a unos viejos? ¡Nada! Incluso tener organizado al "establo" como cortesía, para el que quiera utilizar los cuartos del hotel. Aunque la bendita le ha sacado más plata al negocio con esa idea de tener las habitaciones listas por pedidos. Y el consumo de trago aumenta y se puede cobrar bien duro. De lo que no tiene idea esta Valentinita es de dónde están los buenos pesos. ¿Qué creerá ella que hacen entre ese apartamento, cuidadas como unas geishas?, ¿qué pensará? Que para qué me gasto esta plata… ¿no se le ocurrirá que las podía mandar con el resto del establo? ¿Qué tanto estarán hablando entre ellas? No es conveniente que se vuelvan amigas. En esa venta es en donde está la plata buena, las compran como si fueran diamantes de colores. Las subasto y después ya ni me entero. Pero qué dolor perder a esta, con cuánto gusto me quedaría con ella. Mejor no pienso en eso o acabo hospitalizado, con un síncope.

Poco a poco Valentina se fue volviendo la dueña del acuario. Monsalve ya confiaba en ella lo suficiente como para darle la llave del apartamento, una victoria muy importante. Ella era la única que podía entrar y salir a su antojo. Al principio lo hacía con mucha prudencia, pero cada vez fue agarrando más confianza.

—Voy a la panadería por bizcochos y leche —gritaba antes de salir.

Iba hasta la panadería, pero después se quedaba tomando el sol en la banca del parque. Esos pequeños actos de libertad la hacían sentir muy bien; además, podía disponer de unos pesos con los que antes jamás habría soñado, y estaba convencida de que vendrían muchos más.

Valentina no sospechaba que el inspector Palacios ya venía siguiendo a Monsalve gracias a la información que le habían dado en la casa de Rosa. Tampoco sabía que, en los planes de Cristóbal, un hombre del que desconocía su existencia, estaban casarse con ella y tener muchos hijos. Ella no sospechaba nada esa mañana que tomaba el sol en el parque, mientras se revisaba la manicura que le habían hecho en el salón de belleza de la esquina. Pensaba en comprarse una

falda en tubo, de color fucsia, con corte un poco más arriba de la rodilla. Fucsia y abierta le sonaba a la vez sexi y elegante.

—Bonito día —le dijo el hombre que tenía al lado.

Valentina se volteó a mirarlo, no había notado que hubiera una persona sentada a su lado. No contestó.

—Bonito día —repitió el hombre.

Valentina se asustó y trató de levantarse.

—No se levante, señorita Valentina —dijo el hombre.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Usted quién es? ¿Por qué me conoce?

—No se preocupe, no le voy a hacer daño, y, sobre todo, no haga tanto aspaviento, que entre menos se note que le estoy hablando, mejor para los dos. Siéntese tranquila, nada le va a pasar. Permítame presentarme, soy el coronel Palacios, del departamento de Criminalística de la Policía.

Valentina palideció.

—¿Policía? —fue lo único que atinó a decir.

—Sí, policía. Yo pensé que estaría contenta de ver a la policía. Hasta donde sé, usted está en una situación complicada. Retenida en contra de su voluntad.

—Ah, sí, claro, en contra de mi voluntad. Totalmente retenida en contra de mi voluntad. Pero ya sabe, cuando dicen "policía" uno se siente culpable.

—Bueno, en la mayoría de los casos la gente se siente culpable cuando es culpable, no cuando es la víctima. Pero, en fin, señorita Valentina, yo soy el policía, y usted, la víctima, y vengo a rescatarla. En eso estamos de acuerdo, ¿o no?

—Pero por supuesto que estamos de acuerdo. Lo que pasa es que usted va a pensar que yo no puedo estar retenida en contra de mi voluntad si estoy sentada aquí, en un parque, junto a un policía. Aunque usted no tiene para nada cara de policía; en realidad se parece a Carlos Gardel. Se parece a Carlos Gardel y no está vestido de policía, entonces no parece uno. Pensará que, en lugar de estar aquí sentada, podría estar corriendo hacia una comisaría…

—Creo que nos estamos enredando un poco. Es mejor comenzar de nuevo. Yo soy el policía y usted la víctima que está retenida en contra de su voluntad, aunque no lo parezca —dijo Palacios.

—Déjeme explicarle. En el apartamento en donde estoy hay otras mujeres que también viven allí, en contra de su voluntad. Yo sé que, si yo me vuelo, o me voy a la comisaría con usted, y la persona que nos tiene ahí se da cuenta, ellas la van a pasar muy mal. Aquí se puede estar en riesgo, en riesgo de muerte. Esto que usted está viendo tiene una explicación. La persona que me tiene retenida puede llegar en cualquier momento y para mí sería peligroso, muy peligroso, si me viera hablando con usted.

—Por eso le estoy diciendo que sea discreta y que hable con tranquilidad.

—Claro, claro, eso estoy intentando hacer, lo que pasa es que me tomó por sorpresa.

—¿Usted cree que pueda volver a salir para que nos reunamos en un lugar más seguro, donde no corra peligro?

—Sí, es posible. Tendría que inventar algo, una urgencia, pero lo puedo intentar.

—Entonces, ¿le parece si nos encontramos el próximo jueves a las cuatro de la tarde, en la casa de sus amigas, las lectoras del tarot?

—Sí, haré todo lo posible por salir. Pero ahora váyase y déjeme sola, por favor.

—Muy bien, entonces me voy. Espero verla el jueves en la tarde, eso es pasado mañana. Recuerde que este es un asunto policial de la mayor gravedad.

Palacios le metió en el bolsillo la dirección de la casa de Rosa y Charito. Se caló el sombrero sobre la frente, se levantó el cuello de la gabardina y salió caminando hacia la calle.

Valentina llegó muy nerviosa al apartamento; tenía mucho qué pensar, mucha explicación para dar y mucho por solucionar. No podía dejar de ir a la casa de Rosa. Tenía que presentarse allá, como una víctima, y tenía que inventarle algo a Monsalve para poderse ir y que el hombre no sospechara. Él siempre estaba pendiente de todo, quería controlarlo todo. Una cosa era salir por el barrio, pero otra muy distinta era perderse por horas. Tal vez una cita médica fuera la excusa perfecta. Cualquiera puede ir al médico, no tengo por qué darle explicaciones a Monsalve. Simplemente le diré que voy al médico, no tiene por qué preguntarme, y si pregunta, pues le diré que son cosas de mujeres, y ya. Con suerte no averigua más, pensó Valentina.

Ese día se puso la ropa más sencilla que encontró en el clóset de Colette. Ya le parecía pasada de moda, de estudiante pobre de provincia, lo que ella había sido. Se recogió el cabello en una cola, se quitó el esmalte rojo y todo rastro de maquillaje.

Antes de llegar a la cita con Palacios, decidió pasar por una clínica de tratamientos médicos, entró por una puerta y salió por otra. Solo por si Monsalve llega a estar vigilándome, pensó.

Agarró rápidamente el primer taxi que pasó. Al llegar, respiró profundamente y timbró en la casa de Rosa y Charito. Abrió la puerta Rosa, quien de inmediato gritó:

—¡Llegó Valentina! ¡Llegó Valentina!

Salió Charito y las dos la abrazaron.

Entraron a la casa, donde también estaban el coronel Palacios, Alexey y Cristóbal. Todos se sentaron en la mesa de la cocina, mientras Rosa y Charito servían un chocolate caliente con churros.

—¡Hacía mucho no comía algo tan rico! —dijo Valentina con los ojos aguados.

—Pero ¿por qué no se queda aquí de una vez? ¿Para qué se va a devolver allá, a ese lugar tan espantoso, en donde ni comida le dan? —le dijo Charito.

—No es tan fácil. Como le expliqué al detective Palacios, conmigo hay otras mujeres más, y somos muy solidarias las unas con las otras. Yo no me siento capaz de escapar y dejarlas a ellas.

Monsalve es un hombre malo, sin escrúpulos, puede hacer cualquier cosa en venganza.

—Pero explíquenos qué es lo que sucede, de qué se trata lo que este hombre hace. Usted tendrá que entender que, por más que quiera salvar a sus compañeras, la ley debe cumplirse. Y si se trata de un negocio sucio, el peso de la ley debe caer sobre él —dijo Palacios.

—Claro, claro, yo lo entiendo, y le puedo contar con rapidez lo que sé del negocio, que en realidad no es mucho. Monsalve no nos deja enterarnos.

Cristóbal, que había estado sentado frente a Valentina todo el rato, mirándola fijamente, perdido de amor, sin decir una palabra, le habló:

—Yo creo que no debería volver. Usted ya tiene quién la proteja, ese soy yo. Nadie le puede hacer nada mientras yo esté a su lado.

Valentina sonrió con dulzura; hacía mucho no veía un hombre tan alto, tan grande. Era como una gran montaña de amor. Ella también lo miró con ternura, acostumbrada a estar con esos viejos horrorosos que le agarraban la entrepierna y le metían las manos sudorosas entre el escote. Ella llevaba tiempo sin sonreírle a un hombre con tanta sinceridad.

Nos casaremos, ella con un velo blanco y un ramo de las rosas del rosedal de mi madre, y yo con vestido de chaleco y en el ojal una rosa del rosedal de mi madre. Tendremos muchos hijos, viviremos en una casa con flores y jardín. Tal vez en el campo, tal vez con una huerta, pensó Cristóbal.

Ay, si yo pudiera devolver el tiempo y los acontecimientos, un hombre así hubiera sido perfecto para mí, pensó Valentina.

Ambos se miraron. En el caso de Cristóbal, con amor, y en el de Valentina, con un poco de nostalgia.

Sé que por ahora no puedo arrodillarme a sus pies, declararle mi amor y pedirle matrimonio. No me conoce, no sabe cuánto la amo y desde hace cuánto tiempo. Pero ahora que la tengo acá, no la dejaré ir. No, nunca más, pensó Cristóbal.

Sería muy feliz si nos pudiéramos ir a un lugar perdido, lejos de todo esto. Pero yo ya no soy la de antes, estoy demasiado metida en el negocio y me gusta; la verdad, me gusta la plata que da. No lo puedo dejar, ya es tarde para eso, pensó ella.

—Bueno, continuando con lo que veníamos, es importante que la señorita nos explique en qué clase de problema está metida. Según he entendido, se encuentra retenida en contra de su voluntad, aunque cuando yo la encontré no daba esa impresión —dijo Palacios.

—Coronel, usted debe entender que mi situación es muy complicada. Yo llegué a ese apartamento engañada, se suponía que iba a ayudar en un negocio de promoción y venta de artículos importados. El Maestro Mambo me presentó a Colette y ella a su socio, el tal Monsalve, y así me contrataron. Poco a poco me fui dando cuenta de que en realidad estábamos encargadas de entretener a un grupo de hombres mayores y ricos que se reunían. Nosotras, un grupo de inocentes muchachas de la provincia. El señor Monsalve tiene montado un negocio que funciona

de esa manera. La mujer que me encerró desapareció misteriosamente, de un día para otro, sin dejar rastro; supongo que tuvo desavenencias con Monsalve, porque no volvió nunca. No sé si le haya pasado algo grave, pudo ser. Ese señor tiene un temperamento muy violento. Mis hermanas y yo —les llamo hermanas porque, como le expliqué antes, hemos llegado a ser muy, muy cercanas— hablamos mucho, nos contamos todo, estuvimos un tiempo bajo llave y casi sin comida, sin agua. Apenas un huevo, un pan y un café en todo el día; fue horrible. Pero yo he logrado ganarme, aunque sea un poco, la confianza de él, por supuesto engañándolo, y eso ha mejorado mucho las condiciones de todas nosotras. Nos dejan salir de vez en cuando y la alimentación ha mejorado. Pero si yo no vuelvo, estoy segura de que a ellas las encierra y es capaz de matarlas de hambre. Yo no puedo, bajo ninguna circunstancia, dejar de aparecer esta misma tarde. Tengo que sacarlas a ellas al mismo tiempo conmigo, no sería capaz de abandonarlas por nada en el mundo. Mi propuesta es que yo vuelva y, mientras las podemos sacar seguras, le consiga a usted la información que le permita desmantelar esa organización que trafica con mujeres —dijo Valentina, mientras miraba con ansiedad el reloj de pared en forma de gato que había en el comedor.

—¡Pero eso es una locura! Es imposible; el riesgo para usted será excesivo. Eso no se puede hacer —dijo Cristóbal, irritado.

—Yo lo hago por ellas. Soy capaz de enfrentar ese peligro —dijo Valentina.

Fuera de ser bella, ¡es tan valiente!, pensó Cristóbal.

—Ay, no, ¿cómo va a ser que se ponga en riesgo de esa manera? Usted es una niña muy buena, solo la gente de verdad generosa se sacrifica de esa manera —dijo Charito.

Rosa y Alexey estaban muy callados, no opinaron ni una palabra.

—A mí sí me interesa su propuesta. Yo la estaría vigilando muy de cerca, cosa que no fuera usted a correr riesgos —dijo Palacios.

—No, eso no puede ser. He notado que Monsalve es un hombre demasiado precavido, sospecha de todo y de todos, y donde se pille que hay alguien que lo vigila, corremos un gran peligro. Tendría usted en la consciencia una pila de cadáveres de mujeres. Fíjese en lo que le digo de la señora Colette; de un momento a otro desapareció, se esfumó en el aire. Lo mismo que un chofer que le servía antes. Ese hombre es como jugar con candela. Es mejor que me dejen sola, yo me sé cuidar, ya he aprendido. El coronel me da un teléfono y una hora, y yo trato de comunicarme con usted para darle información cada vez que me sea posible. Pero ahora debo irme, de inmediato. No quiero que este hombre se inquiete por mi prolongada ausencia —dijo la muchacha.

—Es mejor ponernos un día y una hora. Sino no, no lo vamos a lograr —dijo el coronel.

—Las fiestas son los viernes, así que, por lo general, el sábado nadie aparece por el apartamento. Yo creo que lo puedo llamar los sábados por la tarde.

—Perfecto, los sábados yo normalmente no tengo trabajo importante, lo dedico a investigar

por mi cuenta, pero puedo quedarme en la casa por la tarde. Le voy a dar el teléfono; usted guárdelo bien, o apréndaselo de memoria, y, cuando pueda, me llama y me da información.

—Debo volver ya. No puedo demorarme más. Así quedamos entonces. Me comunico con usted apenas sea seguro —dijo Valentina, levantándose. Al despedirse, se le aguaron los ojos—: ¡Cuánto daría por quedarme con ustedes, por no volver a esa tortura! Pero es mi deber.

—Pobre, mi niña querida. ¡Es tan pero tan valiente! —dijo Charito.

—Solo la dejo ir porque usted siente que está salvando a otras mujeres. Pero quiero que sepa que, cuando me necesite, voy a estar ahí, para lo que sea, a la hora que sea. Yo seré su caballero y usted mi princesa, por siempre —dijo Cristóbal.

Alexey puso los ojos en blanco, como en señal de burla, y Rosa le dio su buen pellizco.

Valentina abrazó a Charito y a Rosa, ya con lágrimas en los ojos. A Cristóbal le apretó la mano con fuerza y, de salida, se despidió de Palacios y de Alexey.

—Estaré en contacto —les dijo a todos mientras salía de la casa.

Todos fueron saliendo y se quedaron solos Rosa y su hijo.

—Mijo, ¿por qué estuvo tan callado? No dijo ni una palabra, ni preguntó nada tampoco.

—No sé, hay algo que no me acaba de convencer. Le doy vueltas y vueltas, repito todo en mi cabeza, y sigue habiendo algo que no cuadra.

—Pues para serle muy sincera, a mí tampoco me cuadra del todo esta historia. Desde que entró le noté demasiada confianza. Algo en la manera de moverse, de sentarse. Esa muchacha no era así la última vez que yo la vi. Algo cambió, allá adentro algo la cambió.

—Esta es una conversación entre mi mamá y yo, nadie se puede enterar. A Cristico se le rompería el corazón, con ese amor sin redención que le tiene. Y a la tía Charito también, en ese cuerpo tan pequeño solo caben buenos pensamientos. Ella ve aves del paraíso en donde hay puras alimañas. Ojalá estemos equivocados. Pero para salir de dudas, mi mamá, ¿por qué no les echa una leída a las cartas? A ver si nos dan luces.

—Buena idea, Álex. Camine, vamos a la sala, donde tengo el mazo —dijo ella.

Rosa revolvió y partió. Y después puso las cartas sobre la mesa.

—A ver qué nos dicen estas cartas.

Inclinó la cabeza un buen rato.

—¿Qué ve? Dígame, ¿qué ve?

—Veo el mago invertido, veo el siete de espadas, y, para rematar, la luna invertida. La traición y el engaño son mejores amigos y siempre van de la mano. El mago invertido. Alguien que está tramando a espaldas de otro, y cree que a todos los engaña como a niños. La luna, la reina de los secretos, el lado oscuro de la luna, la mujer del lado oscuro, de intenciones oscuras, la reina de la oscuridad, la dueña del engaño. Algo está muy mal. Aquí aparece primero El Diablo, violencia. Está después La Templanza. Parecería que al final hay un equilibrio. Como si al final de la tormenta viniera la calma. Pero le digo, Álex, que la tormenta es más bien un terremoto. Lo que

veo da miedo.

—¿Mi Mamá cree que hay que decirles algo de esta lectura a ellos?

—La verdad, no sé qué pueda pasar. Creo que Cristico no creería nada de lo que le digamos. Está tan enamorado que no ve sino por los ojos de esa muchacha.

—¿Y si le decimos a Charito? ¿Será buena idea decirle a ella?, cosa de que esté preparada para recoger los pedazos de Cristico.

—Vea, Álex, si yo veo la oportunidad, lo hago, pero para qué la ponemos nerviosa desde ahora. Esperemos a que los eventos comiencen a desenvolverse y ahí vamos decidiendo.

Mientras tanto, Valentina deshizo el camino como lo había hecho. Tomó el taxi y se bajó en la clínica, entró por una puerta y salió por la otra y se devolvió con prisa al apartamento. Cuando iba por el tercer escalón, sintió la mano caliente de Monsalve en el cuello.

—¿Cómo le fue a la señorita Valentina? —le preguntó.

—Todo está bien, por fortuna, pero mis citas médicas son privadas, si no le importa —contestó ella, con la voz un poco temblorosa.

—Llega agitada.

—Venía caminando rápido para que no me agarrara la noche. ¿Le provoca tomar algo, Monsalve?

—No, solo estaba asegurándome de que hubiera llegado.



30
“Su historia es la de un pulso que no late”

Al día siguiente, y sin perder tiempo, el coronel Palacios se fue al Canal. Era urgente hablar con Alain Clavel y con el señor Mambo. Primero entró a la oficina de Alain Clavel.

—Buenas, señor Clavel.

—Buenas. No le digo que se siente ni lo saludo de mano, porque ya sé que no le gusta.

—Es verdad, prefiero ir al grano.

—Entonces, dígame en qué le puedo servir.

—Necesito que me diga por qué me mintió con respecto a la fiesta del 11 de febrero.

—No sé a qué se refiere. ¿Cuál fiesta, cuál mentira? ¿De qué diablos habla? —dijo Alain Clavel, asustado.

—Usted sabe muy bien de qué le hablo. Usted sí estuvo en la fiesta del homicidio, y yo necesito que me diga qué pasó allá.

—¿Qué pruebas tiene usted de que yo hubiera asistido? —se animó a decir el presentador.

—Tengo testigos. Al llegar a la fiesta había una persona del hotel con una lista, que iba chuleando a los invitados que llegaban. Además, como usted sabe, toda la ciudad lo reconoce. Pero si usted no me colabora, nos vamos a la comisaría y allá con gusto le hago las preguntas.

—No, no, por favor. Yo tengo una reputación que guardar. Hágame las preguntas aquí, yo le contesto lo que sepa.

—Usted, para mí, en este momento, es sospechoso de un homicidio, porque usted me mintió y eso es una mala señal.

—Mire, usted, detective, déjeme explicarle. Esas fiestas no son propiamente de santos, ¿sabe? Por la clase de mujeres que asisten. Por eso no me gusta decir que he ido, no por nada distinto. Pero, en realidad, yo no tengo razón para ocultar nada, no estoy casado y no soy sacerdote.

—Si lo oculta tanto debe ser porque sabe algo del homicidio que ocurrió allí.

—¡Por favor! Cómo se le ocurre semejante cosa. Yo asistí a la fiesta, me tomé algunos tragos,

bailé con un par de las muñecas que había allí, pero solo eso. Es más, estuve muy poco tiempo porque tenía otro compromiso, una fiesta familiar, el cumpleaños de mi tía Eloísa, ¡bendita sea! Allí estuve al menos con cuarenta personas, entre familiares y amigos, y todos pueden dar razón de mi presencia —dijo el presentador, aliviado.

—Pasando a otro tema, ¿qué me puede decir de la muchacha Valentina, la que trabajaba para ustedes en el programa de los sábados?

—No le puedo decir nada, fuera de que es una mujer muy bella y que hace meses no la veo. La verdad, no volvió por aquí y, si no estoy mal, la reemplazaron por otra bailarina, pero para eso sí pregúntele a la persona encargada, que es el Maestro Mambo. Debe andar por ahí con el grupo de muchachas, practicando para el sábado.

—Muy bien, voy a buscarlo. En cualquier momento lo vuelvo a contactar para hacerle otras preguntas —le dijo Palacios mientras salía de la oficina.

Encontró a Mambo fácilmente. Desde lejos se oía el "uno, dos, uno, dos, vuelta a la derecha, punta tacón, vuelta a la izquierda, cadera, cadera, golpe, golpe y vuelve a uno". Palacios interrumpió el ensayo.

—Señor Mambo, necesito hacerle unas preguntas.

Al principio, muy alegre, Mambo se acercó.

—Aquí me tiene, el mismo que canta y baila.

—Vengo a averiguarle por una mujer que trabajó aquí con usted en el programa.

—¿Y quién sería la dichosa? Porque aquí solo la pasamos bien.

—Pues ni tan dichosa, porque la asesinaron el 11 de noviembre en el Hotel El Gran Colón; le estoy hablando de Fátima Miranda —le dijo el detective.

Mambo se puso del color de la nieve.

—No sé nada de la vida de estas mujeres después de que salen de los ensayos y del programa.

—Ya veo, pero sí se acuerda de ella, ¿no es así?

—Vagamente, vagamente —contestó Mambo.

—Muy bien, dejemos entonces esas preguntas para más tarde y contésteme lo siguiente: ¿qué sabe usted de otra muchacha, llamada Valentina? Creo que esa la debe tener más presente en la memoria, pues hasta hace relativamente poco trabajó para usted.

—Pues de esa, en cambio, tampoco sé nada —dijo Mambo, haciéndose el gracioso.

—Me parece que está mintiendo, y es mal mentiroso. He sabido, por varias fuentes, que le consiguió usted trabajo con unos de sus amigos. Yo le aconsejo que me diga la verdad para que después no se le complique este asunto. ¿Le pasa algo en los ojos?

—Ah, sí, tiene usted razón, lo había olvidado. No, en los ojos nada, desde pequeño parpadeo así; lo dice por eso, ¿no? La muchacha se la presenté a mi amiga Colette, que tiene una agencia de modelaje.

—¿No será más bien un tic nervioso? ¿Su amiga Colette tiene un socio o trabaja sola?

—No, no es ningún tic, va con mi ritmo. Creo que tiene un socio, pero no recuerdo su nombre.

—Haga un esfuerzo, o me lo llevo por sospecha de secuestro.

—Ah, sí, sí, pero no se moleste tanto, lo había olvidado también. Ella tiene un socio de apellido Monsalve, si no estoy mal. Yo se la presenté, pero después no supe nada de ella; supongo que estará feliz trabajando de modelo, la chica tenía madera, y mucha.

—Entiendo. ¿Puede localizar a su amiga Colette?

—Puedo intentar, aunque hace días que no la veo.

—Muy bien, ahora mismo la llama y se pone una cita con ella para mañana en horas de la tarde. Yo paso por usted a las dos; iremos juntos para que yo la pueda interrogar. Tranquilícese, si puede; le hace la competencia a una abeja.

Apenas se fue Palacios, Mambo voló a la oficina a marcar el teléfono de Colette. Marcó muchas veces, pero nadie respondió. Entonces decidió llamar a Monsalve, le contó lo sucedido y le pidió explicaciones. La única respuesta que recibió por parte de Monsalve fue:

—A mí nadie me pide explicaciones, y menos un bailarín de pacotilla.

Al día siguiente, muy temprano, el coronel Palacios se enteró de que el Maestro Mambo, en un desafortunado accidente, había caído sobre los rieles del tranvía justo unos instantes antes de que pasara. ¡Pobre Mambo! Era demasiado feliz como para venir a morir así; eso no tenía presentación, qué descuido; aunque hubo algunas personas que dijeron que parecía que alguien lo había empujado, un hombre que pasaba bajo una sombrilla, pero, al final, ni un solo testigo del hecho apareció.

—¡Maldición, maldición, mil veces maldición! —se oyó la voz de Palacios por toda la comisaría.



31
“Como juega el gato maula con el mísero ratón”

Valentina se había convertido en el alma de las fiestas. Cantaba acompañada de un pianista y a veces bailaba; se había vuelto segura, convencida de sus encantos personales, desenvuelta con los hombres. A todos los viejos ricos los trataba como a cachorros de la misma camada. Todos querían un pedazo de ella: que les sirviera un trago, les acercara las nalgas o les echara el humo de su boca en la de ellos. Generalmente, le daban propinas sustanciosas, que le metían en el escote o en la liga de la media.

Ella, ante el tintineo del dinero, había perdido ya el asco. Pensaba que, siempre y cuando no se tratara de la virginidad, nada era definitivo o irremediable. Al matrimonio, cuando lo hubiera, sí de blanco y virgen. De resto, ¿qué importaba que le tocaran el culo mil veces? Eso no contaba. “La necesidad tiene cara de perro”, se decía.

Ella no estaba segura de querer soltarle a la policía la valiosa información de la libreta de Colette. Había días en que dudaba. Una vida dedicada a la perdición seguro se castiga con un infierno demasiado miedoso, sin redención posible. No quiero estar quemándome con las llamas por toda la eternidad, pensaba. Y, en esos momentos, quería decirle a Palacios toda la verdad.

Pero otros días pensaba que ganaría la plata suficiente para salir de ahí a poner una floristería y dedicarse a ese negocio. Entonces era mejor no decir nada. Algunas veces tenía tanta rabia con el jefe de Monsalve, el hombre que la había enamorado y que después la había querido vender, que agarraba el teléfono para marcarle al detective. Pero después se arrepentía. Las llamadas los sábados al coronel Palacios se volvieron cortas, y con información incoherente.

—Oí que a uno de los hombres lo llamaban Pablito, y creo que el apellido era Encino, o tal vez Puyol, no estoy segura. Tenía acento extranjero. Otro es un juez, eso es seguro, todos lo llaman “su señoría”. También oí mencionar el nombre de una sociedad llamada Mon Plaisir, que importa los artículos que se promueven en las fiestas. Me parece que todos ellos son accionistas de esa sociedad. Monsalve mandó traer otras mujeres de un bar cercano, pero no pude saber sus

nombres ni el nombre del bar. No me atrevo a preguntar, a él no le gusta que hagan preguntas. Debo averiguar de otra manera —le dijo la última vez Valentina.

—Pero llevamos en esto ya bastante tiempo y usted no ha logrado saber nada en concreto. Lo único que me queda claro es que usted inculpa al señor Monsalve de la desaparición de Luz Rey, alias Colette. Eso me lo ha repetido hasta el cansancio, pero necesito los nombres de más arriba de esa organización delincuencial. Me temo que ese Monsalve está en la base —le contestó Palacios.

—A veces siento que Monsalve sospecha de mí. Siento que me espía porque ya no confía en mí como lo hacía antes. Puedo estar en peligro.

—Si desconfiara tanto ya habría hecho algo. Lo único que he sacado de esta cantidad innumerable de conversaciones es la certeza de que no han servido para nada. Hace nada más una semana me mandó a un restaurante de barrio, aduciendo que era fachada de una parte del negocio; allá fui con un grupo de agentes y, después de allanar y sacar a toda una familia que le celebraba a su abuela octogenaria el cumpleaños, no encontramos sino ollas, carne cruda y un poco de botellas de vino. Casi matamos a la anciana de un infarto y me convertí en el hazmerreír de mis hombres. Es una situación que no puede continuar, no me ha dado en meses ni una buena pista.

—Coronel, deme usted un poco más de tiempo para poder darle los nombres que me solicita. Solo unas semanas más. Creo que ya me estoy acercando a gente más importante. Dándole la vuelta a Monsalve, organizándome por el ladito, ¿sí me entiende?

—Muy bien, le daré un poco más de tiempo. Y más le vale que se esté “organizando” bien, como dice usted, porque si esto no nos funciona, simplemente haré el arresto de Monsalve para inculparlo por desaparición y posterior homicidio de Luz Rey, que como le digo era la misma Colette. Ya veré en las indagatorias qué información puedo obtener de él.

—Una cosa de la que estoy segura es de que no sacará usted una sola palabra de él. No importa qué métodos utilice. Ese hombre jamás delataría a esas personas, son demasiado poderosas. Creo que no duraría vivo ni un segundo siquiera, para poder pronunciar la primera sílaba de alguno de esos nombres.

—Ya veremos, ya veremos. Así quedamos entonces. Le daré un poco más de tiempo, solo un poco. Me siento presionado, demasiado tiempo invertido para tan pocos resultados. Esta investigación se está tomando demasiado tiempo.



32
“Quítame lo malo y échalo al mar”

La posibilidad de Cristóbal era otra cosa. Cristóbal se había vuelto su debilidad. Su amor era tan puro, su bondad tan grande, que a veces la hacían dudar de todo. Valentina no dejaba de pensar en él.

Me largo, me largo de este apestoso apartamento, de esta vida de arrabal, de estas fajas negras, de la noche, del humo. Me voy con él a buscar el horizonte. Aprenderé a quererlo como se quiere bien. Me casaré con él y dejaremos que el destino nos lleve a donde quiera, tendremos mil hijos, les enseñaré a leer y a escribir, sin pensar, nos iremos como hojas al viento, tendremos una casita con flores, volaremos hacia el mar, se decía a sí misma.

Pero no, cómo puedo ser así de estúpida, aquí hay dinero y a mí me gusta el dinero. Me gusta la felicidad que compra, y, sobre todo, lo consigo fácil. Tiene sus riesgos, no lo pongo en duda, pero los puedo manejar. De qué nos sirve irnos juntos a pasar hambre, a cuál horizonte, a cuál mar. Cristóbal es chofer, qué futuro puede tener un chofer. Fuera un médico, o un dentista, hasta sí, pero no. Es un chofer, ahí no hay nada para la mujer con ambiciones que soy hoy. Tal vez para la Valentina de antes; para la de hoy, no, se corregía.

Empezó a buscar momentos para escabullirse y ver a Cristóbal. Como ya se había ganado el privilegio de salir sola, se inventaba tareas, que tenía que ir al mercado o a los almacenes a buscar ropa para las fiestas. Se ponían citas en lugares ocultos, a donde jamás irían los amigos de Monsalve. Normalmente en los barrios más pobres, por las orillas del río, debajo de los puentes, en los cafetines que frecuentaban los obreros o en los lavaderos públicos llenos de mujeres y niños. Por ahí caminaban agarrados de la mano, abrazados y hablando de cualquier cosa. Ella estaba tranquila y volvía ser la Valentina primera.

Incluso, alguna vez fueron un domingo a almorzar a la casa de Rosa y Charito. Cuando estaban tomándose la sopa, dijo Cristóbal:

—Valentina no sabe lo que voy a decir. Yo quería tener a la familia reunida para declararle mi

amor a ella y de rodillas pedirle que se case conmigo.

—Qué bueno, qué bonito. Justo cuando he estado bordando un velo blanco —dijo Charito.

Cristóbal se arrodilló y abrió una cajita de terciopelo rojo.

—¿Eso es un diamante? No alcanzo a ver de qué color es —exclamó Valentina con risa nerviosa.

—Yo sé que es pequeño, pero dentro de un tiempo podré comprar uno más grande, el que usted se merece.

Charito dejó de sonreír y Rosa y Alexey se miraron.

—No es que sea un diamante pequeño, no me malentienda, Cristóbal. Es risa nerviosa; la verdad, no me esperaba esto —dijo Valentina.

—Cristo, ¿usted no cree que sea un poco pronto para tomar esta decisión? A fin de cuentas, no se han visto tanto, o, mejor dicho, casi ni se conocen —le dijo Alexey.

—Esta decisión la tomé desde el momento en que vi la foto de Valentina. Siempre la he amado, siempre la voy a amar. Creo que usted debería apoyarme en esto.

—Bueno, la verdad es que no hemos estado tanto juntos, por mi trabajo como agente encubierta. En eso tiene razón, Álex. Lo que yo hago es muy peligroso y no quisiera poner en riesgo a toda la familia —dijo Valentina.

—Tendría que dejar eso, Valentina, renunciar de una buena vez para poder hacer vida matrimonial y dedicarse al hogar y a ser feliz —le dijo Charito.

—Eso no lo puedo hacer. Estaría abandonando a mis compañeras a una suerte fatal. De ninguna manera lo haría. Pero lo que sí le puedo prometer a Cristóbal es que, apenas el coronel Palacios haga los arrestos, y mis hermanas estén a salvo, nos casaremos.

—¿O sea que sí se va a casar conmigo, Valentina? —volvió a preguntar Cristóbal.

—Sí, sí me voy a casar, apenas salga de este lío en el que estoy. Le repito, no voy a dejar botadas a las otras muchachas. Además, adquirí un compromiso con el coronel Palacios. Pero yo le prometo que, apenas pueda, nos casamos.

—¿Bueno, se da cuenta, Álex? ¡Valentina se va a casar conmigo, ella me ama! Y usted, mamá, termine de bordar ese velo porque habrá una boda —dijo Cristóbal.

—Listo, Cristico, pues éxitos con eso. Cuente conmigo, yo estoy para las que sean. Buenas o malas —le dijo Alexey.

—Bueno, y yo bordo el velo —le dijo Charito.

—Creo que ya es hora de irme o van a comenzar a echarme en falta. Tengo que correr —dijo Valentina.

—La acompaño —le dijo Cristóbal.

—No, no, me voy sola, no quiero que nos vean juntos —dijo, mientras se levantaba y se despedía de lejos. Cristóbal corrió detrás de ella.

—Como fría esa despedida. Ni las gracias por el almuerzo, con todo lo que nos habíamos esmerado. Mantel con borlas rosadas y lilas, sopa de mollejas, pollo en salsa, papa en chupe y dulce de leche, que no se comió porque dizque está guardando la línea, y era hecho con mis manitas —dijo Charito, con tristeza.

—Lo peor es que dejó el anillo, ahí, sobre la mesa. Ni lo miró —dijo Rosa.

—Me da lástima que Charito oiga esto, pero ese desastre está cantado —dijo Alexey.

—Esa muchacha ya no es la que conocimos las dos, Rosa —dijo Charito con lágrimas en los ojos.

—No es —dijo Rosa.

Se volvió a oír el timbre.

—Disculpen, por andar corriendo se me quedó mi anillo. Qué despistada, dejé mi anillo sobre la mesa. Ahora sí me voy otra vez corriendo —dijo Valentina mientras agarraba la cajita roja.

—Con suerte, la estamos juzgando mal —dijo Charito.

—Las cartas no se equivocan —dijo Rosa.

—¿Rosa, usted ya había echado las cartas y no me había contado? Qué clase de amiga es esa que anda leyendo las cartas a escondidas de su mejor amiga y no le dice nada. Eso no está bien. Me ha debido decir. Hágame el favor de decirme la verdad, sea cual sea.



33
“Adiós para siempre, alma mía”

Una noche, Cristóbal tuvo que recoger unas cajas de licor para después llevarlas a un club. Se fue a la dirección que le habían dejado y, cuando llegó, se encontró con una casa muy grande y elegante. Club Nacional de Ingenieros, decía la placa de mármol de la entrada. Un sirviente le indicó la puerta por donde debía entregar los suministros. Cristóbal parqueó a dos cuadras y se echó al hombro las tres cajas, para él no era problema. Golpeó, le abrieron y le dieron las indicaciones de dónde dejarlas.

La bodega del licor estaba cerca de los salones, y desde ahí se oían la música y la algarabía. Los meseros entraban y salían frenéticamente por unas puertas, llevando trago y comidas. Daban órdenes a los cocineros, entraban abrigos, sacaban botellas y copas. Cristóbal se fue metiendo por detrás de las pesadas cortinas, solo por mirar, por pura curiosidad.

En el salón principal había mucha gente, mucho humo. Músicos, un piano, y, encima del piano, la reina de la fiesta: Miss Valentina, con un vestido de terciopelo ajustado al cuerpo, con gran escote adelante y una abertura al lado que subía casi hasta la cintura. El pelo negro, suelto y salvaje, los labios rojos, en una mano una copa y en la otra un micrófono. Se contoneaba provocativamente, mientras, con una voz extraña, que él nunca le había oído, cantaba una especie de bolero o de tango. Repartía besos, reía a carcajadas, tocaba a todos los hombres.

Su Valentina, la muchacha de la foto con el padre, era una devoradora de hombres. Cristóbal no pudo contenerse y se acercó al piano. Valentina estaba tan agitada que no notó su presencia; ni ella ni los demás. Se veía feliz, verdaderamente feliz. Brillaba. Como si esa fuera la verdadera Valentina, esa, la diosa del piano, y no la muchacha de los paseos por el río.

Pero la del río también era verdadera. O, por lo menos, así lo sentía Cristóbal, o lo quería sentir. Quizás Valentina era esas dos mujeres; en verdad, tenía el derecho de ser lo que ella quisiera, a pesar de él. No es de nadie. Ni de ellos, ni mía. Es de ella misma, pensó.

Entonces, pasados unos instantes, se fue. Se olvidó del carro, de sus deberes y de su jefe. Nada

le importaba. Caminó lentamente por la calle hasta llegar a su casa, que estaba lejos de los barrios elegantes, y lloró mucho. Llegó al amanecer, cuando ya había llorado todo lo que iba a llorar por amor alguno.

Al entrar se encontró con Alexey, que andaba leyendo en la cocina.

—¿Qué son estas horas de llegar, Cristico?

—Se me hizo tarde.

—¿Andaba bailando con la novia? ¿Cómo va eso? ¿Muy felices?

—Sorpresas nos da la vida —le dijo Cristóbal, mientras subía por la escalera.

Cristóbal no quería hablar de lo sucedido, no quería que lo consolaran. Tampoco, que le recordaran que ya había sido advertido. Era mejor aguantar esa pena en silencio, guardar el secreto.

Alexey ya no le preguntó más. Andaba concentrado en la lectura de un libro que le llamaba la atención "… y pensó, mientras alisaba el negro pelaje, que aquel contacto era ilusorio y que estaban como separados por un cristal, porque el hombre vive en el tiempo, en la sucesión, y el mágico animal, en la actualidad, en la eternidad del instante". Estaba tan distraído que no se fijó en qué momento su amigo del alma había vuelto a salir, sin siquiera desayunar.



34
“Alquimia”

Alexey llevaba ya varios meses conectado al mundo. Había encontrado un asunto que le interesaba, unas investigaciones que estaba haciendo con Cristóbal para una farmacéutica que acusaba a otra de robar sus fórmulas. El trabajo le implicaba el estudio detenido de la química de cada producto; duraba horas leyendo libros y haciendo mezclas en tubos de ensayo. Cristóbal se encargaba de entrevistar y vigilar a los sospechosos, mientras que Alexey comparaba los compuestos para saber si realmente se utilizaban los mismos insumos y en las mismas proporciones.

La dupla que hacían era buena y la farmacéutica les pagó muy bien. De ahí sacó Alexey un nuevo gusto por los olores y las ganas de crear fragancias. Comenzó primero instalando sus pipetas en el baño; después se fue pasando al cuarto, que de pronto estaba lleno de frascos de reactivo, condensadores de espiral, peras de decantación, matraces, destiladores y frascos que poco a poco se fueron tomando el corredor y el saloncito de la televisión. De la noche a la mañana había torres de libros de la química de la perfumería, al lado de las carpetas bordadas y las porcelanas de querubines que ahora sostenían mecheros de alcohol. Nadie en la casa decía nada, porque nunca lo habían visto permanecer en estado de alerta durante tanto tiempo.

—Mijo, y esto de los perfumes que le entró a Álex, ¿de dónde le viene? —le preguntó en voz baja Rosa a Cristóbal una vez.

—De un tiempo para acá, cuando hicimos un trabajo para una farmacéutica.

—Pero, dígame una cosa, ¿a qué horas compra todo eso ese muchacho?

—Pues, yo le consigo bastante, pero no crea, cuando le entra el afán por algo, se levanta de la silla y se va solo. Las esencias que usa las importamos a través de la farmacéutica. Es muy costoso. Le ha dado por crear un perfume que tenga olor a flor y también a madera; la cosa es que nos gastamos la ganancia de dos meses en un par de frasquitos. Pero con tal de que esté contento, a mí no me importa.

—¡Pero no vamos a caber en la casa con tanto frasco! —dijo Rosa.

—Rosa, no moleste al muchacho, usted sabe cómo es. Déjelo que haga lo que quiera —le dijo Charito.

—Además —dijo Cristóbal—, hasta de pronto nos volvemos ricos con los perfumes. Siempre que Álex decide hacer algo, lo hace bien. Y ahora pasa las noches en vela. Por la mañana me habla sin parar de olores, fragancias, de la antigua Mesopotamia y los sumerios, de la flor del ylang-ylang, de Madagascar; de la raíz de orris, la rosa búlgara, el ámbar gris. Me explica fórmulas que no entiendo y propone nombres para su perfume.

—Le debía poner "Perfume de Rosicler", o "Perfume de Madame" —dijo Charito.

—Usted sí es bien loca, ¿no, Charo? Nosotras siempre pensando en ideas que seguro nos van a volver ricas, pero siempre seguimos igual.

—Pero podría promocionarlo en el programa, eso sí sería bueno. Es una idea genial, como todas mis ideas. Además, no sea desagradecida, Rosa. Desde hace un tiempo para acá estamos cada día mejor. No tiente al diablo con palabrería necia, que le empuja la mano.

—Y usted no lo miente, que lo invoca —le contestó Rosa.

—Pues a mí me parece que puede resultar. Muchas divas tienen sus propios perfumes —dijo Cristo.

—Divas, divas, mi Cristico, dice bien: divas. No señoras tarotistas, gorditas y casi sesentonas.

—"Perfume de Madame R" —dijo Charito con cara de ensoñación.

—"Con el poder de la adivinación" —dijo Cristóbal.

—La verdad, suena bien. Pero habrá que ver qué piensa el dueño —dijo Rosa.



35

“En el juego de la vida nada te vale la suerte, porque al fin de la partida gana el albur de la muerte”

Cuando Monsalve se bajó del carro se veía muy alterado. Tiró la puerta y salió caminando muy rápido, casi corriendo. Cristóbal quedó preocupado; no le gustaba la idea de que llegara furioso al apartamento de las muchachas; sabía que era un hombre violento y temía por la seguridad de Valentina. Pero ella le había prohibido que fuera o la buscara.

—Nunca, nunca vaya por allá, ni se le ocurra. No importa lo que piense, o lo que vea. No me haría ningún favor. Eso se lo aseguro. Por el contrario, me metería en un problema, me pondría en peligro. Yo me las puedo arreglar sola, siempre lo he hecho —le había dicho ella varias veces.

Mientras tanto, Valentina estaba encerrada en su cuarto. Andaba oyendo música del radio y bailoteando en ropa interior negra. Faja con liguero y brasier torpedo de copa dura. Pero, además, se había puesto el velo de novia que Charito le había hecho, blanco inmaculado, largo hasta el piso, con rositas y margaritas bordadas en hilo de seda brillante. Daba vueltas y se miraba en el espejo, sonreía, hacía la mímica de la novia que saluda desde el altar, como había visto saludar en la tele a la reina de Inglaterra.

De pronto oyó el primer portazo.

—¡Valentina, Valentina! ¿Dónde está? —gritó Monsalve—. ¿Dónde se metió ahora?

Valentina trató de agarrar la bata con una mano y con la otra arrancarse el velo del pelo, pero no alcanzó a hacer ninguna de las dos cosas porque, de un empujón, Monsalve abrió la puerta del cuarto. La agarró por las muñecas y, a jalonazos, la sacó del cuarto.

—Me traicionó, perra, yo sabía que usted no era de confiar. No sé por qué me dejé convencer de esa vocecita dulzarrona de zorra. Conque soplándole al policía datos, conque insinuando que yo había asesinado a Colette, y además manejaba una red de prostitución —gritó Monsalve enfurecido y la tiró contra una pared. Después agarró uno de los cuchillos de la cocina.

—Pero ¿sabe qué, Valentina? Que las prostitutas se merecen eso, a las prostitutas les gusta, y a

mí me gusta darles gusto a ellas. Yo nací para eso, para ajusticiarlas, dándoles gusto.

—No, por favor no, yo no le dije nada a nadie, tiene que creerme.

—¿Conque no dijo nada? ¿Y entonces por qué vino a hacerme preguntas el tal coronel Palacios? ¿De dónde sacó la información?

—¡Yo qué voy a saber! Además, yo no sé nada, ¿de qué me habla, Monsalve? ¿¡Que usted mató a Colette!? Yo cómo voy a saber eso, ¿acaso usted mató a Colette? —gritó Valentina mientras se iba resbalando por el piso para agarrar el teléfono de la mesita.

Monsalve se arrodilló sobre ella y la agarró por el cuello. Valentina logró asestarle un buen golpe en la cabeza con el aparato, que lo dejó atontado por un momento. Ella pudo pararse y fue hasta el cuarto, cogió la libreta de apuntes de Colette y salió corriendo hacia la puerta, que daba a las escaleras. En ese momento, oyó a Monsalve vociferando, mientras avanzaba hacia ella.

—¡El coronelucho ese fue a buscarme y me interrogó! Él cree que todos vamos a caer, no sabe con quién se está metiendo. Me preguntó por cosas que solo usted podía saber. Nadie más. Y usted ¿qué se cree?, ¿se siente la reina de Saba? ¿Qué cree, que yo soy el malo de esta película? Yo soy la oveja. Para malos, vaya visita a su amor platónico, ese sí es retorcido. ¿Cree que yo la voy a dejar salirse con la suya? ¿Que le voy a servir esto en bandeja? ¿El trabajo que llevo armando durante años? ¡No está ni tibia!

Monsalve estaba descontrolado; parecía un loco, de la rabia. Alcanzó a Valentina en el rellano de la escalera.

—Palacios se va a quedar sin su testigo principal. Pobre Valentinita, ya no va a tener tiempo, a su reloj se le acabó la cuerda. Tictac, tictac. ¡Tripitas al aire! —le dijo mientras le clavaba el cuchillo en la parte baja del vientre y lo subía con fuerza, haciéndole una herida larga y profunda. Al caer, Valentina abrió la mano, soltó la libreta y las hojas salieron volando por el vacío de la escalera, para terminar cayendo entre los baldes y los traperos húmedos del aseo. Años de preciosos datos, nombres, teléfonos lugares y cobros que Colette había recogido y que Valentina guardaba como un seguro: toda la tinta secreta del negocio diluyéndose en el agua sucia.

Afuera, Cristóbal había oído el ruido y los gritos. Decidió ir en busca de Valentina, porque tuvo el presentimiento de que algo muy malo había pasado. Cuando llegó, ya no había nada que hacer, la sangre bajaba por los escalones. Vio a Valentina en el piso, con el velo todavía puesto, y la abrazó.

—Se manchó mi velo, tan bonito que era —dijo ella.

—Conseguiremos otro —le dijo Cristóbal.

—No pude casarme, no alcanzamos a ser felices. Fue mi culpa, es mi castigo, ese es el castigo por lo que he hecho. Nada va a quedar de mí en este mundo —dijo ya casi sin voz.

—No fue su culpa, no es castigo, va a quedar el amor que siempre le voy a tener. Lo que no

hubo fue tiempo —le alcanzó a decir Cristóbal.

Monsalve los miró fijamente, como en un trance. Se chupó los dedos y habló para sí mismo:

—No pude hacerle todo lo que hubiera querido, pero por lo menos su saborcito sí me lo llevo.

En ese momento, entró Palacios acompañado de tres policías.

—Queda detenido por homicidio.

Monsalve no se movió, sabía que ya no había nada que hacer.

Cristóbal se quedó sentado en el piso, acompañando a Valentina muerta, a la Valentina de la noche, la de la ropa interior negra, la del humo, la del piano, la de las copas de champaña burbujeante. La Valentina del día, la novia, la del velo blanco, esa ni siquiera lloró. Cristóbal siguió sosteniéndola hasta que, horas más tarde, llegaron a hacer el levantamiento del cadáver.

Palacios mandó a las otras mujeres y a Monsalve a la comisaría, para adelantar los interrogatorios respectivos. Se quedó con algunos hombres en el apartamento buscando evidencias; no dejaron un cajón sin abrir, una tabla sin levantar, un cochón sin examinar. No encontraron nada en el apartamento, nada, ni un papel con un teléfono, un nombre en un recibo, una anotación en una tarjeta.

Las muchachas ni entendían lo que estaba pasando; estaban agradecidas de que las soltaran sin quedar reseñadas en la policía para volver a sus casas y a sus familias después de lo sucedido. Una a una las fueron soltando; salían a la calle desubicadas, encandelilladas por la luz del sol.

El coronel Palacios contaba con Monsalve como único posible delator de una red de prostitución manejada por algunos de los hombres más poderosos e influyentes de la ciudad. Con extremas precauciones quiso trasladarlo de la comisaría a una celda de cuidado especial, pero en ese momento llegaron agentes de la Fiscalía, enviados desde las Cortes Superiores.

—Tenemos una orden para llevar al detenido a la Fiscalía —dijo uno de ellos.

—¿Cómo así una orden? Ese no es el procedimiento normal —dijo Palacios.

—Tenemos una orden y usted debe entregarnos al sospechoso —le dijo otro de los hombres.

—Muéstreme la orden que trae —protestó Palacios.

El hombre sacó el papel y, en efecto, era una orden que venía de las Cortes Superiores. Estaba firmada, ni más ni menos, por el honorable juez Jacinto Lombardi. El mismo al que el coronel Palacios se había atrevido a entrevistar porque estaba en la lista de la fiesta donde había resultado torturada y muerta una mujer. La misma visita que casi le había costado el puesto. Palacios entendió entonces cómo era la movida, pero no podía hacer nada: se trataba de sus jefes, y de los jefes de sus jefes.

—Muy bien, los acompaño, ya que fui yo quien lo arrestó.

—No hay necesidad, nosotros nos hacemos cargo de ahora en adelante. Si usted quiere información, puede pasar mañana por las celdas de la Fiscalía.

36
“Qué me importa la vida, si nadie me va a llorar”

Solo hasta el tercer día de haber estado detenido Monsalve en la Fiscalía le dieron permiso al coronel Palacios de hacerle un interrogatorio.

—Buenos días —le dijo Palacios.

Monsalve no contestó nada.

—No tengo que repetirle que, si usted decide colaborar con esta investigación, nosotros podemos darle protección. Yo, personalmente, me encargo de reubicarlo por fuera de la ciudad. Es más, del país, y que nadie lo encuentre por lo que le queda de vida —dijo Palacios.

El hombre continuó en silencio.

—No tiene nada que perder. Al contrario, usted me da la información, yo lo desaparezco y usted se venga de la gente que lo metió en este problema, y que ahora lo dejó solo. Es la única oportunidad que tiene. Si continúa en silencio, lo van a meter mínimo setenta años en una prisión de máxima seguridad. Cuando salga va a tener ciento diez años.

El detenido ni siquiera miró al comandante a los ojos. Palacios no sabía si el hombre estaba muy asustado o si estaba seguro de que alguien lo sacaría de ese problema. Como fuera, no parecía tener ningún interés en la oferta que él le estaba haciendo.

No habían pasado ni cuarenta minutos del interrogatorio cuando entró un hombre elegante, traje de paño fino cortado a la medida, pañuelo de seda, zapatos recién embolados, sombrero con cinta negra, oliendo a colonia costosa y con pisacorbata de oro en forma de águila.

—Soy el abogado defensor del señor Justo Monsalve. Usted no tiene autoridad para venir a la Fiscalía, esta no es su jurisdicción. Por un permiso especial concedido por las Cortes, usted podrá interrogarlo, pero en ningún caso ofrecerle beneficios a cambio de información.

Monsalve permaneció en silencio durante todo el día, sentado en un asiento de madera, quieto, sin comer nada, sin tomar agua. Palacios salía del cuarto de interrogatorios por periodos cortos, para poder descansar. Era evidente que el imputado no iba a delatar a nadie. El coronel tenía muy

presentes las palabras de Valentina: “lo matan antes de que abra la boca”. Justamente ese era su temor: que lo mataran.

El coronel se fue a su casa muy inquieto. Comió muy poco, estaba agotado. Trató de dormir, pero le fue muy difícil conciliar el sueño; tenía un mal presentimiento. En la duermevela veía a Valentina, envuelta en su velo de novia ensangrentado. La cara tan perfilada, la piel tan blanca, los ojos medio abiertos y un poco hundidos. Se vio él mismo, con unos alicates, arrancándole los dientes a Monsalve mientras lo interrogaba.

—¡Quiénes son! Deme los nombres, los nombres, los nombres —le gritaba, mientras le saca los dientes, uno a uno. La sangre, a chorros, caía sobre el velo, y otra vez veía la cara de Valentina, pidiéndole más sangre, pidiéndole que no dejara de vengar su muerte. Recriminándole su falta de agallas.

Al amanecer se levantó muy rápido, juagado en sudor. Apenas si se echó agua en la cara y salió hacia la Fiscalía.

—Necesito ver al imputado —le dijo al capitán de guardia.

—Espere aquí, tenemos que confirmar que usted sí pueda entrar —dijo el capitán.

Había pasado ya mucho tiempo, y Palacios notaba mucho movimiento al interior. Sonaba el teléfono sin parar.

—¿Qué pasa, por qué no me han dejado ver al imputado? —le preguntó de nuevo al capitán.

—Por ahora no hay autorización para que usted pase. Estamos esperando a que venga el fiscal encargado del caso. Si quiere, puede esperar a la salida, o puede volver mañana —le contestó.

—Esto es inaudito, ¿se da cuenta de que soy el coronel Palacios, jefe de homicidios? ¡Cómo es posible que no dejen entrar al jefe de homicidios de la Policía Metropolitana! —vociferó.

—Si quiere, puede esperar afuera o puede volver mañana —le repitió impasible el capitán.

El coronel decidió quedarse; tenía que quedarse. Por él, por Valentina, no podía dejar que su muerte hubiera sido en vano. Después vio llegar al fiscal encargado con el abogado defensor; parecían estar de prisa.

—Estoy esperándolo porque necesito de su autorización para hacerle unas preguntas más a Justo Monsalve —le dijo Palacios al fiscal.

—Espere su turno; por ahora, como puede ver, estamos ocupados.

—¿Cómo que espere mi turno? Yo no soy la hermana o la mujer o el padre del detenido. Soy el comandante de homicidios.

—A mí no me importa quién sea usted. Debe esperar —contestó el fiscal mientras entraba rápidamente.

Era evidente que tenían órdenes explícitas de no dejarle ver al detenido. No habían pasado cinco minutos, cuando volvió a salir el fiscal.

—Justo Monsalve está muerto en la celda. Fue un suicidio —le dijo el fiscal a Palacios.

El coronel salió corriendo hacia la celda y se encontró con su peor miedo convertido en

realidad. Monsalve se había ahorcado con una tira de tela, sacada del cobertor de la cama.

—¿Cómo es esto posible? ¡Ábrame la celda, tiene que estar vivo todavía! —gritó Palacios.

Palacios se arrodilló frente al cuerpo. Levantó la cabeza del occiso y notó que la marca de la improvisada cuerda no pasaba por debajo de la mandíbula, como sucedería en un caso de suicidio por ahorcamiento, sino por la mitad del cuello. Le levantó la camisa buscando las manchas rojas violáceas que produce el *livor mortis* y las vio del lado en que el cadáver estaba apoyado, lo que significaría que la muerte se había producido hacía ya horas.

Lentamente se levantó sin decir nada, salió de la celda y se fue caminando a su oficina. Monsalve no se había suicidado. O lo había asesinado un guardia de la Fiscalía, o estos habían dejado entrar a alguien de afuera para que hiciera el trabajo. ¿Qué debía hacer él? Entró en un ataque de pánico, la respiración se le aceleró, comenzó a sudar frío y sintió que se iba a desmayar. Si decidiera empezar una investigación para tratar de descubrir la verdad, también lo llevaría a una muerte segura; estos eran hombres dentro de la fuerza pública, capaces de cometer homicidios impunemente.

Había jurado lealtad a la justicia y siempre había vivido por ese principio, pero esta era una pelea perdida. Lo primero que se vino a su mente fue su amor, Ana Maga. Y el hijo que por fin había concebido. ¿Qué debía hacer?

Estaba tan alterado que se le había olvidado desinfectarse las manos. Además, en la mañana, no se había bañado. Tuvo que correr al baño de la comisaría y meter la cabeza bajo el chorro de agua fría, y después friccionarse compulsivamente la cara con alcohol. Pero era que el alma la sentía sucia también.

Cuando entró a su despacho, el teléfono sonaba.

—Aló —dijo el coronel Palacios.

—Buen día, coronel, habla el general Mayorga, director general de la Policía Metropolitana. Lo llamo porque me acabo de enterar del suicidio del señor Monsalve y quería decirle que, en el alto mando, estamos totalmente satisfechos con su trabajo. Cercó y atrapó usted a un asesino serial. Con su muerte queda cerrado y olvidado este caso que ha conmocionado a la sociedad. El cuerpo de policía está orgulloso de contar con personal como usted. Quiero anunciarle que ya estamos gestionando su promoción para finales de año. Lo felicito.

—Lo entiendo, agradezco su aviso —fue lo único que acató a decir Palacios y colgó el teléfono.

Se recostó en la silla. Recordó el día en que su Ana Maga lo obligó a ir a la cita en el consultorio de Madame Rosicler. Cuánta razón tenía. Recordaba sus palabras, “le voy a decir lo peor, aunque creo que usted ya lo sabe: usted va a tener que comer callado”, “va a tener que hacerse el de la vista gorda con cosas feas porque va a tener que seguir bajo el mando de esos sumos sacerdotes”. Era verdad. O se hacía el de la vista gorda o sus jefes le darían un adiós sin honores.



37
“Buenos y malos martes, los hay en todas partes”

Palacios llevaba ya días durmiendo mal. De un momento a otro se le venía a la mente la cara de Valentina muerta y tenía que levantarse de la cama. Daba vueltas por toda la casa, duraba horas limpiando con compulsión la colección de platos de Ana Maga, embolando zapatos o blanqueando las junturas de las tabletas de la cocina con un cepillo de dientes. No podía sacarse de la cabeza los cargos de conciencia que sentía y que noche a noche se hacían más pesados. Por fortuna, el embarazo le había llegado a su mujer con un sueño tan profundo que no lo oía a él deambulando por todas partes. Si no hubiera buscado a Monsalve ese día para hacerle preguntas, seguramente Valentina estaría viva. Palacios no entendía por qué ese hombre había salido como enloquecido a matarla, si ni siquiera le había alcanzado a imputar cargos. Pero, además, su deber era encontrar respuestas para los otros casos, ¿acaso no tenía una responsabilidad con la muchacha aquella del hotel, brutalmente atada y asesinada?, ¿acaso la mujer que se hacía llamar Colette no tenía derecho a que se le hiciera justicia?

Valentina llevaba meses dándole pistas erráticas, mandándolo al despiste, proporcionándole informaciones falsas. Tanto que lo había llevado a pensar que lo estaba engañando; que por alguna razón que él no comprendía, quería alejarlo de la verdad. Por eso había buscado a Monsalve. En medio de su obsesión nocturna, y sin perder el ritmo del cepillo contra la baldosa —arriba abajo, arriba abajo—, trataba de consolarse pensando que había apresado al asesino de Valentina y que este había pagado con su vida. Así conseguía un poco de paz.

Pero un segundo después recordaba que no había sido capaz de continuar con su investigación. El movimiento, entonces, se hacía más intenso —arriba, arriba, abajo, abajo, arriba, arriba, abajo, abajo—. Nunca caerían los verdaderos amos de ese infame negocio. El olor intenso del blanqueador lo hacía estornudar. Él se había quedado callado porque sus jefes lo habían amedrentado. ¡Cobarde!, había sido un cobarde. Esa era la verdad.

Ni siquiera era capaz de contarle a su amada Ana Maga. ¡Qué pensaría de él! Ella, que siempre

lo había admirado —arriba abajo, arriba abajo, arriba abajo, arriba abajo, arriba arriba, abajo abajo—, le parecería un pusilánime, un cobarde —arriba abajo, arriba abajo—, indigno padre para el hijo de los dos.

Tenía que buscar ayuda o se enloquecería. ¿Pero en quién podría confiar tanto como para contarle algo tan íntimo y tortuoso? Él nunca había sido hombre de iglesias o curas, ¿un psiquiatra? No, todavía no estaba loco, tenía apenas algunas manías.

A primera hora de la mañana, sonó el teléfono en la casa de Rosa.

—Consultorio privado de Madame Rosicler ¿en qué podemos servirle?

—Buenos días, ¿hablo con doña Charo? —preguntó él.

—Sí, claro, usted habla con Charito, ¿y yo con quién?

—Charito, habla con el comandante Palacios. Llamo porque quisiera una cita con Madame.

—Cómo no, mi guapo comandante, ¿la cita sería para usted y su mujer?

—No, no, esta vez solo para mí.

—Uy, no me asuste, no me diga que va a venir otra vez a ponernos nerviosas con asesinatos y cosas de esas.

—No, Charito, son cosas personales. Necesito esa cita bastante urgente con Madame. Ya le digo, es para mí solo, le pido que no lo comente con nadie.

—Muy bien, con gusto se la facilito, déjeme sacar la agenda. ¿Pero tanto afán tiene? Aquí veo que tenemos cupo lleno hasta la semana entrante —Charito vaciló y rectificó—, claro que, tratándose de alguien tan cercano a la casa, podríamos agilizar la cosa. ¿Qué le parece?

—Se lo agradecería mucho, Charito.

—Bueno, pues, arreglado el asunto, entonces venga a la hora del almuerzo y les sirvo a los dos, para hoy hice una sopita de lentejas con ajito y tocino, que me queda muy de primera.

—Gracias, gracias, Charo, Dios se lo pague. A mediodía estaré allá, sin falta.

Muy puntual, al mediodía, llegó Palacios a la cita.

—Señor Palacios, ¡qué bueno tenerlo por aquí de nuevo! —lo saludó Charito lanzándosele a los brazos.

Palacios se agachó y le correspondió con un buen abrazo.

—Discúlpeme, yo tirándomele a los brazos, es que soy muy loca, ¡figúrese! Olvidaba que no le gusta que lo toquen.

—Está bien, aunque no lo crea, no me molestó para nada. Al contrario, estoy agradecido con la muestra de cariño. Por estos días ando bajo de ánimo.

—Siga por aquí, mi apuesto caballero. Madame está esperándolo.

—Madame Rosicler, buenas tardes, siento mucho estropearle su hora de almuerzo, pero tenía urgencia de hablar con usted.

—No, señor Palacios, para mí siempre es un gusto atenderlo. Pero ahora que vamos a tomar sopa juntos, deje de llamarme Madame Rosicler, es muy largo y complicado. Además, es un invento, yo soy Rosa, solo Rosa. Rosita, para los amigos.

—Muy bien, Rosa, o Rosita, ahora que como dice vamos a tomar la sopa juntos, por favor, dígame David, ese es mi nombre.

—Muy bien, David, cuénteme qué lo trae por aquí —Rosa se quedó pensando un momento y después continuó—. ¿Sabe qué? No me siento tan cómoda diciéndole David, lo conocí como señor Palacios, mejor le quito el señor y digo solo Palacios. Me gusta más, me suena menos bíblico —dijo mientras agarraba la baraja.

—Como prefiera. La verdad, vengo después de pensarlo mucho porque, aunque sé que no nos conocemos tanto, usted es la única persona a la que puedo recurrir.

—Eso sí está raro. Mejor vamos echando las cartas y me va explicando.

—Pero no se trata del futuro, no es adivinación lo que necesito, es redención.

—¡Redención! ¡Qué importante palabra! Pues vino al lugar adecuado; las cartas no solo adivinan, las cartas ven el alma. Usted parta ese mazo y hablamos.

Mientras Rosa iba organizando sobre la mesa lo que a Palacios le parecía una pirámide, él comenzó a hablar.

—Vea, Rosa, yo estoy mal. Me he sentido mal desde hace días con todo esto que ha pasado. Yo sé que usted me entiende, porque sabía lo que venía. Lo que predijo, me pasó, y yo siento vergüenza porque no fui capaz de hacer nada. Agaché la cabeza.

Rosa miraba las cartas fijamente, tanto que parecía no estar oyendo.

—Rosa, ¿sí me está poniendo atención?

—Claro que sí, es lo que hago, lo oigo a usted y oigo lo que ellas me dicen.

—Ah, bueno, ¿entonces ya sabe por qué es que vengo a hacer una confesión que nadie más entendería?

—Usted se echa la culpa de la muerte de Valentina —dijo sin dudar Rosa.

—¡Claro que no! —dijo Palacios mientras se levantaba del asiento. Después de dar unos pasos hacia la puerta se devolvió, se sentó de nuevo, y en voz baja dijo—: Sí, es verdad, me siento culpable, y esa es mi primera confesión: no duermo de pensar en eso. Si yo hubiera hecho las cosas de otra manera, tal vez esa muchacha estaría viva.

—Usted hizo lo que un policía debe hacer: investigó, buscó culpables y los interrogó. Ese es su oficio, su compromiso. Valentina, que era tan amorosa, estaba enredada con esa gente, y esa gente era peligrosa. Ella sabía muy bien que jugaba con fuego. Si ella le hubiera sido sincera desde el principio, todo hubiera sido distinto. Esa es la verdad, no hay otra, por dolorosa que sea. Y créame que para esta familia ha sido muy duro, todos le teníamos cariño, sobre todo Cristóbal, que se vio sentimentalmente atraído hacia ella.

—Ay, Rosa, aunque me alivian sus palabras, me pesa el alma.

—Ya no se culpe más, Palacios. Pero aquí en mis cartas veo que hay otras cosas. Suéltelas de una vez, dígalo todo y verá que se va a sentir mejor.

—Pues ahora resulta que ni puedo mirar a los ojos mi adorada Ana Maga, me da vergüenza con ella.

—¡Ah, Ana Magdalena! Aquí veo que tenemos una buena nueva que no me ha dado, ¿acaso vienen críos en camino?

—Sí, es verdad, al final mi bella Ana Maga ha quedado embarazada y está muy feliz, y claro que yo también, muy felices estamos ambos, pero ¿por qué habla en plural?, ¿Críos, dice usted, Rosa?

—Mire aquí, dos jotas, una a cada lado de La Emperatriz. Más claro no canta el gallo, La Emperatriz es la fertilidad, la madre misma. Creo, creo, que serán dos. Hay que contarle a Charito, se va a poner muy contenta. ¡Pronto les estará bordando sábanas, mitones y gorritos por partida doble!

—¿Dos?

—Es aconsejable que a la niña le ponga un nombre bien elegante, de zarina, por ejemplo, como Irina o Svetlana, ¿se imagina a esa princesa? Aunque también podría ser Czarina, Tatiyana… o Anastasia.

—Pues sí, elegante sí, eso no se lo quito —dijo dubitativo el coronel—. ¿Czarina Palacios? Tal vez con mi apellido quedaría ya demasiado imperial, ¿no le parece? De todas maneras, habrá que tenerlo en cuenta para cuando nazca. ¿Dos hijos de una vez, está segura?

—Bueno, lo dicen las cartas, oigo dos corazones latiendo, pero tal vez sea más prudente guardar el secreto hasta que el médico lo confirme.

—De acuerdo, Rosa, ante todo prudencia, sobre todo con un asunto tan emocionante. Por ahora escuche mi segunda confesión, mi segunda tortura. La primera vez que vine a su consultorio, usted me dijo que yo tendría que tragarme unos sapos muy feos y utilizó la expresión “comer callado”. Recuerdo que me indigné. Y ahora resulta que es verdad, me dejé amedrentar por mis jefes y callado me comí esos sapos. Me dio miedo, por mi mujer y por el hijo; bueno, los hijos que ella espera, o al menos eso dice La Emperatriz de sus cartas, y lo peor, lo reconozco, es que también me dio miedo por mí mismo. No soy capaz de hablar de esto con Ana Maga, me avergüenzo, ¿qué pensará ella?, que se casó con un cobarde.

—Usted no es cobarde, Palacios, usted es una persona como somos todos. No se desilusione con eso ni se eche tanto látigo.

—Pero yo podría continuar la investigación, enfrentarme a ellos y descubrir a los verdaderos jefes de esa red…

—No, no podría. Antes aparecería muerto por ahí. Usted hizo lo que pudo, atrapó al asesino de Valentina y salvó a las muchachas que estaban con ella, eso es mucho. Usted es un buen hombre, Palacios, y tiene que ir a vivir su vida lo mejor que pueda, y con la conciencia tranquila.

—¿Sabe?, creo que lo que me duele es saber que no resulté ser el hombre que pensaba que era.

—Palacios, no me haga reír. Al final del día ninguno de nosotros resulta siendo lo que pensaba que iba a ser.

Rosa se quedó callada otra vez, mirando las cartas fijamente.

—Es curioso, muy curioso…

—¿Qué es curioso, Rosa? ¿Qué es lo que ve?

—Aquí, en el lado del futuro, aquí está usted, El Caballero de Bastos, junto a La Suma Sacerdotisa —Rosa se llevó la mano a la boca y abrió los ojos como platos—. Y La Suma Sacerdotisa, pues ya usted sabe quién es, ¿cierto? Pues quién va a ser sino yo, mi mismísima persona, Madame Rosicler, memoria viva del pasado y visionaria del futuro. Le estoy hablando de una alianza cantada entre El Caballero de Bastos y La Suma, o sea, La Suma Sacerdotisa, o sea usted y yo. ¿Y sabe qué quiere decir eso? Mejor dicho, ¿comprende las implicaciones?

—No lo sé, ¿es algo malo? Dígamelo de una buena vez, ya no me importa, ya he tragado tierra a cucharadas, una más ni quita ni pone.

—Quiere decir que, en el futuro cercano, nuestros caminos se volverán a cruzar. Eso quiere decir, ni más ni menos.

—Eso es buena noticia para mí, ¿pero es que acaso usted pensaba que no nos volveríamos a ver?

—Sí, Palacios, sopita de lentejas, reuniones domingueras, todas esas cositas del cariño, sí, claro que sí. Usted y su mujer ya son familia para nosotras. Pero es que aquí, en esta pirámide de cartas, usted luce armadura, ¿sí entiende? O sea, usted no aparece como cualquier hijo de vecino, sino investido de autoridad. Además, fíjese y verá, tiene el Basto en la mano, ¿sí ve? ¿Este tremendo garrote? El garrote, o basto, o sea bastón, que significa la autoridad y el peso de la ley. Aquí ya figura usted como alguien con elevada dignidad y en función de su oficio. Es como si tuviera el uniforme de policía, ¿ya me entiende?

—Está insinuando que…, o sea, ¿dicen las cartas que nos volveremos a cruzar a la hora de resolver otro caso?

Rosa se alzó de hombros, haciéndose la melindrosa.

—Puede ser, puede ser. Ya veremos, amigo, ya veremos…

Esa noche Rosa y Charo encontraban dificultades para dormir. La sopa de lentejas con ajo y tocino había resultado estupenda, pero un tanto pesada, y optaron por decantar el empacho y refrescarse un poco, en silencio y tomadas del brazo, dándole vueltas al patiecito, que las recibió perfumado y florecido.

Desde lo alto del cielo bajó un rayito de luna, azul y juguetón, que envolvió las rosas con su halo.



Por obra del destino —y de las cartas—, Rosa se transforma en Madame Rosicler, la tarotista estrella del programa *De Sabatina*, en pleno furor de la llegada de la televisión.

Gracias a su poder adivinatorio, Rosa y su vivaz amiga Charito se convierten en ayuda imprescindible para el detective Palacios, jefe de Criminalística de la Policía, quien está al frente de una investigación truculenta y apasionante.

Pregúntale a la luna es una divertida novela policiaca con personajes tiernos e insólitos, que llevará al lector a recordar una época anterior marcada por el asombro frente al televisor, esa novedad que cambió nuestras vidas para siempre.





CARMEN RESTREPO

Nació en Bogotá. Es filósofa e historiadora de la Universidad del Rosario. Junto con su hermana Laura Restrepo publicó el libro infantil *Las vacas comen espaguetis*, y en el 2012 publicó la novela juvenil *Alexa Neri y la amenaza de Las Sombras* (Alfaguara).

© Archivo particular de la autora



Título: *Pregúntale a la luna*
Primera edición: julio de 2022

© 2022, Carmen Restrepo
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Patricia Martínez Linares

Imágenes de cubierta:
Televisor: © Bet_Noire, Getty Images
Luna dentro del televisor: © DaryaGribovskaya, Getty Images
Lunas y estrellas en el marco: © Freepik
Imágenes de contracubierta:
Detective: © Drakonova, Getty Images
Bailarina de cancán: © Grafissimo, Getty Images
Diablo: © Pixabay

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-5121-66-9

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Pregúntale a la luna
1. “Dos gardenias”
2. “Eras como el agua que traía el manantial”
3. “Anótate al futuro, que el pasado ya se fue”
4. “Por lo raras, las perlas son caras”
5. “Los secretos son voces que gritan en silencio”
6. “Yo juego con la carta más segura. No importan los vaivenes de la suerte. Aquí donde me ve, yo soy la muerte”
7. “No se pueden ocultar el humo, el amor o el dinero”
8. “No hay rosa sin espinas”
9. “Hasta la muerte, todo es vida”
10. “Perra negra, hembra turbia, yegua loca, reina vieja”
11. “La fama es puro cuento… mejor bajo perfil”
12. “Te busco perdido entre sueños”
13. “La letra con sangre entra”
14. “Naranja dulce, limón partido”
15. “Amor de mis amores”
16. “Quien hace la ley, hace la trampa”
17. “Soy tu amigo, y tiro del carro contigo”
18. “Negocios raros”
19. “¡Llámame!, que llegaré donde esté tu voz”
20. “Si te digo que la burra es parda es porque tengo los pelos en la mano”
21. “La secretaria”
22. “En las gavetas se guardan cosas secretas”
23. “Nunca lloro lo perdido, si lo pierdo por jugar, ¡porque juego como juega, el que juega por jugar!”

24. “Todo saber es poder”
25. “Tu boca puede más que mi cordura y me tortura la tentación”
26. “Una mentira, madre es de cien hijas”
27. “Tu cuerpo, del mar juguete, nave al garete, venían las olas, lo columpiaban”
28. “Muerto el perro, se acabó la rabia”
29. “Amargo desencuentro, porque ves que es al revés”
30. “Su historia es la de un pulso que no late”
31. “Como juega el gato maula con el mísero ratón”
32. “Quítame lo malo y échalo al mar”
33. “Adiós para siempre, alma mía”
34. “Alquimia”
35. “En el juego de la vida nada te vale la suerte, porque al fin de la partida gana el albur de la muerte”
36. “Qué me importa la vida, si nadie me va a llorar”
37. “Buenos y malos martes, los hay en todas partes”

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos